

EL JUEGO DE LOS CRÍMENES PERFECTOS

REYES - CALDERÓN

Planeta

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Cita
Primera parte
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18

19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
Segunda parte
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19

20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
Tercera parte
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
Cuarta parte
1
2

3
4
5
6
7
8
9
10
11
Epílogo
Agradecimientos
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora **Descubre** **Comparte**

Sinopsis

El Palacio de Hielo de Madrid, habilitado como morgue provisional durante la pandemia, no puede cerrar sus puertas y regresar a su actividad porque el ataúd no reclamado de una anciana lo impide. El inspector Salado y su ayudante Jaso acompañan al supersticioso juez Calvo a la inspección preliminar, que les depara una sorpresa: en su interior hay un varón con traje a medida y un Rolex de oro en la muñeca. Lo que parece una confusión de clasificación les introduce poco a poco en un macabro juego: una cadena de muertos, a cada cual más peculiar, que tienen en común la firma, en el certificado de defunción, de la doctora Paloma Padierna, joven internista en el Gregorio Marañón.

La doctora Padierna, ajena al asunto y agotada tras los duros meses de trabajo en el hospital, solo piensa en sus vacaciones. Pero el asesino de los crímenes perfectos tiene otros planes para ella.

EL JUEGO DE LOS CRÍMENES PERFECTOS

Reyes Calderón

Planeta

A vosotros, a pesar de que no os conozco y quizás
nunca leáis esto.
Por si estabais demasiado ocupados para escuchar
los aplausos de las ocho,
grabo en letra el sonido de los míos.

Juega mucho y juega bien, juega como si tu vida dependiera de ello. Porque depende...

DEAN KOONTZ

Primera parte

1

Como buen andaluz, el juez Juan Calvo siente un gran respeto por los muertos. Aunque, lo que su señoría llama *respeto,* la gran mayoría de los mortales lo tildarían de *miedo* o quizás de *superstición.* Sea cual sea el nombre correcto, el magistrado sortea por igual difuntos, gatos negros, tripas de escaleras o espejos rotos. Por eso, cuando su señoría llega al apenas concurrido aparcamiento del centro comercial, va maldiciendo su suerte.

Nunca lo reconocería abiertamente, pero en ese momento está solo y, mientras desciende y cierra con el mando a distancia su nuevo Audi A7, va murmurando contra los inútiles funcionarios que le obligan a trabajar en viernes por la tarde, a cuenta de un cadáver extraviado.

Ocupado en sus pensamientos, ha actuado de modo mecánico. Por ello, tras recorrer apenas una treintena de metros, le entra la duda de si ha cerrado su vehículo. Se gira, extiende el brazo y aprieta el botón de la llave, hasta confirmar que las luces parpadean. Solo resta que le roben el coche, con lo que le gusta. Durante meses, ha visitado el concesionario cada sábado, y algún día también entre semana. Le costaba decidir el color (¿gris tifón metalizado o azul firmamento?), el tejido del volante (¿mejor en alcántara?) y el tipo de tapicería, pero sobre todo dudaba entre coger el modelo antiguo, más ajustado a su presupuesto, o decantarse por el Sportback, tan equipado de serie que tenía que solicitar una segunda hipoteca. Sonríe, mientras suavemente acaricia

con la mirada las llantas PQP. Cree haber acertado, aunque su esposa puso el grito en el cielo. A ella no le gusta conducir, por eso no lo entiende. Pero, cuando se trata de joyas, de ropa de bebé o de cremas, no es tan remilgada.

Seguro ya de que su precioso Sportback está a salvo de ladrones envidiosos, continúa la marcha y retoma su pensamiento anterior, renegando esta vez de la maldita forense, que no hace más que tocarle los cojones. Le ha dejado varios recados, todos con el mismo denominador común: la maldita autopsia.

—¡Autopsia para arriba, autopsia para abajo! ¡Mira que eres pesada, guapa! —masculla para sí.

La mascarilla que le cubre boca y nariz ahoga sus susurros. En todo caso, nadie le oiría: los alrededores están vacíos. Aún en estado de alarma, con enormes restricciones a la movilidad para la población madrileña, tiendas, restaurantes, cines y hasta la bolera del centro comercial permanecen cerrados. Solo el supermercado y la farmacia están en funcionamiento, lo que explica que no haya tenido problema alguno para encontrar plaza de aparcamiento.

Calvo avanza con presteza hacia su destino, la pista de hielo, donde le esperan desde hace rato. No va a patinar. Hace semanas que nadie lo hace, aunque la instalación no ha estado vacía.

Pese a que las cinco grandes compañías funerarias que operan en la Comunidad de Madrid habían reforzado las plantillas e intensificado su actividad, no daban abasto. Superados por la acumulación diaria de fallecidos, los tanatorios se habían visto obligados a apilar féretros en los aparcamientos o en camiones frigoríficos. O a tardar días en acudir a recoger los cuerpos a los domicilios de los fallecidos. La dureza con la que la covid-19 golpeó a los madrileños obligó a buscar soluciones imaginativas para el

almacenamiento de los cuerpos, y una pista de hielo olímpica en plena capital era una alternativa magnífica.

La solución había resultado eficiente: alineados con perfección milimétrica sobre el manto azulado, cubierto con tiras de material antideslizante de color verde, la enorme superficie había cobijado a casi mil doscientos féretros idénticos. Tras un mes de funcionamiento como morgue provisional, y pasada la fase más letal del virus, el Palacio de Hielo ansiaba volver a su actividad ordinaria. Pero un féretro solitario, abandonado, descansando sobre pequeñas alfombras marrones, en el sitio exacto donde lo colocaron cuando llegó, lo impedía. Ese es el motivo por el que el magistrado, vestido con un traje azulón con raya blanca, se dirige hacia allí.

El juez Calvo se estira el chaleco, a conjunto con el traje, y consulta su reloj de bolsillo, sujeto con una ancha cadena de plata, antes de entrar. Habida cuenta de que anunciaban un día de infierno, aquella mañana había sopesado arrinconar el chaleco, pero finalmente le había perdido la coquetería. A diferencia de otros magistrados, al juez Calvo, que no hace honor a su apellido y posee una abundante cabellera pajiza, tirando a bermeja, ligeramente ondulada, no le gusta vestir de gris ni pasar desapercibido. Ansía llegar lejos. Y hacerlo pronto. Primero, la Audiencia; luego, el Supremo y, naturalmente, el Consejo General del Poder Judicial. Cierra el reloj con un rápido giro de la mano, que le arranca un curioso crujido, y lo ubica de nuevo en el pequeño bolsillo lateral del chaleco. Enseguida nota cómo la camisa y hasta el traje se empapan de sudor. Con mayo casi extinto, en Madrid se han alcanzado ya los veintiocho grados. Finalmente, se deshace de la americana y acelera: llega con mucho retraso.

Al entrar en el Palacio de Hielo, la bofetada del frío le hace estremecer. El recinto está a cero grados. Se coloca nuevamente la

americana y se sube los cuellos. Es la primera vez que acude al lugar. Mira a su alrededor: dieciséis metros de altura con mil ochocientos metros cuadrados de superficie, y trata de imaginarse todo aquel espacio sembrado de cadáveres. Un nuevo escalofrío le recorre la espalda. Pero es la visión del oscuro ataúd, situado en el lateral izquierdo de la explanada blanca, lo que le produce la mayor sacudida. Como si esa caja se lo impidiera, se detiene en seco, quedándose pegado a las gradas, contemplando en lontananza el amenazante féretro marrón.

Como en otras ocasiones en las que le ha tocado estar lo suficientemente cerca de un muerto, Calvo palidece, se le desencaja el rostro y se le encogen los testículos hasta casi desaparecer. A pesar del frío, el magistrado se ve obligado a sacar su pañuelo blanco y pasárselo por la frente porque empieza a sudar como si estuviera fuera, plantado al sol en plena canícula. Trata de tranquilizarse, pero no lo consigue. Cierra los ojos, sin éxito. Como la luz se filtra por las ventanas, como el agua traspasa un colador, así se le infiltra el miedo en el cuerpo. Se imagina al muerto levantándose, dirigiéndose a él y diciéndole con voz de trompeta que le acompañe, que ya le toca.

Está sacando el móvil para llamar a su esposa con el fin de que ella, siempre tan dulce, le tranquilice, cuando una voz humana de acento castizo le saca de su ensimismamiento. Abre los ojos, aún con el regusto del miedo en la boca, y ve acercarse al inspector Salado. El policía judicial, que viste de paisano, carece por completo de gusto estético. Lo sabe de otras ocasiones, pero en esta se ha lucido de lo lindo: pantalones color caca de bebé, camisa de cuadros de tonos azules y un chaleco de un verde caqui desteñido. Para matarlo.

El juez Calvo no logra recordar su nombre de pila, aunque le suena que no era demasiado común. «Era algo así como Gregorio o Gerardo... Desde luego, empezaba con g... ¡Dios, qué mala memoria tengo!». Sabe, eso sí, su apodo: todo el mundo llama Rana al inspector Salado, aunque le parece del todo descortés dirigirse a él de ese modo, con un féretro de cuerpo presente. «¡Gonzalo! ¡Eso es! —se dice satisfecho—. ¿O era Guillermo?».

El inspector le recibe sin bajarse la mascarilla y guardando la debida distancia.

—Buenos días, señoría. Gracias por venir tan rápido.

Salado lo dice sin acritud, pero Calvo, que cree que está recibiendo un repaso por el largo retraso, se queja airado mientras se frota nerviosamente las manos:

—Vengo cuando puedo. ¡Los juzgados están sobresaturados!

Gustavo Salado saca un par de guantes quirúrgicos del bolsillo y se los tiende.

—No están pensados para el frío, pero algo de calor dan —dice mientras le observa ponérselos. Sabe que lo que su señoría tiene tampoco se quitaría con guantes de lana.

—Gracias, inspector. A ver, ¿qué es eso de que sobra un cadáver?

Salado se encoge de hombros. Lleva muchos años trabajando en la policía judicial y ha visto casi de todo, y en todos los términos de la ecuación. Como ocurre en los lugares donde se reparte alguna migaja de poder, hay muchos cuervos sobrevolando los despojos. Se ha topado con cabrones e hijos de puta entre los abogados defensores, los jueces, los reos y entre sus colegas policías. Lo mismo puede decir de los vagos, los chapuceros, los corruptos y los que tienen necesidad de quitar las bragas a cualquiera que se ponga a tiro para reforzar su ego. Pero la mayoría de los individuos que pueblan los juzgados de plaza Castilla son gente corriente, con su

combinación de virtudes y defectos, con sus aspiraciones y sus miedos. El que tiene delante no es diferente. Es altanero, presumido y ambicioso, pero es trabajador y respeta el trabajo de la policía judicial. Les ha pedido, además, que le tuteen, lo que no significa *a priori* otra cosa que pretender parecer amable.

—Sin perjuicio de que, si fuera necesario, volviera a utilizarse como morgue, la Comunidad de Madrid quiere devolver la instalación a su uso primigenio y, cuando sea posible, a su actividad ordinaria. —Salado se gira y señala con el brazo extendido el solitario ataúd—. Comoquiera que ese féretro lo impide, pues nos piden resolverlo...

El juez Calvo rehúsa mirar en la dirección que el policía le indica. Se limita a afirmar:

—Entiendo. ¿Sabemos quién es el difunto?

—Negativo —indica el inspector, que confirma su palabra con varios movimientos de cabeza.

El juez hace una pausa. E inconscientemente vuelve a sacar el reloj del bolsillo lateral del chaleco. No han pasado ni cinco minutos desde que llegara.

—Te veo muy... tranquilo. ¿No tienes frío, inspector? —le interroga. Por descontado, no habla de la temperatura.

—Hace un poco de frío aquí, para qué lo voy a negar. Gracias a que siempre me pongo camiseta de tirantes.

«¡Camiseta de tirantes, lo que faltaba para el duro!», piensa el juez, y añade:

—Yo llevo chaleco, pero nada... Además, los cambios bruscos de temperatura suelen provocarme faringitis.

—La verdad es que tienes mal aspecto, señoría. Si lo prefieres, vamos dentro, a la zona de oficina. Allí la temperatura es mucho más agradable.

Calvo asiente aliviado. Cualquier cosa antes de tener a ese amenazante muerto delante. Salado recorre el trecho que le separa de la oficina, seguido a corta distancia por el juez Calvo. Cuando este pasa por delante del féretro, cierra los ojos y cruza subrepticiamente los dedos.

Entran, cierran la puerta y se sientan en las dos únicas sillas que pueblan la habitación. Hay también una mesa de madera con un ordenador.

—Me estabas hablando de la identidad del sujeto, inspector...

—¡Cierto! La desconocemos de momento. Según el parte de defunción, la fallecida es una mujer de ochenta y nueve años, domiciliada en la calle O'Donnell número 17 de la capital, que responde al nombre de Berta Heras Fadrique. Según se indica en el informe, la mujer ingresó en el hospital Gregorio Marañón el día veinticinco de marzo a las cinco de la madrugada. La condujo hasta allí una ambulancia que la había recogido en su domicilio un rato antes, tras una llamada de la difunta, que vivía sola. Se le diagnosticó neumonía bilateral consecuencia de una infección por covid-19. Recibió tratamiento antibiótico y oxigenoterapia, empeoró y se la ingresó en la unidad de cuidados intensivos. No se la intubó. Falleció el veintinueve de marzo a las dos del mediodía, a consecuencia de una complicación pulmonar...

Calvo se anima con la noticia.

—Entonces, ¿qué problema hay? Habrá que buscar a sus familiares para que se hagan cargo del cuerpo. En caso de que carezca de parientes o allegados, de sepultura o recursos, lo enviaremos...

—No es tan sencillo, señoría —le detiene Salado.

El juez tuerce el gesto. Le molesta que le interrumpan: allí, la voz cantante la lleva él.

—Ah, ¿no?, ¿y puedo saber por qué?

—Porque no es ella.

—¿Cómo que no es ella? No lo entiendo.

Salado arruga la nariz, se retira levemente la mascarilla y confiesa, mientras levanta el dedo índice y lo flexiona varias veces:

—El difunto tiene pito, señoría...

—¿Que tiene qué?

Vuelve a colocarse la mascarilla en su sitio y asiente.

—¡No me jodas, Rana, no me jodas!

Cuando se percata de cómo se ha dirigido a él, trata de excusarse, pero el inspector le quita importancia.

—No te preocupes, señoría: mucha gente me llama así. La mayoría, en realidad.

—Y ya que estamos, ¿puedo saber por qué? Ni siquiera tienes los ojos verdes.

Por la inclinación de los ojos, el juez se da cuenta de que su interlocutor sonríe.

—Me bautizaron Gustavo Salado... —El inspector levanta las manos en señal de rendición—. Y no hay como estar en un cuartel para que la gente saque punta a cualquier nombre. Alguien se acordó de la rana Gustavo y yo terminé siendo una rana salada.

«¡Gustavo! ¡Eso es! ¡Maldita memoria!».

—De acuerdo, Gustavo, volvamos a lo nuestro. Me asegurabas que no es ella, sino él.

—Al tiempo que nos llamaron a nosotros, tu juzgado envió desde plaza Castilla a la doctora Olascoaga y a otro patólogo forense para echar un vistazo. Han llegado un rato antes que nosotros, se han puesto un EPI y han realizado un examen visual preliminar del cadáver. Y sobre ese punto son concluyentes. No hay duda alguna: tiene pito.

Al juez Calvo parece que le acabara de caer una piedra en la espalda.

—¡Joder, un nonagenario transexual con pito llamado Berta!

Salado se echa a reír divertido.

—¡No, no, señoría! Nada de eso. Olascoaga confirma que se trata de un varón barbado: ni es una mujer ni quería parecerlo.

—¡Ah, me alegro! Así es más sencillo. Bueno, algo sabemos ya: no es una mujer, de lo que infiero que no es Berta Heras. Lo más probable es que, si encontramos el féretro correspondiente a Berta Heras, encontraremos el nombre de este pobre hombre. ¡Ha habido tanto jaleo que no es de extrañar que se hayan producido algunos errores!

—Esta vez, señoría, el destino ha decidido tomarnos el pelo un poco más...

Cuando escucha la palabra *destino,* Calvo deja escapar un suspiro. Tose para encubrirlo.

—La tal Berta Heras está vivita y coleando. Acabo de hablar con ella por teléfono. Es una dama encantadora, con una voz fuerte y decidida, que, como dices, anda cerca de los noventa. Ha confirmado la mayor parte de la información que figura en su parte médico: una doctora joven, según su opinión, muy amable y que la atendió muy bien, pero de la que no recuerda el apellido, le diagnosticó covid y ordenó ingresarla en la UCI. Lo que no concuerda es que sigue viva; salió de cuidados intensivos, se recuperó en planta y regresó a su casa. De modo que, si vamos buscando su féretro, no lo encontraremos.

—O sea que tenemos un varón desconocido en un féretro abandonado.

—Así es: es un hombre de raza caucásica; cabello castaño, escaso y canoso; ojos grisáceos; una edad entre sesenta y cinco y setenta y

cinco años; metro ochenta, y apariencia atlética. Edu, quiero decir, la doctora Olascoaga ha sacado un juego de huellas.

—¿Habéis hablado con la Unidad de Desaparecidos? ¿Alguien ha reclamado un cadáver de esas características?

—Aún tenemos que hacer más averiguaciones, pero el agente Jaso, mi ayudante, ha hecho una indagación inicial en su base de datos y, de momento, no ha encontrado coincidencia.

El juez Calvo se frota el mentón. Acaba de afeitarse. Nota la piel suave, lo que le hace acordarse de su hija pequeña. Con ocho meses, le tiene completamente conquistado. Ya no tiene edad de ser padre: roza los cincuenta, pero su segunda mujer, una psicóloga noruega que cuenta con quince años menos que él, estaba empeñada en ser madre. Y no pudo negarse.

—Pues suena raro, Salado. Habrá que comprobar más despacio la lista de desaparecidos. Quizás se trate de un indigente o de algún inmigrante ilegal indocumentado...

Sin mentar palabra y con una sonrisa cáustica que el magistrado no puede apreciar debido a la mascarilla, el inspector tiende al magistrado un sobre marrón que toma de la mesa, avisándole de que todo ha sido previamente desinfectado. Con cierta dificultad, porque no se apaña bien con los guantes, Calvo lo abre y extrae una bolsa de plástico con algunas joyas, que le arrancan un silbido.

—A tenor de estos objetos, el difunto no era precisamente indigente.

El juez lo ratifica con un gesto.

—En eso te doy la razón. ¿Cómo se trató el cadáver?

El inspector expone todos los detalles.

—Según consta en el informe, se siguió escrupulosamente el protocolo. De hecho, estaba envuelto en dos sacos sudarios estancos. En el cierre, una etiqueta recoge puntualmente los datos

del difunto, en este caso, Berta Heras. El cuerpo fue después introducido en ese ataúd que incluye la ficha manual y un código de identificación. Y, finalmente, está el parte forense.

—¿De qué código de identificación hablamos?

—En su momento, la Unidad de Emergencias dividió la pista de hielo en cuadrículas, que identificó con una letra y un número, para asegurar la trazabilidad. Un documento Excel permitía el seguimiento. El ataúd en cuestión está en la localización D13, y el programa dice que en el D13 se halla el cuerpo de...

—Berta Heras Fadrique.

—Exactamente. Según me indican es bastante fiable.

Calvo hace una pausa. Se echa el pelo hacia atrás con ambas manos y, acto seguido, levanta la bolsa de plástico y remueve su contenido hasta dar con el objeto buscado.

—Puede ser un buen protocolo, pero es obvio que no funcionó. Un Rolex como este debe de tener familia, al menos, un sobrino lejano que lo eche de menos... A bote pronto, lo único que se me ocurre es lo que decía al inicio, que se trate de una confusión. Que hayan enterrado a otro caballero como si fuera este tipo, y viceversa. Aunque no termino de entender por qué no le quitaron el reloj y los gemelos para enterrarlo.

—Has dado en el clavo, señoría. Es de lo más curioso —indica el inspector mientras se pone en pie y da varias vueltas por la sala. La tarima cruje bajo sus pies. Al tiempo que observa sus movimientos, el juez piensa que tiene más aspecto de oficinista de tercera que de inspector de policía—. Por no quitar, no le quitaron ni la ropa ni los zapatos...

—¡No jodas, Rana! ¿Le enterraron con los zapatos?

—Zapatos de cordones, calcetines de canalé con lunares en la planta, camisa con gemelos, americana sport y corbata de seda,

marca Hermès, para más señas...

—¿Calcetines con lunares?, ¿quién entierra a un familiar así? ¡Menudas rarezas! ¿Noticias del ataúd? Me pareció un modelo corriente —observa.

—Lo es —confirma el inspector—. De momento, no tenemos datos. Y dudo que los tengamos pronto: esa pobre gente está completamente desbordada.

Gustavo tiene las manos apoyadas en el cinturón. Baja los dedos hasta comprobar que el cierre del arma está en la posición adecuada. Una comprobación instintiva, que repite cuando algo le ronda la cabeza.

—¿Qué colonia llevas, inspector? Es diferente a la de otras veces, ¿no?

Este se gira extrañado. El juez tiene fama de observador, pero no deja de sorprenderle.

—Sí, un regalo de mi mujer. ¿Demasiado fuerte?

—¡No, no! Está bien. Simplemente, el olor me ha distraído. ¿Por dónde iba? ¡Ah, sí! Iba a reiterar que todo esto es raro, pero lo cierto es que, desde que nos invadió este maldito virus, todo nuestro mundo se ha vuelto caótico. Es lógico que algunas cosas no funcionen correctamente. Te he interrumpido, recuérdame dónde nos habíamos quedado.

—Iba a decir que tendremos que comprobar la alianza. Como verás, ha habido que cortarla para extraerla. Por las marcas en los dedos, la doctora dice que se puede asegurar que es suya...

—La alianza... —repite el juez mientras vuelve a coger la bolsa de pruebas y comprueba la presencia del aro de oro.

—Sí. El desconocido estaba o estuvo casado. Como en la mayor parte de las alianzas, en esta han grabado la fecha del matrimonio y el nombre de la esposa: Águeda. El reloj también está grabado, con

las iniciales D. L. Vamos a mirar en la hemeroteca; si, como apunta su reloj, el fallecido era de una familia acomodada, es posible que en las revistas del corazón o en algún periódico madrileño se anunciara la boda. Si encontramos que una novia llamada Águeda se casó en dicha fecha con alguien cuyas iniciales son D y L, tendremos algo con lo que empezar.

—¡Buena idea, inspector! —exclama, aunque más bien parece escéptico—. Me has dicho que no había denuncias...

Gustavo sonríe y lo repite. A veces, los jueces procesan lentamente este tipo de información.

—No podemos hacer reconocimiento visual porque no hay testigos ni familiares ni conocidos que lo identifiquen, pero hemos cruzado sus características básicas, ya sabes, edad aproximada, sexo, color de pelo y ojos, raza y etcétera, con las denuncias por desaparición, y no hay nada de momento.

—¿Habéis tomado huellas...? —Se detiene un instante—. Te lo he preguntado ya, ¿verdad? Estoy un poco nervioso. Estos temas me sacan de mis casillas.

—Bueno, es lógico —responde el policía, comprensivo, mientras mira su móvil, que acaba de vibrar—. No es un asunto para el que estemos preparados. Te comentaba antes que la doctora Olascoaga y su ayudante forense estaban tomando una colección de huellas del cadáver. Me acaba de enviar un mensaje el agente Jaso confirmando que esas huellas no están en el fichero SAID. Quizás tengamos más suerte con las reseñas morfológicas dentales, pero ya lo veremos. De momento, solo ha hecho un examen superficial.

—¿Sus huellas no estaban en SAID? Es buena noticia: al menos, sabemos que el difunto no tenía ficha policial. De momento, incorporaremos el expediente al fichero de personas desaparecidas y de restos humanos sin identificar —ordena.

—Lo haremos. Pero, como sabes, hay más de tres mil expedientes similares. Será difícil, y no será rápido.

Mientras sopesa los hechos, Calvo pasa su dedo enguantado por la superficie de la mesa. Nota varias rozaduras y se detiene, preocupado con la posibilidad de pincharse.

—¡Vale, recapitulemos! El Palacio de Hielo tiene que regresar a sus actividades, ¿no es así? Dadas las circunstancias, creo que debemos enviar el cadáver al Anatómico. Dentro de unos días, o el tiempo que indiquéis como prudente, si no habéis encontrado nada extraño, ordenaré la inhumación en un nicho de beneficencia... ¿Por qué me miras así? Espero que no hayas hecho equipo con esa médico forense tan pesada...

—¿Has hablado ya con ella?

—¿Hablado? ¡Es terca como una mula! Sus mensajes han repiqueteado en mi móvil toda la mañana. Confieso que me impedían concentrarme y lo he silenciado. Me ha dejado no sé cuántos recados. Me imagino que está con los dientes largos, queriendo sacar las tripas al hombre desconocido...

El inspector se cruza de brazos muy serio.

—Ah, ¿sí? Yo he entendido todo lo contrario: que no estaba nada contenta con verse obligada a practicarle una autopsia. Pero quizás lo he interpretado mal. En todo caso, se hará lo que ordenes, señoría, y no me cabe duda de que lo ordenarás si lo estimas necesario. Pero, antes de que tomes una decisión, ¿por qué no esperas a conocer el informe completo? —propone mientras intenta en vano sujetar su voz dentro de los límites de la neutralidad.

El juez Calvo se lleva de nuevo las manos a la cabeza, y se echa el cabello hacia atrás. Tiene un pelo envidiable. Siempre ha pensado que una buena cabellera es importante para triunfar. ¿Qué presidentes del Gobierno han sido calvos? Suárez, González, Aznar,

Zapatero, Sánchez, Rajoy..., todos tenían unas magníficas cabelleras cuando se presentaron a las elecciones. El de Calvo Sotelo, el único que incumplió con la regla, fue un nombramiento sobrevenido, cortísimo y con golpe de Estado.

—¡Tienes razón, inspector! Como siempre. Me resisto porque, como sabes, a raíz de la pandemia se prohibieron todos los trabajos de tanatopraxia. Y, en mi opinión, hicieron muy bien: cuanto menos se manipulen esos cadáveres, mejor. Ahora los anatómicos vuelven a funcionar, pero eso no significa gran cosa. Hay muchos pasos que dar antes de ponernos a hacer autopsias por un error humano en la identificación.

—De modo que estás convencido de que se trata de una confusión —indaga Rana.

El juez asiente con evidente convencimiento.

—Si lo más fácil es lo más probable, entonces sí: debe de tratarse de una simple identificación errónea. Supongo que saldría de su casa, con su corbata y su traje, y nunca llegó a su destino.

Salado niega con la cabeza.

—Más bien alguien lo vistió así. No he tenido ocasión de mencionar el detalle, pero la ropa que lleva puesta no es suya. El traje le queda anchísimo, y los pantalones, cortos. Por no hablar de que los zapatos no son de su talla. De hecho, no se los pudieron calzar. Eso también nos obliga a poner entre interrogaciones que los accesorios sean de su propiedad...

—¡Un momento! Para el carro, que no te sigo. ¿Piensas que ese reloj no es suyo? ¡Nadie en su sano juicio abandonaría algo así!

—En vista de las circunstancias, no podemos aseverar con absoluta seguridad que le pertenezca. El tipo de ropa, su calidad y demás indican un estrato social que cuadra con ese reloj, pero al confirmar que su vestimenta no es suya, tampoco podemos

especular sobre las joyas, a excepción de la alianza. Además, es solo un reloj.

—¡No es un reloj, es un Rolex! —exclama el juez furibundo. Él se ha comprado uno de segunda mano en la subasta de Navidad del Monte de Piedad, pero nunca se lo pone en el trabajo. En cuanto se escucha se da cuenta de que se está excediendo y añade bajando el tono—: ¡Qué extraño todo esto! Cuando la chica esta... ¿Cómo se llama?

—Si te refieres a la forense, es la doctora Edurne Sofía Olascoaga.

—¡Edurne Sofía! Deberían poner una multa a sus padres. ¡Un correctivo bien gordo!...

Salado proyecta un gesto de extrañeza.

—*Edurne* es una advocación de la Virgen; concretamente, la variante vasca de Nuestra Señora de las Nieves, patrona de Vitoria. Es un nombre muy extendido en Euskadi. Lo sé porque tengo una sobrina que se llama así. Además, no es tan raro; los he visto peores...

—¡No, no me refiero a eso! —se apresura a aclarar el juez algo avergonzado—. Hablo de los malditos nombres compuestos. ¡Ya me resulta difícil memorizar uno solo, para tener que andar memorizando dos! José Antonio, Juan Andrés, Pedro María, Juan Ramón... Hasta hay un fiscal que se llama Miguel Faustino. ¡Por todos los santos!, deberían multar a los padres y obligarlos a que se decidan por uno, y se acabó.

—Yo me llamo Gustavo Enrique: le transmitiré a mi madre que vas a multarla... Y, por cierto, ahí viene mi ayudante. ¿Sabes cómo se llama el agente Jaso?

—¿Juan Pablo? ¿Luis Enrique? ¿Óscar José?

—¡Javier, se llama Javier!... —El inspector se echa a reír—. Le viene de familia: padre, abuelo y bisabuelo llevan el mismo nombre

y no cabe duda de que, si tiene un hijo, seguirá con la saga. ¿Sabes cómo le llamamos?

—¿Javier?

—¡Exacto! Le llamamos Javier. O agente Jaso, si prefieres.

—Javier IV..., eso está bien.

2

El Hospital General Universitario Gregorio Marañón —antaño Hospital General de Madrid— ocupa una gran manzana en el céntrico barrio madrileño del Retiro. Con mil trescientas camas de hospitalización y más de seis mil facultativos, que atienden doscientas cincuenta mil urgencias, novecientas mil consultas y cincuenta mil ingresos anuales, es uno de los gigantes de la sanidad madrileña. Poco a poco, se ha colocado a la vanguardia de la tecnología y de la investigación, de modo que, para un especialista recién salido al mercado, trabajar en él es como escalar un tres mil. El sueldo es magro, tirando a ridículo, y se trabaja duro, pero se trata de un problema generalizado de la sanidad pública española.

La doctora Paloma Padierna consiguió ese sueño hace apenas un año, y ahora es uno de los cuatro adjuntos que, junto a un jefe de servicio, diez médicos internos residentes, catorce enfermeros y trece auxiliares, forma la plantilla del servicio de Medicina Interna del hospital.

A eso de las cuatro de la madrugada, la doctora Padierna entra en una pequeña habitación de la cuarta planta, cierra la puerta y admira con codicia la colcha blanca y lisa y la impresionante almohada que tiene ante ella. Sonríe mientras con los ojos cerrados inspira profundamente. Está de guardia. Otra vez. Es la segunda guardia de la semana y ha tenido tres la semana anterior. Son las secuelas del covid.

Tras dejar atrás los traumáticos meses de marzo y abril, espantosos para médicos y pacientes, las unidades especiales creadas a raíz de la pandemia se habían ido desaguando poco a poco, hasta quedar reducidas a la mínima expresión: tres o cuatro pacientes. No obstante, lo que ahora padecen es la llegada en tromba de todos los enfermos que, no atreviéndose a acudir entonces, han decidido recuperar el tiempo antes de irse de vacaciones de verano. Sin reemplazos, la avalancha, sumada a la necesidad de cubrir los turnos de quienes se han contagiado o tomado vacaciones, hace que tenga guardia cada dos o tres días.

Está exhausta. Todos están exhaustos. Lo inusual se ha convertido en típico, pero sigue erosionando como siempre. En el hospital, sin embargo, no se escuchan demasiadas quejas: Madrid se hizo una sociedad más benigna a causa de esta catástrofe, y los médicos saben que es el momento para dar el do de pecho. Además, ¿de qué serviría lamentarse?, ¿alguien los escucharía? Algunas veces lo han debatido entre ellos. Las autoridades no podrían aguantar demasiado tiempo una huelga general de médicos. Con tan solo unas horas de brazos caídos, se verían obligados a claudicar. El problema es que nadie quiere tener en su conciencia la docena de muertos que provocaría.

La habitación del adjunto de guardia es espartana como la celda de un convento: cama con edredón marca de la casa, mesa con una silla y baño con ducha. Pero, a esa hora de la madrugada, y tras una guardia interminable, un colchón de noventa y una almohada mullida se le antojan más fascinantes que una suite en un Four Seasons.

Nada más tocar las sábanas, la doctora Padierna se hace un ovillo y se queda profundamente dormida. Apenas una hora después, tiempo que a ella le parece un suspiro, suena su teléfono. Su

reacción es automática. No sabe qué secreto esconde ese pitido, pero es infalible. A diario, necesita de la ayuda de varios toques de alarmas para levantarse, sin embargo, cuando está de guardia parece que su cerebro se hubiera programado para despertarla al primer timbrazo.

Es el residente de segundo año.

—Paloma, soy Miguel, el R2. Siento despertarte, pero me gustaría que echases un vistazo al de la 54b.

El R2 habla en un tono timorato, casi medroso. No ha hecho muchas guardias con ella, pero las malas lenguas lo dejan claro: la doctora Padierna tiene mal despertar. Sus gritos huelen a azufre.

—¿Que le eche un vistazo? ¡No me jodas, Miguel! Si no es Brad Pitt, no quiero echar un vistazo a nadie. Y si es él, me lo pensaré.

Durante un instante, el teléfono queda mudo. Padierna cree que ha sido suficiente, y apoya de nuevo la cabeza en la almohada. Pero vuelve a sonar.

—Creo que tiene una insuficiencia cardiaca —indica—. Pero hay un problema: el de la 54b es un puro... Quiero decir que es uno de esos pacientes que tiene de todo: diabético, hipertenso, una EPOC... Le iba a poner una ampolla de Seguril...

—¡Pues seguro que te lo agradece! ¿Por qué me despiertas?

El residente traga saliva. La llamada va peor de lo que esperaba. Nota en el tono de la doctora Padierna una creciente hostilidad. Cierra los ojos, y, aunque su voz suena acojonada, insiste.

—Es que no estoy muy seguro.

—¿Del tratamiento o del diagnóstico?

—Bueno, un poco de ambos... Tiene algo de disnea, pero la auscultación me ha parecido normal. Le he pedido una placa, una analítica y un electro. En la placa no hay infiltrado; solo un poco de

líquido en seno costofrénico. La analítica normal: un pelín de leucocitosis y una PCR ligeramente elevada.

—¿Y el electro? —En la pregunta, ya no hay crítica, solo curiosidad técnica.

—El electro normal, pero está desaturando; le he puesto oxígeno con mascarilla al treinta y cinco por ciento, pero sigue en el ochenta y nueve por ciento de saturación...

Paloma, que se ha incorporado y calzado los zuecos, ya está completamente despierta.

—Recuérdame por qué ha ingresado.

—Le intervinieron hace veinticuatro horas: le han colocado una prótesis de cadera.

Paloma se pone en pie y chilla mientras se coloca la bata sobre el pijama verde:

—¡No hagas nada, voy para allá!

La enfermera coge la historia en cuanto la ve acercarse como un tren en velocidad punta. Su coleta rubia se mueve tras ella como si le dieran cuerda. Se la tiende mientras le susurra:

—Es buen chaval, Paloma. Trabajador, cumplidor y aprende deprisa. Pero recuerda que es R2 y la planta de Medicina Interna aún le queda un poco grande.

La enfermera tiene razón. Miguel es buen tío; se preocupa por los pacientes, y no es uno de esos iluminados que hacen locuras a lo doctor House sin consultar: no hay nada peor que un recién llegado que se cree omnisciente. Pero a Paloma Padierna le nace un extraño y desafortunadamente conocido genio cuando está estresada. Toma la historia que le tiende la enfermera y entra en la habitación cincuenta y cuatro, seguida a corta distancia por Miguel. La cama b está junto a la puerta. Corre la cortina para no molestar al

compañero de habitación, que, a tenor de los ronquidos, duerme plácidamente.

—Romualdo, buenas noches. Soy la doctora Padierna. Me comenta mi compañero que no se encuentra bien. Dígame, ¿qué le ocurre?

El hombre levanta los ojos y se topa con una doctora bajita, cuyos ojos color miel le miran fijamente. Se retira la mascarilla del oxígeno para responder. Lo hace en voz baja y entrecortada.

—Ya se lo he contado a él —dice mientras dirige su dedo índice hacia Miguel—. Estoy muy fatigado. Me cuesta respirar.

Mientras le toma el pulso, y luego pide a Miguel que lo haga él también, continúa con las preguntas.

—Y esa fatiga, Romualdo, ¿ha venido de repente o la tiene desde hace tiempo?

—De repente. Sin más.

Se gira para consultar con la enfermera. Merche se ha quedado en una discreta segunda fila, pero es perro viejo: lleva allí mucho tiempo y anticipa qué le va a preguntar.

—Le hemos tomado la temperatura y no tiene fiebre: treinta y seis cuatro.

—Gracias, Merche. ¿Ha tenido tos, Romualdo?

—No, doctora. Solo fatiga.

—Tranquilo. Ahora lo solucionamos. Voy a auscultarle, ¿vale?

—Ya lo ha hecho el otro doctor... —replica el paciente, que no logra acostumbrarse a que una mujer que no es su esposa le ande toqueteando sin poder protestar.

Se gira. Miguel enrojece.

—¡Pues tiene usted suerte! Ahora lo vamos a hacer los dos juntos. Ya sabe: cuatro orejas oyen más que dos. Empieza tú, Miguel.

El médico obedece. Pocos segundos después contesta casi mecánicamente.

—Tiene un poco de taquicardia, pero no escucho soplos. Quizás algún crepitante aislado —contesta el residente casi mecánicamente.

La doctora Padierna le corta sin contemplaciones.

—Perfecto: ahora vamos a ver cómo tiene esas piernas, Romualdo.

—¿Las piernas? ¿Por qué me quiere ver las piernas? —indaga el paciente agobiado y tembloroso porque aquella médico quiera explorar sus bajos.

—Seguro que las tiene usted muy bonitas, caballero...

Sin darle tiempo para la réplica, retira la sábana. Le esperan unas extremidades delgadas, blanquísimas y casi sin vello. Sus ojos se detienen en la pierna izquierda, que está edematosa. Hace que Miguel se fije bien en ese detalle.

—¿Desde cuándo tiene hinchada esta pierna, Romualdo?

El paciente de la 54b no tiene que pensarlo.

—Desde ayer por la tarde, pero he pensado que era normal. Por la operación, ya sabe...

Sin avisar, Paloma le aprieta el gemelo. El hombre emite un quejido lastimero y trata de quitarle la mano.

—Veo que le duele.

Romualdo asiente de nuevo.

—Es usted muy perspicaz, doctora.

Paloma le cubre mientras se echa a reír.

—Ya le dejo en paz, que veo que está deseando que me vaya. Miguel, ¿le has pedido gasometría y dímero-D?

—Pues no. Yo... No había pensado en eso —balbucea.

—¿Desde cuándo está con heparina profiláctica?

El joven médico coge la historia con dos dedos, como si quemara, y pasa las dos páginas.

—Lo siento, doctora Padierna. Ha habido un error. No está pautada.

Paloma cierra de nuevo los ojos y hace un par de inspiraciones hondas para tratar de calmarse. Después, se dirige al paciente:

—Romualdo, le van a hacer un par de pruebas para confirmar nuestra sospecha. Tendremos los resultados enseguida...

—¿Y cuál es su sospecha, doctora? —pregunta este. Le duele mucho la pierna en la zona donde le han tocado y miles de miedos le rondan por la cabeza.

—Es muy posible que tenga un TEP, así es como llamamos al tromboembolismo pulmonar.

—¿Eso es grave, doctora? Suena muy mal...

Con suma amabilidad, Padierna se sienta a los pies de su cama y le explica.

—Verá, Romualdo. Las personas que permanecen varios días encamados, sobre todo cuando la causa es una intervención quirúrgica, pueden formar pequeños coágulos en las venas de las piernas. Los llamamos *trombos*. Si esos trombos se sueltan y llegan a los pulmones, pueden obstruir la arteria pulmonar. ¿Y qué ocurre? Pues que, como los pulmones no pueden realizar adecuadamente su función, no llega oxígeno suficiente a los tejidos. Creemos que es lo que le está pasando a usted; por eso se fatiga.

—¿Pero es grave? —insiste Romualdo, a quien no le interesaban las explicaciones, sino los remedios.

—Puede serlo si no se coge a tiempo. Pero no vamos a permitir que le pase nada, ¿verdad, Miguel? Lo que vamos a hacer es suministrarle heparina, que es un medicamento que evita que se

formen más trombos y deshace los que ya tiene. Cuánto pesará usted, ¿unos setenta kilos?

—Setenta y dos —contesta Merche, que está al quite.

—Mi mujer dice que he adelgazado estos días —apostilla Romualdo, sin que nadie le escuche.

—Vale. ¿Cuánto Hibor le ponemos, Miguel?

El residente, más animado, saca su móvil, abre la calculadora y recita en voz alta:

—Ciento quince unidades por kilogramo de peso y día, por setenta y dos, hacen ocho mil doscientas ochenta.

—Diez mil unidades —sentencia la adjunta—. Y ahora, le dejamos descansar. Pasaré luego a verle...

En cuanto sale de la habitación y entran en el cuarto de residentes, Padierna se desata en ladridos:

—¿Insuficiencia cardiaca? ¿Cómo va a tener insuficiencia cardiaca, Miguel? ¡No tiene crepitantes, ni hepatomegalia, ni soplos, ni ingurgitación yugular!

—Lo siento, yo creí que... Me pareció...

—El creique y el penseque son primos hermanos del tonteque. ¡Déjate de cosas y estudia! Enséñame el electro —le responde muy seria.

Merche se lo tiende. Y entonces, se despiertan todos los infiernos.

—¡Por todos los santos, Miguel! ¡Mira esto! —El residente se acerca al papel, bajo el cual se habría escondido de haber podido. Casi se traga el folio de lo cerca que está—. Mira este electro, ¿qué ves?

Con voz de cordero recita:

—Un patrón S1Q3T3.

—¡Sí, señor! ¡Por Dios, un paciente añoso que acaba de ser operado, que empieza con disnea súbita te obliga a pensar en un

tromboembolismo! Pero si estás tan despistado que no piensas en eso, al menos interpreta el electro. ¡Es de primero de pañales! —Trata de tranquilizarse, pero no puede—. ¿Es que no le has mirado la pierna? ¡Y nadie, ni las enfermeras se han dado cuenta de que no se le ha pautado heparina! ¡Pide una gasometría y un dímero-D, cagando leches!

—Ahora mismo, doctora Padierna.

Pero antes de que salga, Paloma, arrepentida por la aspereza de su exabrupto, le llama de nuevo.

—Sé que no es fácil. ¡Nada en medicina lo es!, pero tu olfato es causa directa de tu acierto. Tienes que aprender a olerlos, Miguel. ¡Un TEP se los lleva por delante en muy poco tiempo! Lo bueno del disgusto que tienes es que estoy segura de que no se te pasará uno más. Y ahora, ¡quiero un angiotac urgente! Sí, eso es lo que quiero y diez horas seguidas de sueño.

3

El agente Javier Jaso se recoloca los guantes de látex mientras observa a la doctora Olascoaga realizar una primera inspección visual del cadáver y tomar fotografías de los distintos elementos de prueba. Ambos llevan traje especial de protección. En silencio, y a cierta distancia, sigue con atención y curiosidad el trabajo forense.

El inspector Salado, su jefe, ha abandonado la sala, habilitada para esos menesteres, para acudir en busca del juez, que ha avisado de su llegada; en su mano, las pertenencias del difunto, ya desinfectadas, metidas en una bolsa de pruebas; en su retina, el curioso descubrimiento.

—Te sugiero, Javier, que observes con detenimiento nuestro trabajo. Los policías que saben lo que deben mirar y cooperan con nosotros son mejores policías —comenta la médico forense.

Jaso está de acuerdo. Sabe que su presencia no es necesaria, pero le gusta estar donde se cuecen los detalles. Además, es consciente de que ha empezado tarde y quiere darse prisa.

Tras una extraña carambola de la vida, acaecida hace algo más de un año, Javier Jaso ha llegado a formar parte del Cuerpo Nacional de Policía. Nunca se le había pasado por la cabeza dedicarse a aquel trabajo: de niño, ni siquiera había pedido una pistola de vaquero a los Reyes Magos.

Hijo de un afamado abogado, estudió Derecho con una dedicación *amateur* al rugby. Nada más culminar sus estudios, entró en un despacho de postín donde pasó dos largos años trabajando ochenta

horas por semana, y empleando los ratos de descanso para salir a correr con el fin de no perder la forma física. Fue muestra suficiente para saber que el ejercicio profesional no era lo suyo. No es que fuera feo o desagradable, simplemente era como el golf: individual, técnico, vallado. Javier Jaso prefiere el modelo del rugby, un deporte de equipo, de contacto, de fuerza, pero también de flexibilidad. Correr con la pelota en las manos, protegiéndola con la envoltura de su cuerpo, evadiendo a los jugadores del equipo defensor, no es lo mismo que andar tras una pelotita blanca.

Por eso, cuando uno de sus compañeros de universidad le dijo qué se estudiaba para entrar en la escala básica de la Policía Nacional, se le encendió la bombilla y decidió preparar la oposición. Las pruebas físicas no fueron un problema: Javier mide metro noventa, y, de sus cien kilos, el setenta por ciento es músculo. Los exámenes escritos tampoco supusieron gran dificultad: en tres meses estaba en la escuela de Ávila. A su padre no le hizo demasiada gracia, pero respetó sus deseos. Solo le recriminó no haberse presentado a la escala ejecutiva.

La Academia, situada en el extrarradio de Ávila, era enorme: diez bloques de residencias, un edificio de aulas, zona deportiva, clínica, biblioteca, cafeterías, billares... Pese al tamaño, y la humildad de las instalaciones para alguien acostumbrado a una vida de cierto acomodo, sintonizó de inmediato con el ambiente. El idilio se reforzó en el periodo de adaptación sin placa. Como punto negro, si es que veía alguno a aquel puesto, figuraba tener que ir armado en todo momento: le estaba costando acostumbrarse. En todo caso, sabía que su mejor arma era su cerebro, encerrado, eso sí, en su metro noventa.

Tras jurar el cargo, consiguió por méritos propios una de las plazas de policía judicial. Ahora, con veintisiete años, está dispuesto

a comerse el mundo y tiene la intuición de que auxiliar al juzgado en esta investigación penal se lo va a permitir. Se ha puesto como meta ascender a oficial en el mínimo tiempo, mientras va preparando la oposición para inspector.

Tras culminar la inspección del cadáver, Jaso deja a la doctora Olascoaga ocupándose del informe, se desprende de la vestimenta de protección, se coloca su ropa y va en busca del inspector Salado y del juez Calvo. En lontananza, los ve en el cuarto que les sirve de improvisado despacho, uno en pie y otro sentado, y se le desliza una sonrisa maliciosa. Los dos hombres son más o menos de la misma altura, pero no se parecen en absoluto. Calvo tiene rasgos celtas: cabello abundante, rubio tirando a pelirrojo, pecas y cara de pillo. Mientras que Rana Salado es moreno, de nariz aguileña y piel aceitunada: podría pasearse por un barrio árabe sin levantar sospechas. El juez, de buena planta, viste y gesticula como un banquero; el inspector, como un delincuente. Pese a todo, y aunque solo lleva unos meses trabajando a su lado, le respeta. El inspector parece honrado, y es tan meticuloso (u obsesivo, según se mire) como él.

—¡Hablando del rey de Roma! Aquí lo tenemos: juez Calvo, te presento al agente Javier Jaso. Lleva poco tiempo con nosotros, pero apunta maneras.

Su señoría le recibe con una inclinación de cabeza.

—Un placer, agente Jaso. ¿Te parece bien si te llamo Javier, como tus colegas? Se me da fatal lo de los nombres.

Se cruza de brazos mientras replica:

—Puede llamarme como quiera, señoría. Otra cosa será que responda.

—¡Pues más te vale que lo hagas! Los jueces solemos tener mal genio. Aunque yo también me andaré con ojo. ¡Menuda exhibición

de músculos!

—Rugby, señoría...

—Entiendo. Anda, sé bueno y ponnos al día. Debo regresar al juzgado —le corta sin contemplaciones.

—De acuerdo. En esta primera ojeada, el equipo forense no ha hallado nada reseñable, pero insisten en que todo lo que apunten resulta preliminar. A simple vista, no hay traumatismos ni heridas contusas, ni siquiera superficiales. Como corresponde a su edad, a la vista tampoco hay tatuajes, pero no se puede asegurar que no se encuentre alguno en la segunda inspección: aún hay muchos cabos de los que tirar.

—Eso os lo dejo a vosotros, que lo hacéis muy bien. ¿Hay algún indicio que haga necesaria una autopsia? —plantea el juez. Está convencido de que, en cuanto aparezca doña forense, lo pedirá.

El agente se lanza.

—Bueno, nos hallamos en los inicios de la investigación, y todo es circunstancial. Pero los datos recabados hasta el momento son, al menos, curiosos: se trata de un hombre y, por tanto, no se llama Berta Heras, como reza la etiqueta de su sudario. Lo metieron en la caja vestido, pero ni la ropa que lleva puesta ni tampoco los zapatos son suyos. Desconocemos si le pertenecen, pero lo han enterrado con un reloj y unos gemelos valiosos, lo que es inhabitual. Por otro lado...

El juez le interrumpe mientras calibra al agente. Parece más culto que la media. Y muy perspicaz, por no hablar de que tiene una facha imponente. Sin embargo, tiene el presentimiento de que le va a dar mucho trabajo.

—Ya sé por dónde vas. Pero deja que actúe un momento como abogado del diablo: si se tratara de un asunto, digamos, turbio,

¿crees que hubieran dejado ese Rolex de oro en su muñeca? ¿Cómo explicáis eso?... ¿Rana?

Salado lo medita unos instantes, no muchos: las reticencias del juez no van a cambiar su punto de vista.

—Tienes razón en una cosa, señoría: podemos descartar un robo, pero ese reloj no nos permite eliminar otras circunstancias. Si concurrieran y esa autopsia nos deparara malas noticias, entonces... En fin, particularmente, si tengo que enfrentarme a un asunto turbio, lo prefiero por dinero. Los hombres vengativos tienen comportamientos mucho más sibilinos y dan muchísima lata.

El inspector aguarda la reacción del juez, pero no la hay. Su señoría se toma unos momentos para contestar.

—Salvo que Javier nos aporte algo nuevo, yo sigo apostando por una confusión o más bien unas cuantas. Quienquiera que manejara los listados, o el Excel de turno, la ha cagado de lo lindo, algo que, en las presentes circunstancias, es hasta excusable.

—Si quieres deshacerte de alguien con poco riesgo, este sería el momento ideal, ¿no crees, señoría? Un delito sin escenario, huellas, ni piedra bajo la que mirar es una bicoca —arguye el joven agente.

—Sin duda, lo sería. Pero no creo que vayan por ahí los tiros. De ser así, ¿por qué no terminaron el trabajo? Alguien listo y con intenciones criminales no permitiría que nosotros identificásemos ese cuerpo.

—Si es que logramos identificarlo —apostilla Jaso—. Lo digo porque concurre otro detalle chocante, o, al menos, extraño: como en todos los fallecidos, en este hay un parte de defunción. El correspondiente a este fallecido...

—Dice que se trata de una mujer llamada Berta Heras...

Javier se muerde el labio inferior. En esta ocasión, no le ha gustado que le interrumpan.

—Acierta, señoría, pero no iba a ese punto, sino al nombre del médico forense que lo suscribe. He comprobado la firma para hablar con él o con ella, puesto que podría aportar información valiosa para averiguar dónde puede estar el error. El parte está firmado por un o una tal... Un momento, tengo que leerlo para acordarme. —Rebusca en el bolsillo de su camisa de finas rayas granates, y saca una pequeña libreta negra con apertura vertical—. Aquí está: lo firma Capit Ludum seguido de un seis en números romanos.

—¡Vaya un nombrecito! Desde luego, el tío no es de Cuenca.

—Eso mismo pensé yo, pero ya hay muchos médicos extranjeros trabajando en España. Este suena a italiano, rumano o similar. En realidad, a lo que suena es a latín. En todo caso, pregunté en los juzgados. Y esto es lo curioso: nadie ha oído jamás ese nombre; de hecho, no parece que exista. He llamado a la Sociedad de Patología Forense, a la que creo pertenecen la mayoría de los forenses, y tampoco está inscrito.

El juez Calvo nota que algo se le remueve en el pecho, y comienza a sudar.

—¡No fastidies, Javier, que íbamos muy bien hasta ahora!

—No lo hago a propósito, señoría, se lo prometo. Pero el hecho es que estamos ante un desconocido disfrazado que ha sido declarado muerto por un fantasma.

El juez deja caer los brazos con resignación.

—Vale, me habéis convencido. Dejaremos a Edurne de las Nieves y las montañas vascas que practique su autopsia a ver qué puede averiguar.

—¿Quieres hablar con ella? Anda por aquí. Al menos, hace quince minutos andaba... ¡Anda, qué sincronización! Aquella chica que viene hacia nosotros es la doctora Olascoaga.

—Es bastante joven —comenta Calvo observándola en lontananza. Lo hace con curiosidad, porque no logra entender cómo es posible que cada vez haya más mujeres rajamuertos.

—Con la mascarilla no se nota, pero también es bastante mona. Para ser forense, claro —añade Salado.

—Recuerda quién te ha regalado la colonia, Rana —le recrimina el juez.

4

En otras circunstancias, Paloma Padierna habría vuelto a su habitación y retomado el sueño, pero la bronca la despeja casi por completo. Si fuera sincera consigo misma, se daría cuenta de que no es Miguel, sino sus dudas las que le impiden volver a conciliar el sueño. Está segura de que se trata de un TEP, pero es consciente de que hay un diez o quizás un quince por ciento de posibilidades de que se equivoque. La medicina es una ciencia compleja y aún le queda mucho por aprender. Es como viajar con una brújula vieja y desimantada de la que solo puedes fiarte a medias. Hasta que el resultado de las pruebas confirme su diagnóstico, no va a ser capaz de dormir, de modo que regresa a la sala de residentes, pero al ver allí solo a Miguel, se lo piensa mejor, y permanece en el mostrador haciendo que revisa unas pruebas. Tras el mal trago que le ha hecho pasar, el joven residente se ha dejado caer en uno de los sillones de la sala, y Paloma, un poco avergonzada, no quiere estropearle el tiempo de descanso.

Hay una caja de pastas sobre la mesa. «Cumpleaños de alguna enfermera», piensa. Miguel, que la sopesa en un par de ocasiones, ya que tienen buena pinta, finalmente no las toca: tiene el estómago revuelto. Cierra los ojos y trata de desconectar, pero la llegada de otros colegas le obliga a volver a la vida. Paloma puede escuchar retazos de la conversación desde el pasillo.

—¿Quieres uno, Miguel?

—Por mis venas no corre sangre, sino café. Si tomo uno más, reviento.

Uno de los recién llegados le palmea el hombro con cariñoso compañerismo.

—Dicen que PP acaba de clavarte los colmillos. ¡No me mires así! Las noticias corren como la pólvora en un hospital, por grande que sea. Además, tienes mal aspecto.

Miguel baja los pies de la mesa.

—¡Joder, tío: se me escapó un TEP! Lo confundí con una insuficiencia cardiaca: como si fuera un puto estudiante. Pero te aseguro que he aprendido la lección para siempre. Eso es lo que hacemos aquí, ¿no? Aprender.

—Eso es cierto, pero la tía machaca. Se le nota que viene de donde viene: manda como una marquesa. ¡Le va bien el nombre!

—¿Qué quieres decir con el nombre? ¿PP no son las iniciales de Paloma Padierna?

La carcajada, generalizada, llena la sala.

—Bueno, sí, también, pero mayormente se deben a que es más de derechas que la mano de un diestro. Su familia tiene un casoplón en Puerta de Hierro, o por ahí, que lo flipas. Y solo hay que ver cómo viste: mazo pija. Lo que me pregunto es por qué trabaja en un hospital público, en vez de en la privada. No es precisamente su entorno.

—No eres justo —interviene una residente. Se llama Yolanda y es R3—. A mí me da igual que sea de derechas o de izquierdas. Lo que sé es que la doctora Padierna se preocupa mucho por los pacientes, y por nosotros. Se enfada cuando la cagas y afectas a un paciente, pero yo puedo vivir con eso. Prefiero una discusión acalorada a un desprecio absoluto: lo que no soporto es que me dejen sola ante el peligro, sin que pueda consultar con alguien más experimentado.

—¿Se enfada? Parece lanzarse como un halcón sobre su presa. ¡Seguro que está amargada y quiere amargarnos a los demás! El dinero no lo compra todo.

—¿Está casada? —indaga Miguel.

—¿Por qué? ¿Te gusta? Te queda un poco vieja, ¿no crees? Andará por los treinta. Es mona, no lo niego. Rubita, ojos castaños: pija, ya digo. Pero es canija.

—Es bajita, sí —comenta Yolanda—. Si yo tuviera su altura, también iría siempre con tacón. ¿Cuánto medirá? No creo que pase de metro cincuenta. He oído que tiene un novio que es abogado del Estado o notario, algo de eso. Dicen que el doctor Faus, el de reumatología, también le tira los tejos...

Con la cabeza inclinada hacia la derecha, tratando de escuchar lo que puede, Paloma da un respingo. «¿Faus?, ¿me tira los tejos? ¡Qué tontería! ¡Me habría dado cuenta!».

—¡Hasta que le arme una bronca! —se carcajea Miguel.

Ninguno de los tres repara en Merche, que entra en la sala, se sirve un café, se sienta y come una pasta mientras consulta su móvil. Centrada en la pantalla, no da la impresión de estar escuchando la conversación. Pero es una falsa apariencia. Su mutismo no resiste demasiado.

—Esta es una familia pequeña, donde todos conocemos todo de todos —dice mientras juega con un vaso de plástico que hay sobre la mesa—. Aunque estéis de paso, vosotros pertenecéis a ella. Lo que viváis estos años impactará toda vuestra vida. De aquí saldréis siendo buenos médicos o mediocres matasanos. Y la diferencia la pone gente como PP. —Todos enmudecen. Yolanda mordisquea el capuchón de su bolígrafo de propaganda—. Si no la escucháis, lo lamentaréis. Y, es cierto, está soltera... Pero no creo que tengáis

muchas opciones. Hay dos colegas que ya le han echado el ojo —concluye con una sonrisa pícara—. ¡Y uno es cirujano plástico!

—¡Cuenta, cuenta! —responden al unísono.

5

—¿Cómo proponéis proceder? —indaga el juez, que gana tiempo mientras la médico forense recorre los metros que le faltan para llegar hasta ellos.

La respuesta queda suspendida en el aire al sonar el teléfono.

—Perdona, señoría: tengo que contestar. Es de la central.

Los tres se mantienen en silencio mientras el inspector recibe la información y cuelga.

—¡Acertaste de plano, Javier!

—¿En qué? —pregunta el juez con curiosidad.

—La ropa y el calzado del finado parecían de muy buena calidad y de extraordinario corte. Javier sugirió que podría estar confeccionada a medida, o haber sido adquirida en una de esas prohibitivas tiendas de la calle Serrano, y que esos datos nos conducirían hasta su dueño. Con el calzado no ha habido suerte, pero el traje está confeccionado a medida. Bueno, a medida de quien sea, porque el fallecido lleva ropa prestada. Lo ha cosido un sastre de la calle Velázquez: lo certifica una de las etiquetas. Iremos a verle para tratar de identificar a su dueño: a ver si somos capaces de sacar algo útil de ahí. Por cierto, señoría, también llevaba chaleco —añade, al tiempo que apunta con el dedo al traje del juez.

A este le invade un extraño desasosiego.

La mujer llega finalmente hasta ellos.

—Buenos días de nuevo a los conocidos. Saludos, señoría: soy la doctora Olascoaga. Edurne, para abreviar. Te he perseguido

insistentemente por teléfono esta mañana...

—Mucho gusto —responde rígido y dando un paso hacia atrás. Saber a qué se dedica esa mujer le conmueve profundamente—. Precisamente, el inspector me estaba informando de que el muerto no es el que esperábamos.

—El examen ocular confirma, sin ninguna duda, que no es Berta Heras, sino un varón blanco barbudo, de edad comprendida entre los sesenta y muchos y los setenta y muchos. Sin más análisis no puedo ser más precisa. He tomado fotografías, y un juego de huellas, eso es todo: tal y como estamos, debemos andarnos con cuidado.

El juez no sale de su asombro.

—Un momento, doctora: tus insistentes llamadas ¿no eran para convencerme de que se practicara la autopsia?

Olascoaga niega moviendo la cabeza con viveza.

—¡En absoluto! Solo quería advertirte de que, si ordenabas una autopsia, tendría que hacerse tal y como dictan los protocolos anticoronavirus, que, dicho sea de paso, son muy restrictivos. Y quería advertirte, además, de que no voy a saltármelos.

—Entonces, ¿prefieres no practicar autopsia?

—Preferiría no hacerlo, sí, pero no me toca a mí juzgarlo, es cosa tuya. En fin, decía que, a primera vista, no veo nada destacable, salvo, quizás, un dato curioso... —La forense estira los brazos y enseña a los dos policías sus manos, sin recordar que lleva puestos guantes quirúrgicos. Al verlos, los recoge mientras suelta una carcajada, que contagia a Salado. El juez no se ríe: no con un cadáver cerca—. Perdón, es que estoy tan cansada que no sé ni lo que hago. Lo que quería decir es que el finado tiene estrías trasversales blancas en las uñas. Es lo que llamamos *líneas de Mees-Aldrich.* Aparecen en alguna intoxicación crónica por arsénico.

—¿Y te has fijado en eso en la inspección preliminar? —pregunta sorprendido el agente Jaso.

A la mujer se le colorean tanto las mejillas que el efecto se observa incluso con la mascarilla.

—Mi tesis doctoral versa sobre envenenamientos. Estoy concluyéndola. Por eso me fijo enseguida en esas cosas...

—¡Buen tema! —señala Salado con ironía—. Yo que tú pondría a Putin de presidente del tribunal: ¡te dan seguro una beca posdoctoral en el Kremlin!

—¡No te rías, inspector, es un gran tema! Estoy trabajando en un caso histórico que tuvo lugar en el condado de Kent (Inglaterra) en noviembre de 1833. Al pobre George Bodle se lo cargó su nieto cebándole con arsénico... Lo voy a hacer corto, porque supongo que tanto el apasionante como truculento trasfondo no os interesa. El caso es que mi colega de aquellos años no pudo aislar el arsénico en el cuerpo del difunto, y el jurado lo dejó libre. Años después lo trincaron por chantaje y confesó que efectivamente había envenenado a su abuelo con arsénico. —Levanta los brazos teatralmente. Salado y Calvo miran extrañados a la mujer, que más que hablar parece representar una obra de Shakespeare—. En fin, sin duda, los ingleses son seres apasionantes, sin embargo, hay que decir que esas bandas blanquecinas de las uñas se coligan con muchos más motivos que el arsénico: linfoma de Hodgkin, insuficiencia cardiaca congestiva o algunas infecciones parasitarias, por ir a lo más común. Para salir de dudas, he tomado una muestra de cabello. Algunos elementos como el arsénico o el mercurio pueden acumularse ahí indicando una exposición crónica o puntual. En todo caso, llamo...

—¡Un momento, por favor! —la detiene el juez—. Haya sido bien o mal clasificado, tenía entendido que, si este hombre está aquí, en

este Palacio de Hielo, es porque murió por covid-19 en algún hospital o domicilio de la zona. Pero ahora dices que podría haber muerto por arsénico, ¿lo he entendido bien?

—No puedo confirmar nada, señoría: ¡solo lo he visto diez minutos, tras un EPI! Estoy exponiendo todas las posibilidades. Igual que he tomado muestra del cabello para mandarlo al laboratorio, hice una PCR con un raspado nasofaríngeo. Ahora queda esperar los resultados.

—¿Y las PCR funcionan con cadáveres? —indaga Jaso.

La mujer se encoge de hombros.

—El coronavirus puede durar un par de días en la ropa, madera o vidrio y hasta casi cinco días en plásticos, acero inoxidable, billetes o mascarillas quirúrgicas. Pero hemos de tener en cuenta la temperatura: aquí ha estado a cero grados. De modo que no lo sé: para asegurarme, debería tomar una biopsia en pulmones o tráquea.

Salado vuelve a tocar su arma.

—¡De modo que estamos como estábamos! A ver, doctora Olas... —*Olascoaga,* le ayuda ella—. Eso, Olascoaga, ¿qué probabilidad darías a una intoxicación por arsénico?

—Muy baja, la verdad.

—¿Y de que no sea por el virus?

—Para eso tendría que hacer más análisis. Te recuerdo que esa era la razón de mis llamadas...

—El protocolo durante la pandemia, ya. O sea, que prefieres que omitamos la autopsia —insiste el juez mucho más contento. Evitar la impúdica exhibición de un cadáver se le antoja harto satisfactorio.

—Repito que mi equipo hará lo que ordenes, pero dentro de los parámetros que nos permite la situación.

En ese momento, viendo que el caso se le va de las manos, Salado decide intervenir:

—Ahora voy a hacer yo de abogado del diablo: si fueras una asesina como el personaje de tu tesis, y quisieras cargarte a alguien, ¿sería este un buen momento?

Olascoaga no se hace esperar. Se sonríe taimada y responde:

—¿Bueno? Bueno no, yo diría que excelente, óptimo. ¿Qué mejor momento para cargarse a alguien y ocultarlo que una pandemia con miles de muertos, la policía ocupada en el estado de alarma y las autopsias prohibidas? ¿Estás de acuerdo, Leoncio?

—Gustavo —corrige el inspector.

Se inclina para disculparse, pero a medio movimiento se detiene.

—¡Estoy pensando que he acertado en la mayor parte de las letras!

—Una de siete —aclara Javier, aficionado a los crucigramas y las sopas de letras.

—La doctora no tiene pinta de asesina —zanja el juez, que está deseando marcharse—. Habrá que avanzar un poco más en la investigación y ver hacia dónde nos conduce, si a un mero error administrativo, que es por lo que apuesto, o a otro lado.

—Nada me satisfaría más que irme de fin de semana sin esto en la cabeza, pero hay otro asunto que me inquieta —masculla Olascoaga.

Los dos policías y el juez fijan en ella la mirada extrañados.

—¿Puedes explicarte, por favor?

—No sé, no es algo concreto, bueno, concreto sí es, pero no sólido. Me refiero a la disposición del cadáver en el ataúd, la vestimenta, los zapatos fuera de los pies..., todo parece demasiado preparado para que se trate de un error humano de clasificación. Y luego está la fecha de la muerte...

—¿Qué pasa con la fecha de la muerte?

Esta vez, Edurne habla muy seria, con una voz que a su señoría le pone los pelos de punta.

—Antes de nada, debo insistir en que el cadáver ha estado en unas condiciones muy específicas, en que no he hecho autopsia y en que solo lo he visto parcialmente desnudo. Además, pasados quince o veinte días se complica la datación...

—¡Pero este hombre no lleva quince o veinte días muerto! —interrumpe el agente Jaso—. Según el documento Excel, el que recoge las salidas y entradas en esta morgue improvisada, la localización D13 fue ocupada con el cadáver de Berta Heras hace exactamente diez días. Pudieron tardar un par de días en traerlo hasta aquí, pero desde luego no veinte.

—¡Pues eso no cuadra con lo que he visto! Este muerto no es tan reciente. Calculo que cinco o seis semanas. Quizás más...

—¡Más a mi favor! Una equivocación tras otra... —concluye el juez Calvo—. Empezad con vuestras indagaciones; estoy seguro de que me darán la razón.

6

La guardia había sido extremadamente larga. Todas tienen la misma duración, pero Paloma no mide las guardias en horas, sino en estrés, y en esta lo ha habido en abundancia. Se ha despedido de Romualdo y del resto de los ingresados, ha firmado las pautas de tratamiento y se ha ido a la habitación, donde ha gritado con la almohada en la cara durante unos segundos.

—¡Un TEP; es un TEP! ¡Sí! ¡Estás hecha un lince, doctora Padierna!

Está feliz. Y no solo por el pobre Romualdo, que es muy posible que la hubiera palmado de no ser por ella, sino por la batalla ganada a esos trombos cabrones.

Se deshace de la bata, del pijama verde y de la ropa interior, cómoda, de algodón, y se mete en la ducha: una cabina pequeña, de azulejos blancos y suelo antideslizante. Huele a lejía industrial, y la luz es tan blanca que hasta los pensamientos suceden planos. Pero pasa allí un largo rato, esperando que el martilleo del potente chorro relaje los agarrotados músculos de sus hombros.

Sale despejada. El cansancio... Solo diez horas de sueño continuado sin busca, sin enfermeras, TEP o residentes novatos podían arreglarlo. Necesitaba dormir y, al despertar, un buen filete poco hecho. Paloma es una carnívora empedernida. No hace asco a las verduras, y le apasionan los batidos de fruta y las buenas ensaladas con anchoas, pero donde haya un solomillo, si es posible combinado con una gruesa loncha de foie fresco, que se quite

cualquier otra cosa. Su madre le afea que engulla como un hombre, midiendo uno cincuenta y cinco y pesando menos de cincuenta kilos. Ella nunca responde. ¿Para qué? Parecerse al ideal de hija que su madre tiene en mente es imposible.

La nostalgia del sabor del solomillo le recuerda que come en casa de sus padres. «Mal día», piensa, y se lava por enésima vez las manos, una arraigada manía de galeno. Tiene por costumbre ir a casa de sus padres, al menos, una vez al mes. Solo son dos hermanos y ellos se van haciendo mayores. Quique, su hermano mayor, trabaja en la sede de J. P. Morgan en Londres, donde vive con su mujer y sus dos hijos. Le lleva quince años, por lo que más que hermanos, ella es otra de sus hijas.

No le apetece nada comer allí, esa es la verdad. Para animarse, vuelve a evocar el olor de su colchón y de sus sábanas de hilo egipcio. Se seca con la áspera toalla con el nombre del hospital, se abrocha los botones de la blusa blanca, se mete dentro del vaquero y se sienta de nuevo en la cama para anudarse las sandalias. Al abrocharse el reloj, cae en la cuenta de que ya ha consumido media hora de su día de fiesta y solo le faltan cuarenta y siete horas y media para regresar. Suspira. Está cansada, muy cansada. ¡Qué pronto corren las horas de ocio y qué lentas las de guardia!

Pese a que el vapor ha empañado el baño, el espejo no eclipsa sus profundas ojeras. Salvo por eso, aún puede pasar por una colegiala. Los vaqueros se le ajustan como un guante. Son unos Armani, aunque nadie lo verá porque se ha deshecho de todas las etiquetas de la marca. Nunca ha podido entender cómo alguien se gasta mil euros en un vaquero, pero comprar es la diversión de su madre, y cuando tiene colmado su armario, se dedica a llenar el de su única hija.

Se aplica un poco de crema; se olvida de las ojeras; se recoge el pelo húmedo en una coleta, que sujeta con una goma que lleva siempre en la muñeca; recupera el bolso de su taquilla (los robos en el hospital son frecuentes), y sale de la habitación. Lo hace con tal ímpetu que termina en los brazos del doctor Pla, que en ese momento tiene el puño en alto para tocar a su puerta.

—¡Por Dios, Paloma, sí que tienes prisa! —le espeta.

Nacho Pla respira su habitual aroma fresco, mezcla de jabón de hospital y crema de cara. Paloma no lleva ningún tipo de maquillaje salvo un poco de brillo en los labios, que la mascarilla oculta. Los latidos de su corazón son casi tan fuertes como los suyos. Por un instante, está tentado de rozar sus labios a través de su mascarilla, pero finalmente desiste.

—¡Perdona, Nacho! No te había visto: iba pensando en las Batuecas. Para serte sincera, en el hilo egipcio.

—¿En qué?

—Nada, una tontería. Y tú, ¿a dónde ibas?

Nacho no responde. Acerca sus manos al pecho de la mujer y le abrocha un botón de la blusa que, por un descuido, ha quedado suelto. El roce produce un escalofrío en Paloma.

—Es una vista magnífica, doctora, pero supongo que preferirás reservarlo para ti. O para quien sea —añade con los ojos clavados en ella.

La doctora Padierna enrojece. Es algo que le ocurre desde niña. Algo con lo que no puede luchar. El rubor es un mecanismo fisiológico, una simple e involuntaria dilatación de los vasos sanguíneos del rostro. Al fluir más sangre por ellos, las mejillas se pintan de rojo. La causa es el pequeño disparo de adrenalina que motivan determinadas situaciones emocionales como la vergüenza. Y ella es muy vergonzosa.

—Gracias —logra decir.

—No hay de qué. La verdad es que he estado tentado de no hacerlo y disfrutar de las vistas, pero ¡qué le vamos a hacer! Los de Burgos somos unos caballeros.

Al ver sus colores, trata de evitar el instante incómodo preguntándole por la guardia.

—Bueno, ya sabes: ha sido una de esas. ¿Y la tuya, Nacho?

—Cansada pero entretenida: llegó una mano catastrófica. Tropecientas horas en el quirófano, pero creo que hemos hecho un buen trabajo.

Saca su móvil y le muestra una fotografía del estado de la mano antes de la intervención.

—Un accidente de tráfico. Lo atendieron en el hospital comarcal: colocaron los huesos y revascularizaron la zona en la medida que pudieron, y luego, nos lo mandaron aquí.

—¿Habéis tenido que amputar?

—Con el meñique y el anular no se pudo hacer nada: habían sufrido avulsión y estaban inservibles. Imposible reimplantarlos. Pero, con el resto, hemos tenido más fortuna. Bueno, fortuna y la ayuda de otro colega del hospital de La Paz, especialista en microcirugía, que hace maravillas. Hemos injertado tendones extensores, y transferido un dedo del pie. Lo colocamos sobre la falange media porque, conservando la base articular del dedo original, conseguimos movimientos de noventa grados. Observa —con el dedo, cambia de imagen y le muestra el resultado—: la semana próxima continuaremos...

Paloma no tiene la mente ni el cuerpo para batallas quirúrgicas y, en cuanto ve la oportunidad de poner fin a la conversación, la aprovecha.

—Nunca he entendido ese placer que sentís los cirujanos ante este tipo de cosas, pero admito que tiene buen aspecto —comenta irónica ante la imagen de la mano oscura y deformada.

—¡Gracias! Tú tienes también cara de cansada, pero recuerda que hoy es tu día de suerte. ¡Aquí me tienes! —dice mientras levanta los brazos y gira sobre sí mismo. Nacho viste unos chinos de color beis y un niqui azul marino—. ¿Qué te parece si nos olvidamos de la medicina durante unas horas? ¿Salimos de aquí? He encontrado un sitio estupendo para desayunar: te va a encantar.

Paloma aprieta mucho los labios y cierra los ojos. Su gesto lo dice todo: ha olvidado la cita. La cara de Nacho se encoge frustrada. Se deshace de la mascarilla, y se la recoloca enseguida. Solo es una forma de contener su rabia. Tiene una barba incipiente, los pómulos muy marcados, y en su frente se estampan arrugas profundas cuando gesticula.

—Lo habías olvidado, ¿verdad?

—Me temo que sí, Nacho, no sabes cómo lo siento. ¡Con tantas guardias a la espalda, tengo fatal la cabeza! Pero...

Se detiene cuando, por el rabillo del ojo, algo llama su atención. Un hombre se dirige hacia ellos. Sus andares de cowboy son inconfundibles. Obviamente, no lleva mascarilla. Llega hasta ella y, sin preocuparse de con quien está ni cuán importante es su conversación, atrapa un mechón que ha escapado de la coleta y se lo recoloca detrás de la oreja.

—¡Buenos días, Palomita! ¿Has dormido bien?

—¿Qué haces aquí, Bosco? —le espeta mientras oscurece el gesto.

—Tu madre me dijo que salías de guardia, y aquí me tienes: he venido a rescatarte. Conmigo se te pasarán todas las penas —responde con arrogancia.

Paloma siente cómo la irritación le sube por su cuello y le llega hasta las orejas.

—Pues muy mal por mi madre, y peor por ti. No deberías estar aquí y mucho menos sin mascarilla. Además, no necesito que nadie me rescate. He venido en bici. Ya nos veremos, ¿de acuerdo? —dice mientras trata de maquillar su tono rabioso—. Además, tengo planes para el desayuno, ¿verdad, Nacho?

Bosco contesta mientras mira con sonrisa sardónica la cara del doctor Pla.

—¡Como quieras, doctora! ¡Luego nos vemos! Almuerzo en tu casa.

Paloma no encuentra palabras para excusarse.

—¡No sabes cuánto lo siento! Es amigo de mi madre, no mío, pero por algún motivo que desconozco... En fin, es complicado...

—No tienes por qué darme explicaciones, doctora Padierna. Tu vida es tu vida y la vives como se te antoja.

—¿Te apetece que tomemos un café, Nacho? Que se me haya olvidado no implica que...

La detiene con un gesto de la mano.

—No, Paloma. El desayuno es la comida más importante del día y no voy a perdérmelo. Espero que descanses —añade con voz gélida, y sale volando, como un pato al escuchar un disparo.

7

Cuando el juez Calvo, feliz de abandonar el Palacio de Hielo y el bicho que contiene, se acerca al aparcamiento para recoger su vehículo, se percata del atasco que llena los alrededores. No había caído en la cuenta del día de la semana. Pese a las alertas sanitarias, un viernes es un viernes. Por eso, tras lanzar nuevamente una intensa mirada de admiración a las llantas, decide dejar el coche donde está y hacer tiempo paseando por la zona y disfrutando del sol y del aire fresco. Pero antes mira a derecha e izquierda, y cuando piensa que nadie le ve, escupe en su zapato derecho, y continúa su camino sin volverse.

El truco se lo enseñó una gitana de Baeza uno de los días más aciagos de su vida. Era apenas un chaval, y estaba de vacaciones con su familia. Una de las vecinas le prometió un duro si custodiaba la puerta de un dormitorio donde yacía un hombre que acababa de morir en su cama. Si bien era añoso y parecía un fallecimiento natural, como se trataba de un controvertido ciudadano principal, a quien mucha gente tenía ganas, como medida de prudencia, el juez había requerido que acudiese el médico, le echase un vistazo y certificara la defunción. Como este estaba liado con algún otro asunto, y la gitana que le cuidaba tenía que ir a buscar al cura y a sus hijos que vivían lejos, pidió al joven Juan que esperase allí. No tenía más que permanecer en la estancia contigua al dormitorio, e impedir que alguien entrase o saliese de allí. El dormitorio tenía rejas en la ventana y no había otro acceso que una puerta. Para el

jovencísimo Juan Calvo no había habido nunca cinco pesetas más fáciles, no obstante, antes de marcharse, la gitana empezó su ritual. Echó doble vuelta a la llave, y, a falta de agua lustral, tocó la madera de las jambas. Y no pareciéndole suficiente acopio contra los espíritus malignos, se agachó y escupió en las playeras del niño, que protestó soltando una palabrota.

«¡Anda, chaval, deja ese baile, que ya te dejo conjurada la mala suerte! Ahora siéntate y espera. Yo me llevo la llave».

Calvo se acomodó en la confortable y casi regalona butaca del vestidor y se puso a jugar con las tabas. Pero en cuanto la gitana salió, la imagen del muerto levantándose de la cama le asaltó. Poco más tarde, le pareció oír una voz ronca que llamaba al ama de llaves. Luego, escuchó una voz sibilante de hombre llamando al cura. Ya desquiciado, sacó fuerzas de flaqueza y arrastró el sillón hasta la puerta del dormitorio para impedir que el fallecido pudiera escaparse. Cuando regresó la gitana con el médico, el cura y los familiares, casi lo tienen que atender a él. Sin mentar palabra, tras santiguarse, la mujer corrió el sillón, dio dos vueltas a la llave y abrió para dejar pasar al médico, que se encontró al difunto vivo y afónico de tanto pedir ayuda. Desde entonces, Juan Calvo escupe en el zapato tras ver un muerto.

El sol cae a plomo. Cuando suda ya hasta por los ojos, decide sentarse en una de las terrazas recién inauguradas, bajo una sombrilla. No se fija en los demás clientes, se acerca a la barra, espera turno y pide un café americano. Maldice en voz baja mientras lo prueba de camino a su mesa: «Malo como la muerte», piensa.

Se deshace de la americana, que cuelga cuidadosamente en la espalda de la silla, recoloca su chaleco a juego y saca el móvil. Está echando un vistazo a las noticias cuando una figura solapa la luz del sol. Levanta la mirada y se topa con un hombre de unos treinta años

que no conoce. Lleva mascarilla, guantes verdes y un sombrero de paja.

—¡Señoría! —Separa una silla y, sin pedir permiso, se sienta frente a él—. Yo también he desistido. No merece la pena salir ahora, tardaremos menos si esperamos un ratito. Es lo que tienen los viernes por la tarde. ¿Cómo está el café?

—Como el infierno.

El hombre se levanta empujando la silla de mimbre con el pie.

—Entonces optaré por la Coca-Cola. Si no le importa, me gustaría comentar algo sobre el caso...

Tarda unos minutos en volver, con una lata en la mano, y se deja caer en la silla.

—¡Ya estoy aquí! Bueno, ¿qué opina?

Calvo responde a la defensiva.

—Perdone, ¿quién es usted?

—¡Ah, perdón! Con las prisas he olvidado presentarme. Soy el doctor Capit Ludum, pero todos me llaman Capit. He visto en el foro que la doctora Olascoaga podría practicar una autopsia, y me he venido hasta aquí...

Capit Ludum. Al juez Calvo ese nombre, que sin duda pertenece a algún idioma de raíz latina, quiere sonarle, pero no recuerda por qué. Y enseguida lo olvida.

—Olascoaga, la médico forense, ¿no? —pregunta el juez mientras se reafirma en que ha escuchado ese nombre en algún sitio, aunque no recuerda dónde.

—La misma. ¡Es tozuda como una mula, pero está como un tren! No me mire así. Seguro que se ha fijado.

Al juez le molesta que hablen así de una compañera, pero solo acierta a decir:

—Estoy casado.

—¡Coño! ¿Qué tendrá que ver una cosa con la otra? Fíjese la próxima vez, es de una belleza subyugadora. Tiene unas tetas preciosas, pero está como una cabra, aunque razón tiene. Lo digo por la autopsia: es peligrosa. Ya sé lo que va a decir, pero creo que debería pensar detenidamente si está convencido de que se trata de una simple identificación errónea...

El juez da otro sorbo al café. Ahora, además de malo, está frío.

—Eso estaba haciendo hasta que usted se ha sentado aquí y me ha interrumpido. Cuanto antes se vaya, antes terminaré.

El hombre lanza una pequeña carcajada bajo la máscara.

—¡Claro, claro! Me voy enseguida. Pero deje que le diga algo sobre esta pandemia, señoría. Porque debe saber que, desde que se declaró, los científicos no hemos parado —los pequeños y chispeantes ojos del doctor Ludum permanecen ocultos bajo unas gafas gruesas que resbalan por su nariz. Se las recoloca y añade con cierta tristeza—: Entre nosotros, debo confesar que, aunque hemos avanzado, no hemos llegado demasiado lejos. Y nuestros gobernantes, y no estoy hablando solo de los españoles, están dando respuestas de salud pública o de manejo clínico sin contar con suficientes datos. Y se están equivocando. ¡No se pueden imaginar cómo será la segunda ola si no nos ponemos las pilas!

—Doctor...

Aunque el juez trata de interrumpirle, un científico metido en faena es como un niño en un parque de atracciones: no escucha.

—Verá, no quiero aburrirle. Lo que quiero decirle es que tanto el origen de la enfermedad como el huésped intermedio a fecha de hoy siguen siendo un enigma. Y si estamos así hasta en esto, ustedes pueden imaginarse lo acojonados que estamos..., con perdón. —El juez mira hacia el cielo, pero el doctor no le permite protestar, se quita el sombrero, se recoloca el descuidado pelo rubio, sujeto por

una coleta, y vuelve a cubrirse después—. Hasta ahora, se han combinado tratamientos de apoyo con remdesivir, cloroquina o lopinavir/ritonavir, es decir, antivirales potentes, pero necesitamos datos más sólidos y ensayos clínicos. Las preguntas siguen ahí y es urgente realizar más estudios para explorar el mecanismo de transmisión y patogenicidad del coronavirus emergente. ¿Lo entiende?

—Desde luego, pero...

Aunque el juez Calvo vuelve a la carga, es difícil que el tigre olvide sus rayas.

—No digo que los políticos lo hagan a propósito. Bueno, quizás sí. En fin, lo que quiero decir es que, a pesar de mil y una trabas, estamos compartiendo datos con el resto de los colegas del mundo y tratándolos con inteligencia artificial. Y todo eso para mejorar nuestros modelos predictivos y estimar dónde y cómo aparecerá una segunda ola de covid-19. Muchos dicen que será en China, otros en Italia. Algunos que aquí, en España. Concretamente, en Barcelona. Debemos estar preparados y trabajar sobre bases científicas, no sobre especulaciones.

—¡No esperábamos menos de usted! —apunta el juez con ironía.

—¡No se ría de mí, juez Calvo! Las cosas no son lo que parecen... Cuando el brote de covid-19 se extendió por China y fuera de China...

El juez ha llegado a su límite.

—Mire, doctor Ludum, yo no investigo el origen de la pandemia, sino la identidad y causa de la muerte de un individuo. Por favor, déjeme en paz. Esta conversación, al sol y con el estómago vacío, es de lo más inoportuna. Le deseo mucho éxito con sus pesquisas, pero haga el favor de marcharse.

—¡No hasta que le convenza!

—¿Convencerme a mí? ¿De qué?

—De que ordene esa autopsia: ¡necesitamos esos datos!

El juez levanta las manos y dirigiéndose al hombre agrega:

—Mire, doctor, solo puedo decirle que lo sopesaré.

—Con eso me conformo de momento. Sepa que esa autopsia le va a dar muchas más sorpresas de las que espera.

—¡Por favor! —contrataca el juez.

El hombre se pone en pie, se inclina profundamente ante el juez, y añade con una voz sensiblemente distinta a la empleada hasta ese momento:

—Buenos días, Juan Calvo. Estaremos en contacto.

Y como llega, se marcha.

El juez entra en la cafetería, pide un salero y se echa un poco de sal en el hombro, pero aquello no basta. Está enfadado. Aquel tipo le ha dejado sin aliento. Siente que su tranquila y ordenada vida desaparece bajo aquella maldita colección de dificultades. Decide ponerse en pie e irse a por el coche; en ese momento, una caravana le parece el cielo. Pero, en un impulso, coge el móvil y llama a Olascoaga. Necesita chillar a alguien.

—Señoría...

—Mira, Edurne Olascoaga, no me voy a andar por las ramas, vamos a llevarnos bien, ¿de acuerdo? Cuando los calvos críen pelo, me dejaré doblar el brazo; hasta entonces, no vuelvas a intentarlo. Aquí el que toma las decisiones soy yo...

La mujer replica con evidente enfado en la voz.

—Ese punto lo tengo clarísimo, señoría. Lo que no entiendo es de qué va esto. ¿Ha pasado algo que deba saber?

—Pues mira, doctora, sí. Acabo de recibir la visita de tu estimado colega, el de los cuchillos afilados. Me ha puesto la cabeza como un bombo...

—¿Cuchillos afilados? Si te refieres a alguien del dispositivo forense, Juan, te diré que es imposible que sea de mi equipo. Mi ayudante está aquí conmigo, aún no hemos salido del Palacio de Hielo.

—Entonces, ¿quién es ese tal Ludum?

El apellido resuena en sus oídos de nuevo.

—Señoría, con todo el respeto, si es una broma, creo que deberías dejarla para otro día. Estamos cansados y estresados, y aún tenemos trabajo que hacer.

—Sí, tienes razón. Lo siento mucho. Ha debido de ser una equivocación: ese médico me ha debido de confundir con otro. Discúlpame. Terminad pronto e intentad descansar.

Juan Calvo cuelga y llama a Salado.

—Inspector, acabo de recibir una extraña visita de un tipo que dice ser médico forense. Conocía todos los pormenores del caso y quería convencerme de que pidiera esa autopsia. He llamado a la doctora Olascoaga para protestar y decirle educadamente que se metiera en sus cosas, y dice que no le conoce de nada.

—¡Pues sí es raro! Deme la descripción y trataré de hacer alguna averiguación. Miraré si hay cámaras por la zona...

Calvo no se levanta de inmediato. Permanece pensativo un buen rato rememorando despacio, paso a paso, la conversación que acaba de mantener con ese impostor. Media hora después, no le cabe ninguna duda de que no le han confundido con otro. Si se ha tratado de un engaño, de una suplantación de identidad, ¿por qué lo había hecho?, ¿qué andaba buscando? Lo que aquel tipo decía querer era que ordenara la autopsia, por motivos de bien común. Ahora bien, ¿qué quería en realidad? ¿Y por qué sabía tanto sobre el caso sin estar relacionado con él?

El calor empieza ya a ser insoportable. Si sigue media hora más allí, terminará por odiar el chaleco, con lo que le gusta. Se levanta y se va a buscar su coche.

8

—¿Has llevado alguna investigación tan rara como esta? —pregunta Javier Jaso a su jefe.

—¿A qué te refieres con rara?

—Bueno, se trata de una investigación sin pistas, sin nadie llorando, sin sangre. Lo más lógico es que se hubiera enviado ese féretro al cementerio y nadie se habría enterado de nada.

Salado sabe a qué se refiere. A pesar de ello, le contesta.

—Todos los casos son, de uno u otro modo, especiales. En este no hemos hecho más que empezar. Comprobaremos algunas cosas antes de opinar. Un poco de paciencia no nos vendría mal.

Jaso suelta una carcajada.

—¡Mal asunto, inspector! La paciencia y yo no encajamos.

—Pues te sugiero que empecéis a entenderos —zanja—. Bien, ¿por dónde abordarías tú este asunto?

—¡Ah! Sin duda, por el sastre.

—Coincidimos. Teclea la dirección para que nos guíe el GPS. Mientras llegamos, mira si tiene página web. Y nos hacemos idea de qué tipo de establecimiento es.

Jaso sigue las instrucciones del inspector.

—Sastrería Cordobesa, en Velázquez —recita Jaso—. Esto debe de quedar, más o menos, a la altura de Juan Bravo; Maldonado, quizás. Estamos a quince minutos.

—¿Alguna vez te has hecho un traje a medida, Javier?

Jaso, que tiene varios en su armario, ladea la cabeza, sin saber qué contestar. No quiere mentir, pero prefiere no decirlo, por eso opta por dar la vuelta a la pregunta.

—¿Y tú, jefe?

—Yo no, nunca.

—¿Ni siquiera para tu boda?

—No. Lo alquilé, mis medidas son bastante estándar. En tu caso, dudo que puedas encontrar algún traje de tu talla o, al menos, que te encaje bien.

—¡Has descubierto la razón por la que continúo soltero! —bromea Jaso—. De todos modos, no es algo que eche de menos. Lo de los zapatos es otra cosa, me encantan los zapatos. Los del difunto, por ejemplo, unos Oxford castaños semi-brogue, no estaban nada mal...

—¿Semi qué?

—Semi-brogue, es decir, punteados en las costuras y en la puntera.

—¡Por Dios, Javier! No llegas a treinta años. ¿Cómo te pueden gustar los zapatos? Son unas simples cosas que llevamos en los pies.

El agente se echa a reír.

—No es cierto. ¿Sabes en lo primero que se fijan las mujeres? En los zapatos y, en su caso, en la corbata. Pero no te inquietes. Me he abstenido de tocar los del muerto: sus zapatos eran muy pequeños. El fallecido calzaba un cuarenta, y yo... —se mira los pies— En fin, unas cuantas tallas más, pero eran muy bonitos.

—Tendrás que ahorrar y comprarte unos. ¡Venga, cuéntame qué dice su web!

Jaso trasiega con el móvil el tiempo suficiente para dar con los datos. Acto seguido, lo devuelve a la funda que cuelga de su cinturón y explica:

—Su web dice que es una sastrería artesanal, que hace todo el trabajo a mano y personalizado, con la más alta calidad. ¡Como que esperábamos que lo hicieran sin calidad y de cualquier manera! En fin, dice que están especializados en prendas de etiqueta y de gala, pero también en trajes, americanas y pantalones de sport, vestuario de caza, abrigos y camisas.

—Pues vamos a tener suerte. Si lo han hecho a medida, sabrán quién es el dueño. Por cierto, son casi las tres. No sé a qué hora abrirán esa tienda. Si quieres comemos algo antes y hacemos tiempo.

Javier no quiere llevarle la contraria, pero tampoco perder el tiempo, así que añade:

—Los sastres caros trabajan a todas horas. Sus clientes así se lo exigen. Más o menos como los policías —bromea.

—Me gusta la gente que trabaja con las manos. Los artistas —expone el inspector—. Mi abuelo modelaba barro; hacía unas figuras increíbles. Recuerdo que las tapaba con un paño blanco húmedo para poder seguir trabajando luego. Al principio, parecía una construcción geométrica, cuadrados presionándose entre sí, bloques. Pero luego poco a poco los fundía. Me encantaba verle emplear las espátulas, los buriles, los tacos de madera para conseguir la postura.

—Es un arte muy bonito, pero no te ayuda en el trabajo. Sin embargo, un traje y unos buenos zapatos son otra cosa.

—¿Me estás diciendo que si yo llevara un traje sería antes comisario?

Javier sonríe.

—No, jefe. Lo que estoy diciendo es que un buen traje transmite confianza, da seguridad, distinción, identidad. Ya no es un traje; es tu traje con tu forma, tu estilo. Con una tela que tenga una buena caída, si está bien planchado, te procura la confianza que necesitas.

¡Ah, y no debe faltar una buena camisa! No hay como una camisa blanca de doble puño y un buen tejido.

—¿Y por qué no te pones más a menudo un traje?

Javier se encoge de hombros.

—Es incómodo, y no va con el ambiente en que nos movemos. Pero no me vas a negar que sea elegante.

—No, en absoluto. Mira, ya estamos. ¡Y nos han reservado aparcamiento en la mismísima puerta! —exclama al ver una plaza libre.

Descienden del vehículo y permanecen unos segundos mirando el gran escaparate de cristal de la sastrería, que exhibe distintos tipos de tejidos, y desde donde se observa que tiene dos pisos. En el de abajo hay una zona de mostrador con madera oscura de una pieza, y una gran estantería que recoge muestrarios de telas; el de arriba tiene la zona de corte.

Entran. El sastre ha salido a comer y les atiende su ayudante.

—Comencé como aprendiz en una sastrería del centro de Madrid; luego, acudí a la escuela del gremio, donde me enseñaron patronaje, cultura artesanal y corte. Pero donde más he aprendido ha sido como alumno libre en la Facultad de Medicina: anatomía. Sin conocer el cuerpo humano es difícil amoldarse a sus exigencias —les explica.

Salado tiene el estómago vacío. Y cuando tiene hambre, se pone de mal humor.

—Eso es muy interesante, caballero, pero solo le pido que mire unas fotografías. Por la etiqueta entendemos que ha salido de esta sastrería. Necesitaríamos saber a quién pertenece.

—Salvo que tengamos suerte, creo que habrá que esperar a don Ramón. Yo llevo poco tiempo aquí.

Javier deposita varias fotografías sobre el mostrador.

—Veamos si hay suerte.

El aprendiz las comprueba una a una.

—¡Pues la ha habido, sí! Este traje pertenece al marqués de Liébana. Llevaba chaleco, ¿verdad?

—Lo llevaba, sí.

—Pues entonces no hay duda. Es de don Daniel de Liébana.

—No tendrá usted a mano su dirección, ¿verdad?

—Estará en el fichero, aunque no sé si puedo proporcionársela. Ya saben, la confidencialidad.

—¡Hombre, nosotros pertenecemos a los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado!

—Eso es cierto. Un momento, se la busco.

Ambos policías se sonríen: no tenía ninguna obligación.

9

Paloma Padierna detiene su pequeño utilitario en la entrada del chalé donde residen sus padres, pero aplaza unos instantes oprimir el interfono.

Su casa está en un área privada dentro de un recinto cerrado. Todas las viviendas de la zona, ocupadas por familias de un nivel adquisitivo similar al de sus padres, tienen en común su gran tamaño, la extensión de sus parcelas y la calidad de los materiales, aunque sus estilos son muy diversos. Naturalmente, a ninguna le falta piscina. La de sus padres es de estilo afrancesado: cemento piedra y tejados con mansardas recubiertos de pizarra negra. Se ha criado allí, pero en cuanto tuvo la menor ocasión se marchó a vivir por su cuenta.

«No entiendo cómo puedes preferir ese cuchitril donde te has instalado a esta casa, en la que tienes todas las comodidades. Y, por no entender, jamás he entendido cómo te gusta malgastar tu tiempo con gente enferma. Seguro que ese hospital tuyo está bastante sucio».

«Mi apartamento está más cerca del trabajo, mamá, y es más cómodo», suele contestarle. Es una de esas verdades que no duele. «Y enfermos, antes o después, nos ponemos todos».

«Mira, en eso te doy la razón: cuando tenga un problema, te llamaré».

Volver a casa de sus padres siempre le hace pensar en su decisión. La pertenencia a un grupo social proporciona una

agradable sensación de seguridad, de identidad compartida. Lo sabe porque se ha pasado la vida integrada en un colectivo y ahora está sola. No se fue porque le disgustaran el rebaño o las ovejas, sino porque le molestaba el gregarismo, seguir las pautas de comportamiento de la manada: vestirse como los demás, hablar como los demás, hacer lo que los demás esperan, ocultar lo que los miembros del grupo puedan criticar... Al irse, tuvo la sensación de haber pasado a otro universo; una sensación agradable, pero desafortunadamente solitaria. Finalmente, respira hondo y aprieta el botón.

—Pablo, soy Paloma. ¿Me puedes abrir, por favor?

—¡Ah, señorita! Ahora mismo le abro. ¡Qué ilusión tenerla en casa de nuevo!

Escucha el sonido de la cerradura al soltarse y espera paciente mientras la puerta se desplaza lentamente hacia dentro. El jardín, como siempre, está impoluto, perfecto.

Aparca a la izquierda, en la zona cubierta, recoge los pasteles que ha comprado para la comida y se dirige a la entrada, un porche flanqueado por columnas neoclásicas al que se accede por una pequeña escalinata. Antes de subir los tres escalones de piedra blanca, la puerta se abre.

—Hola, niña...

—¡Charo, qué alegría verte! ¿Qué haces aquí? ¡Es sábado!

—Tu madre nos dijo que venías y nos hemos quedado un poco más para verte.

—¡Pues me alegro! ¿Qué te has hecho en el pelo? ¡Estás distinta!

—He dejado de teñirme, me lo voy a dejar blanco.

—¿Blanco? ¡Qué dices! Eres muy joven para eso.

—Tengo sesenta y cinco, señorita, ya no soy tan joven.

—Charo, ¿desde cuándo me llamas tú señorita?

—Desde que tu madre me contrató antes de que tú nacieras. Por cierto, el señorito Bosco te espera en la piscina desde hace más de media hora.

—¡Mierda! ¿No puedo escaquearme?

—Creo que no, Paloma, pero puedes pasar antes por la cocina, te he preparado croquetas y así hablamos un momento.

—¡Qué buena eres! —le dice mientras se abraza a ella, con cuidado de no aplastar los pasteles—. Nunca he sabido si se dice *cocretas* o *croquetas,* pero sé que las tuyas son únicas, las mejores. ¡Venga, vamos a la cocina! ¿Cómo está tu nieto?

—¡Enorme! Ha conseguido una beca de las que da un banco para hacer un máster en Estados Unidos. Estamos muy orgullosos. Anda, mira en el horno...

Paloma, divertida, abre el horno, coge una croqueta y se esconde bajo la mesa del office, como hacía de pequeña.

—¡Dios, cómo huelen! Voy a comérmelas antes de ir; luego se me atragantarán...

Está terminando la frase cuando escucha un ruido a su espalda. Se da la vuelta y se encuentra con el viejo perro de la familia.

—¡Señor Presidente! ¿Qué haces tú aquí? ¿Has olido las croquetas de Charo?

—El pobre ya no oye ni ve, pero a ti te sigue oliendo. Tendrías que habértelo llevado contigo.

—Yo estoy todo el día trabajando, Charo. ¿Qué haría el pobre Señor Presidente solo todo el día? Al menos, aquí puede correr por el jardín. Bueno, sigue con lo que me estabas contando.

—¡Es cierto! Te decía que tu madre quiere emparejarte con ese chico como sea. Viene por aquí cada vez más a menudo y pasa bastante tiempo con tu padre.

—Tranquila, no voy a caer rendida a sus pies. Nunca me ha gustado, y eso no va a cambiar ahora.

—¡Me alegro! Otra cosa, niña: antes de que te reúnas con ellos, tienes que saber algo.

Paloma, que está a punto de darle un nuevo bocado a la croqueta, se detiene en seco.

—¿Mi padre?

Charo niega con la cabeza.

—¡Gracias a Dios!

—Venga, tonta, tu padre está como siempre. Pero tu madre ha vuelto a visitar al médico. Ya sabes, otro retoquillo...

—¿Otro? ¿Y qué se ha hecho esta vez?

—Dijo que le había salido no sé qué mancha, pero... En fin, que la pobre tiene la cara como un cromo. Como puedes imaginar, tu padre, que sabe que no hay marcha atrás, le ha dicho que está guapísima. Te aviso para que no te pille por sorpresa.

—Gracias, me hago cargo.

—¿Quieres otra croqueta?

—No me tientes, y siéntate. Nos conocemos desde que tengo uso de razón, y no puedes ocultarme nada. Dime, ¿qué te pasa?

—¡Ah, niña, siempre has sido muy lista! La verdad es que sí me ocurre algo. Verás, estoy preocupada por mi marido. Está raro. —Se frota los ojos con el mandil para evitar que se le escapen las lágrimas. Es una mujer muy dura, pero llora con facilidad.

—¿Qué quiere decir *raro*?

—Pues no sé explicarlo, está despistado, cansado, torpe.

—¿Por qué no os venís un día a verme al hospital y os pido unos análisis?

—A mí no me hace falta, niña, estoy como una rosa.

—O los dos o ninguno, Charo, esa es mi condición. El martes estoy otra vez de guardia, venid por la tarde y os veo. La hora más tranquila suele ser la de la siesta: cuatro o cuatro y media. Di a tu marido que es una orden. Bueno, y ahora vamos a ver el nuevo retoque de mi madre.

Antes de pasar al porche, Paloma asciende por la escalera de mármol, bordeada por una barandilla de hierro forjado pintado en negro con complicados arabescos, muy al gusto de su madre, hasta el despacho de su padre. Sentado en su sillón favorito, perdido en sus pensamientos, no parece notar su presencia. Permanece un instante en el umbral, trascurrido el cual se acerca por detrás y deposita un beso en su mejilla. Él, que se sobresalta, enseguida sonríe.

—Palomilla, ¡qué bien tenerte en casa! —dice, y sin darle tiempo a responder, como si fuera lo que tiene en ese momento en el pensamiento, añade—: ¿Has visto a tu madre?

La joven lo niega.

—He venido directa a verte a ti... después de pasar por la cocina; Charo ha preparado croquetas.

—Pues entonces tengo que pedirte que no te asustes; y si te asustas, que no lo demuestres, por favor.

—¡Seguro que no es tan malo como parece, papá!

De pronto, una ráfaga de viento entra por la ventana abierta y hace volar unos papeles que están sobre la mesa del despacho. Paloma corre a recogerlos antes de que se escapen, y luego cierra la ventana.

—¡Ya está! Háblame de mamá.

—Tiene la cara muy abultada. Supongo que la inflamación bajará algo, y también los moretones, pero, al parecer, el médico ha confirmado que la sustancia permanece activa más o menos un año.

—¿Qué es lo que se ha hecho exactamente?

—Se ha puesto pómulos del tamaño de manzanas, y unos labios que parece que le he dado una paliza, y tiene la cara roja como un pimiento de piquillo.

—¡No sabes cuánto siento oír eso!

El hombre suspira.

—La quiero, ¿sabes? A veces he llegado a pensar que solo estoy acostumbrado a ella, pero no es así. Además, ¿qué importa eso? Lo que no acabo de comprender es qué le falta en casa para que tenga que hacer esas cosas. Parece que ya no soy el marido que ella necesita. Desde el infarto, no me apetece tanto salir, estar con gente. Sin embargo, tu madre no puede estar quieta. ¡Se alimenta de eso!

Se encoge de hombros impotente.

—No digas tonterías, papá, esto no tiene nada que ver con tu infarto. Lo que ocurre es que mamá no acepta la vejez, y sigue siendo vanidosa.

—Quizás tengas razón. Por cierto, tu madre ha invitado a ese chico...

Paloma le detiene colocando cariñosamente la mano en el hombro de su padre:

—Lo sé. No sé qué mosca le ha picado a mamá, pero no te preocupes, no voy a seguir sus consejos. No me gusta lo más mínimo. Es más, creo que es gay.

—Siempre es bueno escuchar a las madres, ¿no crees? —contesta con voz afectada, distorsionada.

La joven se extraña de la respuesta, y trata de decirse a sí misma que su padre no termina de estar bien. Pero no puede evitar que la invada un mal presentimiento.

—¿Bajas conmigo? —dice al fin.

—Adelántate, voy enseguida. Tu madre está en su cuarto, se ha echado un poco a descansar antes de la comida.

10

Salado aparca en zona azul, en un estacionamiento vacío, a escasos tres minutos de la dirección que el sastre les ha facilitado. No se molesta en poner tique: colecciona multas. Cuando tiene unas cuantas, las lleva a tráfico para que las anulen.

Un portero uniformado se yergue al verlos entrar. Se pone en pie, pero el ademán de preguntarle a quién buscan resulta fallido en el último instante. Como si hubiera leído en sus ojos su profesión, sin haber intercambiado siquiera dos palabras, vuelve a sentarse.

—¡Ese no es trigo limpio, jefe! Nos ha olido a distancia —comenta Jaso.

—Quizás solo sea perro viejo, Javier. De todos modos, hoy eso no nos compete.

Se dirigen al ascensor y aprietan el botón del ático, que los conduce directamente a un distribuidor, cuadrado y amplio, donde los recibe un mayordomo uniformado.

—Buenos días, caballeros. ¿En qué puedo ayudarles?

Ambos enseñan sus placas. El agente saca su pequeño cuaderno de tapas negras, donde lleva apuntado el nombre.

—Queremos hablar con el marqués... Daniel de Liébana, por favor —recita.

—Aviso al señor de inmediato. ¿Pueden seguirme, por favor?

La casa, de techos altísimos, parece un palacio de una planta, pero muy alejado del estilo recargado y plateresco de muchas de las antiguas casas del barrio de Salamanca. El aislamiento es de tal

calidad que, en pleno paseo de la Castellana, reina un absoluto silencio.

El vestíbulo cuenta con una puerta a la izquierda, otra a la derecha y una doble en el centro, todas lacadas en blanco. El mayordomo abre la de la izquierda y los acomoda en una sala de espera de buen tamaño.

Ambos se quedan de pie. Salado no hace más que moverse de un sitio a otro.

—¡Jefe, por favor! Parece que tienes el mal de San Vito.

—Es que estos sitios me recuerdan al dentista. En cuanto me meten en una sala de espera, me duelen las muelas.

No ha terminado de hablar cuando el caballero de uniforme toca la puerta y los informa de que el señor los espera en la biblioteca.

Regresan al *hall,* atraviesan las puertas dobles que dan acceso a un amplio salón y luego otras puertas correderas que conducen a un enorme despacho repleto de libros. A pesar de que no parece haber espacio para un solo libro más, no transmite sensación de abigarramiento. Hay dos hombres allí. Uno de pie, alto y delgado, con el cabello blanco y abundante. Y otro recostado en una silla de ruedas, que aunque en la habitación hace calor, está cubierto por varias mantas. Es bajito y regordete. Su cabello, escaso, teñido de negro, está pegado a la cabeza con algún producto grasiento.

—Inspector Salado y, mi compañero, el agente Jaso. Gracias por recibirnos tan pronto.

—Buenos días, caballeros —habla el hombre alto mientras estira la espalda, como si se cuadrara—. Sean bienvenidos. Aquí mi amigo y yo somos fieles admiradores de las Fuerzas del Orden. Aunque ambos suponemos, no sin razón, ya que somos hombres de bien, que se han equivocado de piso...

—Si alguno de ustedes es Daniel de Liébana, entonces me temo que no hay equivocación alguna.

Ambos hombres se miran extrañados.

—Pues si buscan al marqués de Liébana, entonces han acertado. Aunque no sé en qué podemos serles de utilidad. Yo quizás algo más, pero aquí el señor..., ya ven. Ni siquiera habla.

—¿Es permanente? —pregunta en voz baja el agente Jaso.

El hombre alto se encoge de hombros.

—No sabría responderle, es una cuestión de voluntad. El médico dice que no recuerda ni un solo caso en que el enfermo no haya mejorado. De todos modos, es mejor así, ¡cacarea como una gallina clueca!

El inspector observa que el hombre postrado saca la mano derecha de debajo de la manta y levanta el dedo corazón. No sabiendo qué hacer, el inspector carraspea.

—Comprendo. ¿Por qué no puede hablar?

—Claro que puede, es que ha hecho una promesa.

—¿A la Virgen?

—No. Nos hemos jugado cinco euros a que no puede permanecer dos horas enteras en silencio.

—Entiendo —corta divertido—. Espero que ese plazo venza pronto porque tenemos que hacerles unas preguntas, a usted y a su pareja.

El hombre declara con una sonrisa cínica:

—Los dos usamos WhatsApp y, de vez en cuando, nos divertimos trasteando en las redes sociales, pero no somos tan modernos. Aunque más de una vez lo hemos pensado.

—¿Vivir juntos? —pregunta el agente.

—Hacernos pareja de hecho. Fiscalmente, puede sernos de utilidad. Pero sin adopción, claro. Somos amigos desde 1920, lo hemos hecho casi todos juntos, pero no de esa forma.

El joven agente hace una rápida resta mental.

—¿Tiene usted cien años?

Se echa a reír.

—¡No, por Dios! Solo setenta y dos. Comprobaba si estaba atento. Nos conocemos desde la infancia y nos hemos quedado viudos casi al mismo tiempo. Ninguno de los dos queríamos pasar la cuarentena solos y decidimos sumar fuerzas. Y lo hicimos: ¡cogimos el covid el mismo día! En mi caso, la enfermedad transcurrió de forma muy benigna. Él lo ha pasado peor: estuvo veinte días ingresado, la mayor parte en la UCI, por una neumonía bilateral. Luego, le ha dado una especie de ictus, pero es duro de roer. No es fácil darle la puntilla, aunque lo he intentado por todos los medios.

—Entiendo. Don Daniel, tiene usted una agradable e inteligente charla, pero no queremos entretenerles. Hemos venido para hacerle unas preguntas.

—¡Ah, no! —Se vuelve hacia el caballero de la silla de ruedas, y zanja—: Él es Daniel; yo me llamo Juan, marqués de Arrolloseco.

—Disculpe la confusión. Don Daniel, necesitaríamos hacerle unas preguntas. Espero que no le importe perder la apuesta porque, ahora hablando en serio, es importante.

El hombre de la silla de ruedas levanta la vista y mira a su amigo, que se encoge de hombros. Y luego asiente.

—De acuerdo, tregua.

Javier se echa a reír. Le hacen gracia aquellos dos caballeros. Tienen un humor envidiable.

—A su servicio, inspector —responde Liébana—. ¿Qué es lo que necesita?

Salado saca del sobre una de las fotografías y se la muestra.

—Queríamos saber si le suena esta prenda.

El marqués toma la fotografía que le tiende y la observa unos instantes. No sale de su asombro.

—¡La han encontrado! No me lo puedo creer. Siempre he sabido que los policías españoles son buenos, pero nunca me imaginé que llegaban hasta ese punto. ¿Dónde la han localizado?

—De modo que puede confirmar, sin lugar a error, que es de su propiedad.

—¡Por supuesto! Me las confeccionan a medida, porque tengo un cuerpo un poco especial...

Arrolloseco, que no deja pasar la oportunidad de pinchar a su amigo, apuntilla:

—Traducido, quiere decir que está gordo. ¡No me mires así, querido! Las cosas son como son. Ahora le ven hecho una sílfide porque adelgazó diez kilos en el hospital.

El inspector se llena los pulmones antes de responder. A diferencia de Javier, a él no le gustan las bromas.

—¿Qué quiere saber, inspector?

—¿Nos puede explicar dónde y cómo extravió esa americana?

—Pues la verdad es que no puedo concretar los detalles. Solo sé que la llevaba puesta cuando cogí el covid y me ingresaron en el hospital. Y que, al ir a vestirme cuando me dieron el alta, no apareció. Lo sentí mucho porque le tengo cariño a esa americana, me suele traer suerte, pero con el jaleo que había en el hospital, no me quejé. Al fin y al cabo, no son más que cosas.

—¿Perdió algo más?

Asiente varias veces.

—Toda la ropa que llevaba puesta al completo, incluyendo los zapatos; el reloj y los gemelos.

Salado le tiende otra fotografía.

—¿Reconoce este reloj?

El hombre lo observa un instante.

—Desde luego, es igual que el mío, pero tendría que ver la trasera para comprobarlo. Lleva mis iniciales: D. L. Fue un regalo de mi esposa. Y respóndame usted a una cosa, agente: ¿dónde han encontrado todo eso?

Javier respira hondo, y saca el aire poco a poco.

—Parece que ha habido una confusión y han vestido a otra persona con su ropa.

—¿Cómo dice? ¿A otra persona? ¿Y él no se ha dado cuenta de que no eran sus cosas?

—Me temo que no.

—¡Joder, vaya un tío más despistado! —exclama Arrolloseco.

El inspector Salado mira de reojo al agente y le susurra:

—Enséñales la fotografía. Puede ser un disparo al aire, pero no perdemos nada por comprobarlo.

Javier acata de inmediato la orden.

—¿Puede mirar esta fotografía, caballero, por favor?

El agente ha formulado una pregunta, pero, en realidad, no le ha dado opción. Se la entrega. Es la imagen de un hombre con los ojos cerrados y el rostro deformado. No es una foto perturbadora, pero el marqués queda impresionado. Su turbación es tan evidente que su amigo estira el brazo y le quita la fotografía de la mano.

Con una voz que intenta templar, el hombre que está en pie responde.

—Lo conocemos. Es Tomás Giráldez, un empresario madrileño. Murió hace unas semanas, a finales de abril. Padecía del corazón. Su esposa Águeda es también buena amiga. ¿Qué está ocurriendo, inspector?

—¿Por qué lo pregunta?

—¡No nos tome el pelo, señor! Tenemos ya cierta edad.

—No es mi intención, caballeros.

—Ah, ¿no? —Arrolloseco cierra los ojos y respira hondo antes de responder—: Estuve presente en su funeral y en su entierro. Fue la primera vez que estuve en un evento de este tipo *online*. Me parece de lo más desagradable que le hayan puesto ustedes la ropa de mi amigo.

—No fuimos nosotros, señor. Según las primeras averiguaciones, se trató de un error. Eso es todo. Si nos confirma que se trata de su ropa y pertenencias, nos ocuparemos de hacérselas llegar.

En ese momento, a Gustavo Salado le suena el móvil.

11

La doctora Olascoaga parece vestida para pasear por el espacio exterior: bata impermeable de manga larga y uso único, delantal, mascarilla con filtro FFP3, protección ocular de montura integral, doble guante, gorro, botas altas hasta la rodilla y calzas. Aun así, mientras observa a tres metros de distancia el cadáver del hombre de cuya identidad acaba de enterarse, le tiemblan las piernas. Está muerta de miedo. Realizar una autopsia siempre estimula su curiosidad científica y profesional, pero esa curiosidad desapareció cuando el inspector Salado le remitió el historial médico del sujeto, localizado en el hospital Gregorio Marañón, donde supuestamente el hombre falleció, y supo que la causa había sido una infección por SARS-CoV-2, más conocido por covid-19.

Las muertes por causas infecciosas son uno de los riesgos de su profesión. Si no tiene cuidado en el desarrollo de la autopsia, puede pillar una hepatitis B o un sida. Para todo hay protocolos, pero este virus es desconocido. Y lo desconocido siempre añade una dosis suplementaria de ansiedad.

Antes de meterse en faena, se ha lanzado en brazos de *New England Journal of Medicine* y *Nature* y ha leído los resúmenes de todo lo que se ha publicado, una enorme cantidad en muy poco tiempo. Sin embargo, ninguna revista le ha ofrecido suficientes evidencias científicas para tranquilizarla. Por el contrario, todas se encogían de hombros y pedían extremar las medidas de protección. El último informe recibido del Centro Europeo para la Prevención y el

Control de Enfermedades aseguraba que no había evidencia de transmisión del virus por el manejo de cadáveres, de modo que los sanitarios tenían cierta tranquilidad para transportar los cuerpos. Pero los forenses no trasladan los cadáveres: los diseccionan, los manipulan, los examinan, y es precisamente en el contacto directo con el cuerpo o sus fluidos cuando empiezan los problemas, porque en una autopsia ordinaria es imposible librarte por completo de aerosoles y salpicaduras, que suponen un riesgo biológico extraordinario.

El juez Calvo quiere saber si murió por el virus o si concurrieron otras circunstancias, pero ella no está dispuesta a jugarse su vida ni la de su colaborador, a quien está esperando, por un muerto de setenta años que ya ha vivido la suya.

—¡Aquí me tienes, Edurne! Ya he informado de que estaremos solos tú y yo en la sala, y de que se trata de un caso con implicaciones judiciales.

Sabe que hay motivos de miedo más que suficientes, pero trata de no contagiar con ellos a su compañero, y exclama:

—¡Estupendo! Pongamos manos a la obra, cuanto antes empecemos, antes terminaremos.

—¿Y cómo vamos a proceder? El riesgo es...

Olascoaga le corta. Quiere acabar cuanto antes y salir de allí.

—Lo sé, Roberto. Su señoría pide una autopsia, como quien pide un café con leche y dos terrones de azúcar. Pero nosotros le vamos a servir un café solo. Es lo que hay.

Aunque no puede verle, Roberto sonríe. Él también está cagadito de miedo.

—Eso debe de ser una metáfora femenina muy inteligente, pero yo, que soy hombre y de pueblo, no la he entendido. Dime, ¿qué vamos a hacer?

—Pues ni más ni menos que lo que dice la Sociedad de Medicina Forense y el Ministerio de Sanidad: haremos una autopsia parcial.

—¿A qué se supone que llamas una *autopsia parcial*?

La mujer lista con decisión:

—Examen externo, biopsias de los órganos principales, análisis toxicológicos, y un TAC para cerciorarnos de que no se nos escapa nada. Eso es todo. Y luego tú y yo nos pondremos en cuarentena catorce días. ¿Te importa que ponga música? ¿Canto gregoriano o flamenco?

—Gregoriano —elige Roberto. No es lo que más le gusta, pero lo prefiere al flamenco. Además, está mucho más contento tras la decisión de Edurne.

Olascoaga enciende el móvil y comienzan a examinar el cadáver. No han pasado quince minutos y ambos se miran.

—Este cuerpo está inmaculado —comenta Roberto mientras contemplan sus brazos, delgados y velludos—. Solo veo una pequeña escoriación en la nariz y en los pómulos, que, por la zona, parecen compatibles con su estancia en la UCI, y las evidencias de una vía en el brazo derecho.

—Cierto. No hay mucho que rascar. A ver qué nos cuenta el TAC.

Pocos minutos después, ambos observan la prueba que muestra un infiltrado alveolar bilateral.

—¡Mira! Llevaba un marcapasos.

—¡Cierto! Tenía una enfermedad cardiaca previa. Supongo que, sumada al virus y al factor edad, se lo ha llevado por delante. Oye, Edurne, ¿ves esa especie de cápsula en el conducto auditivo derecho?

—Sí, tienes razón. ¿Qué demonios será?, ¿un audífono?

—No me lo parece, demasiado estrecho, pero será mejor que salgamos de dudas.

Olascoaga coge una pinza larga, la introduce en el oído del finado y extrae el objeto. En efecto, es un pequeño cilindro de color grisáceo, de un material semejante al cristal. La doctora lo levanta para observarlo con más intensidad de luz. Roberto se acerca también.

—No parece un audífono, ¿verdad?

De repente, Edurne siente un extraño malestar. Aquella cápsula no es ningún instrumento médico que ella conozca. Se apresura a depositarlo en una de las palanganas que permanece sobre la mesa metálica que sostiene el instrumental. Pero no lo hace con la suficiente rapidez, y antes de que toque el acero, la cápsula estalla evacuando un líquido naranja, que sale disparado tiñendo tanto la mascarilla y la protección ocular de Roberto como el guante de la doctora Olascoaga, y la oreja del finado.

Instintivamente, ambos se quedan completamente quietos, petrificados, sin saber qué hacer. Un instante después, Edurne rompe a llorar.

12

«La piscina es lo mejor de la casa», piensa Paloma mientras ve la imagen desde el enorme frente de cristal de la escalera. Tiene una gran superficie de solárium demarcada por una zona de madera de teca. A su lado, hay una gran terraza adornada con sofás de mimbre artificial y cojines de color beis. En ella ve a Bosco, con la pierna cruzada, fumando un cigarrillo y mirando el móvil. Cuando eran pequeños, fueron buenos amigos. Incluso cuando crecieron tontearon. Paloma recuerda una primera cita, un baile de charlestón, que abandonó al verle con sus amigotes esnifar cocaína. Después de aquello, dejaron de tratarse. Ahora, lo ve como un segundón sin personalidad que no se pierde una fiesta y se mete todo lo que pueda proporcionarle un subidón.

Paloma ha oído que es homosexual, de hecho, las pocas mujeres con las que ha salido le han durado un suspiro, aunque también decían que había dejado embarazada a una de las criadas de su casa. Ella lo duda: Bosco Calavatra jamás se acercaría a alguien que no fuera de su clase. Por eso se extraña de que la persiga de aquella manera; sin duda, no es su tipo. Suspira hondo. Está muy cansada, lo último que le apetece es dar conversación a ese tío. Solo quiere irse a dormir.

«Veré cómo está mi madre, y me escabulliré», planea.

Se asoma a su habitación y se la encuentra tumbada sobre la cama con una bolsa de hielo con forma de máscara cubriéndole el

rostro. A sus pies descansa medio dormido Señor Presidente, que levanta la cabeza al escucharla.

Antes de descubrir su presencia, la observa desde lejos. Paloma es plenamente consciente de que, para un cirujano plástico, las personas como su madre son una máquina bien aceitada e inagotable de hacer dinero. Sabe que es, simplemente, una adicta, pero no logra aceptarlo. Comenzó pronto, a los cuarenta, con bótox y ácido hialurónico, algo que ella, en cierto modo, aceptó: su madre es muy presumida y, debido a la posición de su padre, tenía que acudir a muchos eventos y mantener el tipo. A los cincuenta, sin contarles nada, pasó tres veces por el quirófano: se afinó la nariz, se levantó los pechos y le practicaron una abdominoplastia. Pero fue a los sesenta, coincidiendo con el infarto de su padre, cuando su manía se descontroló. En los últimos años, simplemente, ya no tiene freno.

Resulta desconcertante. Ella, su padre, cualquier persona con dos dedos de frente y ojos en la cara percibe que el motivo por el que la gente la sigue con la mirada es que parece un monstruo, una reconstrucción a lo Frankenstein. Sin embargo, ella está convencida de que, si no le lanzan piropos, si reprimen mirarla a los ojos, es por pura educación. Del mismo modo que quien padece anorexia posee una imagen distorsionada de su cuerpo y se ve con los ojos de Botero padeciendo una extrema delgadez, a su madre el espejo le canta una juventud tan inexistente como horripilante.

La enferma se incorpora levemente.

—Hola, mamá —susurra.

—¡Hola, Paloma! ¿Estás bien? Te veo muy pálida. Deberías ponerte un poco de colorete, Bosco ha venido a saludarte. Pero me he tenido que venir a descansar un poco.

—¡Olvídate de él por un momento, mamá, y cuéntame cómo estás!

—Bien, hija. Solo ha sido un retoquillo. Ya sabes, estaré unos días con la cara inflamada, pero enseguida pasará. Lo que ocurre es que estoy terriblemente cansada.

Paloma trata de no cargar las tintas e intenta que su voz suene natural. Solo lo consigue en parte, pero su madre no parece notarlo.

—¿Qué ha sido esta vez, mamá?

—¡Ah, nada especial! Me quitaron grasa del pompis y me rellenaron con ella los pómulos a través de una pequeña incisión en la boca..., se dice así, ¿verdad? *Incisión.* Es una palabra curiosa, suena a jurídica. En fin, el caso es que tenía la cara muy plana, ¿sabes? Se me habían descolgado los carrillos y estaba muy desmejorada, como si fuera mayorcísima.

—Es simplemente la edad, mamá. A partir de..., digamos los sesenta, los pómulos no tienen demasiada importancia. Además, me dice papá que ahora salís menos.

—Eso es verdad, hija. No hay quien le lleve a ninguna parte. ¡Me preocupa que se muera!

—¿Que se muera? Por eso no deberías preocuparte en exceso, está en muy buenas manos y muy controlado. Me consta que el doctor Hilvo, su cardiólogo, es extraordinario. De lo mejorcito que hay en Europa.

—Y si le pasa algo, ¿qué voy a hacer yo? No podré ir sola a ninguna parte.

Paloma no sale de su asombro. La saliva le sabe a hiel, a rabia contenida. Respira hondo y se recuerda que es médico. Y aquella mujer, su madre.

—Déjame que te vea, mamá.

Sin oponer ninguna resistencia, la mujer se deshace de la máscara de hielo. A Paloma le cuesta no ponerse a llorar. Acerca la mano a la mejilla; pese al hielo, está tibia.

—¿Cuándo te hicieron esto, mamá?

—Hace una semana, hija. O quizás dos. Pero esta vez la recuperación va más lenta.

—¿Has tenido fiebre?

—Sí, un poquito. El doctor Tein me ha dado antibiótico.

—Dime si te molesta esto —le pregunta mientras le aprieta el carrillo.

La mujer suelta un gemido de dolor.

—¡Naturalmente, hija! Estas cosas siempre duelen.

—Déjame ver la zona de donde te han extraído la grasa —ruega mientras aparta el fino edredón que la cubre.

«¡Dios mío!», piensa, pero trata de no expresarlo. Solo le falta un ataque de pánico. Le vuelve a colocar la ropa interior, tapa el cuerpo, le entrega la mascarilla de hielo, y añade:

—Vengo enseguida, mamá.

Paloma baja deprisa la escalera y se va a la cocina.

—Charo...

—¿Has visto a tu madre?

—Sí. Dime qué medicamentos está tomando.

La empleada abre un armario y coge una pequeña caja de metal.

—Esto es lo que le ha recetado el médico en esta ocasión.

—¡Amoxicilina! No me lo puedo creer.

—¿Qué le ocurre?

—Tiene una infección severa, probablemente por falta de asepsia en el material quirúrgico. Ese doctor Tie, o como se llame, ¿no le ha visto las masas subcutáneas?

—¿Te refieres a esos granos que le han salido en el culo?

—¿Granos? ¡Charo, lo menos miden tres centímetros! Sube a prepararla, por favor, me la llevo al hospital. Hay que tomar una muestra para hacer una biopsia cuanto antes. Y ponerle un tratamiento adecuado. Voy a hablar con mi padre.

—¿Y qué hacemos con el chico ese?

—Pues decirle amablemente que se vaya al cuerno. Pablo, ¿puedes disponer el coche? Necesito que nos acerques al hospital. Así no perdemos el tiempo aparcando.

Entre Charo y ella ayudan a bajar a la enferma, y la sitúan en el asiento trasero del Mercedes, con Pablo al volante. Señor Presidente no se separa de su dueña, por lo que tienen que encerrarle en la cocina. Al ver el estado de su madre y su dificultad para moverse, Paloma nota cómo la rabia empieza a correr por sus venas. Intenta contenerse para no perder los papeles, bastante penitencia tiene ya su madre, pero a cada minuto que pasa está más decidida: va a investigar hasta donde haga falta para hacer que quiten la licencia a ese capullo carnicero.

—¿Por qué no has ido a tu médico de siempre, mamá?

Ella no responde.

—Mamá...

—No me encuentro bien, hija, me duele la cabeza.

—Lo sé, mamá, pero puedes contestarme.

—Mi médico no quiso hacérmelo, dijo algo de una arritmia, una de esas tonterías, y cuando vi el anuncio en la revista de la peluquería...

Desconcertada, Paloma se gira hacia su madre. Se le caen las lágrimas. Le da un beso en la mejilla y le dice que no se preocupe, que todo se arreglará, aunque sabe que no es verdad. Luego, ambas guardan silencio.

Pensar en su madre siempre llena a Paloma de tristeza. En su niñez, le gustaba colarse en su habitación, abrir los armarios llenos de vestidos preciosos, finas sandalias de tacón, increíbles joyas y pieles suavísimas, y probárselos. «Cuando seas mayor, Paloma, tú tendrás un armario como este», le dijo aquella vez que la pilló infraganti luciendo un vestido de lentejuelas sobre el pijama. Tendría apenas seis años. Sin embargo, siempre supo que por nada del mundo quería parecerse a ella. Si el coste que había que pagar por un armario como ese era ser como su madre, no estaba dispuesta a sufragarlo.

No se parecen físicamente y sus caracteres resultan tan diferentes como el agua y el vino. Su madre es alta, morena, de cuello largo, y se mantiene esbelta a base de muchas privaciones. Paloma, que come de todo y abundantemente, es menuda y rubia. Su madre vive para el día siguiente, y ella no quiere perder las horas. Hoy ve confusión en su mirada. Nada que hubiese en ese armario, o en la caja de seguridad donde guarda las joyas más valiosas, puede devolverle la certeza que buscaba.

—Tú ya no me necesitas, y tu padre está en su mundo. Mi vida ya no vale nada.

—No digas tonterías, mamá, por favor. ¡Claro que te necesitamos!

—Cuando a tu padre le dio el infarto, el mundo se me vino abajo. ¿Qué haría yo si él faltaba? No sé hacer nada. No sé lo que tenemos, ni cuánto tenemos, ni dónde. No tengo ni idea de dónde están los papeles, los títulos de propiedad o las cuentas bancarias. Soy una inútil, hija, una inútil. Es ya tarde para cambiar mi ineptitud, pero pensé que para la vejez sí había remedio.

—Papá no te quiere porque seas joven o vieja, sino porque eres su esposa. Si te quisiera porque no tienes arrugas, se habría ido con una jovencita.

—¿Crees que se podrá arreglar? —pregunta con voz temblorosa.

—Lo importante es que te traten esa infección cuanto antes, puede ser peligroso. Lo demás, a su debido tiempo.

13

El juez Calvo ha pasado el fin de semana en pijama, tragándose cinco temporadas de *Vikingos* de una sentada. Su mujer se ha confinado con el bebé y con su madre, una encantadora dama de setenta y un años y perfil en Instagram. Hacía tanto tiempo que no disfrutaba de la soledad, de poder dormir sin la ayuda de tapones, y de comer cosas que no fueran sanas (su mujer tiene una grave fijación con los vegetales) que lo tomó con ganas.

Sin embargo, acabó doliéndole el estómago (demasiados nachos con guacamole y crema agria) y la cabeza de ver correr tanta sangre por la pantalla. De modo que el lunes por la mañana está deseando olvidarse de Ragnar Lodbrok y de Lagertha y meterse con sus pacíficos expedientes.

Cuando aún está en el aparcamiento, le suena el móvil.

—Buenos días, señoría, soy Edurne, tu forense de cabecera. Te llamo para avisarte de que ya tengo los resultados preliminares de la autopsia, y de que voy a hacerte llegar el informe por *email*. Como era un enfermo covid, tenemos que confinarnos durante catorce días: no puedo ir en persona.

Calvo nota un atisbo de nerviosismo en su voz; solo un atisbo, pero es suficiente para que sienta ese enorme peso en el estómago. Si tuviera un salero a mano, se echaría un poco por los hombros. Solo queda que, al salir, se tope con un gato callejero, negro como la muerte. O como el infierno. Deja caer la cartera en el suelo y se apoya en el capó del coche.

—De acuerdo, doctora. Házmelo llegar por esa vía y si tengo dudas te llamo. Aunque creo que va a ser preferible que te llame con la policía judicial.

—Zoom, Teams o similar estaría bien. Tengo que enseñaros algo importante.

—De acuerdo —acepta el juez a regañadientes—. Pero tienes que prometerme que no vas a pringarme con todas esas palabrotas de médico. Soy un poco hipocondríaco y enseguida me pongo nervioso.

La médico suelta una carcajada algo forzada.

—Tranquilo, omitiré la letanía.

Al colgar el teléfono, al juez Calvo le entra la tos, que no es más que el preludio de una lluvia de juramentos que salen de su boca como un prolongado eructo.

«¡Maldita sea! ¡Qué mala suerte tengo! Pero ¿qué otra cosa puedo hacer? Venga, Juan, respira. Respira, piensa que no tienes que ver más al muerto», se dice.

Ya en su despacho, deja la cartera junto al lateral de la mesa, la americana colgada en el perchero y se dispone a comenzar la jornada. No ha llegado a sentarse cuando llaman a la puerta. Un embozado inspector Salado asoma la cabeza por la puerta entreabierta.

—Señoría, vengo con el agente..., con Javier. ¿Podemos pasar?

Los anima a entrar con un gesto de la mano. Trata de parecer tranquilo, aunque, tras la llamada de Edurne, no lo está.

—Adelante. Os estaba esperando. Tomad asiento, por favor. Por los mensajes que hemos intercambiado durante estos días, creo que ha sido un fin de semana bastante productivo.

—Lo ha sido, sí. Traemos buenas noticias.

—¡No me digas que el muerto ha resucitado! —bromea.

—De momento, no. ¡Una pena! Te resumo lo que te adelantaba por teléfono. Tenemos una identificación positiva y fiable. La pista de la ropa que, en efecto, estaba cosida a mano, nos llevó hasta su propietario, que está vivito y coleando. Bueno, coleando no, está algo delicado. En todo caso, conocía al difunto y nos dio el nombre. Tras la identificación visual, lo hemos comprobado por dactiloscopia. Teníamos la toma de huellas que había realizado la doctora Olascoaga, de modo que la identificación ha sido sencilla.

—¡Eso es estupendo! —exclama el juez, que ya se ve fuera del molesto caso—. Ahora solo queda conocer a quién pertenece ese Rolex. Os confieso que me intriga.

—Pues en eso también podemos ayudar —comenta Javier—. El dueño de la ropa lo es también de los gemelos y del reloj.

—¿Y no lo ha reclamado?

—Al parecer, sí, es abogado e interpuso la correspondiente denuncia. Se ha puesto contentísimo cuando le hemos contado que lo habíamos encontrado —añade. Está un poco decepcionado. Disimuladamente, ha echado un vistazo al despacho del juez, a la mesa de oficina, a la silla de oficina y a la ventana de oficina. Cuando era niño, siempre pensaba que los jueces tenían enormes despachos de madera, con sus paredes plagadas de títulos y cuadros oscuros.

—¡Pues misterio resuelto! —concluye levantándose—. Ya podemos volver al trabajo ordinario.

—Lo siento, señoría, pero, desafortunadamente, no vas a poder librarte de nosotros aún. Esas eran las buenas noticias, pero creo que no hemos hecho más que volver a empezar.

—¿Cómo dices? —exclama, y se deja caer en la silla giratoria.

—Al tiempo que averiguamos la identidad del cadáver de la morgue, nos enteramos de que a ese hombre supuestamente lo

enterraron en el panteón de su familia en la Almudena hace algunas semanas, y entonces...

El juez levanta las manos.

—¡Un momento! No tan deprisa. ¿Estás diciendo que el cadáver que tenemos en el Anatómico está supuestamente enterrado en el cementerio de la Almudena? Pero entonces...

El inspector asiente.

—Entonces, o enterraron un ataúd vacío o el cadáver no es el que su viuda creía.

—Vamos, que en vez de tener un muerto ahora tenemos dos. ¡Maldita sea! Aunque, claro, podría tratarse de dos equivocaciones concatenadas. Sí, por supuesto, ¡eso es lo más probable! Han mezclado los cuerpos.

—Podría ser así, cierto, pero la ropa, el Rolex, los zapatos parecen apuntar en otra dirección —sentencia Javier.

El juez Calvo se lleva las manos a las sienes. Le duele la cabeza. Menudo martirio.

—Y la esposa, ¿qué pasa, está mal de la vista?, ¿cómo no se dio cuenta de que no era su marido?

—No hemos hablado con ella aún. Es una mujer de cierta edad y podría ser que estuviera muy afectada, pero lo más probable es que, debido a la pandemia, no abrieran el féretro.

Calvo baja las manos e inclina hacia atrás la silla de la oficina.

—Sí, eso tiene sentido. Pero no me hace gracia. En cuanto la visitéis, querrá saber quién es el que reposa en la tumba de su marido.

—Sería lo más lógico.

—Y lo más perturbador.

El sonido de un móvil los silencia.

—¡La que faltaba! —masculla Calvo, que empieza a sentir de nuevo el hormigueo por las piernas.

—¡Apuesto a que sé quién es! —comenta el agente mientras observa cómo Calvo arruga el entrecejo.

El sonido continúa.

—¿No vas a cogerlo?

—No, que espere un poco. ¿Cuál es la identidad del fallecido?

—Se llamaba Tomás Giráldez, empresario de setenta y dos años, natural de Ávila y residente en Madrid, fallecido en el hospital Gregorio Marañón. Hemos comprobado su expediente, que ha resultado inmaculado: el hombre no tiene ni una multa de tráfico, ni una inspección fiscal.

14

—No te revelo nada que no sepas, Paloma, en toda práctica quirúrgica late un riesgo de contaminación o infección. Además, el hecho de combinar operaciones, quitar de un sitio y poner en otro, aumenta el riesgo, sobre todo si hay necesidad de cambiar de posición, como era el caso de tu madre. En pacientes sanos, en un ambiente con garantías y con un profesional adecuado, conservador y técnicamente meticuloso con el procedimiento, las complicaciones son mínimas, aun así, se previenen con profilaxis y, si se da la mala suerte de que ocurra, se trata la infección de inmediato, a los primeros síntomas. De no hacerlo así, incluso una pequeña intervención sin importancia puede llegar a provocar una sepsis. En el caso de tu madre, se ha hecho todo al revés: un sitio que ofrece la esterilización y el aparataje de un garaje más que de una clínica; un médico que nadie sabe dónde ha comprado su título y que tiene interpuestas denuncias sin cuento; un montón de tiempo con solo anestesia local; sin profilaxis antibiótica en el pre y el perioperatorio. Le dije que, con esa arritmia, no se lo aconsejaba y que, además, no iba a quedar bien, pero ya sabes cómo es tu madre.

—Lo sé, querido Ignacio. Lo sé.

El médico la interrumpe.

—El mal está hecho, de nada sirve lamentarse ahora. La cuestión es que llegamos tarde: hay enrojecimiento, dolor, calor, edema... Tu madre dice que lleva días con fiebre y que no le han dado más que amoxicilina. En fin, hasta que tengamos los resultados del cultivo y

la sensibilidad, le administraremos vancomicina por vía endovenosa, y curas diarias. Luego, iremos viendo. Es muy probable, no quiero engañarte, que tenga que cerrar la herida del glúteo de segunda intención, y escindir el tejido desvitalizado.

—Sé que está en las mejores manos, Ignacio. Y te lo agradezco muchísimo. —Aguarda un segundo y luego añade—: ¿Crees que podrás hacer algo con su cara?

El cirujano tarda en contestar.

—Lo intentaré, pero no va a ser fácil. Y, desde luego, no va a quedar como antes. Lo que han hecho es usar el área glútea como zona donante de grasa, refinarla y aplicársela a la cara. Y lo han hecho tan mal que tiene todas las complicaciones posibles, y no solo hablo de la infección. Va a presentar una clara asimetría, y le han afectado el nervio facial. Pero de eso nos ocuparemos luego, ¿no crees? De momento, saquémosla adelante. Estará ingresada varios días. Sé que hoy has dormido aquí, pero puedes irte a casa tranquila. Mis enfermeras están al tanto.

—Muchas gracias, Ignacio, de verdad.

Paloma regresa a la habitación. Antes de la visita médica, muy de agradecer en un domingo, ha informado a su madre de que se va a ir a casa. Charo la sustituirá. Ha pasado la noche con ella, en un duermevela. Pero a la mañana siguiente, lunes, tiene que trabajar y el martes está de guardia. Necesita dormir, es una necesidad física, tan física como hacer pis. Su madre no ha querido escucharla.

—¿Qué ha dicho el doctor Calabria?

—Que estarás aquí unos días, hasta que te recuperes completamente.

La mujer comienza a lloriquear.

—¿Te duele mucho? —pregunta Paloma. Acaban de pasarle un antitérmico.

—¡No quiero estar aquí, hijita! Quiero irme a casa.

—Nos iremos cuando te cures, mamá. Además, tenemos que esperar el resultado del cultivo, para ver si estamos acertando con el antibiótico. Te han puesto uno de amplio espectro, pero el médico no las tiene todas consigo.

La mujer suspira. Y con voz de cordero degollado añade:

—Te admiro, hija, eres fuerte como un hombre. ¡Más que muchos hombres! Pero yo no soy como tú. Has debido salir a tu padre. Yo soy débil, floja, miedosa. Tu padre dice que soy como un pajarillo, pero no uno cualquiera, uno muy delicado. Y tiene razón.

—Bueno, ahora eso no es importante, el antibiótico hace el mismo efecto si te pareces a un gorrión o a un ave del paraíso.

La mujer vuelve a la carga.

—Pero este sitio, hija. Mira a tu alrededor. Quiero que me cuiden en casa. ¿Por qué no contratas a una enfermera titulada y entre las dos me atendéis allí? Rodeada por mis cosas, mis muebles, mis amistades y mis sábanas. Estas son muy ásperas.

Paloma está de pie. De la mala postura, tiene un intenso dolor en el cuello, y necesita darse una ducha y tomar algún alimento. Y dormir, sobre todo, dormir. Su hermano ha enviado unas bonitas flores, pero está demasiado ocupado para dejar Londres. Empieza a hartarse.

—No seas quejica, mamá. Te han puesto en una habitación estupenda y te atiende un equipo sensacional.

La mujer niega con la cabeza.

—¡Este lugar tiene un olor de lo más desagradable!

—Huele a lejía y a desinfectante, lo que nos asegura tu salud, mamá.

La mujer hace una larga pausa. Se coloca la mano en la frente y teatralmente añade:

—Tengo miedo, hija. Este sitio me causa pavor.

—¿Pavor? ¡Pero si estás en un hospital!

—Eso es cierto, pero en cuanto te vayas, estaré sola, como si fuera una paria que no tiene familia. Y, como nadie me vigila, me cogeré ese virus que anda por el aire y me moriré. Cuando eso ocurra, querida, recuerda que mi collar de perlas de tres vueltas, el que trajimos de Japón, es para ti.

—¡Por Dios, mamá! No empieces de nuevo con esa letanía, que ya me la conozco. Te he traído al mejor hospital que conozco; he movido Roma con Santiago para arrancar al doctor Calabria de su partida de golf, y le he convencido para que venga a hacer tu ingreso un domingo. Lo ha hecho con todo cariño, aunque ya no seas su paciente, porque le has cambiado por un matasanos de la esquina. Y, por si fuera poco, me he pasado la noche velando tu sueño sentada en esa silla. ¿Qué más quieres?

—Yo no te pido nada, hijita. Y recuerda lo del collar si tu padre decide encerrarme aquí para siempre.

—¡Mamá, por favor! He salido de guardia, y hoy no he pegado ojo. El martes vuelvo a tener guardia; si no duermo, no puedo hacer bien mi trabajo.

—¡Ah, pero yo no te impido dormir! Yo no doy la lata. Pero si estás tan cansada que no puedes hacer compañía a tu madre moribunda, ve.

No hay el menor rastro de tono inquisitivo en su voz, pero el trasfondo resulta demoledor.

—¡Esto es un chantaje de lo más burdo, mamá!

Ella hace como si no escuchara, y continúa:

—Yo era una mujer hermosa, Paloma. Cuando entraba en un salón, en un restaurante o en una fiesta, todos se giraban para admirarme. Sí, era muy hermosa.

—Y lo sigues siendo, mamá —miente—. Y más lo serías si te quitaras de la cabeza esa manía de pasar por el quirófano a todas horas.

—Ya no lo haré más; ahora, solo me espera la muerte —dice con voz debilitada. Las manos yertas sobre el regazo y la mirada lánguida—. Y el dolor, claro... Bueno, ha llegado el momento de que te vayas. Sé que es ley de vida, que tengo que ver cómo vuelas. Eso es lo que me recuerda tu padre a cada paso. Pero eres mi hija, mi única hija, ¿quién va a cuidarme en tu ausencia?, ¿quién lucirá mis joyas?

—¿Por qué te lo tomas todo a la tremenda? ¡Voy a dormir un rato, no a huir!

La mujer cierra los ojos y permanece en silencio. Paloma la observa y no da crédito a lo que escuchan sus oídos y ven sus ojos. Su cara tiene un monstruoso aspecto, pero, además de pena, también siente rabia. Está íntimamente dolida por el chantaje a que la somete su madre, a sus preguntas insidiosas, a sus afirmaciones realizadas con una única finalidad: crearle un cargo de conciencia que la obligue a quedarse a su lado.

Finalmente, se da por vencida.

—Me quedaré hasta las ocho. Y luego, digas lo que digas, me iré.

La mujer abre de inmediato los ojos y responde con voz potente:

—Será suficiente con que te quedes hasta las seis, tesoro. A esa hora vienen a verme Ger y Rosanda y estaré acompañada.

15

Sin respuesta, el teléfono del magistrado finalmente calla. Sin embargo, pasados apenas un par de minutos, suena el móvil del inspector Salado, que lo atiende, no sin antes excusarse con el juez.

—¡Hombre, menos mal que la policía judicial se digna a atenderme! ¿Estáis con su señoría?

Rana asiente mientras mira expresivamente al juez.

—Estamos. Acabamos de ponerle al tanto de la identificación. ¿Vienes para acá?

—No, lo siento. Tengo que estar confinada dos semanas: es el protocolo tras una autopsia covid. Pero quiero haceros partícipes de algo importante. Y mejor si estamos todos reunidos. Os he mandado una invitación de Zoom. Pregunta al juez si puede conectarse ahora...

Calvo está tentado a decir que no, pero finalmente acepta.

—No tengo mucho tiempo —susurra mientras se levanta y abre la ventana. El aire, aunque caliente, le provoca una artificial sensación de libertad.

—Ahora nos conectamos. Dice su señoría que no te enrolles.

La conexión va como la seda y en un minuto tienen a Edurne Olascoaga en la pantalla. Se ha recogido el pelo en una coleta y viste una camiseta de rayas blancas y negras. A su espalda, una estantería repleta de libros y fotografías familiares.

—Buenos días, doctora Olascoaga —inicia el magistrado, solemne, mientras vuelve a extrañarse de que alguien que se dedica a trocear

muertos pueda destilar ese olor a Nenuco. Para no dejar traslucir su desagrado, intenta dar la impresión de que está por encima de esas cosas, comportándose como un juez malhumorado y mandón—. Por lo que entiendo, habéis realizado ya la autopsia pedida...

—Sí, señoría, una autopsia parcial, la posible en estas circunstancias.

—¿Y bien?, ¿cuáles son esos datos relevantes?

—Los resultados de los análisis tardarán unos días, pero, con base en los indicios que concurren hasta ahora...

—Al grano, doctora, al grano —la insta. Tiene la paciencia a nivel de reserva—. La policía judicial me acaba de decir que el fallecido murió a causa del virus. ¿Hay algo más?

La mujer se encoge de hombros.

—No puedo ser concluyente hasta ver los resultados del laboratorio, pero puedo confirmar dos cosas: la primera ya te la han contado, falleció por covid. El órgano más afectado es el pulmón, que, como en la mayoría de los casos, es la diana de la infección. Pero, además de los infiltrados alveolares bilaterales, tenía un marcapasos, es decir, una enfermedad cardiaca previa. Y...

El juez la interrumpe de nuevo para advertirla de que no se disperse.

—No sigas, doctora, los detalles de la muerte por causa infecciosa son ajenos al interés judicial. Basta con confirmar que murió por covid-19. ¿Fecha estimada de la muerte?

—Tampoco puedo confirmarlo con exactitud, pero, si nos atenemos al expediente del hospital donde falleció, que cuadra con nuestros cálculos, su muerte acaeció hace cuarenta y un días. El parte médico está firmado por una doctora llamada Paloma Padierna, adjunta de Medicina Interna en el hospital Gregorio Marañón.

—¿Y cuál es el segundo hallazgo? —pregunta el juez mucho más animado. De momento, todo va bien.

—Nuestra segunda conclusión, evidencia en realidad, es que este cadáver fue manipulado.

Al escuchar a la médico forense, el corazón de Calvo da un vuelco en el pecho. Por más que el sol insista en pintar un día precioso, a Calvo todo le parece negro. Instintivamente, se pone a recolocar los objetos que pueblan su mesa. Lo primero, el marco con la fotografía de su esposa: una joven rubia platino, de cara ancha e inexpresiva. «Esta imagen no te hace justicia, cariño», piensa. Luego, se alisa el pelo hacia atrás y añade.

—¿Te refieres a la vestimenta?

—No, la verdad. Eso es importante, pero no decisivo. Me refiero a esto. —Levanta la mano y coloca ante la cámara una fotografía, en la que se observa el cadáver junto a un médico con EPI, ambos están teñidos de un color naranja oscuro—. Así es como quedó la pantalla de protección de mi colega y el aspecto del cadáver.

—¿Qué es eso? ¿Es sangre o algo parecido? —indaga su señoría —. Yo creía que los muertos no sangraban.

—Y es cierto, pero esto no es sangre; es tinta. Alguien ha introducido una cápsula en el oído del cadáver que contenía tinta de un color entre anaranjado y pardo. Cuando la extrajimos, estalló. Nos dio un susto de muerte. De no haber ido tan protegidos, no sé qué hubiera ocurrido. De momento, nuestras PCR son negativas; pero el cadáver parece un cromo.

—¿Y por qué llevaba eso en el oído? —pregunta Javier con candidez.

—Es obvio que alguien lo colocó allí. ¿Por qué? No tenemos ni idea, pero apostamos a que fue una acción *post mortem.*

—¡Tiene que ser una broma! —exclama el juez—. ¡Y de muy mal gusto!

La doctora Olascoaga carraspea.

—Bueno, a eso quería llegar. Señoría, si no estás sentado, hazlo, porque lo que voy a decir no te va a gustar.

—Adelante, doctora —acepta el juez, con la espalda muy rígida y el corazón encogido.

—De acuerdo. Tengo en la sala de espera de Zoom a un colega cuyo testimonio quiero que escuchéis. Está, como yo, confinado en su domicilio.

Al ver que la conversación no deriva hacia las temibles palabras *asesinato* o *arsénico,* el juez se relaja.

—No creo que una conversación didáctica sobre criminología sea de utilidad en este momento, doctora Olascoaga.

—Creo que te equivocas, señoría. Observad esta nueva fotografía... Os comparto la pantalla.

Desde el despacho del juez, tres pares de ojos se pegan como lapas a la pantalla. La imagen es muy similar a la mostrada anteriormente: se trata del cadáver desnudo de un varón, tumbado en una camilla metálica, que tiene el rostro completamente pintado de color rojo.

—¿Qué es eso?

—Decías antes que parecía una broma. Es cierto, pero te equivocabas en el número: no se trata de una broma, se trata de dos. Veréis, tenemos un chat privado de médicos forenses, donde compartimos sucedidos, experiencias y cosas por el estilo. Ayer por la tarde conté lo que me había pasado con la cápsula de tinta naranja, y de inmediato me contactó un colega para contarme que a él le había pasado prácticamente lo mismo, pero con otro color, y me envió esa imagen. Los detalles son muy similares al caso actual.

—¿Cómo de similares?

Hace una pausa. Se escucha cómo inspira y cómo espira antes de decir:

—Bueno, juzgad vosotros mismos. Durante la fase más negra de la pandemia, la Comunidad de Madrid habilitó dos morgues improvisadas: la del Palacio de Hielo de Madrid y la del Palacio de Hielo de Majadahonda. La primera dejó de emplearse para ese fin el 22 de abril; la segunda, el 14 del mismo mes. Hasta ahí, nada nuevo. Lo extraño es que lo que hemos vivido nosotros con ese ataúd no reclamado lo han vivido también en Majadahonda, donde un cadáver sin identificar paralizó echar definitivamente el cerrojo de la morgue. El equipo forense de mi colega, a las órdenes del juez encargado, siguieron más o menos los mismos pasos que nosotros, llegando a un lugar similar. Creo que, de no escuchar su testimonio, patinaremos.

Los dos policías vuelven su mirada hacia el juez, que lentamente va aceptando su rotundo fracaso al conjurar la mala suerte. Un dolor punzante le oprime las sientes, mientras murmura desesperado:

—Esto es impensable, impensable...

—¿Eso significa que le doy paso? —pregunta Olascoaga.

Calvo respira hondo y, muy a su pesar, asiente. Casi al instante, en la pantalla aparece un hombre delgado. Viste de paisano, pero presenta un aspecto formal, que tranquiliza levemente al juez. Su sonrisa forma una curiosa curva en su fino bigote.

—Buenos días a todos, soy el doctor Llorens.

—¡Hacía mucho que no veía uno de esos! —exclama Calvo—. Me refiero al bigote.

—Es cierto, ya no se llevan, pero a mi esposa le gusta, y a mí, la verdad, me da un poco lo mismo. En fin, no quiero consumirles más tiempo del necesario. Edurne, ¿los has puesto al día?

—Simplemente, les he hablado de la existencia de un cadáver con muchas similitudes al nuestro. Lo demás te lo dejo a ti.

Con un perfecto y culto español en el que late un nasal acento catalán, el doctor Llorens relata la autopsia parcial realizada, cuyas conclusiones apuntan hacia una muerte sugestiva de una infección por covid. En el TAC descubrieron que tenía una cápsula en la garganta. Al extraerla, en contacto con el aire, estalló.

—Por lo demás, cada uno por separado, hemos coincidido en nuestros respectivos juicios sobre las causas de la muerte. Ni Edurne ni yo hemos encontrado signo alguno de violencia, ni datos que apunten hacia un asunto criminal. Los fallecidos tenían edad similar, y los dos arrastraban patologías previas (enfermedad cardiaca en un caso; diabetes, en otro), y de no ser por las cápsulas de tinta, nadie los hubiera relacionado.

Tras su exposición, un breve silencio se adueña de la conexión. Todos los intervinientes, cada uno a su modo, está mascullando la información recibida. Es el juez el que rompe el extraño momento.

—En resumidas cuentas, entiendo que ambos concluís que se trata de muertes naturales. ¿No es así?

Los dos forenses mueven la cabeza al mismo tiempo y responden al unísono:

—Así es.

Enseguida Olascoaga añade:

—Salvo que el laboratorio diga lo contrario, y no parece que apunten por ahí los tiros, ambas son muertes debidas a un proceso de tipo infeccioso, que se sumó a sus patologías previas respectivas.

—¡Muchas gracias a ambos! Todo me ha quedado clarísimo. Una curiosidad: esas cápsulas, las que contenían la pintura, ¿sabemos de dónde proceden?

—Desafortunadamente, yo no. Y, por supuesto, en los trocitos que han quedado, no se han podido encontrar huellas.

—Yo estoy en la misma situación que la compañera —indica Llorens—. De todos modos, lo nuestro es aportar datos, no tomar decisiones; quien debe decidir eres tú, señoría. Pero la doctora y yo coincidimos en que los dos casos se parecen como dos gotas de agua y eso es extraordinariamente raro.

—¿Doctor, sabes quién firmó el parte forense? —pregunta Jaso intrigado.

—No, eso no lo recuerdo. Pero lo compruebo ahora mismo, tengo aquí el expediente... Sí, aquí está: es un tal Capit Ludum, seguido de un número romano, que no sé qué significa. No tengo el gusto de conocerle.

—¡Capit Ludum! ¡Pero qué coño está pasando! —chilla Calvo.

Por mucho que quiera darle vueltas, sabe que debe llegar a la misma conclusión que los dos equipos forenses.

—¿Y era el mismo tipo de cápsula? —indaga Rana.

—El mismo tipo de cápsula e idéntico tipo de tinta. Lo único que cambia es el color y la vestimenta del cadáver —responde Olascoaga.

—¡No me irás a decir que iba vestido con esmoquin y anillo de diamantes! —cuestiona el magistrado.

El doctor Llorens niega con la cabeza.

—El cadáver depositado en Majadahonda iba arreglado como una mujer: vestido rojo de marca Armani y zapatillas deportivas blancas de marca Mascaró.

—¿Pero no decías que era un tío?

—Y lo es, pero llevaba ropa de mujer. ¡Hay gente para todo! —agrega mientras escarba entre los papeles de su mesa hasta dar con

lo buscado—. ¡Aquí está! En uno de los bolsillos del vestido llevaba un tique de Charcutería Octavio de la calle Cea Bermúdez.

—¿Y qué compró, si puede saberse?

Llorens toma un folio y lee:

—Aceite de cosecha temprana Oro de Cánava; al parecer, es una tienda bastante sofisticada. La policía judicial se personó en el lugar e intentó investigar la compra, que fue abonada en efectivo. Nadie recuerda al comprador. No obstante, lo curioso de todo esto es la fecha del tique: por el tiempo del fallecimiento que hemos calculado, aunque esto no es una ciencia matemática ni exacta, la compra de ese aceite es posterior a la muerte.

El juez Calvo se levanta de improviso arrastrando hacia atrás la silla. Sus pensamientos bullen febriles. No aguanta más. Mientras levanta el dedo índice y señala la puerta, comenta con voz trémula:

—¡Tengo una reunión! Agradecería que hablarais entre vosotros de estas cosas, y luego me informarais de lo esencial.

El inspector y el agente se miran extrañados, pero se incorporan.

—¡Saludos, doctores! —dice mirando a la pantalla.

—Vale, ya me desconecto —susurra Edurne con una sonrisa sardónica—. Espero vuestra llamada, inspector.

16

Tras dejar a su madre recibiendo tratamiento antibiótico endovenoso, Paloma ha logrado por fin regresar a casa. Ha alquilado el último piso de un edificio antiguo en Chamberí, relativamente cercano a la plaza de Colón, barrio que más parece recoger la vida de un pueblo mediano que de una capital. No es muy grande —un salón pequeño con la cocina integrada, un dormitorio y un baño con ducha—, pero está recién reformado y tiene una magnífica terraza donde Paloma ha situado una hamaca, una sombrilla y una mesita baja. Cierto es que donde el anuncio rezaba «Fabuloso dormitorio con espectaculares vistas», a duras penas ha logrado meter con calzador la cama, una mesilla y una bicicleta de *spinning,* que mira esquinada a un patio de manzana, pero es para ella sola y le gusta.

Se despeja con una larga ducha y se prepara un batido de espinacas, melón, zumo de naranja y arándanos; no le apetece cocinar. Pese a la hora, el calor sigue cebándose con la capital. Como la casa está recalentada, Paloma decide salir a la terraza para tomarse el batido. Se recuesta en la hamaca, tal como está, en ropa interior. El sol sigue arriba, pero ya no planta cara. «En la gloria». Respira hondo y trata de olvidar la discusión con su madre. El batido está fresco y muy sabroso. Se siente ligera, como si acabara de chutarse algo fuerte y los vapores de la droga la envolvieran.

—Solo un momento —susurra mientras apura el batido—. Luego, me meto en la cama.

Cuando una ambulancia pasa a toda velocidad haciendo sonar la sirena, vuelve en sí bruscamente. Se ha quedado dormida, ha caído la noche y tiene frío. Entra, se pone el pijama (duerme con camiseta de tirantes y bóxer de hombre, lo más cómodo del mundo) y se mete en la cama.

No lleva más de dos horas durmiendo cuando tocan a su puerta. Está tan profundamente dormida que no lo nota. Se repite la llamada con el mismo resultado. Un minuto después, alguien empieza a aporrear su puerta. Esta vez los golpes consiguen que retorne al mundo de los vivos.

Al principio, adormilada, no sabe ni dónde está ni qué día es. Poco a poco, sus ojos se acostumbran a la habitación. Mira el reloj: las diez y media de la noche.

«¿Quién demonios es a estas horas! ¿Será por mi madre?».

—¡Voy!, ¡un momento!

Alarga el brazo, coge una chaqueta larga y se la echa por encima. Cuando abre, no hay nadie en la puerta, pero ve un paquete en el suelo, tiene más o menos la forma rectangular de una caja de zapatos de niño pequeño. Lo coge extrañada. No lleva escrito nombre ni dirección.

«¡Será para Mariana!», concluye.

Mariana es una de sus mejores amigas. Estudiaron juntas el mir en Oviedo y vivieron en la misma residencia de monjas. La llamó diciendo que iba a estar un par de días en Madrid (tenía cita en la modista para probarse su vestido de novia) y pidiéndole que la acogiera en su casa esa noche intermedia. No puede ofrecerle más que el sofá, o compartir la cama, pero a ninguna de las dos les importa, con tal de verse. Sin abrir el paquete, lo deja sobre la mesa y vuelve a acostarse.

Se duerme de inmediato. Pero es lunes, y, como cada día laborable, a las seis treinta suena la música de la alarma del móvil. Como cada día laborable, se coloca la almohada sobre la cabeza, conjura un «¡anda, sé bueno, solo un poco más!», y vuelve a dormirse. Exactamente, nueve minutos después, la banda sonora de *Grease* repica de nuevo y, una vez más, la historia se repite. No desatiende la tercera alerta, simplemente no la advierte: está tan cansada que ni Travolta en estado puro es capaz de despertarla. Se halla en medio de un extraño sueño, mezcla de la serie que sigue, el libro que lee y uno de sus pacientes. Hasta que el martillo hidráulico de los obreros que remiendan la calle de Orellana no se lanza a morder el asfalto, no se desclava del sueño.

Sobresaltada, mira el reloj. Maldiciendo su suerte, se viste, y, sin siquiera ducharse, toma un taxi a la carrera y se presenta en la cuarta planta a las nueve y treinta y cinco. Su consulta comenzaba a las nueve, y ya hay quince personas en la sala de espera. Se muere por un café, pero no puede permitírselo. Pasa a su primer paciente, un viejo conocido con un leve problema de estómago y una enorme hipocondría. A las doce, acaba de ver a su décimo paciente, y decide detenerse cinco minutos, tomarse ese anhelado café e ir al baño; al menos, adecentarse un poco. Está anotando en la historia de su último paciente las pruebas que ha solicitado cuando escucha una conversación acalorada en el pasillo. Trata de concentrarse en la historia, pero el jaleo es creciente. De pronto, se abre su puerta, entra el doctor Mardio y, sin pedir permiso ni opinión, se sienta en una de las sillas, cruza los brazos y se la queda mirando inquisitivamente mientras pontifica:

—¡Eva engendró a Caín, y Madrid a los «farmacia gratuita»! ¡Mierda de Seguridad Social!

—La Seguridad Social nos da de comer, César. Y yo estoy a punto de salir a tomarme un café. Te agradecería mucho que cerraras la puerta al salir.

—¡No seas borde, tía! No se trata así a un compañero.

Paloma no replica. Sabe que, aunque le caiga como una patada en el estómago, tiene razón. César Mardio es un colega del servicio. De unos cincuenta años, divorciado y de apariencia pasable. No son amigos, ni van a serlo nunca, no tienen absolutamente nada en común. Es engreído, maleducado y bastante incompetente. Por algún motivo que Paloma desconoce, está en perpetuo estado de hastío cuando no de lastimoso aburrimiento. Como si la vida hubiese mutilado todas las esperanzas, solo tiene dos metas en la cabeza: llevarse al huerto a todas las mujeres que pueda y trabajar lo menos posible. Con ella lo intentó en su primera semana de trabajo en el hospital. No coló. Ahora parece necesitarla para su segundo propósito.

—De acuerdo, César. Dime qué quieres. Tengo la consulta a tope, y te veo venir.

—¿A tope? Pues como todos. Pero tienes que echarme un cable. Ahí fuera hay un paciente psiquiátrico, que asegura que no es psiquiátrico, pero que lo es. La parienta está amenazando con ir a ver al inspector y demandar a todo el mundo. ¡Ya no los soporto más!

—¿Demandar a todo el mundo, César? ¿No querrás decir demandarte a ti?

Se echa a reír sin ganas.

—¡Pues sí, a mí! Pero estas cosas nos dañan a todos. Finalmente, es la reputación del hospital la que se resiente. Verás, es la tercera vez que viene a la consulta y siempre le digo lo mismo, que vaya a Psiquiatría, pero su mujer que es más pesada que una pareja celosa

no quiere escucharme. He pensado que, ya que tú eres mujer, quizás seas capaz de entenderte con ella. Yo no puedo más. ¡Estoy de ellos hasta los cojones!

—Pues lo siento mucho por ti, César. Pero ya tengo yo bastantes pacientes en la sala de espera como para encargarme de los tuyos. No es falta de cortesía profesional, es simple eficiencia.

El médico permanece en silencio mientras la mira con una sonrisa cínica.

—Sabía que ibas a decir eso, por eso me he tomado la libertad de pedir a la enfermera que me asigne a mí tus dos próximos pacientes. Dos por uno, es un trato justo, ¿no crees?

—Eres un capullo, César, ¡esto es un asalto a mano armada!

El médico se pone en pie y se acerca a la puerta.

—Venga, no seas así, te pones fea cuando te enfadas. ¡Y muchas gracias! Te debo una.

—¡Hijo de la grandísima puta! ¡Eres un capullo narcisista! —murmura. Sabe que no puede chillar, todo el hospital lo sabría.

De inmediato, entra la enfermera.

—¡Lo siento, Paloma! No he podido detenerle.

—No te preocupes. Di a ese matrimonio que los veo en diez minutos; necesito urgentemente un café.

17

Cuando al juez Calvo se le pasa el susto y les telefonea, han pasado tres cuartos de hora. Para ese momento, los dos policías han mantenido un nuevo encuentro con los equipos forenses, y han almorzado: el inspector se ha tomado dos donuts y un café; Javier, un bocadillo de tortilla y una Coca-Cola Zero. Ambos han impreso los informes de las dos autopsias, y los están comparando. A Javier no le molesta leer en su iPad, pero a Gustavo le disgustan las pantallas (dice que su brillo le sustrae de los detalles, que son esenciales) y prefiere papel.

El agente Jaso, que es nuevo en el destino y nunca ha tenido entre manos un caso importante, como parece ser este, no tiene muy claro qué debe esperar o cómo debe comportarse ante un hombre como su superior. Hay personas que quieren tener a su lado compañeros proactivos, decididos, imaginativos; otros buscan pinches de cocina. No sabe a qué grupo pertenece su jefe. Durante sus primeras semanas en el destino, recabó toda la información sobre él que pudo. Las distintas fuentes coincidían en que su reputación de mejor sabueso de la unidad se la había ganado a pulso. Simultáneamente, concordaban en su evolución: en tiempos pasados, cuando formaba equipo con la subinspectora Coma (mucho más que equipo, según los mentideros), Rana fue un excelente y honrado investigador, pero, desde la salida de ella del cuerpo para casarse y dedicarse a su familia, se le veía quemado y se había vuelto bastante desconfiado. Javier, que la ha sustituido, no ha

sabido de su existencia por su superior, lo cual denota su nivel de reserva. O quizás su rareza. No es que Salado sea raro, que lo es, aunque todos lo somos en alguna medida, es que se encierra en sí mismo y no le permite entrar. Está claro que, si quiere hacer carrera allí, debe ganarse su confianza, pero desconoce cómo. En una cosa sí coinciden: ambos son meticulosos o, más bien, perfeccionistas y, sobre todo, tenaces. Cuando huelen una pieza, no la sueltan hasta tenerla entre los dientes. Y en este caso, ambos la han olido.

En su breve llamada, el magistrado los ha hecho partícipes del estado del procedimiento. Tras ponerse en comunicación con su colega de Majadahonda, se ha encontrado con un juez bisoño, con pocos meses en su puesto, y aterrado de empezar con un caso como ese. Al repasar las fechas, se han dado cuenta de que el cadáver sin reclamar de Majadahonda apareció en un momento posterior al de Madrid, concluyendo que sería este último quien debería liderar la investigación. «He intentado evitarlo por todos los medios, pero me he visto obligado a acceder —les ha contado—. Haced las averiguaciones pertinentes. Y os veo esta tarde en mi despacho a eso de las cuatro». Finalmente, antes de colgar, les ha regalado una advertencia gratuita: «Y, para mí, las cuatro son las cuatro. Espero que todos tengamos el mismo aprecio a la puntualidad». Con los informes y las advertencias del juez, se han sentado a comentar el caso.

—De acuerdo, empiezas tú, Javier. Dime, ¿cuáles son tus conclusiones?

El agente carraspea, no esperaba que a la primera de cambio le diera la palabra.

—Bueno, pues me lanzo. Estoy de acuerdo con los equipos forenses, no estamos ante la suma de dos casualidades, sino ante un escenario convenientemente preparado —al escucharse, se

achanta, y concluye con suavidad—: En fin, diría que hay muchas coincidencias o similitudes entre los dos casos.

—¿A saber? —indaga Rana, siempre parco en palabras.

Javier titubea nervioso. No quiere fastidiarla.

—Veamos, ¿qué tienen en común? Pues bastantes cosas: los dos son muertos sin identificación o con identificación errónea, que han fallecido por covid; los dos pertenecen a la misma franja de edad, y a los dos se los ha manipulado insertándoles una cápsula con tinta en uno de los orificios del cuerpo. Los primeros detalles pueden corresponder a meras coincidencias, pero el tercero indica tanto determinación como intencionalidad. Quiero decir que tiene que existir un motivo muy específico para colocar esas cápsulas en los cadáveres, que entiendo será el mismo, o estará relacionado con que los vista y rodee de pertenencias valiosas. Porque de no haber colocado esas cosas en los cadáveres jamás hubiéramos estado donde estamos.

Salado, que hasta ese momento se ha mantenido distante, parece empezar a entrar en calor.

—¿Me estás diciendo que el autor pretende llamar nuestra atención?

—Exactamente, eso es lo que estoy diciendo. La pega es que no sé qué quiere que miremos ni por qué. Si descubriéramos lo que busca, podríamos entender qué hace. De otro modo, nada de esto tiene lógica.

—¡Bien visto! ¿Algo más en común?

Javier espera unos segundos, con la esperanza de que Salado se suelte definitivamente la coleta y empiece a aportar ideas. Está incómodo hablando solo. Sin embargo, el inspector se mantiene en sus trece, y al agente no le queda más remedio que responder.

—Hay dos elementos más que evidentes. Lo primero que llama la atención es el protagonismo del hospital Gregorio Marañón, lugar donde trataron y fallecieron las dos personas en cuestión. Quien esté detrás de esto ha tenido que poder acercarse a los cadáveres, de modo que o bien trabaja allí, o bien lo hace en una de las funerarias que atienden ese hospital.

—Me temo, Javier, que, en los días fatídicos, por ese hospital pasó mucha gente y de muchas condiciones. ¿Cuál era el segundo elemento?

El agente toquetea la pantalla de su iPad hasta dar con lo que busca.

—¡Aquí está! Esta es la carpeta —masculla. Luego, la gira para que su jefe alcance a verlo—. Mira, estos son los dos partes de defunción. Ambos están firmados por el mismo forense, el tal Capit Ludum. Observa la caligrafía, coincide al cien por cien. No sé si lo recuerdas, pero, en su momento, tratamos de buscarle, pero no dimos con él porque no hay ningún forense activo en Madrid con ese apellido. Sin embargo, el juez Calvo nos dijo que un forense con un apellido similar lo abordó al salir de la morgue y le preguntó por el caso. Con todo esto sobre la mesa, creo que podemos concluir que se está cociendo algo interesante.

—Estoy completamente de acuerdo, Jaso.

Javier cierra el iPad como si hubiera concluido, y se mantiene en silencio.

—¡Venga, agente, que no muerdo! Sigue con el argumento, sé que no has terminado. Cuéntame eso que ronda por tu cabeza.

Con una sonrisa pícara responde:

—Me acojo a mi derecho de no declarar.

Salado se echa a reír, y le anima con la mano.

—Cualquier cosa que digas no se podrá tomar en contra tuya. ¡Vamos, me estoy divirtiendo!

—De acuerdo, jefe, allá voy. Mis averiguaciones de estas noches tienen que ver con ese nombre, Capit Ludum. En su día, nos pareció italiano o latín, ¿lo recuerdas? Lo busqué en Google y encontré que, en efecto, se trata de una expresión latina que significa juego del señor o, más bien, juego del terrateniente. Llamé a un antiguo compañero del colegio que ahora es profesor de latín, y me confirmó la traducción, pero me dio una pista mucho más importante.

—¿Cuál?

—¿No lo adivinas? Confieso que, hasta que ese viejo amigo no me lo hizo ver, yo tampoco caí en la cuenta.

Salado lo piensa unos instantes.

—Juego del terrateniente... El nombre no me dice nada, la verdad. ¿Debería conocerlo?

Jaso asiente con la cabeza.

—¡Desde luego! Te doy una pista: se trata de un juego muy popular; dos dados y dinero de papel van permitiendo a los jugadores moverse por el tablero, comprar suelo, levantar casas y hoteles y convertirse en terratenientes. Cuando los demás caen en tus propiedades, te forras.

—¡El *Monopoly*!

—¡Premio para el ganador! Su inventora, una británica, lo patentó como Landlord's Game, juego del terrateniente, pero todos lo conocemos como *Monopoly*.

Salado se echa hacia atrás. Lo que cuenta Jaso parece bastante absurdo, pero sabe por experiencia que a los criminales les encanta llamar la atención con cosas absurdas.

—Interesante teoría, Javier. ¿Hay algo más que apunte hacia ese juego, o solo el nombre?

—Hay más, jefe, bastante más.

—¿También te dio la pista el profesor de latín?

—No, esta vez es de mi cosecha. Cuando apareció el cadáver de Majadahonda, me puse a pensar en por qué en el nuestro había utilizado el color naranja y en el otro el rojo. Si la persona que está haciendo esto pretende llamar nuestra atención es porque quiere que lo identifiquemos, y si es así, ¿por qué no emplea siempre el mismo color? ¿Y por qué no ha introducido la cápsula en el mismo orificio?

—En eso también te doy la razón. ¿Por qué crees que es?

Colorado como un tomate, responde:

—Creo que está tratando de jugar con nosotros.

—¿Jugar?, ¿jugar a qué?, ¿al *Monopoly*?

Salado se ha incorporado y ha apoyado ambos brazos en la mesa, como si estuviera dispuesto a beber sus palabras. Javier tiene la palabra en los labios, pero al pronunciarla en su mente, se da cuenta de lo absurdo que suena su hipótesis y decide no hacerlo.

—No estoy seguro —responde.

—Esto no va de seguridades, agente, sino de hipótesis. Además, ya te voy conociendo, te mueres por decirlo.

Javier está nervioso, pero el inspector tiene razón. Nada pierde con compartir su pensamiento. Si finalmente resulta absurdo, solo hay que tirar la hipótesis a la papelera.

—Pues sí, jefe, creo que está jugando con nosotros al *Monopoly*, usando para ello los colores y los números. Como recordarás...

El inspector, que parece haberse desencantado, dice sin miramientos:

—Lo recuerdo perfectamente, Javier, pero no entiendo por qué mezclas churras con merinas.

—Porque creo que no son churras y merinas, todas son churras. Permíteme que te cuente mis hipótesis. Sé que son especulaciones, pero estoy convencido de que los datos que obran en nuestro poder tienen tal nivel de concurrencia que apuntan mucho más allá de una simple coincidencia. Aguarda un minuto. —Se pone en pie, se acerca a su mesa, recoge un folio doblado en cuatro y regresa—. Deja que te refresque la memoria, Gustavo. He impreso un tablero de juego para hacerlo más fácil. —Jaso desdobla la hoja, la coloca sobre la mesa y la plancha con ambas manos, hasta que resulta completamente desplegada. Salado se inclina aún más hacia delante para verlo mejor—. Este juego comenzó cuando localizamos la identidad del primer fallecido en una sastrería de la calle Velázquez. En el tablero, esa calle está aquí —indica con el dedo—. Como ves, es una propiedad de color naranja, el color de la primera cápsula. Su parte forense rezaba *Capit Ludum VI.* Es decir, que, inmediatamente después de la firma, habían escrito un seis. Si lo estoy leyendo bien, debemos avanzar seis casillas. —El joven agente cuenta en voz alta —: Un, dos, tres, cuatro, cinco y seis. ¿A dónde llegamos?

El inspector está ya contando mientras desplaza el dedo por el improvisado tablero.

—¡Calle Cea Bermúdez! ¡Curioso, y es de color rojo! Allí está la charcutería cuyo tique encontramos en el bolsillo del vestido del segundo cadáver. ¿Qué número romano habían añadido a la firma?

—Un X —responde Jaso, cada vez más palpitante—. Contando diez posiciones, nos llevaría a la Gran Vía. Si la siguiente pista nos condujera hasta allí, entonces creo que la hipótesis tendría consistencia. El tiempo lo confirmará o lo desmentirá.

—Eso es cierto. Hagamos una cosa, sigamos con la investigación como si esta posible vía no existiese, y vayamos viendo. Otra cosa,

¿han llegado ya los resultados del análisis de huellas en los ataúdes, ropas y demás?

—No, jefe, pero han prometido enviarlo hoy antes de las tres.

—Perfecto, porque el juez nos espera a las cuatro. Y ya nos ha advertido de que le gusta la puntualidad.

18

La doctora Padierna saca dos capuchinos y una chocolatina de la máquina expendedora y se los lleva a la sala de médicos, vacía en ese momento. Es el tipo de alimentación hipercalórica y ultraprocesada que desaconseja a sus pacientes por ser la antítesis de un buen desayuno, pero está caliente y dulce, y su estómago lo recibe como agua de mayo. Animada por la cafeína, y sobre todo por la feniletilamina del chocolate, Paloma regresa para enfrentarse a la supuesta pareja de pacientes psiquiátricos, quejicas e histéricos.

Pese a que es más frecuente en la medicina primaria, donde no es inusual ver personas que, sin nada mejor que hacer, pasan por la consulta del médico para ocupar la mañana, también en la medicina especializada ocurren casos similares. De hecho, hipocondríacos que valoran más un seguro de salud que un collar de brillantes los hay en todas partes. También abundan los impacientes que exigen que se les reciba de inmediato y, una vez dentro, quieren que se les dedique toda la mañana, como si no hubiera nadie más enfermo en el mundo; y los caraduras que acuden el lunes por la mañana con la tez morena y las manos callosas de trabajar doblando el lomo en su pequeña huerta el fin de semana, y quieren que el médico asegure en su informe que tienen un grave problema de espalda incompatible con su trabajo en la fábrica.

—¿Estás segura de querer perder el tiempo con este asunto? Estamos hasta los topes. Puedo decirles que vengan otro día.

Como Paloma no responde, la enfermera repite la pregunta:

—¿Quieres o no, doctora?

—Hemos convenido que lo haremos, y lo haremos. Hazles pasar, ¡porfa!

La esposa viste unos pantalones pitillo de color blanco y una camisa sencilla pero elegante de color azulón. Está muy delgada. Tiene el cabello blanco, que lleva sujeto en una joven coleta. Paloma calcula que andará por unos sesenta y cinco, no más. Empuja la silla de ruedas en la que se sienta su marido. No mucho mayor que ella, tiene buen aspecto: la piel tostada por el sol y el pelo abundante peinado hacia atrás. Viste unos chinos y una camisa abrochada hasta el último botón con las mangas cuidadosamente remangadas. Sus brazos, encogidos a la altura del pecho con las manos hacia dentro, recuerdan a las patas de las gallinas cuando duermen.

—Buenos días, soy la doctora Padierna. Siéntese, señora, por favor —le pide—. Y cuéntenme qué ocurre. Creo que ya le han visto algunos compañeros. No sé si yo podré hacer algo más.

La mujer habla con cortés educación. No parece el modelo de histérica verdulera que le ha pintado César.

—Mi marido es un hombre normal, doctora. Es catedrático de Historia Medieval, da clases en la universidad desde hace cuarenta años. Ahora está de baja, pero es un hombre muy tranquilo que disfruta entre el polvo de los manuscritos y el descubrimiento de hechos históricos que a pocos interesan. Es posible que lo que le cuento no tenga importancia, que a usted le parezca irrelevante, pero es de esas personas que nunca se queja. Soy yo la que insiste en que le descubran qué le ocurre, porque lo que le pasa es muy raro. Como ve, mi marido no levanta la vista del suelo. Está avergonzado de que me comporte de esta manera, pero yo sé que le ocurre algo y ese algo no tiene que ver con su situación psiquiátrica, sino con su estado físico. Su compañero le mandó hacer unos

análisis. Cuando los recibió, casi sin mirarlos, nos dijo que todo era normal, y que lo que le ocurría es que estaba loco, y yo más loca todavía. Nos recetó un poco de Valium a cada uno y nos largó con viento fresco.

—¿Cuál es su nombre, señora? —pregunta Paloma mientras juguetea con un bolígrafo de propaganda.

—Me llamo Pilar. Él es Alberto.

—Muy bien, Pilar, creo haber entendido el problema, pero si le parece, empecemos por el principio. Alberto, si es posible, me gustaría que fuera usted quien contestara, ¿de acuerdo?

El hombre levanta la cabeza y asiente; primero, con un gesto; luego, lo reitera con la boca. Posee una bonita voz, de tono muy grave.

—Estupendo. Dígame, Alberto, ¿cuál es la razón de que vaya en silla de ruedas?

—Las piernas no me sujetan, doctora, ni tampoco los brazos, es como si los músculos se hubieran puesto en huelga. Me caigo.

La doctora Padierna anota «alteración de la marcha» en la historia.

—Entiendo. ¿Desde cuándo le ocurre eso?

—Desde hace cuatro o cinco días. Antes nunca me había pasado nada. Quiero decir que ni siquiera caigo enfermo cuando el resto de los colegas del departamento se cogen la gripe. En todos mis años de profesión, solo he faltado a dos clases, y fue por cuidar de mi esposa.

—Y este trastorno, ¿vino de repente u ocurrió algo a lo que usted pudiera achacarlo?

—Yo no soy médico.

—Lo sé, pero es el que sufre los síntomas. Seguro que puede recordar si pasó algo, alrededor de la fecha de inicio, que pueda

explicarnos este cambio tan drástico.

La mujer se acerca al marido y le susurra algo.

—Mi esposa dice que le recuerde la diarrea. No creo que sea importante, pero se lo cuento. En esos días tuve una colitis muy fuerte tras ingerir una comida en mal estado. Algo nos hizo daño. El médico me dio un tratamiento, y se me pasó enseguida. Me recomendaron que bebiera mucha agua y, desde entonces, tomo dos litros y medio diarios.

—Entiendo. Déjeme un segundo que repase sus análisis.

Aún está hablando cuando, de nuevo, sin siquiera tocar la puerta, entra el doctor Mardio. Como no cierra, se forma un pequeño grupito en el pasillo: curiosos que no quieren perderse el desenlace de aquel folletín.

—¡Bueno, ya estoy aquí! ¡A ver, caballero, interprete su papel para la doctora! ¡Anda, ha logrado público para su función! ¡Pasen y vean, señores!

Mardio sujeta el brazo derecho de Alberto y lo estira, sin que el hombre oponga ningún tipo de resistencia. Pasados unos segundos, vuelve poco a poco a contraerse hasta que se queda con la forma en que venía.

—¿Quieren verlo de nuevo? ¡Venga, otra vez! Esta vez con los dos.

La función se repite. Paloma está echando humo, pero no dice nada, sigue revisando los análisis hasta que encuentra lo que busca.

—Nap 129 mEq/l —masculla. Se pone en pie y dice—: Espérenme un momento aquí. Vengo enseguida. Mucho me equivoco, o saldrá de aquí andando en menos de media hora.

—¡Ah, esto se anima! ¡Vengan, señores!

—Estarías mejor calladito, César —le susurra—. ¿Has visto los análisis?

—¡Son rigurosamente normales!

—Si eso es lo que opinas, espera aquí. Vengo en un minuto.

Paloma se abre paso por entre el remolino del pasillo y se dirige al cuarto de médicos. Llena un vaso de agua hasta la mitad. Coge un salero y le añade dos cucharadas de sal, lo revuelve hasta que se disuelve y regresa con él en la mano a su despacho. La gente continúa en el pasillo esperando el desenlace.

—Alberto, en este vaso he puesto agua con bastante sal. No tiene buen sabor, pero quiero que se lo tome —dice mirando a César, quien de pronto cae en la cuenta, se da la vuelta y huye.

Ayudado por su mujer, el paciente bebe con cierto asco el contenido del vaso.

—Deje que le explique lo que le pasa mientras ese líquido hace su efecto. Nuestra sangre necesita una determinada concentración de electrolitos. Entre ellos, el sodio, que es esencial para muchas cosas, también para que los nervios, músculos y otros tejidos trabajen adecuadamente. Cuando esa concentración es anormalmente baja decimos que hay una hiponatremia. Esa bajada puede proceder de muchos factores, desde una enfermedad oculta, una diarrea o ingesta de diuréticos, hasta beber excesiva cantidad de agua. ¿Y qué ocurre cuando hay hiponatremia y el sodio de su cuerpo se diluye? Pues que las células se hinchan con demasiada agua y provocan ciertas alteraciones. En ocasiones, como espero que sea la suya, el trastorno se arregla simplemente aumentando esa concentración: no beba tanto líquido y sale un poco más la comida. Ponga caldo en pastillas en la sopa, coma anchoas o chorizo. Luego, habrá que hacerle un estudio más completo, pero, *a priori,* podemos achacarlo a la diarrea y a la ingesta masiva de agua.

Mientras la doctora Padierna habla, alguien entre el público grita:

—¡Mirad su brazo!

—¡Milagro! —grita otro.

En efecto, como por arte de magia, los brazos de Alberto comienzan lentamente a extenderse.

—Alberto, le veo en quince días —comenta Paloma tratando de ocultar su satisfacción—. ¡Y los demás, cada uno a lo suyo! Que aún nos queda mucha consulta.

19

Cuando el inspector Salado llega al despacho de Juan Calvo, su señoría está de un humor de perros. Hasta le apea del tuteo, comportamiento que el policía imita de inmediato. «Se ve que la paciencia no es una virtud exigida para el cargo», piensa.

—¡Por fin! Llevo horas esperándoles —dice mirando el reloj, que marca las cuatro y veinte—. Y encima viene solo...

—El agente Jaso se ha quedado reclamando los resultados de los análisis de huellas, que aún no han llegado. En cuanto termine, vendrá para acá.

Sin darles turno de réplica, Calvo le insta:

—De acuerdo, no perdamos tiempo entonces. Pónganme al día de las conclusiones, una por una. Vaya despacio, por favor, para que pueda tomar notas.

Salado respira profundamente. Es uno de esos días en los que se arrepiente de haber dejado de fumar. En ocasiones, una rabia negra y profunda le nace en el estómago y se va expandiendo hasta impregnar todo su cuerpo. No está orgulloso, es consciente de que se trata de un sentimiento insano y peligroso, que, además, a veces le ha causado más de un problema. Su mujer le ha enseñado a controlarlo. A apretar las clavijas oportunas para detener su expansión, encerrarlo, amasarlo y expulsarlo. Eso es lo que trata de hacer en ese momento. Por eso se mantiene un instante respetuosamente callado, mayestático, aferrando fuertemente con ambas manos los brazos a la silla e intentando contener la

respiración agitada a causa de la rabia. Luego, se pone a hablar. El juez le detiene de inmediato.

—¿No usa usted libreta o algo similar para anotar los hechos?

—No me hace falta, tengo buena memoria.

—Yo también, pero lo anoto todo.

—Eso será porque usted no se fía de ella, y yo sí —responde. Luego, modera su tono y añade una amplia sonrisa, visible tras la mascarilla—. Y también porque mi compañero anota hasta las respiraciones.

Salado finalmente expone al juez punto por punto sus averiguaciones. Su señoría no disimula su disgusto.

—¡Mira que llevo años en esto, y nunca he visto algo tan... tan estúpido! ¿No es así, inspector? ¡No dice nada! Dígame, ¿qué opina?

Finalmente, Rana se decide a hablar.

—Eso no es importante. Lo importante es qué opina usted.

El juez no contesta de inmediato. Parece estar sopesando su respuesta, pero a Gustavo Salado, quizás porque esté enfadado, se le antoja que está buscando cómo salir del embrollo a cualquier precio.

—¿Que qué opino? Pues no sé qué decirle. Por un lado, acepto que hay algo extraño en todo esto. Y digo extraño por no decir que parece que hubiera alguien empeñado en tomarnos el pelo. —Se detiene un instante—. Sin embargo, por otro, no parece haber evidencia de hecho delictivo. Quiero decir que los forenses confirman que se trata de dos muertes en las que concurre causa de tipo infeccioso, y, salvo que asistan o se mezclen otras circunstancias, esos hechos no formarían parte de un proceso judicial.

—Quizás una de esas circunstancias pueda ser la profanación de los cadáveres —tercia el inspector, impulsivo.

El juez respira hondo un par de veces, echa la silla hacia atrás, reclina la espalda y cruza la pierna. Lleva unos lustrosísimos zapatos negros de doble hebilla plateada, y calcetines del mismo color. Salado sopesa la codiciosa mirada que Jaso les echará cuando llegue.

—El 526 del Código Penal, al que supongo se refiere, inspector, castiga con pena de prisión de tres a cinco meses o multa de seis a diez meses la violación de sepulcros y la profanación de cadáveres siempre y cuando concurra ánimo de ultraje. Dígame, ¿a quién achacamos ese ánimo aquí? *Profanar* significa deshonrar, menospreciar, violar la memoria de los muertos. En fin, lo que quiero decir es que ese delito en cuestión suele achacarse a alguien que tiene el ánimo de ocultar un cuerpo para dificultar su identificación. Cierto que el Supremo aclara que no es preciso más elemento subjetivo que el dolo genérico. —Levanta la mirada, y al ver el ceño fruncido del inspector, concluye—: Lo que quiero decir es que no sé si tiene mucho sentido desperdiciar los pocos recursos que tenemos para identificar a alguien que ha puesto una capsulita minúscula en el oído o la garganta de un par de cadáveres mal clasificados dentro del caos reinante. Porque, si soy purista, y creo que es mi obligación serlo, han sido los propios forenses quienes, al manipular los artefactos en cuestión, han pintado de naranja y de rojo a los difuntos, no quien depositó esos cacharrillos en sus cuerpos. Y respecto a la profanación, los actos en cuestión deben tener siempre una cierta entidad para que pueda entenderse afectado ese bien jurídico, y yo, sinceramente, aquí no lo veo. Por no hablar de que, con un virus pululando por el ambiente, sería totalmente suicida. Pero, antes de continuar, quiero escuchar tu opinión, Gustavo.

También este aguarda un instante antes de hablar. Aunque al juez se le ha pasado el enfado y ha regresado al tuteo, el inspector

decide mantener la formalidad.

—En general, estoy de acuerdo con usted, señoría.

—¡Ah! Eso es de agradecer. Rara vez ocurre. ¿Y en lo particular? —bromea el magistrado.

—Nuestra percepción más inmediata es que alguien se ha tomado muchas molestias para falsificar las etiquetas de identificación y otros documentos públicos, como los partes forenses.

—Artículo 392. ¿Acaso pretende darme lecciones, inspector? ¿Le presto mi toga? —refunfuña.

Una nube de pensamientos inconfesables sobrevuela la mente del inspector. Pero, aunque sea un capullo, como policía judicial está a las órdenes del juez.

—No pretendo dar lecciones a nadie, no soy quién. Solo digo lo que veo.

—¿Sabe lo que veo yo? ¡Que este torrente no lleva agua! Desde un principio, me ha parecido una chiquillada. —Saca un impoluto pañuelo del bolsillo y lo pasa dos veces por la frente, luego vuelve a guardarlo—. Por supuesto, no tiene gracia alguna, pero tiene pinta de ser obra de un bromista. Tinta de colores..., ¡por Dios!

Mientras Salado se pregunta si el juez tardará mucho en aceptar la evidencia (cuando hay fango, tienes que mancharte los zapatos, aunque sean de trescientos euros), la réplica no se hace esperar.

—Hacer bromas o chiquilladas con todo el mundo confinado no parece tan sencillo, señoría.

El juez descruza la pierna y se revuelve en la silla.

—De acuerdo, Salado, ¿qué sugieres?

Salado habla esta vez con fuerza y la cabeza alta.

—Sugiero que, a la mayor brevedad, ordene la exhumación del cadáver enterrado en la sepultura de Tomás Giráldez, nuestro muerto del Palacio de Hielo, señoría. De cualquier modo, su esposa

lo pedirá cuando se entere, si es que no se ha enterado aún, de que su marido no está allí. Así veremos si está en lo cierto, y es una colección de errores o coincidencias, o se trata de otra cosa y el torrente se ha desbordado.

Juan Calvo sigue dudando. No sabe cuál es la decisión correcta en este caso. Y mientras calibra la situación, se le escapa una excusa.

—Tienes que entender, Gustavo, que, en alguna medida, me siento prisionero de mis zapatos. Y de momento no veo más que equivocaciones.

Como si alcanzara a comprender sus reticencias y los inconvenientes que la toma de esa decisión podría acarrearle, el inspector añade:

—¿Qué pierde por ordenar esa exhumación, Juan? Es de justicia que su mujer recupere el cadáver de su esposo.

Muy a su pesar, Calvo le da la razón.

—De acuerdo, veamos qué ocurre con ese cadáver. Y si todo está bien, cerramos.

20

Cuando Paloma llega al hospital en el que su madre permanece ingresada, ya ha pasado la hora de la merienda. Al acceder a la habitación, se encuentra la estancia en penumbra y a las dos mujeres profundamente dormidas. La enfermera que ha contratado para que su madre no se quede sola mientras ella trabaja, una mujer de mediana edad y cuerpo regordete, está sentada en la antesala del dormitorio. Las gafas han resbalado por su nariz y están a punto de caer sobre su regazo. Por su tipo de respiración, su madre también descansa.

Pese a que las luces de emergencia iluminan levemente el perímetro, al avanzar, Paloma tropieza con una silla de ruedas y se golpea en el codo. No emite ningún sonido, pero se acuerda de todos los diablos mientras con un gesto se queja del dolor. La enfermera farfulla algo, y se le caen las gafas, pero no se despierta.

Poco a poco, los ojos de la doctora Padierna se acostumbran a la penumbra y por fin la figura de su madre se hace visible por encima de su contorno. Lleva un camisón con muchas puntillas, de manga corta. Antes de entrar en la habitación, ha hablado con el médico, quien, si bien no ha podido determinar con certeza el alcance de las secuelas de esta carnicería, sospecha que no serán pequeñas. Muchos de los miedos del doctor se han materializado. La sangre encostrada tiene un desagradable aspecto; lo mismo que el ojo izquierdo, a la funerala; pero la inflamación del rostro ha cedido algo y tiene mejor color. Pese a ello, con las mejillas asimétricas, parece

un retrato picassiano. «Un ojo aquí y un diente allá», le viene a la cabeza, y se pregunta cómo puede acordarse de la letra de una canción en un momento como ese. «No importa. Lo más importante, y también lo más urgente ahora, es vencer la infección. Lo demás vendrá después», piensa.

De pronto, alguien abre impulsivamente la puerta y enciende la luz. Y las dos mujeres se despiertan de rebato. Las gafas acaban en el suelo.

—¿Cómo está la señora Padierna esta tarde? —canturrea la enfermera—. Vengo a hacerle las curas. Si hacen el favor de esperar fuera, se lo agradezco.

—Yo soy médico. Si no le importa, prefiero quedarme y ver cómo evoluciona.

—¡Sanitarios, *welcome*! —exclama.

Paloma se dirige a la enfermera contratada, que ha recuperado sin daños las gafas del suelo, y le dice que se vaya a tomar un café o a estirar las piernas.

La doctora Padierna se mantiene en silencio y en una discreta segunda fila mientras la enfermera lleva a cabo la cura. Las heridas y cicatrices tienen mejor aspecto que la víspera, aun así, queda mucho camino por recorrer. La cara de su madre no tarda en llenarse de sudor, mientras emite pequeños quejidos lastimeros. Sabe que su madre es fuerte y luchadora, pero el dolor no debe de ser pequeño. Se acerca y toma su mano.

—Lo estás haciendo muy bien, mamá. ¡Eres una campeona! —Y luego sigue hablándole para que no se concentre en el dolor—. Pero tienes que darte prisa en recuperarte, porque papá está como un león enjaulado. Necesita que vayas pronto a casa.

—¿Por qué no ha venido tu padre a verme?

—Porque no le hemos dejado. Es preferible que se quede en casa, no vaya a contagiarse. ¿No te ha llamado?

—Sí, cada hora, pero me gustaría que estuviera aquí. La señora que has contratado es muy amable, pero no es familia...

—¡Venga, no te quejes! Estás en las mejores manos.

Cuando la enfermera concluye la cura, se despide y cierra la puerta tras de sí. Paloma recoloca el embozo de la sábana de la cama de su madre y se sienta a su lado.

—¿Cómo estás, mamá?

—Estoy dolorida, hija, pero me siento mejor. ¿Cuándo podré irme a casa?

—Pronto. Ten un poco de paciencia.

Alguien toca a la puerta. Pensando que es la mujer contratada que regresa de su descanso, Paloma se acerca a abrir. Se ha equivocado. No es ella, sino Bosco Calavatra, quien, como si fuera un cantante famoso, hace una entrada estelar, con un ramo de flores en una mano y un móvil en la otra.

—¡Ah! Cuánto me alegra veros a las dos juntas. ¡Lo nuestro parece una relación clandestina, querida! —exclama.

Paloma respira hondo y trata de calmarse. Pese a que no lo logra del todo, dibuja una sonrisa cínica y replica:

—Ya sabes, querido vecino, que soy una mujer muy sincera. Para mí, es una cuestión de principios: las cosas claras no dan lugar a engaños que luego pueden producir traumas psicológicos. Por eso quiero que sepas que entre tú y yo no hay nada clandestino, porque, en realidad, tú y yo no tenemos más relación que la propia de la buena vecindad. Y ahora, como hija y como médico, te digo que, si quieres permanecer en esta habitación, te pongas una mascarilla y guardes las distancias. Ya tenemos bastante con lo que está pasando para que tú gratuitamente le contagies el virus.

Bosco saca una mascarilla del bolsillo trasero de su vaquero de pata estrecha y sonríe mientras se la coloca.

—A mí también me gusta ser sincero, Paloma querida, no estaba hablando contigo, sino con tu madre. Ella y yo tenemos algunos negocios juntos. Y, ahora que está mejor, vengo a decirle que vamos a tener que revisar nuestro acuerdo y acelerar los plazos, amén de que debo incluir nuevas peticiones —expone mientras se acerca hasta la cama, deja el ramo en la mesilla y besa la mano de la enferma, que se limita a cerrar los ojos. En su voz asoma tal nivel de presunción y descaro que Paloma se revuelve por dentro.

—¡Qué fastidio tener que estar aquí, querida! Pero no permitas que te estropee el ánimo. Tienes que estar preparada y guapísima para el acontecimiento de esta próxima primavera.

Da unos pasos hacia atrás y se coloca junto a Paloma. Cuando pone la mano sobre su hombro, Paloma se zafa con más rabia de la que le hubiera gustado mostrar.

—Creo que tienes que marcharte —le espeta.

Él sonríe.

—Por supuesto, querida, simplemente, he venido a traer estas flores y a desear a tu madre una pronta recuperación. Os dejo, tendréis muchas cosas de las que hablar.

En cuanto cierra la puerta, Paloma siente un nuevo escalofrío.

—¡No entiendo qué le pasa a este chico! ¿Qué tipo de negocio tenéis juntos, mamá?, ¿y qué es eso que ocurre en primavera? ¿Por qué tiene que estar viniendo a verte si no te conoce de nada?

Habría seguido un rato haciendo preguntas, pero su madre zanja la conversación:

—No tengo ganas de discutir, hija.

—¿Discutir? Yo no estoy discutiendo, solo pregunto.

—Y yo te digo que esta discusión no va a ninguna parte.

—¡Pero si no estamos discutiendo! Lo único que quiero saber es por qué este chico se toma tantas confianzas contigo y conmigo. ¿Hay algo que me haya perdido? —La enferma guarda un prolongado silencio—. Mamá, si sabes por qué Bosco se porta así, debes decírmelo.

La mujer suspira y responde:

—Ahora voy a ver un rato la televisión. Es mejor que te vayas a descansar, y no regreses hasta la hora que se vaya esa mujer, la gordita. Por cierto, huele mucho a ajo. Dile que no coma porquerías mientras venga a cuidarme.

21

Etimológicamente, *in humus* significa en tierra, lo que, andando el tiempo, se tradujo como enterrar. Parece una actividad relativamente sencilla, pero es mera apariencia. No acabas en tierra si no reúnes un apabullante montón de papeles y los cumplimentas con letra clara y en mayúscula (y te mueres, claro): certificado de defunción, autorización civil o sanitaria, inscripción en el libro de defunciones... *Ex humus*, sacar fuera de la tierra o desenterrar es aún más complicado. Extraer un cuerpo del ataúd, nicho o bóveda donde reposa, aunque sea por orden judicial, requiere de un extra de papeleo con el que el Estado tiene a bien abrumarte. Que el cadáver pudiera corresponder al Grupo I, es decir, fallecidos a causa de enfermedades infecciosas, aún lo enmaraña más. Únicamente, que concurriera la solicitud de la viuda simplificó en parte la situación, aunque no demasiado. Y, desde luego, no para ella, que tuvo que sufrir por segunda vez la viudez y la demora en una terrible sala de espera.

—Acabo de hablar con el Anatómico, jefe —expone el agente Jaso. Rana, que le recibe sentado y con voluntad feble, piensa que no le gustaría ponerse a mal con él. Tiene unos hombros y unos brazos que doblan los suyos; si le propina un guantazo, no se levanta en décadas—. Han terminado la autopsia. Lo han hecho otros dos médicos forenses, con todas las cautelas exigidas por el momento, porque Edurne y su ayudante están confinados.

—¿Y bien?

—Pues dejando aparte los temas procedimentales, que llegarán por escrito, concluyen que quien estaba enterrado en el panteón de la familia de Tomás Giráldez era un varón blanco, de edad cercana a los setenta, y con antecedentes de haber sido operado de un cáncer de próstata. El estado de sus pulmones es sugestivo de haber sucumbido ante el virus, pero dicen que, de no haber muerto por eso, tampoco hubiera durado mucho, ya que tenía metástasis hasta en las orejas.

—De acuerdo. Por edad, enfermedad y etcétera, coincide con el prototipo de los otros dos. ¿Vestido o desnudo?

Javier suelta una carcajada. La voz del inspector no suena ansiosa, ni parece que sea uno de esos días en los que no hay quien le aguante. Por eso, se permite hacer una broma.

—¡Con lo fino y educado que eres siempre, inspector, vaya pregunta! —Nada más ver el gesto, rectifica—: ¡Vale, ya me callo! El fallecido ha aparecido vestido y calzado, como los anteriores.

—¿De hombre o de mujer? —indaga mientras piensa que jamás hubiera sospechado formular ese tipo de preguntas sobre un cadáver.

—De intermedio.

—¿Qué coño quiere decir de intermedio? ¿Sujetador y calzoncillos?

—Ropaje religioso: pantalón y camisa de manga corta negros, zapatos y calcetines del mismo color y alzacuellos blanco.

—¡Eso no es un intermedio! Es traje de hombre.

—Vale, pues de hombre. No llevaba reloj, ni ninguna pertenencia, pero sí gafas de aumento.

—¿Cápsula?

Javier, envalentonado, se sube los pantalones, que amenazan con vivir peligrosamente, y asiente:

—Sí, jefe, *habemus* cápsula.

—¿Tinta de colores?

—Afirmativo, de color verde, esta vez. Quien sea que haya manipulado el cadáver, ha decidido explorar nuevos orificios: lo tenía en la uretra.

Ambos guardan unos segundos de silencio mientras aprietan las piernas.

—¿Has cotejado la base de datos de desaparecidos?

—Lo he hecho, sí, no hay coincidencias. Tampoco parece tener antecedentes penales.

—¿Algún documento, objeto, joya o lo que sea que nos permita identificarlo como en el caso anterior?

Jaso niega con la cabeza.

—Documento ninguno, pero, como decía, le enterraron con las gafas. Han mandado una fotografía y es obvio que esas gafas no son suyas.

Salado se echa a reír.

—¿Cómo dices?, ¿que no son suyas? ¿Y cómo lo sabes?, ¿no le favorecían?

—No, lo sé porque son de mujer.

Salado recoge la fotografía que Javier le tiende y ve unas lentes con forma de mariposa y múltiples brillos. Le parecen espantosas, pero para gustos los colores.

—Miré en internet, jefe. Pertenecen a la colección Panthère de la marca Cartier. Es un modelo muy especial, la montura está fabricada en oro blanco de dieciocho quilates, y cuenta con quinientos y pico pequeños zafiros y otros tantos diamantes incrustados.

—Costarán un pastón; no creo que sea difícil encontrar a su dueña.

Jaso asiente varias veces.

—De hecho, no lo ha sido. La he localizado a la primera. ¿A que no sabes dónde?

22

El juez Calvo está sentado en su despacho. Taciturno y malhumorado, tiene el ánimo por los suelos. Viste un traje de verano de color beis, camisa blanca sin corbata, zapatos y calcetines granates, a juego con el color del cinturón. Se ha despojado de la americana, pero no del chaleco, ni tampoco de su reloj. El ventilador portátil colocado sobre la mesa, tan pequeño que parece un juguete procedente de un bazar, le agita regularmente el cabello, largo y pajizo. Tiene una taza de café sobre la mesa. Lleva unos instantes contemplando cómo las virutas de humo se entreveran con el aire. «¡Qué demonios!», piensa, abre el último cajón de la derecha y saca su petaca de plata, regalo de su primera esposa. Solía decirle que, con ella y ese reloj, parecía uno de los capos de la mafia neoyorquina, algo que a él nunca le había molestado, aunque ponía gesto de desagrado al escucharla.

Desenrosca el tapón y vuelca un pequeño chorro de licor sobre el café. Está muy nervioso. Sabe que es esencial que se calme, pero este caso le está sacando de sus casillas. Cuando era más joven, y le atormentaba tener que trabajar en el ámbito penal, sus pesadillas siempre mezclaban a los muertos con prostitutas, resabiadas pero vulnerables; chulos hijos de puta; violadores; inicuos maltratadores y pedófilos. En su cabeza, sexo y violencia se coaligaban. Sin embargo, en este caso, estaban disociados: no había aparecido semen, ni pechos bamboleantes, ni infecciones genitales, ni vidas

disolutas. Lo más indecoroso que había visto era vestir a un hombre barbudo con ropa de mujer.

Que no concurra nada sexual le pone muy nervioso. Calvo no es un sádico, ni un facineroso, ni un protervo retorcido. Se tiene por un tipo casi normal y piensa que las personas sexualmente normales como él no andan por ahí matando gente y pintándola de colores. Aunque, claro, en este caso, no los han matado, solo han jugado con sus muertes.

Vuelve a desenroscar la tapa de la petaca y añade otra generosa dosis de licor, y se bebe el café de un tirón. Luego, tras devolver la petaca al cajón, se pone en pie, se estira el chaleco y, tal como está (sin americana y con las mangas de la camisa remangadas hasta el codo), sale decidido en busca del equipo de policía judicial.

Unos minutos antes de pedir su café, entró una llamada de Salado, que no atendió. Estaba seguro de que el inspector telefoneaba para darle cuenta del resultado de la exhumación. No puede ponerse de perfil, son datos que debe conocer, pero en ese momento no tenía estómago para enfrentarse a Salado.

Pese a ser bastante correcto, Calvo sospecha que Rana se está guardando algo. No tiene ni la menor idea de qué es, pero eso le enfada y está decidido a averiguarlo. No se lo va a preguntar abiertamente a él, sino a Jaso: el agente está aún sin batir, y en cuanto le apriete un poco, le soltará hasta su talla de calzoncillos.

«Por cierto, ¿qué talla de calzoncillos tendrá? No creo que baje de 3XL. ¿Existirá una 5XL?», sopesa mientras baja en el ascensor.

En la puerta de las dependencias policiales, el juez se retira para dejar salir a una joven policía, y luego se queda parado un instante buscando con la mirada a Salado y Jaso. Por algún motivo, que no relaciona con el contenido de la petaca, advierte que está más sereno. Hay varios ventiladores en funcionamiento e inmediatamente

se preocupa por su garganta y se recrimina no haber cogido la americana. Finalmente, los ve. Salado, que viste como de costumbre, tiene dos cercos marrones bajo sus axilas. Jaso, sin embargo, conserva una apariencia sobria pero elegante. «Debe de ser difícil calzarse con esos pies», piensa el juez al observar sus enormes zapatillas deportivas.

Los dos policías están de pie, con el cuerpo volcado sobre un folio con colores, y hablan con entusiasmo de lo que tienen delante.

—¡Es extraordinario! —comenta Salado con voz potente—. ¡Extraordinario!

Jaso asiente. Mientras nota cómo el rubor se adueña de sus mejillas, estira la espalda. Entonces, lo ve. Con cara de sorpresa, levanta la mano y le saluda.

—¡Señoría, estamos aquí!

Calvo se acerca hasta ellos. Los efectos de su presencia no son los mismos en el inspector, que lo mira con gesto adusto, atrapa el folio con la representación del tablero del *Monopoly*, lo dobla y lo guarda.

—Le he llamado por teléfono, señoría, porque tenemos los datos de la exhumación. Supongo que habrá visto mi llamada.

Jaso ha estirado la mano, pero, recordando por qué llevan mascarilla, ha matado el gesto. Es una pena, piensa, un vigoroso apretón de manos (no importa si es sentido o forzado) es capaz de aceitar hasta una situación como aquella.

—Bueno, hoy he venido yo. —Se sienta en una de las sillas y cruza la pierna—. Os escucho. —Ambos hombres, algo confundidos, le imitan—. ¿Sería posible parar ese ventilador?, mis cuerdas vocales son muy sensibles —agrega.

Jaso desconecta el ventilador más cercano mientras Salado comienza a desgranar los principales hallazgos. Durante apenas un

par de minutos, le habla del hombre vestido de cura que han hallado en la tumba propiedad de Tomás Giráldez y del parte médico, que apunta, de nuevo, a una muerte por covid, aunque era un enfermo terminal. Va a entrar a hablar de las gafas cuando Calvo le ataja:

—Todo eso lo leeré después, en el informe. Ahora, centrémonos en lo importante: ¿tenía o no tenía cápsula de tinta?

Salado respira hondo.

—Desafortunadamente, sí. La tinta es de color verde esta vez, y no ha aparecido en la oreja, sino en el pene; dentro de la uretra.

—¡Dios! —susurra el juez mientras aprieta las piernas—. ¡Qué dolor! ¿Algún indicio sexual?

—No sufra, nada sexual. Los forenses están casi seguros de que la cápsula fue introducida *post mortem* —tercia Jaso.

—Bien, recapitulemos: tenemos tres cadáveres marcados con tinta de colores; naranja, en Madrid, vestido con traje y corbata; rojo, en Majadahonda, con ropa de mujer, y verde, en la Almudena, con traje de cura. Conocemos la identidad del primero, Tomás Giráldez, pero no la de los otros dos. Y ahora, ¿qué podemos hacer?, ¿algún hilo del que tirar? —pregunta Calvo mirando alternativamente a ambos policías, pero quedándose en Salado, que es quien responde.

—Estamos investigando cuándo y dónde pudo comprarse el vestido de Armani que llevaba el cadáver rojo, pero aún no tenemos resultados. No obstante, tenemos las gafas del difunto verde.

—¡Joder, Rana! ¿Te has escuchado? ¡Esto parece una adivinanza para superdotados! —se queja el juez.

—Se refiere al varón vestido con ropa de cura —agrega el agente Jaso, quien al instante se ha dado cuenta de que sobraba su puntualización.

—¿Las gafas?, ¿se puede encontrar a alguien por sus gafas? —indaga Calvo meneando la cabeza con gesto escéptico.

—Sí, en este caso se trata de unas gafas bastante especiales, una pieza de marca Cartier y de un precio muy elevado, que no se encarga todos los días.

—Bueno, ¿quién dice que no fuera un cura presumido y rico? Que yo sepa, solo los frailes tienen voto de pobreza.

Salado menea la cabeza.

—No, señoría, estas gafas son de mujer. —Le entrega la imagen que hace un rato le mostró Jaso—. Como ve, con esa forma, no parecen del gusto de un hombre. De todos modos, tengo que confesar que, cuando Jaso me lo hizo ver, mi reacción fue idéntica a la suya. Por otro lado, el equipo forense apuesta a que no lleva gafas porque carece de las marcas en el tabique nasal y en la parte trasera de las orejas que deja su uso continuado.

Calvo le devuelve la fotografía.

—No son muy masculinas, no. A mí me parecen feísimas, pero supongo que serán caras.

—Como un Rolex.

—¡Imposible!

—Imagino que dependerá del Rolex, señoría, pero estas gafas tienen un precio de venta al público de ciento treinta y dos mil euros; graduación, aparte.

Juan Calvo suelta un silbido de asombro.

—¡Qué barbaridad! ¿Tenemos idea de a quién pertenecen?

—Siguiendo las gafas, hemos llegado a su dueña.

—¿Eran esas gafas las que os tenían tan extasiados cuando llegué? —pregunta mirando fijamente al inspector.

—¡No, no! —se ríe Jaso—. No eran las gafas, sino mi teoría.

—¿Tu teoría? No sabía que tuvieras una teoría. Bueno, nunca es tarde para enterarse. ¡Adelante, la escucho con interés!

—No llega a ser una teoría, señoría —interviene Salado prudente —. Jaso cree que quienquiera que está haciendo esto juega con nosotros una partida macabra. Va tirándonos miguitas de pan y nosotros le seguimos como corderitos, mientras él o ella se divierte con las cartas marcadas. De momento, como digo, es una teoría disparatada y fantasiosa basada en meras coincidencias. Pero la estudiaremos, nunca desechamos nada sin estudiarlo. Hay gente muy extraña en este mundo nuestro.

El silencio llena la sala unos instantes. Finalmente, el juez Calvo se arranca:

—¡Ni que lo digas, Rana! Hay gente muy extraña, mucho. Respecto a esa hipótesis, teoría o lo que sea, me gustaría saber qué tiene exactamente Javier en la cabeza, aunque sea poco ortodoxo. —Calvo saca su reloj del bolsillo y comprueba la hora—. Adelante, Jaso, explícate, tengo cinco minutos. Y cinco son cinco. Uno, dos, tres, cuatro y cinco.

Sin más preámbulos, Javier se pone en pie y traga saliva. Al mirar hacia la mesa, se da cuenta de que su copia del tablero del *Monopoly* no está a la vista. Desconoce dónde está, pero nota la incomodidad de Salado, aunque no entiende por qué. Se inclina hacia delante, apoya los brazos en las pantorrillas y baja la cabeza como tratando de amansar su fuerza. Calvo vuelve a asombrarse de la robustez de sus hombros. Luego, se estira.

—Como decía el inspector, mi hipótesis es que el criminal, sea quien sea, está jugando con nosotros. Estuve dando vueltas a toda esta locura, y me puse a pensar en qué tenían los muertos en común.

—Tres minutos, Jaso.

—¡Vale, ya voy! ¿Conoce el juego del *Monopoly*, señoría?

—Naturalmente. ¡Todo el mundo conoce el *Monopoly*!

Entonces, el agente le habla de los tres partes firmados por Capit Ludum, y de su profesor de latín, y de la patente británica del juego. Le recuerda que, en el juego del *Monopoly*, la calle Velázquez es de color naranja mientras que Cea Bermúdez es roja. Le explica los números romanos que siguen a la firma, y finalmente le cuenta que las gafas de Cartier se vendieron en una óptica de la Gran Vía.

El juez se echa a reír.

—¿Todo eso lo has pensado tú solo, Javier?

—No, señoría. Lo hemos hecho entre los dos. O, más bien, entre los tres, la clave de casi todo nos la ha dado Google.

—¿Qué esperas que te diga? Desde luego, todo cuadra. Y hasta resulta divertido. Si todos los casos fueran como este, podría llegar a acostumbrarme a los cadáveres. No obstante, creo que, en esta ocasión, el inspector tiene razón: eso de que el criminal está jugando con nosotros al *Monopoly* parece una fantasía algo infantil. Además, ¿por qué querría hacer algo así?

—No tengo ni idea, señoría, pero eso solo indica nuestra ignorancia, no que él o ella carezca de un plan definido —Javier se da cuenta de que está hablando de más, y se disculpa mirando al suelo—. No creo, en absoluto, que lo que digo sea mera coincidencia. Pero no es más que una hipótesis, un presentimiento. Sé que es poco ortodoxo.

—En gente con poca experiencia no solo es poco ortodoxo, sino también temerario —le frena Salado. Su rostro es pétreo como una escultura—. Iremos a hablar con la dueña de las gafas y le informaremos de lo que sea que saquemos, señoría.

—Un momento, inspector. Quiero saber algo: ¿qué números iban detrás del último parte forense? Si no lo he entendido mal,

Velázquez nos llevó a Cea Bermúdez y Cea Bermúdez a Gran Vía. Y ahora, ¿a dónde nos llevan?

—En el último parte forense han escrito II-VIII.

—¡Ah! ¿Dos números en vez de uno? ¿Cómo interpreta eso tu teoría, Jaso?

Javier mira fijamente a Salado, que saca del bolsillo de su pantalón el folio doblado y lo coloca sobre la mesa.

—Si lo interpreto correctamente, el jugador contará dos desde Gran Vía, lo que le hace caer aquí, en la casilla de Suerte; entonces, tendrá que coger una carta.

Calvo le dedica de nuevo una mirada interesada.

—Eso es cierto, pero que yo recuerde, Suerte puede ser buena o mala, ¿qué ocurre en este caso?

—Tiene mucha razón, señoría. En «Suerte» no hay una carta, sino un mazo de cartas, de donde hay que extraer una. De ahí que nos haya ofrecido un segundo número. He buscado el listado del mazo «Suerte» y la carta número ocho es esta.

Extrae una tarjeta de su bolsillo y se la tiende al juez, que lee en voz alta:

—«Ve a la cárcel. Vete directamente sin pasar por la salida y sin cobrar M200». No sé qué significa esto, pero es bueno, ¿no?

Javier se encoge de hombros.

—¿No es así, Javier? —indaga Calvo—. ¿Tener a los malos en la cárcel no te parece bueno?

—No, señoría. Bueno, quiero decir que sí, que es bueno tenerlos en la cárcel, pero en este caso... No sé, me huele muy mal.

—¡No jodas, Javier!

—Lo siento, señoría.

Calvo se estira el chaleco, comprueba el reloj y sentencia:

—Los cinco minutos se han agotado, buen trabajo a los dos. Inspector Salado, encuentra a la dueña de esas gafas, a ver si somos capaces de identificar al cura.

—Lo intentaremos, señoría.

Se despiden del juez. En cuanto este se aleja y ven cerrarse la puerta, Javier se vuelve hacia Salado.

—Lo siento, jefe. Tengo cierta tendencia a hablar de más. Y a fantasear.

El inspector le sujeta del brazo y le dice mirándole a los ojos:

—¡Pues métetela por el culo, agente! ¡No quiero volver a escuchar estupideces! Y, si no son estupideces, si crees tener algo, si algo te ronda por la cabeza, dímelo a mí primero antes que al juez, ¿de acuerdo?

—Sí, claro, naturalmente. Estaba a punto de decírtelo cuando ha llegado el juez —le suelta, y continúa la marcha. Algo desconcertado, aprieta el paso para seguirle.

—Por cierto, voy a darte un consejo. Esta vez es gratuito: resolver casos no te hará ir más deprisa en tu carrera, ni subir más alto. En esta profesión lo único que vale es la habilidad de pasar desapercibido y no cagarla demasiado. Y, por descontado, conocer a alguien de arriba. Mírame a mí, yo he resuelto infinidad de casos y sigo siendo inspector, mientras que hay comisarios que no saben ni localizar la leche en el supermercado. Venga, dame la dirección de esa mujer; la del trabajo. Pasaremos a hacerle una visita. Tenemos que cerrar esto en un par de días; tres a lo sumo. En otro caso, el juez morirá de infarto agudo, y nos empezará a tocar los cojones.

—¿Y si ella nos lleva hasta otro cadáver?

—Si un suceso como ese llega a producirse, Dios no lo quiera, haré caso a esa corazonada tuya. De todos modos, tu exposición ha estado... ha estado...

—Jefe, ¿te ocurre algo? —pregunta tras observar que una sombra oscura pasa por sus ojos.

El inspector respira hondo. Jaso le mira. Tiene mal color y suda profusamente.

—No he querido decir nada porque estabas en plena faena, pero no sé qué me pasa, no me encuentro bien —comenta mientras se toca el lado derecho del abdomen.

—¿Habrás pillado el bicho? Dicen que, a veces, el coronavirus cursa con problemas gástricos.

—No creo. Lo que tengo es un dolor agudo aquí, y en la espalda.

—Vamos, te llevo al hospital.

—¡Pues buenos están los hospitales! Mejor llévame a casa. Mi mujer me dará un linimento y se me pasará.

Javier no quiere discutir. Sujetándole del brazo, le ayuda a llegar hasta el garaje. Vomita antes de que alcancen el coche.

23

—¡Colecistitis aguda, jefe! ¡Qué mala suerte!

Tras recibir algún tratamiento para reducir el dolor, Salado se encuentra mejor. Hasta le ha cambiado el humor.

—Bueno, ¡esto ya está superado! ¿Te importa acercarme a casa cuando me den el alta?

—He oído a la enfermera decir que necesitaba una habitación para ti. Deben de tener problemas de camas...

—Habrás oído mal. Ya me encuentro mejor, y, con la ocupación que tienen los hospitales, me darán el alta con toda seguridad. ¡Mira, ahí viene el médico!

En efecto, un hombre enfundado en un EPI se acerca a ellos.

—Señor Salado, soy el doctor Nadal. Le hemos hecho una ecografía que muestra que tiene usted una inflamación de la vesícula biliar. ¿Llevaba mucho tiempo con ese dolor?

—No, doctor. Ha venido de repente. En poquísimo tiempo, un par de horas a lo sumo.

—¿Ha tenido náuseas, vómitos o fiebre?

—Ha vomitado hace un rato, y tenía sudores fríos. —La cuña es de Jaso, que actúa como un familiar preocupado.

—Sí, esos datos también son sugestivos.

—¿Sugestivo de qué? ¿De covid?

—¿Covid? —se echa a reír—. ¡No, no de covid! Es sugestivo de una obstrucción del conducto cístico por un cálculo. Según el ecógrafo, es de buen tamaño. Vamos a administrarle antibiótico por

vía endovenosa. Si este tratamiento no funciona, le practicaremos una colecistectomía: en dos platos, le quitaremos la vesícula.

Salado niega vehementemente con la cabeza.

—Imposible, doctor, no puedo quedarme. Estamos en plena investigación de un caso y además con lo que me han puesto me encuentro bien.

—Nadie es imprescindible, señor Salado. Y tal como está, tiene probabilidad de una perforación localizada, y/o una peritonitis. Tiene que quedarse.

Cuando el médico se marcha, y tras maldecir su suerte, el inspector empieza a dar órdenes.

—Vas a tener que ocuparte tú hasta que me dejen salir de aquí. Empieza por las gafas, que espero nos conduzcan al cadáver blanco... ¿O dijiste negro? Bueno, al siguiente cadáver. Pero ándate con cuidado, por si la cárcel significa algo.

—Mientras te hacían esas pruebas, ya me he puesto con ello.

—¿Te ha dado tiempo?

—¡Llevamos aquí una eternidad, claro que me ha dado tiempo! —se percata de que lo puede interpretar mal, y añade—: ¡No me estoy quejando, jefe, para nada! Es que no me gusta perder el tiempo, y he aprovechado...

—¡Me parece muy bien! Cuéntame qué has averiguado.

Jaso saca su cuaderno de tapas negras y apertura vertical.

—Como te dije, las gafas no solo son especiales, sino que están graduadas, y la graduación siempre es individual. Quiero decir que ha resultado bastante fácil. Llamé a la central de Cartier, y me dieron el nombre de una óptica de Gran Vía, que pidió ese modelo de montura hace poco, más o menos dos años. Acabo de hablar con el óptico, un tipo de apellido Delgado. Se puso contentísimo de que

hubiéramos dado con ellas: su clienta había ido llorando a contarles su pérdida.

—¡Gran trabajo, Javier! —dice sin sombra de acritud.

—Gracias, jefe. Encargó las gafas una mujer que responde al nombre de Emilia Ferrán y Abad, que es la directora general de una pequeña pero puntera compañía de software.

—¿Directora general?, ¿software? ¡Qué extraño! No responde al perfil de los casos anteriores.

—Mucha razón, jefe. En absoluto responde al perfil. Según los datos de su DNI, es una mujer soltera, de cuarenta y tres años, que vive en un dúplex en la avenida de los Modroños, en el parque Conde de Orgaz. Al parecer gana mucho dinero explotando alguna de sus patentes y, por lo que se ve, lo gasta con alegría. Está vivita y coleando, y, que sepamos, no ha padecido covid.

—¡Gran trabajo, compañero! —reitera—. Vete a ver a esa mujer. Quizás pueda aclararnos dónde perdió esas gafas, o dónde se las robaron. A ver si tenemos suerte y conoce al cura, bueno, al hombre vestido de cura; aún no sabemos si esa ropa es suya. Luego, me llamas con lo que sea, ¿de acuerdo?

—Claro, jefe.

—Vale, y ahora márchate.

—Cuando llegue tu mujer.

—No, ahora, es una orden. Y hablando de órdenes, ¿no ha llegado el informe de las huellas?

—No lo sé. Pero me entero.

24

La empresa está en Alcobendas. Ocupa una planta de un edificio moderno de la avenida de Bruselas. El lugar está completamente abierto, carece de tabiques o despachos, a excepción de dos salas centrales que, a modo de peceras, están íntegramente construidas con paneles de cristal. Jaso pregunta a una joven que lleva unos enormes cascos sobre las orejas y teclea a gran velocidad.

—¿Puede decirme dónde está la señora Ferrán, por favor?

La joven se desprende de los cascos y responde con extrañeza.

—¿La señora qué?

—Ferrán, Emilia Ferrán.

—¡Ah, Emilia! La mesa de la esquina izquierda —responde, y continúa tecleando.

Jaso se dirige al lugar indicado.

Emilia Ferrán no resulta ser como Jaso había imaginado, evocando quizás sus compañeras y socias del despacho de abogados donde trabajó. La mujer no es guapa ni delgada ni va maquillada. Tampoco calza altos tacones ni viste falda ajustada; es bajita y bordea los límites del sobrepeso. Aunque es obvio que pertenece al género femenino, con vaqueros y camiseta, y el pelo corto, salvo por el perfume, fuerte y femenino, vista por la espalda podría pasar por un hombre. Está hablando por teléfono, desde luego, manda como una campeona olímpica.

—Hola, Javier, soy Emilia. Siento que hayas tenido que pasar tantos controles, pero trabajamos con una materia muy sensible.

Siéntate, por favor. ¿Quieres un poco de agua? —No espera la respuesta. Dos pasos más allá hay una nevera, de donde saca dos botellines. Regresa y le tiende uno. Están casi congelados—. Adelante, soy toda oídos. Pero antes de que empieces, déjame que te diga una cosa: si alguien habla mal de nosotros es porque nos tiene envidia y quiere ocupar nuestro nicho de mercado. Trabajamos con todas las bendiciones y respetamos todas las normas.

—Tranquila, señora Ferrán. No vengo por su compañía, sino por usted. Quería preguntarle por unas gafas.

Algo descolocada por la respuesta, la mujer permanece unos instantes en silencio, durante los cuales lo mira con especial fijeza. Jaso traga saliva, aquella mujer sería capaz de robarle hasta los pensamientos más íntimos. Finalmente, se relaja y responde:

—Como ves, no llevo gafas. Me operé hace algún tiempo. Pero lo que llama mi atención es que los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado dediquen un efectivo, con la escasez que tenemos, a buscar a la dueña o dueño de un objeto perdido y de poco valor.

Javier no se deja avasallar.

—Para nosotros tiene un valor incalculable, señora. ¿Le importaría echar un vistazo a esta imagen? —pregunta mientras le pasa una fotografía de las gafas.

Nada más verlas, Emilia se lleva las manos a la cara.

—¡No me lo puedo creer! ¡Las habéis encontrado! Da las gracias al comisario Hernando de mi parte. ¡Se va a poner contentísima!

Javier la mira con sorpresa. No tiene ni idea de quién es el comisario Hernando.

—Por lo que veo, reconoce las gafas.

—¿Que si las reconozco? ¡Por supuesto! Son de mi madre. Se las regalé por su setenta cumpleaños. Eran prohibitivas, casi un pecado,

pero a ella le encantan esas cosas. Como ves, yo soy..., en fin, de otra manera. ¡Se llevó un disgusto enorme cuando las perdió!

—Y su madre, ¿sigue bien de salud?

—Sí, gracias. Bueno, lo ha pasado fatal y aún tiene secuelas, pero lo ha superado.

—¿Estuvo ingresada en el hospital Gregorio Marañón? —pregunta nervioso y excitado.

—Sí. Pero ya está en casa. La trataron muy bien, sobre todo esa doctora joven, la doctora Padierna, pero como en casa en ninguna parte.

—Me alegro mucho. Le haremos llegar las gafas a la mayor brevedad. Dígame una cosa, por favor —le tiende otra fotografía—. ¿Reconoce usted a este hombre?

Más relajada, Emilia Ferrán mira la imagen con detenimiento.

—No soy muy religiosa, la verdad.

—Olvídese de la vestimenta. ¿Le recuerda a alguien?

Tarda unos segundos en contestar.

—Lo cierto es que sí, me suena mucho, pero ahora no caigo. Seguro que mi madre te puede ayudar, se sabe la vida y milagros de media humanidad. ¿Quieres que hablemos con ella?

—Si no es molestia, sería estupendo —responde Javier muy contento.

—¡Ah, molestia ninguna! Además, me viene fenomenal. Estoy preocupada por su salud, y, cada dos o tres horas, le mando un enlace de Zoom. Para que se sienta atendida, y yo me quede más tranquila, ya sabes.

Jaso asiente.

25

—¡Cada vez me gusta menos este caso, inspector! —concluye el juez Calvo con voz enérgica y hostilidad en el tono.

Tras concluir sus gestiones, Javier ha regresado al hospital y se halla en la habitación que ocupa el inspector Salado. Pese a encontrarse mejor, aún no ha recibido el alta y es casi seguro que tengan que quitarle la vesícula. Su esposa ha aprovechado la llegada del agente para ir a tomar un café y les ha dejado solos. No obstante, como el inspector comparte habitación con otro paciente, aquejado de un problema de riñón, a quien acompaña su hija, antes de llamar al juez han conectado los auriculares al teléfono y se los han repartido: Salado, el izquierdo; Jaso, el derecho. Debido a la falta de idoneidad de ese espacio para mantener conversaciones sobre asuntos judiciales, el inspector trata de expresarse del modo más aséptico posible. A pesar de que su señoría ha retomado la inicial práctica del tuteo, ninguno de los policías se apea del tratamiento. Cuando un hombre te faculta para que le trates informalmente, y luego te arranca el privilegio cuando se enfada, no es digno de cambiar unilateralmente el protocolo.

—Hemos recabado la mayoría de los datos que buscábamos. Yo no voy a poder personarme porque he tenido un pequeño percance de salud y estoy en el hospital, pero Jaso se acerca en un rato a su despacho y le pone al día.

—¡Vaya, lo siento! Espero que no sea grave —responde el juez, que duda si debe preguntar o no por los detalles. Decide no hacerlo,

deja pasar unos instantes, y añade—: ¿No me puedes adelantar algo?

Salado suspira.

—Digamos que, muy a mi pesar, tengo que admitir que Javier no iba descaminado.

—¡No jodas, Rana! Perdón, Salado. ¿Y qué vamos a hacer? —escuchan.

Mientras dejan que Calvo se desahogue, el inspector pide su cuaderno a Jaso, y escribe con letras mayúsculas: «LA SEGUNDA EXHUMACIÓN. CUANTO ANTES».

Ambos policías se miran.

—Señoría, ¿le parece bien que el agente Jaso se acerque a su despacho y lo comentan? No tardaría mucho, a la sumo, media hora.

Calvo saca su reloj del bolsillo del chaleco y consulta la hora. Las dos menos cuarto.

—De acuerdo, pero yo a las tres me voy a comer, caiga quien caiga.

—A esa hora, señoría, espero que todos estemos comiendo. Seguro que usted mejor que yo, que no me dejan tomar nada más que líquidos —responde el inspector.

—Vale. Y reponte pronto. ¡Necesitamos tu ayuda!

Nada más colgar, Calvo telefonea a su esposa. Llevaba ya un año divorciado de su primera mujer cuando la conoció. Parecía una diosa nórdica, quizás un poco alta y grande (su metro ochenta y cinco sobrecogía), pero su cabello rubio y sus ojos pardos le cautivaron de inmediato. Iba parcamente maquillada, y con un traje sencillo, no especialmente corto, pero había en ella una cierta sofisticación que le encantó. Le contó que era psicóloga y que se llamaba Valdis, y así la llamó hasta que se enteró del significado del término. En el imaginario noruego, Valdis representa a la diosa de la muerte.

Tenían ya planes de boda, pero estuvo a punto de romper el compromiso por ese asunto. No obstante, optó por una solución menos drástica: empezó a llamarla Val. Eso arregló ese aspecto. Con respecto a su carácter independiente y a su terco feminismo, poco ha podido hacer más que aceptarlo.

—Val, querida, espero llegar sobre las tres. ¿A qué hora llegarás tú?

Con pausada voz de psicóloga clínica le responde:

—Tú siempre llegas sobre las tres, querido, y yo siempre estoy en casa hacia las dos, que es cuando acuesto a la pequeña. Dime, ¿qué te ocurre?

Calvo se queda con la boca abierta. Sabe que Val le tiene completamente calado, pero no era consciente de que transparentara tanto.

—¿Y qué vamos a comer hoy? Tengo hambre —pregunta para salir del paso.

—Pues no tengo ni idea. Pero si miras el cuadro semanal que tienes en Excel, lo sabrás. De memoria, yo diría que gazpacho y albóndigas de bacalao.

—Está bien. Sí, muy bien. Tengo ganas de verte.

—Y yo también, pero ahora tengo que dejarte que quiero terminar de escuchar la cinta de este paciente.

—¡No, espera! Dedícame un minuto.

Valdis cierra los ojos. Le quiere. Juan es buen marido y también buen padre, pero tiene un enorme problema con las malditas supersticiones.

—¡Y por qué no lo dices desde el principio! Me hubiera ahorrado hacer memoria y recordar el menú. A ver, ¿qué te ocurre?

—Es esta secuencia de muertes que me ha correspondido en suerte. No me gustan las muertes.

—Lo sé, cariño, tienes un trauma infantil. Ya lo hemos hablado.

—Ahora va a venir uno de los policías de la científica. Estoy seguro de que me va a traer otro cadáver.

—¿Y por qué no lo enfocas de otro modo? Piensa en que son maniquíes, o robots. Además, resolver esto bien puede suponer un gran paso para tu carrera.

—Robots. Eso está bien, Val. ¡Gran idea! —En ese momento, llaman a la puerta—. Ahora te tengo que dejar, cariño, ya está aquí. ¡Te quiero!... ¡Adelante, agente Jaso! Ponte cómodo, pero no demasiado, no tengo mucho tiempo. —Saca su pluma, abre el cuaderno de notas y pregunta—: Cuéntame, ¿habéis encontrado a la tal Emilia Ferrán?

Jaso hace lo que le ordena y se sienta frente al juez. Lleva la mascarilla en la cara y la libreta negra en la mano.

—Así es, señoría, es una mujer muy amable. Ha confirmado que fue ella quien encargó y adquirió esas gafas, pero no eran para su uso personal, sino un regalo para su madre, una mujer de setenta y tantos años que ha estado ingresada en el hospital Gregorio Marañón por una neumonía bilateral; allí fue donde perdió las gafas y la ropa.

—¡No me digas que el vestido rojo de Armani era suyo!

—¡Bingo! Vestido, gafas y deportivas blancas. Tras un largo paso por la UCI del hospital, la señora se recuperó y ahora está en su casa, aunque con oxígeno por la baja saturación. Es asmática. Le hemos mostrado la fotografía del hombre del alzacuellos y ha reconocido en ella al marido de una de sus amigas, que murió sorpresivamente hace cosa de un mes o mes y medio, y que, naturalmente, no era cura. El juego de huellas tomado por el equipo forense lo confirma: el cuerpo pertenece a Higinio Stampera, de setenta y cinco años. Falleció por el virus que complicó su enfisema

pulmonar en el hospital Gregorio Marañón. Supuestamente, fue enterrado en la Almudena.

El juez se pone en pie, mete dos dedos pulgares en la parte trasera de su cinturón, se gira hacia la ventana y comienza a maquinar.

—Veamos, tenemos tres robots fallecidos por una infección vírica, cada uno lleva una pequeña cápsula llena de tinta de colores naranja, rojo y verde, introducidas en sus cuerpos al parecer *post mortem*. Supongo que vas a pedirme esa segunda exhumación y que también lo hará su viuda al enterarse de que no enterró el cadáver de su marido, sino el de un desconocido. ¿Me equivoco?

Jaso asiente con vehemencia.

—Acierta, señoría. Creemos que hay que hacer esa exhumación a la mayor brevedad porque...

—Lo imaginaba —zanja—. ¿Qué esperáis encontrar? Porque, según lo veo, pueden ocurrir dos cosas: la primera, que es la que espero, es que todo acabe con esa segunda exhumación; la segunda, que Dios lo remedie, que esto siga *in aeternum,* y terminemos levantando hasta los cimientos del cementerio de la Almudena. —Se detiene unos instantes y se pregunta por enésima vez cómo demonios se ha visto enredado en un asunto tan feo—. En mi opinión, querido Javier, tenemos que acabar ya con esta monserga. Dijiste a primera hora que quien está detrás de todo esto estaba jugando con nosotros al *Monopoly*. No sé si se trata del *Monopoly*, el parchís o de jugar al escondite, pero comparto lo que dices, tiene las cartas marcadas, nos adelanta, nos toma el pelo. Por eso quiero que me digas cómo vamos a jugar nosotros a partir de ahora, no quiero que vayamos ciegos y cojos.

Jaso cierra los ojos e inspira hasta llenar sus pulmones.

—De acuerdo, señoría. Voy directamente al grano. Sabemos que todos los que, de una u otra manera, intervienen en esta historia, y muy concretamente los fallecidos a quienes han introducido cápsulas de colores en algún orificio corporal, tienen perfiles similares: son varones; con una edad cercana a los setenta años; creemos que tienen una buena posición económica, aunque estamos esperando los correspondientes informes financieros, y todos han fallecido en el mismo hospital y por la misma causa, el covid-19, aunque tenían dolencias previas. Creemos que haber sido pacientes del Gregorio Marañón es una de las claves. Y hay otra coincidencia que llama la atención: puede que sea una casualidad, pero el ingreso de todos ellos en el hospital vino firmado por la misma persona, la doctora Paloma Padierna.

—¿Por qué dices que puede ser una casualidad?

Jaso se encoge de hombros.

—Verá, son épocas raras las que estamos viviendo. Los médicos de ese servicio no son tantos, cinco en realidad, y dos estuvieron confinados porque pillaron el virus. En todo caso, mi siguiente visita será a esa doctora. Aunque lo primero, desde luego, es la segunda exhumación.

Como quien habla con un chiquillo que pide insistentemente un caramelo, y acaba de volver a la carga, su señoría responde:

—¡Lo sé! No me comas más la oreja, te firmo los papeles de inmediato. Perdona, te he interrumpido, ¿algo más?

—Sí, señoría. Sería fundamental entender los porqués.

Calvo se echa a reír.

—Los porqués. ¡Esa sí es una buena pregunta! ¿Qué diablos tiene en la cabeza quien está haciendo esto? ¡Yo no le encuentro ningún sentido! Además, ni siquiera es uno de esos psicópatas que protagonizan series de televisión o novelas; de momento, el sujeto

no ha matado a nadie, las víctimas se han muerto solitas, sin necesitar empujón siquiera. Él únicamente pinta los cadáveres con colores vivos.

—Como bien dice, señoría, de momento ha sido así. A ver qué ocurre con la segunda exhumación.

—¡No me seas gafe, agente! ¿Has perdido el autobús o se te ha roto un espejo?

—Pues no, señoría. No soy de autobús. Voy en coche con el inspector, o en mi escúter. ¿Por qué lo pregunta?

—Por nada. Bueno, más bien por algo: es lo que les pasa a los gafes. ¿Te has dado cuenta de que llevas una camisa amarilla?

Jaso baja la mirada.

—Eso es mucho decir, señoría, es blanca, solo tiene alguna raya, pero no es amarilla, sino mostaza. Por lo demás, la carta del *Monopoly* dice «Cárcel». Esto es lo que hay. Con estos bueyes hay que arar.

Adivinando lo que se le viene encima, su señoría empieza a ponerse nervioso. Altera la posición de la fotografía de su esposa, recoloca el teclado del ordenador, tantea su pluma... Finalmente, extrae el reloj del bolsillo y exclama:

—¡Las dos cuarenta y cinco! Vamos a ir abreviando. Háblame de los porqués. ¡Dios, no hago más que lamentarme de haber tomado este caso completo en mi juzgado! Es un desastre, sí, un auténtico desastre.

Javier adopta una actitud seria y formal antes de responder. Aún no ha empezado, y Calvo ya está histérico. ¿Cómo reaccionará cuando le haga partícipe de la identidad de las huellas? Han llegado con mucho retraso, pero cambian por completo la perspectiva.

—No es fácil responder a por qué lo hace o qué gana con ello, que en suma son una misma pregunta, señoría. Hay tantas

respuestas como amapolas en un campo de trigo en primavera, y tan variadas como las personas que los cometen. Por lo que hemos visto hasta ahora, podemos arrancar del campo algunas de ellas: *a priori*, no parece que se trate de un amante celoso, ni de alguien que se sienta acorralado y actúe por legítima defensa. Quien sea, es un sujeto muy organizado y borra bien sus huellas; juraría que no estamos ante un asunto pasional. Y, sin duda, el autor tiene una meta específica, porque no ha ido buscando víctimas vulnerables, fáciles de enganchar, sino que, con gran frialdad y de una manera muy hábil, ha ido dibujando un camino por el que nos ha ido llevando. Es obvio que estamos ante un jugador invisible, capaz de permanecer oculto entre la muchedumbre que rodea un hospital. Solo sabemos de él lo que él ha querido que sepamos; podríamos tenerlo ante nuestras narices y no darnos cuenta.

—Jaso, no sé si la raya de tu camisa es amarilla o de color mostaza, pero pareces empeñado en que me dé un infarto. Me estás hablando de perfiles criminales, de asesinos en serie, y más gente de mal vivir, pero te recuerdo que nosotros no tenemos nada de eso. No hay homicidios ni asesinatos, solo unos muertos coloreados.

—Por supuesto que no, señoría, lo único que pretendía era responder a su pregunta. Verá, sea quien sea, cuando nos enfrentamos a sujetos tan ordenados y meticulosos como este, criminales o no, solo hay algo que se puede hacer: seguirles, y cruzar los dedos para que, en sus repeticiones, se pueda dar con alguna pista que se les haya escapado. En suma, que creemos que hay que ordenar esa segunda exhumación cuanto antes.

—¡Tuya es! Y vámonos, que voy a llegar tarde a comer.

En cuanto sale del edificio de los juzgados, el agente Jaso telefonea al inspector.

—Te escucho, Javier. Ya sabes que no podré responderte más que monosílabos.

—Entiendo. Iré al grano. No he podido hablarle de las huellas, jefe. No me he atrevido; le he visto tan nervioso que he preferido que se fuera a comer. Le abordaré de nuevo esta tarde. La buena noticia es que ya tengo en mi poder la orden de exhumación, de modo que se hará enseguida.

—¡Estupendo! Esa es la clave.

—Hablando de otra cosa, ¿qué tal estás?

—¡Acojonado! Al parecer, no me voy a librar del quirófano. Dicen que la laparoscopia no es tan mala, pero a mí no me gustan los médicos ni los virus.

—¡No seas quejica, jefe, que me recuerdas a alguien cercano!

—Es cierto. ¡Anda, vete a comer tú, que te cuentas entre los privilegiados que pueden hacerlo!

—Creo que tomaré algo por aquí y luego volveré a ver al juez. Hoy quiero terminar pronto, tengo que entrenar. No sé cuándo volveremos a jugar, por ahora los partidos de clasificación se han suspendido, pero en algún momento regresarán y quiero estar preparado para que el seleccionador se fije en mí.

—¡Pues si no se fija es que está ciego!

26

El juez se ha tomado una buena taza de gazpacho fresquito, con pan frito, huevo y raspas de jamón serrano; una copa de rioja, un plato de albóndigas y un café. Con la tripa llena y los sabios consejos de su esposa en la cartera, ha regresado mucho más contento al juzgado. Ha aparcado con sumo cuidado su flamante coche nuevo en el garaje y sube canturreando en el ascensor. El edificio está casi vacío. Espera tener unas horas tranquilas, tiene previsto culminar un informe esa misma tarde. No obstante, en cuanto sale del ascensor, ve en lontananza la imponente figura de Jaso, que aguarda en el pasillo junto a su despacho, y suelta un par de tacos. El agente está apoyado en la pared consultando algo en el móvil. De un plumazo, pierde el color y el optimismo.

—De nuevo aquí, agente —masculla, mientras se convence de que, diga lo que diga su dueño, las rayas de su camisa son amarillas, señal evidente de mal fario.

—Así es, señoría. Necesito unos minutos. Tengo algo esencial que contarle.

—¿Tan esencial que no puede esperar a mañana?

—Me temo que no puede esperar, señoría. Lo siento.

Su señoría ve tal decisión en la mirada del agente que se limita a acatar con la cabeza. Abre la puerta y le invita a pasar. Jaso permanece en pie mientras el juez se desprende de la americana, se coloca tras su mesa y se sienta.

Consulta su reloj, para volver a guardarlo de inmediato en la faltriquera de su chaleco, y estira el brazo.

—Adelante, te escucho.

—Gracias, señoría. Verá, aunque éramos conscientes de que buscábamos una aguja en un pajar, pedimos a los tres equipos forenses que han intervenido en los análisis de los féretros abandonados y en la exhumación que buscaran huellas tanto en los ataúdes como en las pertenencias de los finados —comenta el agente Jaso.

Al juez Calvo le resulta difícil cambiar sus costumbres, y le interrumpe:

—¿Por qué dices que era como buscar una aguja en un pajar?

Jaso se recoloca la mascarilla sujetándola por las gomas laterales y responde:

—A ver si soy capaz de explicarme adecuadamente. Veamos, una huella es el resultado de la impresión que el sudor y las grasas secretadas por la piel dejan en una superficie con la que las yemas de los dedos entran en contacto. En las superficies lisas y no porosas, esa impresión se conserva bien durante un tiempo aceptable. Tendría que precisar el término *poroso,* pero mejor lo dejo para otro momento. Lo importante es que el metal y la madera barnizada pertenecen a este tipo de superficie. Por el contrario, las superficies porosas o absorbentes, como la tela, hacen muy difícil o casi imposible tomar esas huellas si ha pasado un poco de tiempo, como es el caso.

—Pero eso es bueno, ¿no? Los ataúdes se fabrican con madera barnizada.

—Ciertamente, señoría, pero, siendo una ventaja, es también un inconveniente porque son muchas las personas que manipularon o simplemente tocaron esos ataúdes dejando impresas sus huellas.

Aunque muchos llevarían guantes, pasaron por las manos de los empleados de la funeraria, del personal de la Unidad Militar de Emergencias encargado de colocar los ataúdes en las morgues provisionales, de funcionarios clasificadores, enterradores, familia, etc. En un asunto como este, se pueden encontrar decenas o centenares de huellas, cuyo análisis solo desviaría nuestra investigación.

—Entiendo, ¿y cómo procedéis para salvar ese problema?

—Nos concentramos en aquellas zonas donde la probabilidad de que el involucrado haya tenido contacto es superior; por ejemplo, las chapas y manijas de apertura y cierre de las cajas, los bordes del ataúd y, sobre todo, en los objetos personales de los finados.

—Ahora me queda claro, Javier. Supongo que vas a decirme que, pese al amarillo de tu camisa, ha habido suerte, ¿no es así?

—Mucha, señoría. A pesar de las rayas de color mostaza de mi camisa, no solo hemos encontrado una aguja, sino dos. La primera es una huella parcial en el reloj.

—¿Quieres decir, el Rolex?

—Eso es, en el Rolex. También se hallaron dos huellas, esta vez clarísimas, en los cristales de las gafas graduadas.

—En las Cartier.

Jaso finalmente pierde la paciencia.

—Así es, señoría, solemos hablar del genérico, no de las marcas. Los forenses supusieron, no sin razón, que la probabilidad de dar con sus dueños era casi inexistente, pero siguieron la manera habitual de proceder del servicio y nos las entregaron para procesar. Y para la sorpresa de todos, se ha encontrado que esas huellas están en el sistema.

—¡Eso es estupendo! ¿De modo que ya sabemos quién es?

—No exactamente, señoría. Han aparecido en el sistema porque forman parte de una investigación antigua que aún permanece abierta.

—¡No entiendo nada!

—No me extraña, señoría. Si me permite continuar, lo comprenderá enseguida. Verá, entre los años 2012 y 2013, hubo cuatro fallecimientos por sobredosis de sendas estudiantes universitarias. Ocurrieron en circunstancias similares y con una victimología coincidente: todas las chicas eran de provincias y habían venido a Madrid para cursar su grado universitario; todas eran estudiantes de la Universidad Complutense; todas eran atractivas; todas ejercían como señoritas de compañía de lujo, y los cuatro cadáveres aparecieron en el mismo lugar, los alrededores del Templo de Debod, el edificio del antiguo Egipto situado al oeste de la plaza de España, junto al paseo del Pintor Rosales. Las cuatro jóvenes fueron encontradas abrazadas a sus bolsos de Louis Vuitton. En dos de esos bolsos apareció una huella que no pudo identificarse porque no estaba en el sistema, pero que se fichó como de dueño desconocido, y que ha resultado coincidente con las aparecidas en las gafas y en el reloj.

—¡De modo que, en esta ocasión, la marca sí importa! —bromea Calvo con acidez.

No le ha gustado el tono empleado por Jaso. Parecía recriminarle que diera excesiva importancia a asuntos banales. En suma, le estaba tildando de pijo. En realidad, lo es. No es que esté orgulloso de serlo, aunque un poco sí: en los juzgados de plaza Castilla, entre jueces, magistrados y fiscales, se tiene por uno de los más elegantes.

—¡Aquí sí, señoría! —contesta tras una carcajada—. Las investigaciones forenses confirmaron que ninguna de las chicas

consumía psicofármacos ni tenía motivos aparentes de suicidio, y se investigó como una secuencia de crímenes.

—¿Una secuencia de crímenes? ¿Se refiere a un asesino en serie?

El agente encoge los hombros.

—Nunca pudo comprobarse ese extremo, pero es lo que los investigadores supusieron. La investigación continúa abierta.

—Un momento, no vayas tan rápido. ¿Me estás diciendo que esos crímenes siguen sin resolverse?

—Lo ha entendido perfectamente, señoría, no se ha identificado al autor. He hablado por teléfono con el comisario que lideró esa investigación. Ya está jubilado, pero lo tiene muy fresco en la memoria. Me ha contado que, policialmente, se le apodó el Asesino de los Colores o el Asesino de las Campanillas.

—¡Joder, Jaso, mira que sois retorcidos los de tu gremio con los bautizos! ¿De dónde sacáis esos nombres?

Javier se echa a reír.

—Algo de razón tiene, señoría, pero no en este caso. En el argot, este tipo de chicas estudiantes que viven en barrios de clase media y llevan vidas de clase media, pero completan sus ingresos como prostitutas a tiempo parcial, digámoslo así, reciben el nombre de *campanillas*.

—Lo pesco, ¿y de dónde viene lo de *asesino de los colores*?

—Ese es otro asunto muy diferente, pero muy interesante en nuestro caso. Deriva de que, entre las cuatro víctimas, había una rubia, una pelirroja, una castaña y una morena de raza negra.

—¿Y, después de esos cuatro crímenes, el asesino se detuvo?

—Sí, ese aspecto tuvo al equipo en vilo durante varios años. Normalmente, los asesinos seriales dejan de matar cuando se los detiene, por lo que sospecharon que volvería a actuar, cosa que no

ocurrió. Sin embargo, no siempre *serial* significa permanente. A veces, simplemente, los autores desaparecen.

—¿Desaparecen así, sin más?

—Sí, se esfuman. Los criminalistas explican el eclipse de tres modos diferentes, aunque no excluyentes: que el asesino haya encontrado una vía más acomodaticia y social para canalizar su pulsión criminal; que, con la edad, los niveles de testosterona hayan descendido debilitando la motivación para agredir sexual o violentamente, o bien que, por algún acontecimiento externo, se den cuenta del horror que están causando y les resulte insoportable seguir haciéndolo, o seguir viviendo y se suiciden. Yo, que no soy ningún experto en criminología, pero sí un gran lector de estos temas, tengo la sensación de que, muchas veces, hay asesinos que no son tan patológicos: quieren protestar por algo contra alguien y lo hacen de esa manera. Cuando su protesta culmina, desisten.

—¿Y qué opinan los expertos de este caso?

—Aún están..., estamos analizando el expediente. Seguro que se nos han pasado muchas cosas, pero hay algunos datos de esos crímenes que son claros. Los cadáveres aparecieron vestidos, con la ropa interior en su sitio. A pesar de que se demostró que ejercían de campanillas, no hubo agresión sexual en ninguno de los casos, de modo que el móvil debe de ser otro. Todas las chicas tenían cerca sus libros y su bolso caro: estaba claro que su asesino o asesinos querían transmitir un mensaje...

—¿Y qué hace esa huella en nuestros cadáveres? Son varones, no son estudiantes; son adultos mayores y no se dedican a la prostitución. ¡No cuadra ni uno solo de los datos!

—Lo ignoramos de momento, señoría. Pero...

El juez Calvo vuelve a interrumpir al agente.

—¿Hubo sospechosos?

—Los hubo, sí. El principal sospechoso fue un tal Luis Vizcaíno Mano, una especie de proxeneta de campanillas, que, además de chicas de compañía, proporcionaba drogas a gente adinerada. Pero el comisario me contó que, además, se investigó como potenciales sospechosos a otras personas, que finalmente se descartaron: un barrendero, conductor de un camión de basura que operaba en los alrededores del templo donde aparecieron los cadáveres, pero que tenía coartada para dos de los crímenes; y dos profesores de la universidad. Además, se barajó la posibilidad de que se tratara de un chantaje que las chicas hacían a algún cliente, pero tampoco se pudo probar nada, ni se identificó al dueño de esa huella.

—No añadirás ahora que crees que nuestros colores tienen algo que ver con esos crímenes, ¿verdad?

—Antes de contestar a su pregunta, señoría, iba a añadir un dato. Luis Vizcaíno, el proxeneta, figura como difunto.

—¡Joder, joder, joder! ¡No me puede estar pasando esto a mí! Muertos, proxenetas, cascabeles...

—Campanillas —masculla Jaso. Sabe que al juez no le gusta que le corrijan, pero no ha podido evitarlo.

—¡Como se llamen es lo de menos! ¡Y encima Salado fuera de juego! ¡Vaya una mierda! ¿Y qué vamos a hacer?

—Seguiremos las pistas, señoría.

—¿Pistas? ¡No tenemos ninguna pista!

—Alguna tenemos, sí. Puede ser sangre de drago, pero tal vez nos lleve a algún sitio.

—¿Sangre de dragón? ¡Pero qué tienen que ver aquí los dragones!

Javier se echa a reír.

—Nada, juez Calvo. No hay dragones. He dicho *sangre de dagro,* que es un reactivo para huellas y un cicatrizante que se obtiene de

la resina de un árbol llamado *Croton lechleri,* que vive, por ejemplo, en las islas Canarias. Parece una cosa, pero es otra muy distinta.

—¡Ah, interesante! ¿Y qué sangre de drago tenemos?

—Como le comenté, tenemos el nombre de la mujer que, tangencialmente, aparece en las historias clínicas de los fallecidos, la doctora Paloma Padierna. Figura en cuatro de los cuatro partes médicos. Iré a verla en cuanto salga de aquí. Y nos queda la segunda exhumación, a ver qué datos obtenemos de ella.

27

Martes, cinco de la tarde. Treinta y un grados a la sombra. Primera guardia de la semana. Más de lo mismo. La doctora Padierna ha pasado la noche con su madre; se ha levantado temprano, se ha detenido en su casa para darse una ducha y tomar un frugal desayuno, y se ha ido al hospital.

La mañana ha sido intensa, tanto que no ha podido comer. Y ahora que consigue ponerse delante unos macarrones fríos, saben a colonia. Los deja y cierra los ojos. Le está entrando un terrible sopor, por lo que decide aprovechar que milagrosamente los pasillos de la planta se han vaciado y echar una cabezada. «¡Fútbol!», piensa. Las estadísticas son infalibles: cualquier retransmisión —no importa si se trata de un partido de fútbol, de tenis o de la vuelta ciclista— provoca el mismo efecto en los pacientes que un viento sobre las hojas de otoño: los barre. A Paloma Padierna el motivo le da lo mismo, sin meter ruido para no convocar fantasmas, abandona los macarrones al *eau de cologne* y se deja caer en uno de los sofás de la sala. Son bastante incómodos, pero en ese momento se le antojan hechos a medida.

Y entonces aparece. Es un tipo imponente, al menos eso se le antoja a ella que, desde su atalaya de metro cincuenta y cinco, lo percibe como al primo de Zumosol: altísimo, ancho notable de espalda, musculatura considerable y, desde luego, sin pinta alguna de enfermo. Lleva una mascarilla negra con la bandera española en una esquina, que hace destacar aún más sus grandes ojos garzos,

de un azul turquesa intensísimo, lo que aún contrasta más con su cabello oscuro, ondulado, domesticado por un perfecto corte de pelo; sin saber por qué se incorpora, y se sienta como se espera de una señorita. A veces, con el pijama verde, olvida que lo es.

Lo que comienza con un instante fortuito se convierte en un intercambio contenido de miradas, tan fugaz como intencionado, que termina cuando ambos sienten esa especie de vergüenza pueril, la de saber que deberían haberlo dejado un segundo antes. El sonido del teléfono rompe la magia y arranca a Paloma de esos ojos en los que apetecía bañarse. La reclaman desde el servicio de Urgencias. Un abdomen agudo, que el residente, de nuevo un R2, no sabe diagnosticar.

Olvida aquel deseable océano, coge el ascensor y en un par de minutos está en la zona. Las voces resuenan en sus oídos, incluso antes de que entre en el pasillo. Es una polifonía de chillidos masculinos y femeninos, con una especie de aullido agudo que se eleva entre ellos.

—¡Vaya un circo que se ha montado aquí! ¿Qué ocurre? —pregunta Padierna al enfermero.

Abas, diminutivo de Abascal, su apellido, que tiene larga experiencia en el servicio, es también muy hábil manejando pacientes.

—Ha venido una chavalilla gitana, acompañada por toda su cuadrilla. Lo menos se han metido veinte personas en el box. No hay forma de echarlos y, por supuesto, todos llevan la mascarilla en la garganta. Están en el siete —le explica.

En los hospitales españoles se emplea el término inglés *box* para referirse a cada uno de los pequeños dispensarios que, separados, bien por cortinas, bien por paredes móviles, llenan en fila la zona que se emplea para atender a los pacientes de Urgencias. El término

tiene la virtud de ser corto y es acertado: son una caja de cerillas. Demasiado pequeño para veinte personas.

—¿Has llamado a seguridad?

—Sí, pero ya conoces el percal. Cuando vienen en manada, no hay forma de negociar con esta gente. No tienen respeto por la ley o la razón, y menos por las formas. Dos tipos con una porra en el cinturón no van a amedrentarlos. Temer, lo que se dice temer, solo temen a la policía. Y no del todo.

—Pues habrá que desbloquear ese pasillo para que pueda llegar.

—Voy a amenazarlos con una visita de la policía si no desalojan. Si no funciona, haré esa llamada.

Mientras Abas empieza con su retahíla de amenazas, y los parientes de la enferma con sus protestas, la doctora Padierna vuelve sobre sus pasos, entra en la sala de médicos y se coloca los guantes y demás medidas de protección.

Cuando sale, Abas ha logrado desbloquear parcialmente el lugar y ya se atisba el largo pasillo. Respira hondo, y se dirige al lugar que le han indicado, donde continúa el núcleo más estrecho de familia de la paciente. Además de tomar el pequeño habitáculo del box siete, han invadido partes de los contiguos a la derecha e izquierda. La vestimenta blanca del residente destaca entre aquella marabunta oscura. Está intentando hacer la anamnesis de la joven, prácticamente una niña, que se revuelve por lo que parece un dolor supino. Al verla, al residente se le ilumina el rostro y se dirige hacia ella.

—¡Doctora Padierna, qué alegría! No tengo ni idea de qué le ocurre, porque no me han permitido que la toque. Pero, por los dolores, tendrá que ser algún cólico severo, aunque con lo joven que es no me lo explico.

—¡Tranquilo! Abas ha ido a reclutar ayuda.

Tras un tira y afloja, con la ayuda de dos auxiliares varones, dos de los guardias de seguridad, y su amenaza de llamar a la policía, Abas consigue por fin que aquellas personas salgan del hospital y esperen en la puerta, junto a las ambulancias; ni siquiera la sala de espera puede contener a tanta gente, con la consabida limitación de aforos. Solo dos personas, una mujer joven y un hombre anciano, se niegan rotundamente a abandonar el lugar. El hombre viste íntegramente de negro, con sombrero del mismo color, cachava y los dedos enjoyados en oro fino.

—Salvo que alguno de ustedes esté aquí en calidad de madre o padre de esta chiquilla, no voy a permitir que permanezcan aquí. Tienen que esperar fuera. Por favor.

—Stella del Carmen es mi hija —murmura la mujer mirando al suelo.

—¡Y mi nieta! —proclama el hombre altivo. Sus ojos son negros como el carbón, y ardientes como ascuas; sus dientes, amarillo oscuro.

—Y mi paciente —replica la doctora Padierna—. No puedo maniobrar en un sitio tan pequeño con tanta gente. La enfermera los acompañará a la sala de espera, pero no se inquieten, en cuanto termine de reconocerla, me comprometo a ir personalmente a informarlos de cómo está su hija y su nieta. Pero, antes, dígame una cosa, señora: ¿qué edad tiene la niña?

—Catorce —indica la madre con voz reivindicativa—. Es menor de edad, tengo derecho a estar con ella.

La doctora Padierna le da la razón, pero no al hombre, que finalmente se da por vencido. Extiende el brazo, levanta la cachava hasta colocarla a la altura del estómago de la doctora y, mirándola fijamente, le exige que cure a su nieta. Paloma siente un escalofrío, aquel hombre no le pide que la cure, se lo ordena. Mientras tanto, la

madre mantiene la vista baja. También es joven, Paloma calcula que, como ella, anda por los treinta. Es bastante guapa, aunque esa vestimenta tan larga y oscura no le favorece lo más mínimo. Se dirige a ella:

—Mire, vamos a hacer una cosa. Como ve, esto es muy pequeño y no puedo trabajar así. Quédese en el pasillo mientras la exploro, ¿de acuerdo?

La mujer lo acepta, y finalmente, solo se quedan los tres: la niña, el residente y ella. Paloma está sacando el bolígrafo —uno de los dieciséis que lleva en el bolsillo de la bata— cuando los alaridos regresan. Olvida la historia y se acerca a explorarla. No le hace falta más que levantarle el camisón para llegar a una conclusión. El residente iba bastante desencaminado, no es un cólico ni una apendicitis. Parece imposible, porque está muy delgada y su tripa es minúscula, pero aquella pobrecita niña está de parto.

—¿De cuánto tiempo estás, Stella? —la niña mira a la doctora con cara de angustia, pero no contesta.

Paloma se quita los guantes, se pone unos nuevos y le pide que doble las piernas.

—Voy a ver cómo estás, ¿de acuerdo? Es solo un instante. Tranquila, enseguida te vamos a quitar ese dolor.

Tras el tacto, se vuelve y susurra al residente:

—Llama al ginecólogo. Dile que es muy urgente. Creo que va a necesitar una cesárea. —Luego dice a la joven—: El bebé está en camino, Stella del Carmen. El médico que va a atenderte vendrá enseguida. Intenta tranquilizarte. Tienes a tu madre aquí, que se quedará contigo.

En esta ocasión, el grito no es de dolor.

—¡No, se lo ruego! ¡Se lo pido por favor, no se lo diga a mi madre! ¡Que se vaya, que se vaya! Ella no sabe nada de esto.

Paloma la malinterpreta.

—Bueno, es madre, al menos, te tuvo a ti.

La joven rompe a llorar desconsoladamente, pero otra contracción trueca el llanto en otro tipo de dolor. Paloma pone su mano sobre la tripa. Las contracciones son cada vez más frecuentes; y más fuertes. Por fin, suena su busca: es el ginecólogo que avisa de su llegada. La doctora Padierna sale al pasillo para informar a la madre, pero ya no hay nadie allí. Se ha evaporado. Deja con el residente a Stella del Carmen, y se acerca a la sala de espera, donde la busca con la mirada, y, al localizarla, le pide que se acerque. Pese a que intenta evitarlo, Paloma se muestra seca y arrogante. Siempre se torna algo borde cuando se estresa, pero esta vez es distinto, mira a los ojos a la madre y la odia por permitir algo así.

—Se ha ido usted sin esperar al diagnóstico: Stella del Carmen está de parto. Enseguida llegará el ginecólogo y la explorará. En mi opinión, hay que hacerle una cesárea, ya que el parto no progresa adecuadamente. Pero eso lo decidirá el ginecólogo.

La primera reacción de la madre es cruzarse de brazos y encararse con la médico.

—¡Es imposible que esté embarazada! ¡Tiene que ser otra cosa!

La doctora Padierna entiende que está en *shock,* porque el embarazo no ha llegado a término, y añade:

—¿Sabe en qué mes de embarazo está?

La madre empieza a gritar.

—¿Es que no me está oyendo? ¡No está embarazada! Es imposible.

—¡No se preocupe, señora! Sé que está nerviosa, pero todo saldrá bien.

—¡Usted no lo entiende, doctora! —le espeta en voz baja—. ¡No puede estar encinta, aún no está casada! La boda es dentro de dos

meses, en agosto. Y los novios aún no se conocen.

Paloma Padierna, que no sale de su asombro, se queda sin palabras.

—¿Se casa en agosto? ¡Pero si tiene catorce años! —Se detiene unos instantes, y añade—: Un momento... ¡Usted no sabía que estaba embarazada! ¿Cómo no se había dado cuenta?, ¿no se lo había dicho?

La madre niega con la cabeza y se echa a correr por el pasillo en dirección al box siete. Paloma y el residente, que creen que va a darle ánimos, la siguen de cerca, pero sin apresurarse. Incluso se hacen a un lado para dejar paso al camillero encargado de llevar a la parturienta al quirófano.

Están casi llegando cuando escuchan un sonido que se mezcla con los gritos de la niña. Es un ruido sordo, de golpes que no alcanzan a entender.

—¿Tú también has oído eso, Paloma?

Los tres se miran extrañados y se apresuran. Cuando llegan, se encuentran con una escena inesperada: lejos de estar dando ánimos a su hija, la madre la abofetea sin contemplaciones. El ginecólogo, que acaba de hacer acto de presencia, intenta detenerla, pero tiene una rabia tal que parece fuera de sí. Paloma pide a Abas que avise a la policía. Ella se queda.

—¿De quién es, Stella del Carmen? ¡Vamos, responde! ¡Dime quién ha sido, que lo mato! ¡Yo misma le pincharé los hígados con mis propias manos! No será un payo, ¿verdad?

A la niña las bofetadas de su madre no parecen causarle demasiado efecto. No deja de gritar; el bebé trata de salir, pero no encuentra hueco en aquella pelvis inmadura y minúscula.

El camillero a duras penas consigue apartar a la madre, más bien arrancarla, porque se ha agarrado como una lapa a la cama y no

quiere soltarla. Pero aquello no ha hecho más que empezar; enseguida llega la jauría. Sin que nadie se haya dado cuenta, el *pater familias,* que ya está al tanto de los acontecimientos, ha salido del edificio y ha avisado a los hombres, mujeres y hasta niños que hay fuera. Todos entran en tropel chillando y buscando contra quien desahogar su furia.

El camillero ha sacado la cama del box andando hacia atrás y está girando para continuar su marcha y tomar el ascensor. Le sigue la madre soltando por aquella pequeña boca amenazas con voz cada vez más grasienta. Al ver el tropel, el camillero se detiene, pone el freno a la cama y avanza hacia ellos con la intención de apaciguarlos. Le cae una lluvia de golpes y empujones. Finalmente, le dirigen un derechazo que le rompe la nariz y lo deja tirado en el suelo, con la mascarilla llena de sangre. Los médicos, enfermeras, pacientes y acompañantes que ocupan los otros boxes se asoman al pasillo para ver lo sucedido. Los dos guardias de seguridad que acuden a la carrera corren la misma suerte que el camillero.

El residente oye a su espalda un grito agudo, se agacha, y en cuclillas como está, se sujeta la cabeza entre las piernas, que castañean como sus dientes. A Paloma el miedo cerval que siente la ha dejado muda e inmóvil cual estatua de sal. No se lo produce la gente chillando, ni acabar como el camillero, ni siquiera la inesperada agresividad de la madre. Procede de ver la cara abotargada del patriarca, en la que asoma una penetrante mirada de tigre herido bajo los párpados amoratados. El viejo avanza moviendo la cachava como el general que enarbola su sable para arengar a sus tropas. Cuando llega hasta ella, sus dientes ambarinos, de tantas colillas semienterradas durante años en la comisura de los labios, le dirigen una turbia amenaza que la hace temblar.

No sabe por qué lo hace ni cómo. No pasan por su cabeza grandes ideales, ni una valentía genética de la que carece, pero de pronto se encuentra delante de la cama tapando con su cuerpo el de Stella del Carmen, que gime y llora a la vez. La sábana se ha teñido con un líquido oscuro y sanguinolento: acaba de romper aguas, y no tiene buena pinta.

—¡Quítese del medio, doctora! —le ordena el patriarca apuntándole con su bastón. Parece un hombre intratable.

—¡Su nieta necesita entrar en quirófano de inmediato! En otro caso, los dos morirán.

—Dígame algo que no sepa, doctora. Los dos van a morir aquí mismo, pero antes nos dirá con quién ha mancillado el honor de nuestra familia.

Paloma respira hondo. Nota el corazón en su garganta bombeando a toda velocidad.

—Mire, pueden ustedes resolver sus problemas después, a su debido tiempo. Ahora solo le pido que me deje hacer mi trabajo, que es salvar a su nieta y a su biznieto. Cuando estén fuera del hospital, hablan, ¿de acuerdo?

—¿Sabe lo que es el honor, doctora?

—Lo sé, caballero, pero la vida es lo primero. Esto le ha pillado por sorpresa, y es normal que esté enfadado, pero una vida es una vida. Además, créame, no querrá usted tener la muerte de su nieta en la conciencia.

—Usted no entiende nada, señorita. Sin honor, la vida no vale nada. ¡Apártese!

—Yo también tengo un honor que preservar, señor, y por eso no puedo permitirle hacer lo que quiere hacer. Si usted me arranca mi honor, ¿de qué viviré? Comprenda que no puedo hacerlo. Márchese, por favor. Déjennos hacer nuestro trabajo.

El viejo patriarca duda un instante, pero su expresión de fatalismo indica a Paloma que no va a ceder. La doctora Padierna empieza a sudar. «¡Menuda mala suerte tengo!», piensa. La jauría, la madre, los médicos, el camillero herido, el ginecólogo, los pacientes que acaban de sumarse y algunos visitantes que se han agregado a la fiesta y toman vídeos con sus móviles esperan la decisión del patriarca.

Por un instante, baja la garrota, saca un cigarrillo e inútilmente trata de encenderlo con un mechero de oro. Se ha quedado sin gas. Lo tira contra una pared con rabia. Un joven, vestido como él, se le acerca por detrás y le da el cigarrillo encendido. La sala se llena de olor a tabaco negro; por descontado, nadie se atreve a recordarle que a su espalda hay un cartel que recuerda que está prohibido fumar. Otro de sus secuaces corre y le acerca una silla que toma de otro box. El anciano se sienta. Paloma se da cuenta de que tiene los pies tan hinchados que difícilmente los contienen sus zapatos. Lo mira más fijamente. Tiene la cara azulada y le cuesta respirar.

—¿Me permite que me acerque y le diga algo con todo respeto? —pregunta Paloma—. Algo que quede entre usted y yo, no tenemos por qué compartirlo con toda esta gente. ¿Me lo permite, por favor?

Ahí empieza una división de opiniones, a gritos, entre unos y otros, que el patriarca zanja indicando a Paloma, con los dedos, que se acerque.

—Tiene que prometerme, por su honor, que no va a hacerme nada mientras hablemos.

El hombre asiente. Y Paloma, que nota de nuevo el escalofrío recorriéndole la espalda, se ve avanzando hacia él y agachándose a su lado. Parecen un cura y una pecadora de rodillas confesando sus faltas.

Volcado hacia ella, escucha los susurros de la mujer sin rechistar. Solo es audible la difícil respiración del gitano. Cuando acaba, la doctora Padierna se pone en pie y le tiende la mano. Él se la estrecha. Se levanta, tira el cigarrillo al suelo y dice en voz alta:

—¡Todos fuera! Volved a casa. Tú, Rosi, quédate con tu hija.

Todo el mundo permanece quieto, expectante, asombrado. Hasta los gemidos de la parturienta han cesado unos instantes. De pronto un hombre alto y delgado, íntegramente vestido de negro, con un pañuelo del mismo color atado al cuello, se abre paso en medio de aquel enjambre de parientes y sanitarios. Lleva el pelo largo, rizado, peinado hacia atrás. Su mano sujeta una especie de bastón antiguo. Debe de ser alguien importante, porque respetuosamente sus consanguíneos se apartan para dejarle pasar.

—¿Y tú, padre? ¿Qué vas a hacer tú? —se escucha de una voz rota.

—Yo me quedo aquí. Marchaos.

—Pero, padre, ¿y nuestro honor? ¡Ha quedado mancillado, y debemos limpiarlo de inmediato! —discurre.

El patriarca se gira, le lanza una mirada asesina y da un par de golpes con la cachava en el suelo, mientras habla con gesto altivo, pero sin dirigirle la mirada.

—¡He dicho que se vayan todos! ¡Y tú con ellos!

Comienzan a retirarse poco a poco; primero, las mujeres con los niños pequeños agarrados a sus faldas; luego, los hombres. El residente, que se ha incorporado, se acerca al sanitario, le ayuda a levantarse y se lo lleva. Sin embargo, el tipo del pelo largo no ceja. Permanece en su sitio quieto, recto, muy digno, cociendo su disgusto a fuego lento.

Va a avanzar hacia la cama, pero en el último instante se detiene. Mira a la doctora Padierna y le escupe. Aunque están a cierta

distancia, el gargajo alcanza su bata, a la altura del pecho, dejando una mancha marrón, que resbala por ella hasta que se detiene. Paloma no se mueve, ni siquiera intenta limpiarse.

—¡Márchate! —le ordena su padre de nuevo. En esta ocasión, su voz, más que de ira, está llena de tristeza.

El hombre apoya su mano en el hombro de su padre. La doctora Padierna, que sigue con atención la escena, puede sentir la intensa batalla interna que está viviendo: obedecer a sus mayores forma parte de su credo; salvar el honor de su familia como tiene en la cabeza, también. En un momento dado, nota un gesto que no le gusta, intuye malas intenciones y, con un instinto de protección que le es del todo ignoto, se vuelve hacia la cama y se interpone entre él y la niña.

Ahora es el hombre joven quien la señala con su bastón. Ella no le hace caso, y se pone a atender a la niña, desmayada. Sangra abundantemente.

—¡Tiene que ir de inmediato al quirófano! ¡Si no nos deja hacer nuestro trabajo, la perderemos! Eso es un asesinato, y la policía está en camino.

El ginecólogo intenta acercarse, pero el gitano se vuelve y le espeta:

—¡No te muevas o te rajo! Y tú, ¡apártate de la cama o tendrán que atenderte a ti también!

Como no ve respuesta en la doctora Padierna, sujeta la caña del bastón con la mano derecha y la extrae, dejando ver la hoja de acero del estilete que oculta en su interior.

El patriarca se pone en pie y se encara con su hijo.

—¿De nuevo con esa monserga? Mírate, eres como la serpiente del jardín a la que hay que cortar la cabeza. ¡Anda, ve a seguir a las mujeres! Ni siquiera tienes oídos para entender.

—Usted siempre tan perspicaz, padre. ¿Pero no ve lo que la paya intenta hacer?

El viejo menea la cabeza unos segundos.

—Lo que veo es a un gitano faltando al respeto a su padre. Lárgate antes de que sea demasiado tarde. Y no regreses.

—¿O qué? ¿Me maldecirá? Déjeme que le dé yo un consejo esta vez: está usted a punto de diñarla. Se lo digo con respeto, márchese y deje que yo haga lo que hay que hacer. Se ha vuelto usted débil y ya no puede liderar a nuestra familia.

—¿Débil? —cuestiona el patriarca que se muestra sereno, entero, cargado de autoridad—. No quiero matarte porque llevas mi sangre, pero ya no mereces el título de hijo ni el apellido De la Cruz.

—¿Matarme usted a mí, padre?, ¿cómo? —le dice apuntándole con el espadín—. Le pincharé primero para respetar su memoria; luego, irán ellas: mi hermana, su bastarda y esta entremetida.

Y sin más, estira el brazo con la maestría de un espadachín y clava el acero en el abdomen de su padre. Entra en el hinchado estómago como si fuera mantequilla templada. En el pasillo, ya casi desierto, nadie habla. El patriarca se apoya un instante en su bastón, pero finalmente cae hacia atrás, quedando sentado en la silla. Luego, agacha la cabeza y deja caer los brazos. Gota tras gota, su sangre oscura va pintando de muerte las baldosas blancas del suelo.

Paloma siente ahora la vista arrogante del gitano sobre ella, y la invade una mezcla de miedo y desesperación.

—¡La niña ha muerto! ¡Ya ha logrado usted lo que quería! Ahora, váyase. La policía está a punto de llegar. Le esperan muchos años de penurias en la cárcel.

El gitano le dedica una sonrisa cínica y socarrona.

—¡Cuando acabe, paya, cuando acabe! Pero si quieres ir primero, no tengo problema. —Sañudo, se quita el pañuelo negro que lleva atado al cuello y limpia con él el estilete mientras explica—: No está bien mezclar sangre de gitano con sangre de payo.

De pronto, Paloma deviene plenamente consciente de la situación y, en un instante, se le puebla la cabeza de imágenes. Primero la invaden un montón de recuerdos, como una ristra de fotos engarzadas; luego, pensamientos estúpidos —piensa en qué pasará con su pequeño apartamento cuando deje de pagar el alquiler; y en el enfado que cogerá el dependiente de El Corte Inglés cuando no recoja los pantalones color rosa palo de la talla dieciséis (se compra los pantalones en la sección de niños) después de haberle hecho mover Roma con Santiago hasta dar con ellos—. Sin solución de continuidad, se pregunta quién velará por su madre y vigilará que su padre no tome sal, y se recrimina dejar el marrón de la guardia del miércoles a los residentes. Cuando empieza a sudar, recapacita sobre el modo en que ha tratado a sus padres, y se dice que le hubiera gustado tener hijos, al menos, uno, y visitar África y hacerse un pequeño tatuaje en la ingle que solo enseñaría a alguien a quien verdaderamente quisiera, y haber ido más a la parroquia del barrio.

Al sudor le siguen las lágrimas contenidas. Pese a todo, se muestra serena.

—¡Aún puedes huir! —le repite.

Entonces, un ruido sordo, que más parece un corrimiento de tierras que una carrera, hace que todos, incluyendo el gitano, vuelvan la cabeza hacia atrás. Un hombre grande, alto, que Paloma no conoce de nada pero que, no sabe por qué, le resulta levemente familiar, avanza a toda velocidad hacia ellos. Como si el pasillo fuera un campo de fútbol americano, y estuviera llegando a las últimas diez yardas, cuando está a la distancia adecuada, se tira en plancha

haciendo un placaje al gitano digno de un partido de Barry Sanders. Este no tiene ni tiempo de respirar. En un instante, tiene la rodilla del hombre en su cuello. Le duele, pero más escuchar sus palabras.

—Agente Jaso, policía nacional. No se mueva. Está detenido.

Paloma empieza a ver borroso. Y luego ya no ve nada.

28

Cuando se incorpora, está tendida en una de las camas de observación del servicio de Urgencias. Todo lo que la rodea le resulta conocido, salvo la perspectiva. Nunca ha visto los muebles, las luces, la cortina o el electrocardiógrafo desde abajo. Se marea y vuelve a tumbarse. Se lleva la mano a la cabeza, al lugar donde le duele, y descubre un chichón del tamaño de un huevo de gallina. Vuelve a intentar incorporarse. Esta vez lo consigue. Se mira. Lleva bata y pijama; ambos manchados de sangre. Se toca la boca, no lleva mascarilla, la tiene arrugada en el cuello. Baja las piernas y se levanta. Le cuesta ponerse en pie, pero lo hace. No localiza sus zuecos. Mira debajo de la cama, pero, al levantarse, vuelve a marearse. Entonces, unos brazos fuertes la sujetan.

—¡Menos mal, doctora! Empezaba a preocuparnos.

Los brazos la colocan de nuevo en la cama, sentada.

—¡Usted es el del placaje! —exclama mientras se sube la mascarilla y se engancha en sus profundos ojos azules.

—Agente Jaso, Javier. Juego al rugby desde pequeño —responde riendo.

Paloma no solo se echa a llorar, sino que se le lanza al cuello y le abraza.

—¡Me ha salvado la vida! —dice mientras piensa que el golpe le ha debido de cambiar la personalidad. ¿Desde cuándo se abraza ella de esa manera a un desconocido? «Desde nunca», se dice, y se suelta enseguida—. ¡Disculpe! Estoy... confundida. Creí que... Bueno,

yo... no quería morirme, ¿sabe? Tengo que recoger unos pantalones en El Corte Inglés. —De pronto, se acuerda—: ¿Y la niña? ¿Y el bebé?

—El bebé está bien. La joven..., creo que no han podido hacer nada.

Cierra los ojos para aguantar mejor la amargura que le produce la noticia y pregunta:

—¿Y él?

—Supongo que me denunciará por brutalidad policial, le he roto el brazo y dos costillas. Pero sobrevivirá.

Niega con la cabeza.

—¡No, no! Me refiero al padre..., al abuelo, vamos.

—Le están operando.

—¡Cuánto lo siento! —en ese momento, cae en la cuenta de que su afirmación ha sonado terriblemente mal—. No quería decir eso... Bueno, sí. Quería decir que siento que le denuncien.

—Debería irse a casa y descansar, doctora.

Niega con la cabeza con lentitud. Al moverla, le duele.

—Imposible, estoy de guardia.

—Creo que su guardia ha concluido, son las ocho de la mañana. Me he quedado para acompañarla a su casa.

—Es usted muy amable, agente. Se lo agradezco mucho, pero vivo relativamente cerca, no se preocupe. Cogeré un taxi.

—No es molestia —contesta—. Además, usted y yo tendremos que quedar pronto.

—¿Para cenar? —pregunta Paloma, que no para de sorprenderse de lo que oye. El golpe ha debido de matar sus neuronas de la vergüenza, pero no el enrojecimiento de su cara.

—Quería decir que tendré que tomarle declaración, pero lo de la cena es buena idea.

—¿Declaración?

—Sí, por lo ocurrido. No se preocupe, doctora Jiménez.

—¡Ah, claro! Sí, es lógico. Lo ocurrido... De acuerdo, pero no me apellido Jiménez, sino Padierna, Paloma Padierna —añade tendiéndole la mano.

Pero él no la aprieta.

—¡Joder! ¡Es usted!

—¿Cómo dice?

—Nada, es que había venido en su bus... La acompaño a su casa. Tenemos mucho de que hablar, ¿de acuerdo?

Jaso la espera en la salida de Urgencias; ella no tarda mucho en llegar. Va vestida con unas bermudas de color beis y una camisa sin mangas; en los pies, unas sandalias blancas de medio tacón; el pelo recogido en una coleta floja, sobre la que han colocado un apósito que cubre los puntos. El agente piensa que está preciosa e inmediatamente rectifica, debe centrarse en lo que ha ido a hacer, no sea que la frescura de aquel cuerpo pequeño le nuble los sentidos. Paloma, sin embargo, sale pensando que debería haberse puesto algo más sofisticado, aunque fuera menos cómodo.

El agente no parece policía. Realmente, Paloma no sabe cómo viste un policía que va de paisano. Solo ha tenido alguna experiencia en Urgencias, con algún asunto de violencia de género, pero siempre ha tratado con gente de uniforme. En todo caso, le gusta su camisa de rayas mostaza, y sus chinos.

La doctora Padierna le facilita su dirección. Jaso la repite despacio en voz alta mientras la teclea en el navegador, aunque la conoce sobradamente, pues vive a dos manzanas. Él sugiere un buen desayuno en un local que conoce en la calle Fernando el Santo. Pero ella se excusa. No se encuentra bien y prefiere irse a casa. El agente, muy caballeroso, asegura que lo comprende. Luego añade

torpemente que no tiene que ser ese día, que hay muchas mañanas para tomar ese desayuno. Pero que, de todos modos, tiene que hablar con ella. Cuando se oye, se llena de rabia, y es que las palabras que anda buscando no le salen.

Paloma está deseando tomar ese desayuno, pero la cabeza sigue dándole vueltas. Por eso sugiere comprar unos cruasanes en una panadería cercana y desayunar en su casa, con su amiga Mariana, que se ha quedado a dormir. De pronto, los dos se quedan sin saber qué decir. Él, meditabundo; ella, simplemente muda; ambos contentos.

Aparcan muy cerca de su vivienda. A Paloma, aturdida, le cuesta bajar del coche. Jaso le ayuda sujetándola por los brazos mientras se fija en lo pequeña y delgada que está, y también en cómo brillan sus ojos castaños. Despide un olor tibio que le encanta.

—¡Sujétese, doctora! No me perdonaría por nada del mundo que volviera a caerse. No sé si es consciente, pero ese golpe en la cabeza me lo debe a mí.

Ella lo hace.

—Para serle franca, agente Jaso, creo que podría cogerle el gusto —masculla.

Cuando el ascensor se para y pisan en el descansillo de la quinta planta, Paloma se da cuenta de que la puerta de su casa está entreabierta y, extrañada, se detiene en seco. Jaso, que también lo ha notado, pregunta:

—¿Es posible que su amiga haya dejado abierta la puerta por algún motivo?

—Me parece bastante improbable. Puedo llamarla al móvil y salir de dudas.

No espera la respuesta. Saca el teléfono del bolso y marca su número. Lo escuchan sonar varias veces en el interior. Nadie

responde. Cuando Paloma cuelga, deja de sonar. Jaso tiene ya en la garganta la sensación de peligro. Desenfunda su arma. Siente el contacto frío con el metal, y el peso. Nunca ha usado un arma contra otra persona. Respira profundamente hasta llenar sus pulmones y luego suelta el aire suavemente. Se adelantan unos metros, pero antes de ponerse en marcha se gira hacia atrás.

—¡Quédese aquí, doctora! No se mueva —susurra.

Al darse cuenta de su debilidad, le ayuda a sentarse en el suelo, y llevándose el dedo a la boca le pide silencio; luego avanza despacio, conteniendo la respiración. Empuja la puerta y se asoma al interior. Es un bonito apartamento, bastante ordenado y lleno de luz. A la izquierda hay dos sofás, con una mesa de centro. A la derecha, la cocina abierta. De frente, una terraza llena de macetas con flores de temporada. Como carece de cortinas, puede comprobar que está vacía.

Las paredes están pintadas de blanco, a excepción de la del fondo, matizada en un tono gris antracita, con un cuadro moderno en el centro. Sobre la encimera han depositado varias bolsas. A una de ellas la ha vencido el peso y ha dejado caer su contenido: las naranjas han rodado desperdigándose por el suelo de lamas de madera clara. En el aire flota un olor fuerte. Aunque le resulta levemente conocido, no logra reconocerlo. No es el olor metálico de la sangre, inconfundible. Huele más bien a periódicos, a libros. Y para que huela tan intensamente hace falta gran cantidad de producto, sea el que sea. Sin embargo, todo está limpio. Con cuidado de no tropezar con las naranjas, se dirige hacia la puerta que ve tras la cocina, y que tiene que ser la del dormitorio. Avanza hacia ella mientras se limpia el sudor con la muñeca; el apartamento es un horno. Empuja la puerta. Las bisagras, que necesitan ser aceitadas, emiten un sonido chillón. Dentro, el olor se intensifica.

La habitación está a oscuras. Se pega a la pared mientras aprieta el interruptor. Lo que ve le hace apartarse hacia atrás. No da crédito a lo que ven sus ojos ni a lo que capta su nariz. Se tapa la boca con la mano y saca el móvil.

—Rana, soy Jaso —farfulla azorado. Respira hondo y recupera la compostura—. Estoy en la calle Zurbarán, hay otro cuerpo; y esta vez sin duda es un asesinato. Hay que traer al equipo forense y a los de... Bueno, a todo el mundo, y pronto, porque la habitación no tiene ventilación ni aire acondicionado y hace un calor de mil demonios.

Con una voz bastante más calmada que la de Jaso, responde:

—De acuerdo. Respira hondo y tranquilízate. Cuando estés listo, dame detalles de la víctima. Sé preciso, por favor. Tranquilo.

Desde fuera de la habitación, que mantiene la puerta abierta, la mirada del agente recae de nuevo sobre el cuerpo.

—Es una chica joven, de raza blanca, de entre veinticinco y treinta años; delgada, rubia, de cabello largo y liso y de mediana estatura. Está desnuda, tumbada en la cama, abrazando histriónicamente un bolso de Louis Vuitton, que, a ojo de buen cubero, parece falso. Es evidente que el asesino se ha tomado tiempo con el cadáver.

—¿Qué quieres decir con que se han tomado tiempo? ¿Hay muchos destrozos, mucha sangre?

Presa de un impulso, Javier cierra la puerta de la habitación.

—No, jefe. Ni gota de sangre, y el cadáver impoluto. Lo que quería decir es que la han peinado, maquillado, pintado los labios...

—¿Quieres decir que la han colocado como en las muertes del asesino de los colores?

—Lo mismo, pero esta está desnuda. Además, a la chica no se le ven los ojos porque han volcado sobre ellos tinta negra...

Salado vuelve a interrumpirle y deja a Javier con la palabra en la boca.

—¡Otra vez tinta! ¡Joder! ¿Qué calles hay negras en el *Monopoly*?

—Yo diría que ninguna. No lo puedo asegurar, pero a mí lo único negro que me viene a la cabeza son las cuatro estaciones, y no eran cartas de calles. Pero hay algo más, aunque está pintada, maquillada y todo eso, han practicado con ella algún tipo de juego sadomasoquista.

—¡No jodas, Javier! ¡No jodas! —Durante un instante, el teléfono queda en silencio—. Bueno, tranquilicémonos. Anda, Javier, respira hondo y descríbeme ese juego. ¿Cómo sabes que es sadomasoquista? ¿Tú le das a...?

Salado se detiene en seco al darse cuenta de que su pregunta es del todo improcedente. Aun así, es demasiado tarde y la cuestión queda suspendida en el aire. Jaso la responde con voz agria.

—Lo sé porque es obvio, tiene ambos pechos y la vagina cazados con ratoneras...

—¿Cazados con qué?

—Me has oído bien, jefe, le han colocado una ratonera en cada pecho y otra en la vagina, o por ahí abajo, no sé el nombre técnico.

—¿Y eso por qué?

Javier se encoge de hombros, aunque el inspector no puede verle.

—No lo sé, pero llevé un caso penal cuando ejercí como abogado. Uno de esos tíos ricos que siempre anda buscando algo excitante. Me contó que empleaba ese tipo de cosas para tortura sexual. Concretamente, él lo hacía para constreñir el flujo sanguíneo en el pene. Son gente que busca descargas de adrenalina, a modo de electrochoques.

—¡Pues tienen que doler un huevo!

—¡Nunca mejor dicho! —bromea ácidamente el policía—. Aparte de eso, el piso está impoluto. A primera vista, no hay signos de violencia de ningún tipo.

—¿Abuso sexual?

—No sabría decirte, tendrá que confirmarlo el forense, pero, a simple vista, no lo parece. No he visto magulladuras ni otros signos de violencia. Jefe, ¿de qué va todo esto? Porque ya no se trata de un cadáver mal clasificado, ni de un Rolex perdido.

—¡Dios, Jaso, no lo sé! Podría ser como un punto final, o como un cambio de tercio, lo digo porque la chica está sin ropa, en vez de estar vestida.

De pronto, un sonido de lo que parecen crujidos de la madera al soportar un peso pone a Javier en alerta. En ese mismo instante, echa a correr hacia el descansillo, donde ha dejado a la doctora Padierna. El asesino puede seguir en el edificio. Se la encuentra exactamente en la misma posición en que la ha dejado. Bajo la tenue iluminación del descansillo, aún se la ve más pálida. La coge de las manos para ayudarla a levantarse. Aun con el intenso calor de la mañana, tiene las manos heladas. La hace entrar en el apartamento y la deja sentada en el sofá, pidiéndole que no se mueva. Luego, se acerca a la terraza, se asoma a la barandilla y controla la calle durante unos segundos. No hay nadie corriendo, ni siquiera apresurándose, solo personas normales que hacen vida normal.

—Lo siento, jefe, había escuchado un ruido extraño.

—Tranquilo. Me decías que estabas en la calle Zurbarán. ¿Y eso por qué? ¿qué haces ahí?

—Es el domicilio de la doctora Paloma Padierna. Es una larga historia.

—¿Quieres decir que la fallecida es la doctora Padierna?

Javier Jaso tarda una décima de segundo en atar cabos.

—¡Soy un idiota, jefe! —exclama.

—Explícate —responde el inspector. Iba a hacer un chiste, pero se reprime. Ha llegado un celador para trasladarle al quirófano.

—Las señales son tan evidentes que no hay que ser un lince para leerlas. Esta chica estaba casualmente en el domicilio de la doctora Padierna, y, a grandes rasgos, tiene un notable parecido con ella: rubia, joven, delgada... Es muy probable que su asesino las haya confundido.

—¡Un momento! No te aceleres. ¿Me estás diciendo que lo que pretendían era matar a la doctora Padierna?

—Estoy convencido, jefe, todo este *Monopoly* nos conduce hasta aquí.

Segunda parte

1

Con la puerta del ático abierta, la luz lo llena todo. El calor es agostizo, lo que no es óbice para que los vecinos se agolpen, entre preocupados y curiosos, en el estrecho descansillo. Es un edificio pacífico, localizado en una zona tranquila, donde nada reseñable acontece, de modo que todo aquel despliegue levanta pasiones. Los miembros de la policía y el equipo forense simplemente ignoran lo que está tras la cinta amarilla y continúan con sus labores.

Tras su examen preliminar, *rigor mortis* total, y la toma de temperatura, el forense calcula que la chica murió entre las diez y las doce de la noche. No ha hallado signos de agresión sexual, ni tampoco indicios de lucha, pero sí un hematoma en la cara interna del brazo derecho, sugestivo de habérselo causado una inyección. Apunta a la posibilidad de que sea exacerbado por un problema de coagulación.

El equipo de criminalística se ha llevado los dos vasos hallados sobre la encimera de la cocina, tanto para el cotejo de las huellas como para el análisis de los restos, porque otra de las hipótesis del forense es que la hubieran drogado antes de inyectarle la droga. Cabía la posibilidad de que fuera ella quien se hubiera pinchado voluntariamente, pero era diestra. Un diestro se habría pinchado en el brazo izquierdo y tenía el hematoma en el derecho. Si había sido su asesino, y ella no había prestado resistencia, podría deberse a que la hubieran drogado previamente.

La casa carece de cámaras, pero Javier ha pedido que peinen las de los comercios colindantes y la de la sucursal bancaria sita en la acera de enfrente.

En todo momento, han dejado a la doctora Padierna fuera del asunto. De hecho, ni siquiera conoce el fallecimiento de su amiga. Una vecina compasiva la ha acogido en su casa, una planta más abajo. No obstante, tras constatar que el trauma craneoencefálico es más fuerte de lo diagnosticado originalmente, los servicios médicos que la han examinado han decidido hospitalizarla de nuevo con el fin de practicarle otras pruebas. Una ambulancia acaba de recogerla. A instancias del agente Jaso, no la trasladan al Gregorio Marañón, sino al hospital de La Paz. Si el asesino piensa que ha acabado con su vida es preferible no sacarle de su error; de esa manera, tendrán una cierta ventaja.

Desde la terraza, Javier Jaso observa cómo la ambulancia que traslada a Paloma se pone en marcha cuando una idea se apodera de su cabeza. Con la mosca detrás de la oreja, y las manos cubiertas por guantes de látex, se acerca al único armario de la casa, que está junto a la cocina, y empieza a revisar su contenido. No han pasado un par de minutos y ya tiene un nudo en el estómago. Deja la tarea a medias, abandona el apartamento, y confundido se sienta en las escaleras con la mirada clavada en el suelo.

Con la perspectiva del desayuno con la doctora Padierna, se hallaba de excelente humor aquella mañana; sin embargo, el sentimiento se ha desinflado por completo. No sabe por qué le molesta tanto lo que acaba de ver. No debería sentirse decepcionado, al fin y al cabo, apenas hace unas horas que la conoce. Pero, aunque sea irracional, es así como se siente. Por eso, decide coger el toro por los cuernos e investigar un poco más. Necesita respuestas.

Javier Jaso no es un hombre enamoradizo ni solitario. Cuenta con un pequeño pero fiel puñado de amigos, colegas del equipo de rugby y compañeros de la universidad con los que se ríe, sale a tomar unas copas, a cenar o a ver partidos de rugby o de fútbol. Con las chicas tiene notable éxito; de hecho, ha tenido media docena de ligues en los últimos tiempos, sin que ninguno de ellos le haya dejado una gran huella. Siempre le ocurre lo mismo, cuando pasa un tiempo, se aburre y pierde el interés. La misma suerte corren las chicas que se empeñan en meterse en su vida y en pedirle que comparta sus sentimientos. Ahora sale con una chica bastante mona que conoció en el gimnasio, nada serio, al menos para él. Sin embargo, con la doctora Padierna todo ha sido diferente. Está predispuesto a remover cerrojos y desnudar el alma además del cuerpo. Siente, por primera vez en su vida, ganas de compartir, de comerse el mundo hasta el tuétano, de reír. O sentía, porque el contenido del armario de Paloma le ha dejado frío.

Se pone en pie, entra de nuevo en la vivienda para despedirse de los criminólogos y baja las escaleras a pie. La llamada del inspector Salado le pilla subiéndose al coche.

—Jefe, ¿cómo ha ido la operación? No he querido llamar por si seguías sedado.

—Gracias, Javier. El médico dice que bien, pero para el cirujano es fácil decirlo, no ha sido a él al que han andado hurgando en las tripas. En fin, que si me preguntas cómo me siento, te diría que si me hubiera torturado un coreano del norte, no me sentiría mejor. Pero no llamo para quejarme. Anda, ponme al día. A ver si pensando en otra cosa me duele menos.

Jaso, que nota en su jefe la voz pastosa, informa al inspector de los hallazgos forenses, y luego continúa en voz alta sus pensamientos.

—Como te dije antes, estoy convencido de que el asesino ha confundido a la chica que hemos hallado muerta con la doctora Padierna, que es la inquilina del apartamento y que, a grandes rasgos, tiene un notable parecido físico con la fallecida. Pero lo que verdaderamente me llama la atención son las similitudes y divergencias entre los dos casos.

—Concreta, Javier, que no estoy para muchas disquisiciones. Me has hablado de la tinta sobre su rostro y del sado con ratoneras. ¿Qué más hay? Mira, mejor empieza desde el principio que tal como estoy no estoy seguro de acordarme de todo.

—Vale, resumo. En casa de la doctora Padierna ha aparecido el cadáver de una joven de rasgos, peso y características similares a Padierna: se trata de una amiga de la doctora que pasaba unos días en su casa. El forense calcula que murió en torno a las diez de la noche. Se ha hallado el cuerpo sobre la única cama de la casa, desnudo. El asesino ha derramado una cápsula de tinta negra sobre sus ojos. Pero antes la ha peinado y maquillado. Tiene el pelo repleto de laca y los labios pintados en color carmesí, aunque en el apartamento no se ha encontrado ni un bote de ese producto ni una barra de labios del color que lleva el cadáver. Y, por si todavía a alguien le cabía alguna duda de la relación entre esto y las muertes de las campanillas, el asesino ha colocado el cuerpo de la víctima abrazado a un bolso de marca Louis Vuitton del mismo modelo que el que llevaban aquellas chicas cuando las encontraron, pero, como te avancé, en este caso es falso. Es como si el asesino hubiera querido firmar su obra con trazo fuerte. Y, si te soy sincero, eso me descuadra.

—¿Qué es lo que te descuadra exactamente?

Jaso traga saliva. Escucharse le está provocando dolor de estómago.

—Me descuadra que el asesino se tome tantas molestias para replicar el *modus operandi* de los crímenes de las campanillas, y al mismo tiempo cambie elementos tan significativos. Y no lo digo porque el Templo de Debod, lleno de simbolismo, tenga poco que ver con un pequeño ático sin aire acondicionado en Chamberí, sino porque ha cambiado ropa de marca por desnudez y un auténtico Louis Vuitton por un bolso de plástico de imitación. Y las ratoneras. Nunca antes habían aparecido ratoneras.

—¿Piensas en un imitador?

—No lo sé, la verdad. Pero sí, me lo parece. Que lleve tanto tiempo inactivo exige la formulación de esa hipótesis, pero lo que me tiene en vilo es pensar que la doctora Padierna sea una campanilla. No hago más que preguntarme qué sentido tiene que una médico que hace guardias para pagar el alquiler trabaje como puta. ¿A ti no te suena raro?

—¡Quién entiende la motivación de la gente! Además, qué la haya podido llevar a ser una puta no nos incumbe, lo que importa ahora es la muerte de esta chica. Tienes razón en que es un poco raro, aunque todos los asesinos tienen un punto de rareza; si no lo tuvieran, no serían asesinos. Pero lo que está claro es que el asesino está queriéndonos decir algo. Deberíamos intentar averiguar qué es. ¿Qué te ha parecido a ti esa doctora?

Si Salado pudiera verle, se daría cuenta de que a Jaso le sudan las manos.

—No he pasado demasiado tiempo con ella, pero parece una chica recatada, educada, modosita. No sé si me explico.

—¡Perfectamente! Y te aseguro que esas son las peores —bromea Salado.

Pero Javier no le escucha. Está tan encelado en el contenido del armario que deja salir por su boca el pensamiento que circula por su

cabeza.

—Solo en dos ocasiones me las he tenido que ver con la prostitución, pero no me hacen falta muchas más para darme cuenta de cómo el rostro de esas mujeres delata la inocencia perdida. Tengo la impresión de que, cuando el sumidero se traga su ingenuidad, todo en ellas (cuerpo, gestos, movimientos, mirada) lo retransmite. Sin embargo, en la doctora Padierna no he visto que su rostro, sus formas o su mirada contaran esa historia. Es más, no había ni ápice de esa actitud retadora de quien se come la vida para desayunar.

—Entonces, ¿por qué crees que es una campanilla?

Se encoge de hombros, aunque su jefe no puede verle.

—He revisado sus cosas. El apartamento es corriente. Tiene una terraza que es todo un lujo, pero, por lo demás, es liliputiense. Es un horno sin aire acondicionado y la habitación no tiene ventana. Sin embargo, el número y categoría de las prendas de marca colgadas en su armario, sus joyas o el cuadro que cuelga de la pared, que no es precisamente de ciclostil, parecen incompatibles con el sueldo de un médico. Eso me resultaba contradictorio y confieso que me tiene un poco inquieto.

—Quizás tenga dinero ahorrado, o haya recibido una herencia, o tenga un novio rico que le hace regalos. Creo que no debemos prejuzgar únicamente por el contenido de un armario o de los muebles. Lo que debes hacer es recabar datos fidedignos. Respecto a lo que dices, bueno, la prostitución tiene muchas caras. Casi todos hemos pasado alguna vez por las manos de una chica de estas.

Jaso, que no forma parte de ese grupo, añade:

—Como te decía, mi experiencia en la materia es corta, pero creo que es un eufemismo llamar *señorita de compañía* a la chica resultona, elegante, que se codea con las altas esferas para cambiar

sexo por dinero. Una prostituta es una prostituta, como un sádico es un sádico. No creo que haya sádicos de lujo y sádicos pobres, solo hay sádicos. Y lo mismo pasa con un putero. No importa la marca del reloj que adorne su muñeca, ni el número de tenedores del restaurante donde cene, o de estrellas del hotel donde se aloje: una vez que entre en la habitación y cierre la puerta, solo quedará el sádico que disfruta con los sufrimientos de otros, más cuanto más débiles.

—Eso suena un poco radical, Javier, ¿no crees?

Pero el agente, envalentonado, continúa sin frenos:

—Puedo entender que, por sobrevivir o por proteger a los tuyos, alguien se rebaje hasta ese punto, pero no comprendo cómo una chica con un título universitario y un futuro prometedor lo haga por un bolso caro o unos pendientes bonitos. No, eso no lo comprendo. Es más, pensar en que Paloma Padierna pueda ser una campanilla me da náuseas.

—¡Eh, Javier, para un momento! A ti lo que te ocurre es que la tía te ha gustado, y por eso dices todas esas chorradas.

—A mí no me parecen chorradas —murmura.

—Como quieras, pero atente a los hechos. Cuéntame qué tiene exactamente en su armario.

—Tienes razón, me estoy yendo por las ramas. Empiezo por lo que no había: no he encontrado ropa especialmente provocativa. Su ropa interior no está mal, pero te aseguro que no levanta pasiones; al menos, las mías. Pero, y este es el asunto, el cuadro es original y caro; tiene buenas joyas, y casi toda la ropa es de marcas exclusivas. No creo que pueda permitirse estos lujos con el sueldo de médico del hospital Gregorio Marañón. Y si tuviera fortuna o novio rico o lo que fuera, ¿por qué quien entró en su dormitorio la

trató como a una campanilla? Y si no lo es, ¿por qué alguien querría matarla? ¿Y a qué viene esa tinta negra sobre su cara?

—¡Para el carro, Jaso! Demasiadas preguntas para pocos datos. Debemos investigar antes de concluir. Para empezar, hazte con un dosier de esa doctora y de su amiga, y entérate de cuál de las dos era ese bolso. Y sigue en contacto con el equipo forense; hasta que no nos lo confirmen, no hay asesinato que valga.

—Apuntan a una sobredosis, como en los asesinatos de las campanillas, pero descartan que esta chica se drogara. En fin, tienes razón, me pongo con ello enseguida.

—¡De puta madre, Javier! Pero, antes de nada, tenemos que saber qué ocurre con la segunda exhumación.

Javier Jaso se ha olvidado por completo de eso.

—¡Toda la razón, jefe! Voy para allá. Me entero y te cuento. Por cierto, hay que poner al día al juez Calvo. ¿Puedes hacerlo tú, o estás demasiado dolorido?

—Estoy demasiado dolorido, pero me encargo, no te preocupes por mí. Lo que estoy temiendo es cómo estaré cuando se me pasen los efectos de lo que sea que me hayan puesto para el dolor. Tú no te olvides de la exhumación.

2

El agente Jaso telefonea a Edurne Olascoaga desde el coche, aparcado en la misma calle Zurbarán. Enciende la opción de manos libres y, mientras habla, mira los perfiles de la doctora Padierna en las redes sociales. Curiosamente, Paloma no tiene Instagram ni Facebook; solo LinkedIn. Eso no es ni bueno ni malo necesariamente, pero, no sabe por qué, le deja más tranquilo.

—Doctora Olascoaga, soy Javier Jaso, ¿qué tal va tu confinamiento?

—Gracias por preguntar, Javier, siempre tan atento. Pues nunca lo hubiera dicho (¡ya me conoces, soy como una lagartija!), pero estoy encantada de estar en casa. Creo que podría acostumbrarme a esto: estoy haciendo miles de cosas que siempre quise hacer y nunca tuve tiempo. He avanzado muchísimo en la redacción de la tesis, y estoy comiendo más de la cuenta, eso también; en cuanto acabe, me pondré a régimen. Pero no me olvido del trabajo. Supongo que me llamas para saber qué se obtuvo de la segunda exhumación.

—Además de saber cómo estás tú, sí. Me gustaría tener datos, si es que los hay —responde Jaso galante.

—Los hay, sí, y muy curiosos, aunque no porque un extraño veneno de los que recojo en mi tesis se haya llevado por delante al fallecido —bromea—. Y, por cierto, su señoría, a quien ya he informado, también está nervioso, ¡me ha llamado voluntariamente! Acabo de colgar.

—¿Y bien? —pregunta tratando de cortar la verborrea de Edurne, a la que el confinamiento ha soltado la lengua.

—El equipo ha acabado rápido porque el ataúd estaba vacío.

—¿Perdón?

—Que no hay cuerpo. —Edurne no puede ver la cara de estupor del policía, que durante unos instantes no menciona palabra alguna —. Resulta chocante, lo sé, y os genera un problema serio, pero, por lo que a nosotros respecta, me refiero al equipo forense, miel sobre hojuelas. —Jaso continúa en silencio mientras sus neuronas se conectan a toda velocidad—. Javier, ¿sigues ahí?

—¡Sí, perdona! Estoy masticando lo que me cuentas.

—Pues guarda tus fuerzas para lo que viene ahora. Como digo, cuerpo no había, pero sí una cajita, del tamaño de una caja de zapatos de niño, más o menos. No lleva marcas ni ningún otro distintivo. En su interior, envuelta con un papel de seda de color negro, hemos encontrado una de esas trampas que se usan para cazar ratones. Un cepo corriente, ya sabes, un trozo de madera, un arco de alambre y un muelle.

—¡Una ratonera! —exclama sin poder contenerse.

—Eso es, una ratonera. Lleva pillada una carta del *Monopoly*.

—Del *Monopoly*, ya. ¿Y qué carta es? —pregunta mientras trata de que su voz no evidencie su nerviosismo.

—La de «Colócate en la casilla de salida». Todo esto es mazo raro, ¿no?

—Sí, Edurne, la gente está cada vez más loca. ¿Habéis tomado huellas?

—¡Tus deseos son órdenes para mí! Pediste huellas y encontraron huellas. Hay un par de huellas parciales en la carta, y muchas en el ataúd. Por cierto, que cuando conté todo esto al juez Calvo, se

quedó hecho polvo. Lo dejé como a las mujeres de Almodóvar, al borde de un ataque de nervios.

—Me imagino. Gracias por todo, Edurne. Y termina ya de una vez esa tesis, ¡quiero leerla, por si alguna vez necesito matar a alguna forense sin dejar huella! —bromea. Pero antes de colgar, un impulso le hace añadir—: Doctora, ¿puedes enviarme una imagen de esa caja? Para que me haga una idea.

—¡Claro! Va a tu WhatsApp.

Jaso enciende el motor y se pone en marcha. No ha recorrido más de un kilómetro cuando se lo piensa mejor. En cuanto ve un sitio para aparcar, se detiene, baja del vehículo para poder tomar el aire y telefonea de nuevo a Salado.

—Exhumación realizada, y agárrate: no hay cuerpo. Estoy a la espera del cotejo de las huellas.

Si la noticia le ha extrañado, no lo demuestra. Esta vez se lo encuentra mucho más dolorido. El efecto de los calmantes va decayendo, y le nota la voz desencajada.

—Tratemos de mirarlo por el lado bueno; sin cuerpo, el asunto muere solo.

—Sí, porque si lo miramos por el malo, estamos de nuevo en la salida, puede volver a empezar en cualquier momento. ¿Has logrado hablar con el juez?

—No quieras saberlo. Creo que prefiere contagiarse de coronavirus que volver a vernos las caras. Pero esto es lo que hay. Se ha ido a La Paz, ha insistido en interrogar personalmente a la doctora Padierna. Si no te demoras demasiado, lo encontrarás allí.

—Estoy en Castellana, a la altura de Cuzco, llego en un santiamén —musita.

En el mismo instante en que cuelga, suena el pitido que tiene asignado a los *whatsapps*. Lo abre. Edurne Olascoaga le ha enviado

la imagen prometida. Su subconsciente no le ha engañado. Ha visto una caja similar en el apartamento de la doctora Padierna. Telefonea a los de criminalística que peinan el apartamento de Paloma, con la esperanza de que continúen en el lugar.

—Sí..., una caja corriente, pequeña, del tamaño de una caja de zapatos de niño. Creo haberla visto en la encimera de la cocina... ¡Sí, esa misma! ¿La habéis procesado? Sí, cuéntame qué contenía... ¿Un tanga? ¡Interesante! ¿Qué tipo de tanga?... ¿Poliéster? Entiendo, uno corriente, de tienda barata. Perfecto, gracias. No dejéis de tomar las medidas de la caja, para compararla con otra. Y las huellas, a ver si tenemos suerte, es urgente.

3

Jaime Jaso ha conducido hasta el hospital de La Paz, pero sigue dentro del coche, en el aparcamiento. Está furioso. El asesino de los colores le está sacando de sus casillas. No le gusta que le toreen, que les tengan de acá para allá jugando una partida de *Monopoly* que acaba con un ataúd con una mierda de cajita por difunto.

—¡Ya nos hemos enterado de que estás detrás de todo esto! ¿No puedes dejar de dar el coñazo? —masculla—. Tinta sobre los ojos de la chica, ratoneras, ¿y ahora cajitas de regalo? ¡Vaya una gilipollez! Te gusta complicarlo todo, ¿verdad? ¡Pues prepárate porque me estoy enfadando!

Cuando levanta la voz, el conductor del coche que acaba de aparcar a su lado le mira con ánimo sobrecogido, vuelve a arrancar y se marcha a toda prisa. Respira hondo varias veces y trata de sobreponerse. Luego, recapitula lo ocurrido en las últimas fechas.

Veamos: dos pequeñas cajas, idénticas a primera vista, aparecen en los escenarios de dos investigaciones distintas... ¡No, no! Rectifico. Un criminal deja con toda intención dos cajas idénticas en los escenarios de dos investigaciones distintas. La caja del primer escenario, la casa de Paloma Padierna, a quien cree haber asesinado, contiene un tanga de poliéster de un modelo corriente. El homicida que la ha dejado allí ha seguido el mismo *modus operandi* que en los asesinatos de los colores: no ha habido agresión sexual ni tampoco hay signos de violencia a excepción de las ratoneras. Para su sometimiento, la víctima ha sido drogada y fallecido a

consecuencia de un fallo respiratorio provocado por la sobredosis. La víctima, probablemente *post mortem*, ha sido maquillada y peinada con mucho detenimiento. Sin embargo, hay dos diferencias significativas: la tinta negra en los ojos, segundo elemento para unir los dos casos, y el componente sexual. A diferencia de las demás campanillas asesinadas, Mariana Friale ha aparecido desnuda y ha sido violentada con tres ratoneras, pero no violada.

La segunda caja se encuentra en uno de los ataúdes mal clasificados, el que se obtiene tras la segunda exhumación. Esta vez contiene una carta del *Monopoly* sujeta en una ratonera corriente. Aún hay que cotejar las huellas, pero Jaso está seguro de que coincidirán.

—Te has esforzado mucho para dejarnos meridianamente claro que es tu mano criminal la que mueve todos los hilos —susurra—. Vale, aceptemos que estás detrás de, o al menos conoces bien, los asesinatos de los colores. Dime, ¿de qué te sirve que lo sepamos? Porque alguna motivación debes de tener.

Le da vueltas una y otra vez a la existencia de una relación entre las campanillas y los fallecidos por covid mal clasificados, lo cual no deja de ser raro: las primeras, jóvenes, guapas, campanillas, fueron asesinadas, mientras que los segundos, viejos, ricos y enfermos, murieron por la pandemia. ¿Cuál puede ser esa relación? A pesar de que no le hace ninguna gracia, tiene que concluir que el único nexo entre ellos es Paloma Padierna, ella es la que firma los partes médicos de los segundos y la que, de no haber estado en su casa Mariana, habría sido asesinada como las campanillas. De modo que ella parece ser la clave. Si ese asesino mata campanillas y ha querido matar a Paloma, ¿no puede inferirse que ella misma es una campanilla? Pensar en Paloma como una campanilla le genera tan mal sabor de boca que borra el pensamiento y sigue dando vueltas a

otros detalles. ¿Por qué esta vez ha desnudado, pero no agredido, a la chica? ¿Y a qué coño viene enviar a la doctora Padierna de regalo un tanga de poliéster barato? ¿Y por qué sujetar la carta con una ratonera? Esas y otras similares son las disquisiciones que giran como un tambor de lavadora en la cabeza de Javier Jaso cuando, por fin, se decide a entrar y toma el ascensor del hospital de La Paz.

Tras la charla que ha mantenido con su jefe sobre las campanillas, se dice que no se trata de una cuestión ideológica; él no es un político, pero tiene su propia visión sobre el fenómeno, la propia de un policía que se topa con lo peor de cada uno. Sin duda, la prostitución es un fenómeno heterogéneo, con caras muy distintas. Es posible que algunas mujeres la ejerzan voluntariamente, sin ver comprometidos por ello su dignidad y sus derechos. Sin embargo, él lo que ha visto no ha sido voluntariedad y autocomplacencia, sino la anulación femenina bajo el repulsivo mazo de la superioridad masculina. Se ha topado con la explotación de niñas cada vez más jóvenes, muchas de ellas menores, mediante drogas, violaciones, palizas o amenazas a sus familias; ha visto rostros de apenas quince años con ojos ya muertos; ha visto en qué convierte a una persona estar sometida a la invisibilidad.

«No prejuzgues», se repite. Y, entonces, en un impulso, oprime el botón de bajada y sale del hospital. Antes de hablar con Paloma Padierna quiere saber más cosas acerca de ella.

4

El chirrido de la puerta hace que la doctora Padierna abra los ojos y se tope con dos personas desconocidas: un hombre trajeado, sin corbata, y con un abultado maletín negro en la mano; y una mujer mayor, despeinada y con una raya de lo menos cuatro centímetros de cana.

—Doctora Padierna, buenos días. Soy el juez Juan Calvo y ella es la letrada de la administración de Justicia, Sonia Guisante. Doy por hecho que estará usted al tanto del motivo de nuestra visita.

Tras un leve instante de sorpresa, Paloma asiente. Su voz denota agotamiento y nerviosismo, pero no suena evasiva.

—Supongo que está usted aquí por lo ocurrido en mi hospital... Bueno, no es mi hospital, sino el hospital donde trabajo —precisa.

El juez lo confirma con un gesto. Toma una silla, la orienta, la acerca levemente a la cama, y se sienta. Abre su maletín, lleno hasta rebosar, y saca una carpeta gruesa. Parsimoniosamente, lo cierra, lo deja en el suelo cuidadosamente y cruza la pierna. Paloma sonríe. Es un maletín de Loewe, exactamente igual que el de su padre.

Calvo se muestra tranquilo, sereno, con un aparente dominio de la situación. Sin embargo, la letrada Guisante se da perfecta cuenta de que la conversación entre la joven tumbada en la cama y el juez suena a diálogo de besugos. No hablan de lo mismo. Lejos de pronunciarse, guarda silencio sabiendo que al juez Calvo le gusta poner nerviosos a los testigos llevándolos de acá para allá.

—Sí, doctora Padierna, su suposición es certera. Queremos hacerle unas preguntas relativas a su puesto en el hospital Gregorio Marañón. ¿Se encuentra usted suficientemente recuperada para contestarnos?

—Pertenecí al Movimiento Scout, nuestro lema era «Siempre listos». Así que debería decirle que estoy bien y que me pongo a su disposición. Pero mentiría, porque tengo un terrible dolor de cabeza y estoy bastante nerviosa. Sin embargo, responderé a sus preguntas, si es que sé las respuestas. Pero antes ¿me permite que le diga algo?

—¡Naturalmente! —concede el juez. Le encanta que los testigos se explayen, suelen decir cosas que nunca hubieran pensado explicar.

—Gracias, señoría. Verá, por la especialidad a la que me dedico, en los años que llevo ejerciendo, he perdido a algunos pacientes. No es que los haya perdido..., perdone, estoy un poco espesa, quiero decir que se me han muerto. En realidad, tampoco, no es que se me hayan muerto a mí, sino que ellos solos se han muerto. En fin, lo que quería decir es que hasta que empezó esta maldita pandemia y la presión asistencial fue extrema (las caras de estos dos últimos meses se me desdibujan), guardo en mi memoria todos y cada uno de los rostros de los que fallecieron cuando estaban bajo mi cargo. No importa que estuvieran en las últimas, que les fallara el corazón, o que contaran con cien años; una muerte es siempre un fracaso, y se te clava como una espina en el corazón. Sin embargo, los pacientes que más me duelen son los que pude haber salvado, y por concurrir determinadas circunstancias, no me fue posible. Esos son los peores. Esa niña no debería haber muerto, señoría. ¡La actuación de su familia la mató! Si nos hubiera permitido tratarla, si

hubiéramos sido capaces de convencerlos, la habríamos salvado. ¡Por todos los santos, señoría, tenía catorce años!

Paloma no puede contenerse y rompe a llorar en silencio. El dolor de cabeza va en aumento. Calvo mira la letrada, y esta devuelve la mirada al juez.

—Creo, doctora Padierna, que voy a tener que precisar algo más el motivo de esta visita. Verá, como adjunta del departamento de Medicina Interna del Hospital Gregorio Marañón, ¿puede confirmar o desmentir que ha tratado usted a pacientes aquejados de covid?

Paloma se seca las lágrimas con el dorso de la mano. La agente judicial saca un paquete de pañuelos de papel del bolso y se lo tiende. Ella le da las gracias con un gesto.

—He tratado a muchos pacientes covid, sí; trabajábamos todos al ciento cincuenta por ciento. Pero, si es lo que le interesa saber, no sé si a esa niña le hicieron PCR, no me consta, pero supongo que figurará en el informe de Urgencias. En cualquier caso, a mí me llamaron por un abdomen agudo, luego vimos que estaba de parto.

—No se preocupe por esa niña de momento, doctora. Lo que quiero es que me corrobore o niegue lo que le pregunto. Sea precisa, por favor.

Traga saliva mientras intenta tranquilizarse.

—¿Me está preguntando si he atendido a enfermos covid? Pues sí, naturalmente. En el hospital se creó una unidad específica en la que colaboré. Teníamos muchos casos, muchísimos enfermos.

La letrada se percata de que la fuerza de su voz se consolida cuando habla de medicina.

—Entendido. Siendo así, voy a proceder a leer algunos nombres y quiero que usted corrobore o desmienta que fueron pacientes suyos.

Paloma niega moviendo ligerísimamente la cabeza.

—Me temo, señoría, que los apellidos no me dirán gran cosa. Casi nunca los miro. En términos generales, si el nombre no es común, es posible que me acuerde, porque me gusta llamar a los pacientes por su nombre de pila; eso humaniza el trato, nos acerca. De los apellidos, sin embargo, no me acuerdo casi nunca. En el caso de que no tengan un nombre poco común, necesitaría ver sus historias clínicas. Ellas sí que cuentan quiénes son. Sin embargo, señoría, no entiendo qué tiene todo esto que ver con esa pobre niña. ¡No me la puedo quitar de la memoria! Bueno, usted es hombre, pero aun así ¿se imagina, señoría, tener un hijo a los catorce años? ¡Qué barbaridad!

Al ver que el juez parece atónito, por fin, la doctora Padierna cae en la cuenta.

—No están ustedes aquí por la muerte de esa gitanilla, ¿verdad?

—No, doctora, estamos aquí por los últimos acontecimientos que culminan con lo ocurrido esta mañana en su casa.

La doctora Padierna, que hace titánicos esfuerzos para evitar ponerse a llorar nuevamente, responde:

—¡Ah! ¡No sabe lo feliz que me hace! He preguntado a todo el que ha venido por aquí, pero no he conseguido que nadie me cuente cómo está mi amiga Mariana. ¿Pueden ustedes decirme algo? ¡Como no tengo el móvil, tampoco puedo llamarla! Sé que un ladrón entró en mi apartamento y que se topó con ella, pero no sé qué le ha pasado. ¿Lo saben ustedes? —Como ambos permanecen en silencio, insiste—: ¡Solo confírmeme que está viva, por favor! Con eso me conformo. ¡No me perdonaría que le hubiera pasado algo en mi casa! Vino a Madrid para probarse su traje de novia, ¿saben? ¡Su traje de novia! Deberíamos llamar a Marc, su prometido, y a sus padres, para que vengan a estar con ella, pero no tengo mi móvil y

no sé cómo contactar... ¡Dios! Sean compasivos y díganme cómo está, por favor —solloza.

Calvo no sabe qué decir ni cómo decirlo. Tras unos instantes de silencio absoluto, con la espalda muy erguida y los músculos en tensión, responde:

—Lo importante ahora es que se recupere cuanto antes, doctora.

A Paloma no se le escapa que se está guardando algo y le responde:

—¡Por favor! Dígamelo.

Finalmente, se lo cuenta. Incluso edulcorado, la información arranca un enorme gesto de dolor en el rostro de la doctora Padierna, que ahora llora abierta y desconsoladamente. Calvo piensa que el momento requiere de un poco de humanidad, pero, como juez, y de forma casi inconsciente, no puede evitar sopesar que, cuando las personas están en situaciones de mayor vulnerabilidad psicológica, son más colaborativas. Y, ante la posibilidad de que esa carta encontrada en el ataúd indique que el juego empieza de nuevo, decide entrar en materia. Acerca un poco más la silla hasta la vera de la cama.

—Doctora, para atrapar a quien ha hecho daño a su amiga, precisamos de su colaboración. Sé que es un momento terrible para usted, pero le pido que se sobreponga de su dolor y conteste a unas preguntas. No sabemos qué nos depara el futuro.

Paloma niega con la cabeza.

—¡No puede pedirme eso ahora, señoría!

—Le prometo que, si estuviera en mi mano, lo evitaría, pero no es así. —Recordando que están en un hospital, añade—: Si en este momento apareciera un paciente con un infarto que solo superaría con su ayuda, ¿no se levantaría y olvidaría su pena para ayudarle? Pues lo que yo tengo entre manos es parecido a un infarto, puede

haber otras vidas en juego. Solo le pido que responda a nuestras preguntas.

En silencio, Paloma se seca las lágrimas y los mocos con el pañuelo de papel; cuando está hecho un ocho, pasa al embozo de la sábana, y mira un buen rato al juez.

—Adelante, trataré de contestar.

—Muchas gracias, doctora. —Abre su carpeta, saca una fotografía y pregunta mostrándole la imagen—. Una pregunta sencilla: ¿tiene usted un bolso de Louis Vuitton similar a este?

Paloma amaga una sonrisa.

—¿Quiere atrapar al asesino de Mariana preguntándome por un bolso? Pues no, no tengo ningún bolso como ese, ni parecido.

—Hablemos de Mariana Friale, ¿sabe si consumía drogas?

—¿Mariana?, ¿drogas? No, ni hablar. Jamás.

—Entiendo. ¿Tendencias depresivas, algún motivo para suicidarse?

—¡No! ¡Rotundamente, no! Se casaba la semana próxima y estaba feliz.

Su señoría y la letrada llevan ya media hora larga en la habitación. Por lo que pueden apreciar, la doctora Padierna está bastante medicada y en algunos momentos le cuesta mantener la atención. Acaba de responder a su pregunta cuando, sin avisar, entran tres médicos en la habitación. Al observar que tiene visita, les piden que salgan de la sala y los dos lo hacen sin rechistar.

—Buenos días, Paloma, ¿cómo vas? —Ella no responde. Sabe que es una pregunta retórica—. Hemos visto el resultado del TAC craneal y no hay patología visible. Como habías estado bastante tiempo fuera de juego, decidimos hacer también una resonancia. Los radiólogos están sobresaturados, pero acabamos de hablar con ellos y han prometido informarla esta misma mañana. Si la resonancia es

normal, que es lo que esperamos, te puedes ir a casa; eso sí, te recomendamos vivamente que te tomes un descanso. No vuelvas a trabajar de inmediato. Ya conoces el protocolo, en casa y tranquila, al menos, veinticuatro horas. Si la resonancia contara otra cosa, lo valoraremos. Y mientras despejamos dudas, te quedarás en observación. Te llamamos cuando tengamos el resultado. ¡Ánimo!

Cuando abandonan la habitación, uno de los médicos, que parece llevar la voz cantante, se dirige al juez. Su voz suena fría y cortante; parece querer transmitirle que aquel mundo es suyo, no de su señoría.

—Lo siento, juez, pero la doctora Padierna necesita descansar. Tendrán que volver en otro momento. Las visitas están prohibidas por orden facultativa, es decir, porque lo digo yo. Muy buenos días.

5

Jaso, que tras abandonar el hospital de La Paz ha enfilado hacia el Gregorio Marañón, está entrando en el servicio de Urgencias de este último. Tiene un montón de preguntas para las que espera encontrar respuesta allí. La zona está relativamente tranquila, lo que le permite mayor movimiento. En lontananza, ve al enfermero que conoció el día de autos y se dirige hacia él. Se lo encuentra de espaldas apoyado sobre el mostrador, escribiendo algo en una historia clínica.

—Eres Abascal, ¿verdad?

El hombre se da la vuelta cansinamente.

—¡Anda, el del placaje! Sí, soy Abas. Me alegra verte, tío, tu hazaña nos va a dar para muchas semanas de café. ¿Cómo por aquí?

Jaso se encoge de hombros.

—Estaba cerrando algunos flecos y me he pasado a saludar. ¿Estáis todos bien?

—Yo divinamente. Como ves, de nuevo en el tajo. Pero te confieso que me ha costado volver; me fui con el miedo metido en el cuerpo.

—No me extraña, tú y todos. Y la doctora, esa tan pequeñita..., ¿cómo se apellidaba? —indaga haciéndose el tonto.

—Creo que te refieres a Paloma, la doctora Padierna. No la he visto por aquí, pero no es extraño, porque solo baja a Urgencias cuando está de guardia y la llamamos.

—¡Una chica valiente!

—¡Ni que lo digas! No me lo esperaba, pero actuó con un par. Y es raro porque, como dices, es canija. Además, por aquí se comenta que viene de una familia de mucho dinero, aristocrática, de las de panteón familiar y casa que lo flipas, pero a ella no se le caen los anillos, ¡arrima el hombro como la que más!

Jaso siente un alivio casi pueril al escuchar el comentario, tanto que, cuando se da cuenta, se le ha coloreado el rostro.

—Espero que no todos los días sean así —se apresura a decir para cambiar de tema cuanto antes.

—¡No, por Dios! Tenemos miles de anécdotas, pero no aderezadas por espadas ocultas en los bastones, asesinatos o gitanillas de catorce años pariendo. —Se detiene un instante al darse cuenta de cómo ha sonado su afirmación—. Aquí tratamos bien a todo el mundo, no discriminamos por costumbres, raza o religión, pero es cierto que algunos colectivos nos causan más problemas que otros; al menos había sido así hasta ahora. Veremos qué pasa a partir de este momento.

—Me he perdido.

—¡No me extraña! Es que no te lo he explicado aún. Yo mismo estoy alucinando. Ha sido un poco raro, pero, verás, el patriarca, el anciano al que su hijo ensartó en su espada como si fuera un trozo de pincho moruno, nos mandó un recado. Quería hablar con la doctora Padierna. Le dijeron que no estaba en el hospital y preguntó por mí. Está ingresado en planta porque le han tenido que operar: le han quitado medio colon, el bazo y no sé cuántas cosas más. Como esto estaba tranquilo, decidí subir a verle.

—¿Y qué tal está?

—Chungo.

—¿Chungo para morirse?

—No, de momento, creo que saldrá de esta. Pues, verás, voy a verle. Muy educado, me pide por favor que le haga llegar un recado a la doctora Padierna. Le digo que sin problema. Entonces, dice que está muy agradecido y que quiere hacerme un regalo. Le digo que no hace falta, que es mi trabajo, y tal y cual, ya sabes. Y me dice que no se lo puedo despreciar porque en sus costumbres eso significa un mal comienzo, y va y me da una cajita de madera de esas de anticuario. Yo soy más bien moderno, pero, bueno, pobre hombre, se había tomado muchas molestias. Me imaginé que estaría llena de caramelillos de menta. La cogí y le di las gracias. Al salir de la habitación, fui a comerme uno y me quedé de piedra. ¿Sabes qué tenía la caja?

—Dinero.

Abascal se le queda mirando sorprendido.

—¿Cómo lo sabías?

Se encoge de hombros.

—Soy poli.

—¡Diez mil euros en billetes pequeños, tío! Cuando se lo cuente a mi chica, no se lo cree. Con permiso del covid, nos vamos a dar unas *jólideis* que lo flipas.

—¿No te ha facilitado también un teléfono? —indaga Jaso.

—¡Sí! ¡Tío! ¡Eres la caña!

—Pues consérvalo. Si alguna vez tienes un problema con alguna persona de raza gitana, llámale; te tratarán como si fueras un miembro de su familia. ¿Y cuál fue el recado para la doctora Padierna?

Unos gritos agudos se interponen entre ambos.

—Eso suena a cólico nefrítico —comenta Abas—. Lo siento, colega, tengo que dejarte.

—Vale, pero no me dejes con la intriga, ¿qué quería transmitir a la doctora Padierna?

—¡Que fuera a verle y cumpliera con su palabra!

6

La enfermera de la planta es tan eficiente como taciturna. Su mutismo es tal que Paloma llega a sospechar que, de no usarlas, se le han atrofiado las cuerdas vocales. Y de paso, la sonrisa. Sus colegas han tenido la deferencia de no ocupar la segunda cama, y está sola en la habitación. Pero cocer a fuego lento sus penas en la pared blanca de enfrente le está pasando factura. Finalmente, cuando la enfermera viene a cambiarle el suero, le pregunta si puede usar el teléfono de la habitación. Tras la pregunta, la enfermera pone los ojos en ella como lo haría en un raro espécimen de vida extraterrestre, y Paloma siente la estúpida obligación de dar explicaciones.

—Lo siento, es la primera vez en mi vida que estoy ingresada en un hospital, y la primera, que yo recuerde, que no tengo un móvil a mano, y no sé cuál es el sistema. Me gustaría avisar a mi familia de que estoy aquí —se excusa—. No he podido llamar a nadie, porque no me acuerdo de ningún número, pero sí tengo anotado en mi memoria el teléfono fijo de casa.

Sin mediar palabra, la enfermera se acerca a la mesilla, descuelga y le entrega el auricular.

—A media mañana y a media tarde pasa un chico a cobrar lo gastado —explica, y sale de la habitación.

En cuanto vuelve a quedarse sola, llama a su casa.

—Charo, soy Paloma.

—¡Niña, qué alegría escucharte! ¡Te hemos llamado más de veinte veces al móvil, pero nunca respondes!

—Lo imagino, es que lo he perdido —contesta. No es toda la verdad, pero no tiene ganas ni tiempo para descender a detalles que no vienen al caso—. Por eso llamo al fijo, que es el único número que recuerdo. ¿Cómo sigue mi madre?

A su mente regresa nítida la imagen del rostro deformado. Con la guardia y los últimos acontecimientos, se había olvidado de ella casi por completo.

—Algo mejor. Quejándose porque ayer no fuiste a dormir con ella al hospital, pero hoy vuelve a casa. Espero que aquí se tranquilice y todo vaya mejorando. La cara sigue como un cromo, pero qué te voy a decir que no sepas. Se va a poner muy contenta de que vuelvas.

—No, aún no vuelvo. El servicio está completamente desbordado y tengo que quedarme aquí unas horas más.

—Mira, niña, no quiero reproducir las palabras que se me ocurren, pero te diré que, aunque no he sido yo la que te ha parido, te conozco mucho mejor que tu madre y tu padre juntos. Así que déjate de melindres y desembucha. Quiero que me cuentes ya qué te ocurre, y no intentes engañarme ni engatusarme, que no va a colar.

Paloma hace ímprobos esfuerzos para no llorar.

—¡Tienes razón, Charo! A ti es imposible engañarte. He tenido un pequeño accidente, y me he golpeado en la cabeza. Estoy ingresada en La Paz, pero no quiero que se lo digas a nadie. ¡Solo pensar que Bosco se entere y venga a darme la coña me produce dolor de cabeza!

—¡Esa lengua, señorita! No diré nada, pero cuídate. Cuando deje bien dispuesta a tu madre, me paso a verte y me lo cuentas despacio.

—Gracias, Charo. Pero creo que me soltarán antes de que puedas venir. Ahora tengo que dejarte, llaman a la puerta.

Tras dos pequeños golpes, unos preciosos ojos garzos aparecen en la abertura.

—Buenos días, doctora. No sé si me recuerda, soy el agente Jaso, policía judicial. —No pretende que su tono suene tan frío, pero no ha podido evitarlo. Para él, no hay diferencia alguna entre la prostituta a pie de calle y la que vende su cuerpo para viajar en clase ejecutiva o poseer ropa y bisutería con una etiqueta famosa.

—¿Cómo no recordarle, agente? Ayer me salvó la vida. Se lo agradezco de nuevo. De no haber estado usted allí, no sé qué hubiera pasado. Y, aun estando, ya ha visto...

De pronto, Jaso se siente como un ciego que acabase de recuperar la vista y pusieran ante él la mujer más bella del mundo, y se diera cuenta de que en su vida existe un antes y un después de aquel momento. Intenta que no se le note y añade:

—No fue nada, el azar me colocó en el sitio adecuado en el momento adecuado. Dígame, ¿cómo se encuentra?

La expresión del rostro de la doctora Padierna colapsa con una mueca de dolor. Suspira y contesta mientras estruja el embozo de la sábana:

—Regular. ¿Qué puedo decir? De la noche a la mañana, todo mi mundo se ha vuelto del revés. Un instante, una decisión equivocada y lo que hace un minuto era blanco, de pronto, se vuelve negro como el betún. ¿Cómo pueden las cosas cambiar tanto en tan poco tiempo? No conseguiría expresarlo con palabras. —La mujer le mira con unos ojos tan llenos de tristeza que parece suplicar un abrazo. Deja de apretar la sábana y la estira con ambas manos—. Yo era feliz, tenía la vida que siempre había querido al alcance de la mano, mi carrera, mis proyectos, mi independencia, y todo se ha ido al

garete. ¡Ojalá ese día no hubiera ido a la guardia; ojalá me hubiera cogido unas anginas y hubiera tenido que quedarme en casa; ojalá pudiera echar marcha atrás al reloj! Pero no puedo. Y, por mi culpa, Mariana está muerta y ese gitano viene a por mí.

Jaso pregunta extrañado:

—¿Cómo sabe usted que su amiga ha muerto?

—Me lo ha dicho un juez que ha venido a interrogarme; dice que podría tratarse de una sobredosis, pero en eso debo ser categórica: es completamente imposible.

—¿Se lo ha contado al juez?

—Sí, pero no me ha hecho demasiado caso. Mariana y su prometido Marc se iban a casar el día de Sant Jordi, pero habían cambiado la fecha de la boda por la pandemia. Finalmente, decidieron que no querían pasar más tiempo así y que se casaban solo con los más allegados. La boda era la semana próxima, y yo iba a ser una de sus testigos. Estaban felicísimos. Es del todo imposible que Mariana se suicidara, y mucho menos que fuera un accidente y se pasara con la dosis, porque es la mujer más deportista, naturista y vegetariana que conozco. No hago más que pensar en ello y solo se me ocurren dos cosas: que haya sido un robo, aunque la zona es muy tranquila y en mi casa no hay nada para robar; o que haya sido un pariente del hombre gitano que nos asaltó el otro día. ¿Cómo han podido hacer una cosa así?, ¿quién querría hacer daño a una criatura tan buena como Mariana?

El agente Jaso respira hondo. No sabe por dónde empezar.

—Lo desconocemos, por eso estoy aquí. Necesitamos su ayuda para intentar aclarar lo ocurrido. ¿Se encuentra usted con fuerzas para contestarme algunas preguntas? No la molestaré mucho rato, se lo prometo.

—Pues no, ¿qué quiere que le diga? No tengo fuerzas. Mi cabeza está obnubilada y solo tengo ganas de llorar, pero pregunte y trataré de sobreponerme, aunque no se lo prometo. Por cierto, ¿han localizado a su prometido y a sus padres? Sin móvil, no he podido llamarles. Marc se va a morir cuando se entere.

—Están en ello, no se preocupe. Si no le importa...

Paloma Padierna vuelve a interrumpirle. Sus ideas parecen agolparse en su mente y salir disparadas por su boca.

—Tratar con personas crispadas e incluso violentas no es infrecuente en nuestro trabajo. Sé de un compañero médico que recibió un puñetazo y de varios auxiliares que sufrieron empujones y amenazas. Es más, me siento una privilegiada por no haber tenido problemas de ese tipo hasta ahora. Pero llegar a empuñar un arma blanca no es en modo alguno corriente. ¡Y pensar que hace apenas unos años los médicos recibían la más alta reputación de la sociedad! ¿Cómo ha podido cambiar esto tan rápido?

—Desde luego, la pregunta es pertinente. El giro en el comportamiento social ha sido muy drástico e inexplicable. Sin embargo, ahora me gustaría concentrarme en el caso que nos ocupa, y repasar sus últimas semanas todo lo detenidamente que recuerde.

—¿Mis últimas semanas? ¡No lo comprendo! Mariana no vivía conmigo, solo estaba de paso. Ella es de Burgos, pero cuando viene a Madrid se queda en mi casa. Esta vez, como yo estaba de guardia, ni siquiera hemos podido vernos. ¿Por qué le interesa mi vida? ¿Hay algo que no me cuenta, agente Jaso? —pregunta. En ese momento, se adueña de ella una extraña zozobra, que va mucho más allá de la tristeza.

El policía no muestra síntomas de impaciencia. Se levanta, abre levemente la ventana batiente mientras piensa si debe sacarla de su

error o es preferible que siga viviendo en él. Porque, a veces, y está casi convencido de que esta es una de esas situaciones, evitar la cruda realidad puede ser útil. Ella desconoce que el gitano de la puñalada trapera ha sido detenido y el *pater familias* ha retomado las riendas del grupo, de modo que la muerte de su amiga no se debe a ellos. Decide guardarlo de momento para sí, y continúa con el interrogatorio.

—Doctora, hemos encontrado en su casa una cajita, un poco más pequeña que una caja de zapatos.

—Sí, ya sé a qué se refiere. La dejaron en la puerta de casa hace unos días. Creo que fue el domingo... O quizás el lunes, no puedo precisarlo. Pensé que era un paquete para Mariana y lo dejé en la encimera de la cocina. Supongo que seguirá allí, salvo que ella lo cogiera.

—¿No vio su contenido?

—No soy quién para abrir los paquetes de los demás. Esa era una de las cosas que me ponía nerviosa de la entremetida de mi madre, que lo fisgoneaba todo.

—Entiendo. La pregunta le puede parecer rara, pero me gustaría saber si tiene usted un bolso...

—¿De Louis Vuitton? —replica Paloma encendida.

—Sí, ¿cómo lo sabe?

—El juez que vino hace un rato me preguntó lo mismo. ¡La verdad es que no sé qué se les ha perdido a todos con los bolsos que tengo!

—¿Y puedo saber qué le contestó?

—¡Claro! Le dije la verdad, que no tengo bolsos de Louis Vuitton. Verá, si algo me disgusta es exhibir marcas de lujo; bueno, de lujo o de no lujo. En cuanto compro una prenda, le quito las etiquetas. Y si

el logotipo está impreso de forma que no se puede evitar, no lo compro.

La respuesta descoloca al policía. Abundar en datos que permitan cimentar la posibilidad de que no sea una campanilla le levanta el ánimo.

—Sin embargo, su armario está lleno de objetos de esas marcas que dice despreciar.

Ahora es Paloma la que se extraña.

—¿Cómo sabe qué contiene mi armario?

—Lo hemos revisado para ver si faltaba algo —comenta Jaso algo nervioso. Sabe que acaba de meter la pata hasta el ombligo.

—¿Y cómo iban a saber si falta algo si ustedes no saben qué cosas tengo?

—No, claro, eso no lo podremos saber hasta que usted nos lo confirme, pero sí podemos ver si alguien ha estado hurgando por allí. Hemos tomado huellas de las puertas del armario y de los cajones.

—Ya, y de paso ha mirado qué marcas me gustan. Espero que mi ropa interior haya quedado al margen —comenta notablemente enfadada.

Ante el terrible momento que torpemente acababa de crear, Jaso se ve obligado a ampliar algunas de sus explicaciones. Está a punto de mencionar al asesino de los colores cuando se escuchan unos golpes, se abre la puerta y entra su señoría acompañado de su letrada de administración.

—¡Hombre, Javier! Ya me habían avisado de que andabas por aquí. ¿A ti no te han echado los médicos? A nosotros nos han largado con viento fresco.

—De momento, no, juez.

No ha culminado la frase cuando la enfermera asoma por la puerta.

—Aquí no puede haber tanta gente. Además, los médicos han prohibido las visitas. Tienen que marcharse, por favor. —Y sin más contemplaciones los barre como una escoba empuja al polvo.

Ya en el pasillo, Calvo se dirige al agente.

—La enfermera tiene razón, dejemos a esa mujer descansar y volvamos al juzgado. Tenemos que actualizar los datos de este embrollo.

—Lo siento, señoría, pero...

—¡Ni señoría ni leches! Salgamos de aquí.

Pero Jaso está acostumbrado a parar muchos golpes para rendirse tan pronto.

—Iba a decir, señoría, que antes de marcharme debo recomendar a la doctora Padierna que no vuelva a su casa. Por si siguen buscándola.

—Sí, claro, perdona, agente Jaso. Todo esto me está sacando de quicio. Tienes razón. Vayamos con calma, es hora de comer. Descansemos un poco. Si te parece, nos vemos en mi despacho a eso de las cuatro y media.

Tras despedirse del juez, el agente Jaso regresa a la habitación. Quiere pensar que ella se ha alegrado al verle, aunque quizás solo sea que está aburrida y sola. Se sienta y le dice que será breve, que solo quiere darle un recado. Y mientras le explica la situación, la mira fijamente, como si quisiera asomarse por aquellos ojos a su interior. A esas alturas, tiene claro que, si fuera una campanilla, se merecería un Óscar a la interpretación. Tampoco ve en ella trazas de criminalidad. Por eso cada vez le resulta más extraño pensar que es el objetivo del juego. De ser así, si por un desconocido y extraordinario motivo alguien quiere hacerle daño, y ha sido capaz

de llegar hasta la misma puerta de su casa, ¿por qué armar tanto jaleo?, ¿por qué organizar un juego tan complejo, y donde mil y un detalles pueden salir mal?

—Quería preguntarle si tiene algún lugar donde pueda hospedarse unos días; no demasiados, solo hasta que esto termine.

—Sí, claro. No es lo que más me apetece en estos momentos, pero puedo ir a casa de mis padres. Viven en una urbanización vigilada, donde no hay demasiados problemas de seguridad.

—Eso estaría muy bien, doctora. Me voy a ir antes de que esa enfermera me arrastre al pasillo tirándome de las orejas. Pero quiero que sepa que estamos poniendo todos los medios a nuestro alcance para esclarecer los hechos y atrapar a los culpables. Mientras eso ocurre, me gustaría que, en la medida de lo posible, no saliera de casa de sus padres.

—¡Pero tengo que trabajar!

Cuando menciona esa palabra, le viene a la cabeza una campanilla. Le entrega una tarjeta.

—Seguro que pueden sustituirla. Piense que será solo una cuarentena. Este es mi teléfono, llámeme cuando quiera y para lo que necesite. Estoy a su disposición.

Está ya atravesando la puerta cuando escucha a su espalda.

—Muchas gracias por todo, agente Jaso.

7

Bajo un sol de justicia, la mañana se extingue en Madrid. Como se acerca peligrosamente la hora de la siesta, las calles van cayendo poco a poco en un cálido y delicioso sopor. El agente Jaso no tiene la siesta entre sus costumbres, pero tiene otras muy arraigadas, como comer. No picar o tomar una ensaladita de plástico, comer. Hasta ese momento, ha hecho oídos sordos a las protestas (rugidos, en realidad) de su estómago, pero en cuanto abandona el centro hospitalario y sale a la calle, el hambre empieza a pincharle las costillas y decide buscar un sitio para comer por los alrededores. Está harto de bocadillos grasientos, de los pinchos de tortilla y de la comida basura. Además, ante un buen filete, el pensamiento lógico fluye con más suavidad.

El hospital La Paz está situado al norte de la capital, en el final del paseo de la Castellana, junto al parque empresarial de las Cuatro Torres. Los enormes rascacielos, levantados sobre los terrenos de la antigua Ciudad Deportiva del Real Madrid, albergan oficinas de grandes consultoras, auditoras, embajadas, y también un pomposo hotel. Por ello, y a pesar de que cada edificio posee su propio servicio de restauración, a su alrededor han surgido pequeñas cantinas, cafés y terrazas que frecuentan muchos de sus empleados, deseosos de abandonar el lugar de trabajo y tomarse un descanso. Cuando trabajaba como abogado corporativo, Jaso tuvo que acudir a la zona en varias ocasiones y por eso sabe que hay uno de ellos, especializado en carnes a la brasa, que ofrece unas chuletas que

requieren platos de talla XXL. Es conocedor de que sus precios no son de talla S, pero, sin pensarlo dos veces, enfila hacia él sus pasos.

En contraste con el calor exterior, el aire acondicionado del asador le abofetea al entrar. Como las grandes consultoras y auditoras han asumido la práctica del teletrabajo hasta después del verano, el local está casi vacío y los cocineros se ganan la vida como pueden, preparando pedidos para llevar a domicilio. Se sienta en una de las mesas vacías, junto a una de las cristaleras y, tras dedicar escasos dos segundos a la carta, opta por una generosa chuleta de buey y una ensalada de lechuga y cebolla; de bebida, una copa de tinto pequeña, pues está de servicio. Sabe que se va a quedar con hambre, podría comer tres veces lo que ha pedido, pero prefiere mantener la cabeza despejada, y llenar demasiado el estómago se la embota.

El cocinero coge un guante y lo sopla para ponérselo con más facilidad. Jaso le observa distraído, pero al ver la figura que forma, le atrapa una idea súbita. Con el corazón latiendo como si estuviera empujando en una melé, sale a toda prisa del restaurante y llama por teléfono a los de criminalística.

—Perdona otra vez, soy Jaso. Necesito que me confirmes otro dato: qué tipo de preservativos habéis encontrado en el apartamento de Chamberí. —Ante la respuesta, por un instante Javier se queda sin habla—. ¿Cómo dices, no habéis encontrado preservativos en la casa?, ¿ninguno? ¡Vaya, eso sí que es curioso! —comenta risueño mientras piensa para sí lo sorprendente que resulta una campanilla sin una caja de condones en su casa. Vuelve dentro.

Mientras escucha el chisporroteo de la grasa de la chuleta al contactar con la parrilla al rojo y huele su delicioso aroma, saca su cuaderno de tapas negras y comienza a repasar una a una sus

anotaciones. Luego, con la mirada fija en el plato de aceitunas que le han servido de aperitivo, y que no ha probado porque no le gustan, trata de afianzar sus primeras conclusiones. Cuando le sirven el vino (pese a que su corazón le pide otra cosa, dice al camarero que es suficiente), ya ha llegado a la conclusión de que debe estudiar los dos asuntos por separado, como si fueran independientes, porque, en otro caso, con tal disparidad en la victimología, podría perder la perspectiva.

«Hasta la muerte de esa chica en casa de Paloma, teníamos una cadena de sucesos casi idénticos, hilvanados por un juego...», piensa.

«¿Por qué la llamas Paloma, y no doctora Padierna?», le pregunta su subconsciente, y de inmediato le contesta que no es momento para detenerse en esas tonterías, aunque sabe que no lo son. Vuelve a su lógica.

«Hasta ese momento, teníamos una milimétrica victimología: desde el punto de vista social, la totalidad de los fallecidos eran varones adultos con edad comprendida entre los setenta y los setenta y cinco; económicamente, todos disfrutaban de una posición saneada —piso en propiedad, segunda residencia sin hipotecas y dinero líquido en el banco—. La única diferencia entre ellos es de volumen. En lo relativo a su salud, todos fueron víctimas del covid-19 a lo largo de los meses de abril y mayo, es decir, en lo más duro de la pandemia, pero ninguno tenía una salud de hierro, porque padecían diversas patologías».

«A partir de cierta edad, a todos nos aprieta el zapato por algún sitio —le alerta su subconsciente. Esta vez, le da la razón, y anota—: Analizar la gravedad de las patologías de los fallecidos».

«Por otro lado —continúa—, todos fueron atendidos en el hospital Gregorio Marañón y sus historias vienen firmadas por la doctora

Padierna».

«¡Ah! Ha vuelto a ser la doctora Padierna. ¿Y no será que, por el lugar donde residían, es allí donde les correspondió y ella estaba de guardia? —le azuza su instinto, y de nuevo anota—: Pedir en el hospital el listado de guardias de esos meses, y comparar la relación entre lugares de residencia y zona sanitaria».

«De acuerdo, sigamos: *modus operandi*. El autor no ha empleado la violencia, ni se ha ensañado con los cadáveres, ni ha aparecido semen en ninguna parte, por lo que tampoco parece poseer un fin sexual. Entonces, ¿por qué demonios los pinta y los pone a jugar al *Monopoly*? Está claro que se ha esforzado mucho en llamar nuestra atención, lo que significa que quiere contarnos algo, pero ¿qué?, ¿qué busca este tipo?, ¿por qué selecciona a estas personas y no a otras? ¿Y por qué las une con las campanillas?».

Llegado a este punto, Jaso se ha tomado ya más de la mitad de la chuleta. Está deliciosa; aunque se enfría, la está tomando muy despacio, saboreándola. Casi le duele que se acabe. Lo mismo está haciendo con el vino, al que da pequeños sorbos.

«¿Y a qué viene ahora lo del sado y las ratoneras?».

Esta vez se termina el vino de un trago. Ha llegado de nuevo al muro que le impide proseguir.

«A ver, ¿por qué estoy uniendo de nuevo la muerte de esta chica con la de los demás, en qué me apoyo? Bien, tengo dos motivos: el primero es que han aparecido huellas de la investigación del asesino de los colores en los objetos personales de dos de las víctimas; el segundo, porque la chica ha aparecido con la cara pintada de negro y abrazada a la imitación de un bolso de dos mil euros...».

«Un momento... ¿Con esto estoy diciendo que esas huellas son las del asesino? Porque solo podría asegurarlo si las huellas aparecen también en los objetos del cadáver de la chica, y de

momento, no lo sabemos. En resumen: hay algo que une ambas cosas en la mente del asesino, pero, de momento, es una incógnita. ¡Tengo mucho trabajo por delante!».

En el plato no queda más que dos pimientos de padrón y un hueso XXL, y no ha llegado demasiado lejos. Piensa comerse los primeros; con lo segundo no se atreve, ya que los dentistas carecen de piedad con las tarjetas de crédito. Su intención es pedir un café solo y regresar al juzgado sin demora. Pero la puerta del restaurante se abre.

8

—Doctora Padierna, soy el R3 de Neurología. Acabo de hablar con el adjunto de guardia; él no puede venir porque le han llamado de Urgencias. Me comunica que el resultado de la resonancia es rigurosamente normal, y que, por tanto, puede marcharse cuando quiera. Le ha pautado analgesia, aquí tengo la receta, e insiste en que se tome al menos veinticuatro o cuarenta y ocho horas de descanso. Si le duele mucho la cabeza, si tiene vómitos o nota cualquier otra anomalía, llámenos, o vuelva.

A Paloma se le alegra la cara.

—¡Muchísimas gracias! Dale las gracias a tu jefe de mi parte, por favor. Me habéis tratado fenomenal.

—¿Te ha tocado la señorita Rottenmeier? —pregunta el residente pasando al tuteo.

—Me temo que sí —responde sin dudar por un instante de quién habla.

—Es buena profesional, pero en los tres años que llevo aquí nunca la he visto sonreír. Ahora viene a quitarte el suero. ¡Cuidado! A veces, habla.

Confortada por la noticia, Paloma aguarda a la enfermera con una sonrisa en los labios. No tarda en llegar. Liberada del gotero, pasa unos deliciosos minutos bajo la ducha, donde se da cuenta de que los dolores que tiene en la espalda, junto a la cintura, y en el glúteo se deben a golpes que no había llegado a identificar. Están rojos e inflamados, y empiezan a teñirse de color violeta. Se viste y sale a la

calle dispuesta a tomar un taxi para ir a casa de sus padres; hay una parada a la altura de la segunda torre. Sin embargo, no lo hace, no se siente con fuerzas para enfrentarse a su madre. Además, está desfallecida. La última comida que recuerda haber tomado eran unos macarrones fríos durante su guardia. Ve en lontananza un letrero de una cadena de restaurantes especializado en carnes, y le viene a la mente la idea de un solomillo poco hecho. No se lo piensa dos veces.

Cuando entra en el local y se enfrenta a la potencia del aire acondicionado, se da cuenta de que se va a quedar fría, pero prefiere un catarro al hambre. Solo hay una mesa ocupada. Va a colocarse en otra que guarda la debida distancia cuando se percata de que conoce a su ocupante.

—¡Agente Jaso, qué casualidad!

Javier levanta la vista de su cuaderno.

—¡Doctora Padierna! ¡Vaya sorpresa! Me alegro de verla recuperada.

—Yo también. Me acaban de dar el alta, pero no de comer, y estoy famélica.

El agente se pone en pie.

—Hubiera apostado a que era usted vegetariana.

Paloma se echa a reír.

—¿Vegetariana? Es curioso, me lo dice mucha gente, pero nada más lejos de la verdad. No soy vegetariana, solo bajita y blanquita. Y aquí huele que alimenta. ¿Qué me recomienda?

—Toda la carne tiene buena pinta.

—Entonces, pediré un solomillo. Disculpe, le he interrumpido. Ha sido un placer volver a verle.

—¡No, por favor! Siéntese conmigo. Yo ya he terminado, pero no tengo prisa. Así podemos charlar.

Paloma se siente contenta de poder mantener una conversación con alguien lúcido para variar.

—Sí, un poco de normalidad me vendría bien, entre la guardia, la familia gitana y la muerte de Mariana, no sé si voy o vengo. ¡Pobre Mariana! No logro hacerme a la idea.

Como se le rompe la voz, guarda silencio.

—Desde luego, son días duros. Si quiere, cuando acabe, la acerco a casa de sus padres. Tengo mi coche aquí cerca —ofrece.

—¿Lo haría? ¡Qué bien! Se lo agradezco. ¿Le importa que le tutee? No tengo la cabeza para andar pensando en el tratamiento.

—¡Naturalmente! Mi nombre de pila es Javier.

Paloma pide una copa de verdejo y un solomillo sangrante. Mientras se lo traen, coge una aceituna. Es en ese instante cuando cae en la cuenta de que no lleva cartera. El color le sube por el cuello hasta la cara, que llena por completo. Jaso lo nota enseguida.

—¿Te ocurre algo?

Baja la vista avergonzada.

—¡Lo siento! Acabo de caer en la cuenta de que no llevo el bolso, ni el móvil. Creo que se quedaron en mi apartamento.

—Bueno, podemos pasar por allí de camino a casa de tus padres.

—Sí, claro, gracias. El caso es que..., en fin, no llevo dinero. Me he metido aquí sin darme cuenta de que no podía pagar.

Javier se echa a reír.

—¡De modo que eres insolvente!

—Eso me temo.

—Tranquila. Yo me encargo, había quedado en invitarte a desayunar. Un solomillo no es un mal desayuno. Un segundo, me está llamando mi jefe. Vuelvo enseguida. Por cierto, no esperes, es una pena dejar enfriar un buen solomillo.

Sale a la calle para hablar con más libertad.

—Hola, jefe. ¿Qué tal te encuentras?

—Jodido, para qué te voy a mentir. Dicen que es una incisión mínima, pero duele como un navajazo. Oye, Javier, tenemos que hablar. ¿Puedes venirte para acá?

—En este momento estoy con la doctora Padierna. ¿Te parece bien en una hora? Su señoría me ha citado a las cuatro.

—Lo sé, acabo de hablar con él. Está que se sube por las paredes. Ya conoces el dicho: ¿no quieres caldo?, ¡taza y media! Pero antes de que vayas tenemos que vernos. Acaban de dar el alta a mi vecino de habitación. Mientras no venga otra persona, tendremos libertad para hablar. Y hay cosas que debo contarte.

—De acuerdo, voy para allá. Dame media hora.

Maldiciendo su suerte, Javier entra en el restaurante. Paga el almuerzo de los dos, y se disculpa con la doctora Padierna dejando, con toda la discreción de la que es capaz, cincuenta euros y su teléfono escrito en una servilleta sobre la mesa. Sabe que ya se lo ha dado, pero no le importa insistir.

—¿Me prestas tu bolígrafo un segundo? —pregunta Paloma—. Te voy a dar la dirección de la casa de mis padres. Si puedes pasarte cuando termines, me encantará invitarte a un café y devolverte este dinero. No quiero que pienses...

—Tranquila, no voy a pensar nada.

—Me alegro, porque no voy a pagar intereses.

El agente Jaso se va con una sonrisa entre los dientes.

9

—Pésimas noticias, Javier.

—¿Pésimas? —repite el agente sorprendido. Ha acudido a la llamada de su jefe y está con él en la habitación del hospital, con dos botellas de agua helada que ha sacado de la máquina—. ¿Qué ha ocurrido?

Salado hace un gesto, que parece indicar que las paredes oyen, y le pide que baje la voz. Luego, señala una carpeta que descansa en la mesilla de melanina blanca.

—Ahí está el informe de huellas y el parte forense. No es que haya un vínculo entre el caso del *Monopoly* y el de las campanillas, es que están unidos por maromas de veinte centímetros de diámetro. Me lo acaban de traer los de la oficina, échale una ojeada, te lo he remitido también por *email*.

—Ahora lo leo. ¿Me resumes lo principal?

—Lo principal es que han cotejado las huellas tomadas en el bolso de la víctima de Chamberí (como apuntabas, falso como una moneda de tres euros) con las halladas en los ataúdes, y con las que aparecieron en las muertes del asesino de los colores. Y coinciden. No sé si se trata del mismo asesino, de un imitador o de vaya usted a saber, pero necesito que recabes toda la información que puedas sobre esas campanillas muertas y sobre todo lo que tenga que ver con ese caso. Esta vez no estamos ante manipulación de cadáveres o ante una falsificación documental. El forense no tiene de momento los datos toxicológicos, pero carece de dudas serias: dice que, al

ochenta y cinco por ciento, es un asesinato. ¿Sabes que la chica se casaba la semana próxima?

—Sí, jefe. Me lo ha contado la doctora Padierna.

—Mira, estamos ante un punto ciego, uno de los más peligrosos momentos de una investigación. Ese jodido asesino ha estado jugando con nosotros y haciéndonos perder el tiempo llevándonos de una esquina a otra de Madrid tirando los dados. Pero eso se acabó, tenemos que tomar la delantera. Quiero que estudies milimétricamente a esas chicas, sus vidas, su familia, sus chulos, sus amigos. Habla con los inspectores que investigaron ese caso; que te cuenten lo que los informes no detallan, por mínimo que sea. Y luego quiero que investigues a esa doctora. Entérate con qué agencia de acompañantes trabaja, si tiene o no tiene chulo, y...

El agente Jaso le interrumpe.

—Había juzgado equivocadamente a esa mujer, jefe. Por lo que he averiguado, la doctora Padierna no es una campanilla, procede de una familia adinerada de Madrid. Cuando su padre fallezca, recibirá unos cuantos millones, y además ni le gustan las marcas ni le gusta figurar. No da el perfil en modo alguno, es más, lleva una vida bastante tranquila. En su apartamento ni siquiera han encontrado preservativos.

—¡No jodas! ¿Y entonces?

—No lo sé, jefe. Yo tampoco lo entiendo. El asesino tiene en la cabeza algo que nosotros no tenemos y que hay que averiguar. Por cierto, lo repasaré, pero en lo que leí del caso, los bolsos de esas campanillas eran auténticos.

—¡Ah, mira! Eso es importante. De acuerdo, investiga la vida de esa doctora, y mientras esto siga como está, hay que protegerla. Si mi instinto no me falla, ese mal nacido volverá a actuar. Estoy seguro de que ese capullo cabrón está disfrutando.

Javier se pone en pie y se yergue sobre las puntas de sus enormes deportivas.

—¿Me estás hablando de un asesino en serie?

—No lo sé, Javier. Es muy posible, pero me da miedo hasta pronunciar ese término. Al principio pensaba que con los cadáveres nos estaba queriendo decir algo y, como no le escuchábamos, reiteraba su grito. Pero ahora pienso de otra manera.

—Han pasado varios años desde la muerte de esas chicas. ¿No te parece que volver a actuar después de tanto tiempo es poco factible?

—Podría tratarse de un largo periodo de enfriamiento emocional. El sujeto volvió a su vida normal, a sus rutinas habituales, y no hubo nada que le obligara a abandonarlas. Hasta ahora.

—¿Y qué ha ocurrido para que regrese?

—Esa es precisamente la pregunta que debemos responder.

Ambos permanecen unos segundos en silencio. Hay veces en que todo está ya dicho. Y hay otras en que nada está al alcance de las palabras. El sol bombardea la ventana convirtiendo la habitación en un horno. Javier vacía su botella de agua, y pregunta:

—¿Te las has visto alguna vez en tu carrera con un asesino en serie, jefe?

—Una sola vez, con un psicópata. Te aseguro que fue más que suficiente. Llegué a conocer cada uno de los rasgos de su carácter; terminé obsesionándome con su persona. Sin embargo, en comparación con aquel caso, hay algo en este que me extraña. No es que exista un perfil genérico de asesinos seriales, cada uno es diferente, pero en lo que tenemos entre manos hay algo distinto.

—¿Qué?

—No puedo precisarlo, pero resulta indudable que su *modus operandi* es raro. Quiero decir que no media arma blanca,

estrangulamiento o cualquier otro tipo de violencia, pero sí la necesidad de sentir el contacto con las víctimas. Me lo imagino inyectándoles sus drogas; embelesado al verlas perder poco a poco el sentido, colapsar su respiración y expirar. Por cierto, Jaso, ¿comprobaste si se empleó la misma droga con todas las chicas?

—¡Pues no, la verdad! Otra cosa que tenemos que averiguar. Lo que sí sé es que este tío prepara cuidadosamente las escenas donde aparecen sus víctimas. Eso le hace sentir que tiene el control, que es un artista, un ser importante, distinto al resto de la humanidad. Se siente alguien... Sin embargo, se detiene en seco.

Javier deja la frase prendida en el aire mientras sopesa lo que acaba de decir. Salado no respeta su silencio, se encoge de hombros y añade:

—¿Quién entiende la intencionalidad homicida? Puede que su patrón haya evolucionado o puede que nos estemos equivocando. Por eso hay que buscar y rebuscar en ese dosier. Y poner a tu doctora a salvo. Una de las primeras reglas de la investigación de un asesinato es sospechar de los más cercanos. Porque detrás de un crimen siempre hay un sentimiento hondo, punzante, que difícilmente aparece o surge a distancia, o en lontananza. Recaba toda la información que puedas, y luego vuelve a verme.

—El juez Calvo me ha pedido...

—¡Olvídalo! Yo te cubro con eso. Tú vete a ver al comisario que llevó esos casos.

10

Javier Jaso se detiene ante la puerta del domicilio del comisario Plaza. En el suelo, hay un felpudo con un *Bienvenido* rodeado de pequeños racimos de flores azules y violetas, de lo que el agente infiere que el comisario está (o estuvo) casado: piensa que es del todo imposible que una cursilería como esa haya sido adquirida voluntariamente por un varón en su sano juicio. Ha telefoneado al comisario jubilado antes de su visita para asegurarse de que estaba en casa y podía recibirle. Plaza ha aceptado tan rápidamente que su segunda conclusión es que su nivel de aburrimiento se sitúa entre grande y supino.

Hace sonar el timbre. Una mujer fornida y bajita con el pelo cardado a modo de casco de motocicleta abre la puerta. Se queda agarrada a ella como si quisiera cerrársela en las narices. Sin embargo, su voz es amable y dulce. Antes de que Jaso se presente o mueva siquiera los labios, pregunta:

—¿Es usted el inspector compañero de mi marido?

Jaso responde con desparpajo.

—Ya me gustaría, señora, pero no, de momento, solo soy un agente. Sin embargo, espero seguir los pasos de su marido y llegar pronto a esa posición.

Ella se sonríe.

—Bueno, no se preocupe, todo se andará. De momento, tiene usted buena planta, eso ayuda mucho. Las personas bajitas

ascienden más despacio; se lo digo por experiencia. Quiere hablar con él, ¿verdad?

—Si es posible, sí, señora. Se lo agradecería mucho.

—¡Pues entonces pase! Sígame, lo tengo en la terraza. Permítame que le acompañe. No hay pérdida, esto es muy pequeño, pero así me aseguro de que está bien.

Al ingresar en el edificio, Jaso se ha percatado del deterioro de la fachada y de que el portal necesita urgentemente unos arreglos, sin embargo, la casa del comisario está impoluta. Observando que el parqué brilla tanto que hasta tiene miedo de resbalar, señala a modo de cumplido:

—¡Tiene el suelo que parece un espejo, señora!

Ella se sonríe abiertamente y le explica con orgullo que se pone unos paños en los pies y patina una y otra vez sobre la madera para sacarle brillo.

—¡Pues mire, ese es un buen sistema para el suelo y para las piernas! La felicito, yo que usted lo patentaba.

Hinchada como un pavo, pasea a Jaso por un pasillo estrecho y curvo hasta un balcón lleno de geranios rojos, en el que han situado un taburete de cocina a la izquierda. A la derecha se halla el inspector sentado en una silla de ruedas.

—Chuchi, te traigo a este chico tan amable, que se apellida Jaso y que pronto llegará a comisario. Quiere hablar contigo de cosas del trabajo.

—Gracias, cariño, ¿nos traes una cervecita? ¿Quieres una cerveza, Jaso, o prefieres otra cosa?

—También tengo té frío y refresco de limón —interviene la mujer.

—Una cerveza está bien, señora, gracias.

Mientras la esposa del comisario se dirige a la cocina, Jaso repara en el estado del comisario. Su constitución es más bien ancha, pero

sus brazos y piernas están muy delgados, de modo que el resultado es el de un hombre caquéctico. Va vestido como un cromo: bermuda de color caqui con bolsillos por todas partes, y un niqui rosa con una rosa roja bordada en el pecho. Como en el felpudo de la entrada, la mano de su mujer resulta innegable.

—No quisiera importunarte, comisario —le espeta.

—En absoluto, me encantan las visitas. Antes eran más frecuentes; ahora solo venís para recabar detalles de casos antiguos, pero no me quejo, estoy igualmente encantado. Desde que compramos esta silla, no salgo de casa.

—Y eso, ¿por qué? Es de las motorizadas, ¿no? Y hay ascensor.

—Sí a todas tus preguntas; el mío es uno de esos casos de mala suerte. A raíz del avance de mi enfermedad, la comunidad decidió hace seis meses instalar un ascensor nuevo. Adquirieron uno con todas las medidas de seguridad. Una de las medidas para evitar accidentes es que, si lleva más peso del debido, se detiene y hasta que no mengua se queda parado, ni baja ni sube. Era un filtro que estaba muy bien pensado, pero, conmigo encima, esta silla pesa más del límite que acepta el ascensor. O baja ella, o bajo yo. Si vamos los dos, se detiene. De modo que me limito a mirar por la ventana. Pero no importa, los geranios me han cogido cariño. Y, por lo que veo, mi esposa te ha cogido cariño a ti.

—Es una mujer muy agradable —responde midiendo bien sus palabras.

—Lo es. Me mantiene ocupado a todas horas; me cambia de ropa como si fuera un modelo de revista; y me hace tomar clases de inglés. Yo soy de Móstoles, y lo del inglés lo llevo fatal, pero llevamos treinta y cinco años casados. Ella es mandona, limpiona y tiene el gusto en el culo, pero es muy divertida, cariñosa y nos queremos mucho. Sin ella estaría completamente perdido. Tú no

dejes de casarte pronto, antes de que la vida te haga demasiado duro para encontrar la mujer que te haga feliz. Y tras la lección de moral de andar por casa, vamos a lo tuyo. Venga, entra en materia... ¡No, espera!, ahí viene mi mujer con las cervezas.

—¿De la botella, o prefiere en vaso?

—De la botella, perfecto, señora.

Ella sonríe y les deja solos.

—¿Fumas, Jaso?

—Pues no, comisario.

—¡Vaya una mierda! Cuando viene alguien a verme, aprovecho. Mi mujer solo me permite un pitillo después de cada comida.

—Puedo bajar a comprar tabaco, si quieres.

—No, déjalo. Es igual. Háblame de ese tipo. Esperaba tu llamada desde hace unos días. Ha vuelto, ¿no es así?

Jaso hurga en el bolsillo para sacar la libreta.

—Tenemos una chica muerta con algunos datos que apuntan en esa línea, pero hasta el momento no hemos encontrado suficientes indicios que hagan pensar en ello. Incluso, parece más probable que se tratase de un imitador.

—En suma, que no sabéis una mierda.

—Lo has expresado con gran precisión, comisario Plaza.

—¡Qué rabia lo del pitillo! Pienso mejor fumando. Oye, hazme el favor de acercarte a la salita y decir a mi mujer que te dé la carpeta que está sobre mi mesilla. Te la he preparado a conciencia.

Jaso arquea las cejas y sale de la terraza sin mentar palabra.

Cinco minutos después, no han regresado. El comisario empieza a chillar.

—¿Qué andáis haciendo vosotros dos por ahí? Mira que, cuando me pongo celoso, soy muy violento —bromea.

—¡Ya vamos, no seas pesado!

—¡Os estoy escuchando! ¿Qué andáis mascullando?

No ha terminado de hablar cuando aparecen los dos. La mujer se ha puesto de punta en blanco y va pintada como para entrar en batalla con una partida de indios siux.

—¿A dónde vas? No sabía que estábamos invitados a una boda —ríe.

—¡Anda, cállate, y deja que este muchachote te coja en brazos!

—¿Que me coja?, ¿por qué?

—Calla y déjale hacer.

—¡Y una leche! A mí no me coge nadie.

—Calla y escucha el plan: yo bajo la silla en el ascensor y él te baja a ti, y luego los tres nos vamos de paseo. —De pronto se percata del fallo en el razonamiento, y pregunta—: Oye, Jaso, ¿eres consciente de que luego tienes que volver a subirlo?

—Salvo que te quieras librar de él y lo dejemos abandonado en alguna papelera, lo subo de nuevo.

—Ni hablar.

—¿Por qué los hombres tienen que ser tan complicados? —pregunta la mujer—. Venga, Jaso, engánchalo. Para esos músculos tuyos, mi marido es un peso pluma.

11

El comisario Plaza y su esposa viven en la calle de la Hiedra, cerca de la estación de Chamartín. Podrían haber caminado hasta la plaza de la Infancia y haberse sentado allí en un banco, pero no lo hacen. A pesar de que al día apenas le quedan unas horas de vida, aún aprieta el calor, y no parece un lugar apropiado para conversar sobre asesinos en serie. De modo que Jaso sube al matrimonio y a la pesada silla en su coche y conduce hasta el parque del Cuarto Depósito, un lugar que muchos madrileños desconocen, lo que hace de él un auténtico remanso de paz. El parque es una inmensa superficie de cuarenta y cinco mil metros cuadrados que recibe ese nombre por haber sido construido sobre la cubierta del cuarto depósito de almacenamiento de agua del Canal de Isabel II. Cuenta con un espectacular estanque central que divide el espacio en cuatro zonas; una de ellas, es un paseo a la sombra de enormes buganvillas que es por donde deambulan los dos hombres, mientras la «comisaria» visita la rosaleda. Plaza conduce la silla hasta uno de los bancos y se detiene. Jaso se sienta a su lado.

—Comisario, soy todo oídos.

Plaza se toma unos instantes, durante los cuales llena varias veces los pulmones, como queriendo abarcar todo el aire que le rodea.

—Yo nunca tuve dudas sobre los hechos, se trataba de una secuencia de crímenes, pero estaban tan meticulosamente planificados que nunca llegamos a tener indicios sólidos que nos

condujeran a su autor. Ni acercarnos siquiera. Las cuatro chicas asesinadas eran estudiantes universitarias; chicas guapas, sexis, tan normales como sus compañeras, salvo que ejercían de chicas de alterne. ¿Sabes por qué lo llamamos el *asesino de los colores*?

Jaso lo sabe, pero le sigue la corriente por si, al hablar de ello, sale a flote algún dato olvidado en el subconsciente.

—¿Por qué?

—Porque las chicas parecían haber sido escogidas por el color de sus cabellos: una rubia oxigenada; otra castaña cobriza; la tercera pelirroja natural y la cuarta morena, de pelo y piel. Colgué sus fotografías en la pared de mi despacho, y siempre que las miraba, me venían a la cabeza los episodios de *Los ángeles de Charlie.* ¿Conoces esa serie, o eres demasiado joven? —Jaso asiente; aun así, el comisario se lo explica—: Eran tres mujeres policías, a cada cual más guapa e imponente, a las que contrata un detective privado llamado Charlie Townsend, y a las que asignaba distintas misiones peligrosas. En este caso eran cuatro, y no había un detective privado, sino una especie de relaciones públicas, por llamarlo de alguna manera, que era quien gestionaba sus citas. Los cadáveres de todas ellas aparecieron en los jardines que rodean el Templo de Debod, en la cara norte, mirando hacia el paseo de Pintor Rosales, correctamente vestidas, sin signos de violencia o violación, con la ropa interior puesta y abrazadas a un bolso de Louis Vuitton.

—¿Eran auténticos? Me refiero a los bolsos.

El comisario se gira y mira extrañado al agente Jaso.

—Sí, claro, auténticos y personalizados. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque el bolso que abraza la chica que acabamos de encontrar es falso.

Por más que confíe en el agente Jaso, Plaza no puede contenerse.

—¡Eso es imposible, Javier! Del todo imposible. Ninguna campanilla llevaría un bolso falso. ¡Precisamente por eso son campanillas! A ver, Jaso, déjame que te explique de qué estamos hablando. Tuvimos cuatro muertes; la mayor de las chicas tenía veinticuatro años y la menor veintiuno. Las cuatro eran, a su modo, atractivas, pero sobre todo tenían cuerpos esculturales perfectamente modelados, y todas eran buenas estudiantes. Dos se habían operado el pecho, y una la nariz, pero el perfil era el mismo, el de un ángel de Charlie: chica joven, pero no ingenua, capaz de mantener una conversación interesante y de comportarse en una cena, un cóctel o una fiesta privada en la que puede haber sexo. Nadie las persuadió, bueno, quizás sí las persuadieron, pero desde luego nadie las engañó.

—No te sigo, comisario.

—Quiero decir que no se acostaban con productores o directores de cine que les prometían papeles en sus películas; ni eran modelos en busca de una pasarela. Vender su cuerpo en momentos puntuales no tenía otro fin que ganar dinero para darse determinados caprichos que a ti y a mí pueden parecernos estúpidos, como ese bolso. Solo logramos identificar a dos de los puteros que emplearon sus servicios: un ejecutivo de ventas de una empresa cotizada, casado y con dos hijas; y un abogado corporativo extranjero pero residente en España. No sacamos gran cosa. Recuerdo bien al segundo, un leguleyo gallito que nos miraba con cara de desprecio y sabiendo que dominaba la situación. No le habíamos cogido infraganti, y su mujer le dio la coartada diciendo que estaba en casa durante esa cena. El ejecutivo estaba mucho más inquieto. De pronto, toda su labia se había esfumado, se retorcía una y otra vez las manos... En fin, lo único que sacamos en claro es que las tarifas de las chicas fluctuaban entre los dos mil

euros por servicio y los diez mil la noche. En esos dos casos que te comentaba, se trató de fiestas blancas organizadas por su Charlie particular.

—¿Qué es una fiesta blanca?

El comisario jubilado se extraña de la pregunta, pero pronto se da cuenta de que Jaso solo está empezando.

—La que mezcla sexo y cocaína.

—¿Quién mezcla esos ingredientes?

—¡Buena pregunta! En algunos casos, todos consumen; en otros, solo los clientes. En el cabello de dos de las chicas, la morena y la pelirroja, se encontraron restos mínimos de cocaína, es decir, que eran consumidoras esporádicas; el de las otras dos estaba limpio, lo que significa que eran sus clientes los que se colocaban, y no ellas. Lo que sospechamos es que el asesino utilizó algún producto para dormirlas, que pudo diluir en una copa de champán, vino o cualquier otra bebida, y una vez en ese estado de somnolencia, les chutó una sobredosis. En los estómagos de las chicas no encontramos caviar y pato *à l'orange,* quiero decir que no llegaron a cenar.

—¿Cuáles fueron vuestros sospechosos?

Plaza se entretiene encendiendo un cigarrillo y saboreando el humo. Han comprado un paquete al salir.

—Bueno, abrimos varias líneas de investigación. Empezamos por los clientes, pero enseguida derivamos en su chulo, Luis Vizcaíno Mano, un tipo que se las daba de relaciones públicas, pero que regentaba un concesionario de coches de alta gama y se dedicaba a suministrar estupefacientes y chicas a gente de clase alta. Él mismo era hijo de una familia pudiente, de cierta reputación, al que prácticamente había expulsado de la saga precisamente por sus trapicheos. Ya te lo puedes imaginar, recuerdo bien su interrogatorio... Estoy buscando las palabras para describirle. Era de

mediana estatura, más bien bajito, y siempre vestía de la misma forma: americana con pañuelo en la solapa, vaqueros que dejaban ver los calcetines y zapatos castellanos. Lo más característico era su mentón prominente y la forma de comportarse, una extraña mezcla entre un esclavo servil y un rico terrateniente que se sabe por encima del bien y del mal. Tampoco llegamos a ningún sitio. Finalmente, investigamos a las personas que las cuatro tenían en común.

—Los profesores.

—En efecto. Pero tampoco hubo suerte.

En la frente del comisario, que se sumerge en un ilustrativo mutismo, se dibujan profundos surcos. Jaso respeta su silencio unos instantes, pero su impaciencia le juega una mala pasada y finalmente le interrumpe.

—Hay algo que no entiendo, comisario, a ver si me lo aclaras. Dices que investigasteis a ese abogado y a ese ejecutivo, que resultaron ser consumidores habituales de sexo; y también a ese tal Luis Vizcaíno, que organizaba las citas. Y también, si te he entendido bien, que las chicas fueron asesinadas tras ser contratadas para un servicio. Y ahí vienen mis dudas: no entiendo cómo, tras pagar una cantidad de dinero enorme, no aprovecharon. Quizás sea muy materialista, pero no alcanzo a entender cómo su asesino, pudiendo tener primer plato y postre, es decir, sexo y violencia, no lo aprovechó. Lo digo porque en ninguno de los casos encontrasteis indicios de relaciones sexuales, ni forzadas ni consentidas.

—¡Esa es una grandísima pregunta! Eso fue lo que argüí entonces, que patinábamos, que la dirección que estábamos tomando era equivocada. Sin embargo, los psicólogos criminalistas alegaron que desconfiaban del motivo sexual y creían que la pulsión fundamental era el poder.

—Pero a ti no te convenció.

—No, en absoluto. Una búsqueda neta de poder no tiene una victimología como esa. Los hombres no ejercemos así el poder. No cuadraba.

—Háblame de los profesores.

—Esa fue la parte más sencilla de la investigación. Aunque no todas las chicas estudiaban el mismo grado, analizamos los cursos en los que estaban matriculadas y sus horarios de clase de los dos últimos años, y aparecieron tres coincidencias. Dos de las asignaturas eran impartidas por hombres, uno soltero y otro casado, y la tercera por una mujer. Se descartó de entrada a esta última y se indagó en la vida y milagros de los otros dos profesores. Ninguno tenía coartada sólida, pero no parecían dar el perfil. Finalmente, se pensó en la posibilidad de que estas chicas trataran de hacer chantaje con fotografías u otras pruebas a alguno de sus poderosos y adinerados clientes, y que por eso ordenaran sus asesinatos. También se barajó la posibilidad de que una de ellas fuera confidente de la policía, y lo grabara todo. No pudo probarse nada de eso. Ni se identificó al dueño de esa huella. Eso fue todo.

—¿Todo?

El comisario asiente. Su rostro denota una profunda tristeza.

—No llevé bien tener que abandonar, estaba desolado. Quería seguir, me llevara donde me llevara, pero ni todas las explicaciones lógicas, que las hubo, fueron suficientes para convencer a mi superior para que me permitiera continuar. Siempre desconfié de la línea de investigación, estaba seguro de que nos equivocábamos, de que había algo que no encajaba. Empezaron a aparecer incongruencias, elementos que no concordaban, coartadas que no esperábamos... Llegué a obsesionarme, todo me parecía

sospechoso; ¡todos eran sospechosos! En una ocasión me encaré con el rector de la universidad, y entonces me retiraron del caso.

—¿Siguió alguien con él?

Plaza se atusa el cabello.

—No está cerrado, pero no se procesó a nadie ni se indagó más. Se pidieron escuchas para los profesores y algunos clientes asiduos, pero el juez no lo permitió.

—¿Les has seguido la pista?

—No a todos. Sé que el principal sospechoso, Vizcaíno, se marchó a Cádiz durante un tiempo y no regresó. No supe más de él.

—Yo sí, falleció de una sobredosis hace algún tiempo.

—¡Coño! Eso no me lo esperaba. Llegué a estar convencido de que estaba en el ajo. Hubo muchos rumores alrededor de ese caso. Se llegó a hablar de que una persona poderosa y muy bien relacionada, cliente de Vizcaíno, frenaba la investigación para que su nombre no apareciera. —Se toma unos instantes antes de añadir—: Había un comisario, muy bebedor y muy putero, al que le gustaba andar haciendo favores a la gente guapa, a la que luego cobraba por esto y por lo otro. Estaba y estoy convencido de que fue él quien segó la investigación, pero, como te digo, no se pudo confirmar y no se procesó a nadie. Llevo años esperando que llegue alguien como tú; sabía que ese asesino volvería. En fin, toma, esta es la carpeta que contiene todo lo que investigamos entonces, con teléfono, nombre y direcciones de todos los que intervinieron, hasta que me quitaron del caso. Quédatela y llámame para lo que necesites. Ahora tengo que llamar a mi mujer, ¡tanto aire puro va a provocarme un ataque!

12

—¡Ah, Paloma! ¡Cuánto me alegra que estés aquí! Quiero hablar contigo muy seriamente.

—¿Muy seriamente? ¡Nunca me gustó esa expresión, papá! Parece que me fueras a reñir —bromea mientras le da un abrazo. El taxi la ha dejado justo en la entrada de la casa de sus padres.

El hombre se dirige al mueble bar, toma dos vasos de cristal labrado y sirve dos dedos de whisky en cada uno. Luego, entrega uno a su hija y entrechoca su vaso con el de ella.

—Papá, son las seis de la tarde. Yo nunca empiezo tan pronto, y tú tampoco deberías.

—En esta ocasión, sí, Palomilla. ¡Anda, acompáñame, y disfrutemos del licor!

—Muy seriamente... disfrutemos del licor. ¿Estamos celebrando algo o es que quieres emborracharme para que te permita volver a fumar?

—Más bien lo segundo. Anda, sé buena y siéntate, necesito hablar contigo.

Paloma se aposenta en uno de los sillones orejeros mientras su padre permanece en pie. Se acerca el vaso a la boca y moja los labios en el licor ambarino, lo justo para no desairar a su anfitrión.

—De acuerdo, papá, suéltalo, soy toda oídos.

El hombre la mira de hito en hito durante unos segundos sin decir nada. Luego, se gira y, dándole la espalda, con la mirada fija en el jardín, dice:

—Paloma, vas camino de los treinta, si no los has cumplido ya. Va siendo hora de que te cases.

La doctora Padierna escucha a su padre con cara de incredulidad y comprende por qué le está dando la espalda.

—De mamá podía esperar algo así, pero de ti no. ¿Tanto ha logrado abducirte? —ironiza—. Deja que te cuente algo, papá, mi vida va razonablemente bien; me gusta lo que hago, y soy bastante feliz. Es todo lo que necesito de momento —sentencia. En ese instante, los ojos garzos del agente Jaso se materializan en su memoria. Borra de un plumazo el recuerdo.

—Lo comprendo, pero...

Paloma respira hondo. Le duele la cabeza, el hombro y hasta el alma. Siente tal cansancio que hasta se le han retirado las ganas de sonreír.

—¿Ese era el asunto tan importante que requería un whisky? Porque, si es así, una Coca-Cola hubiera bastado. Y ahora, si me disculpas, me gustaría ir a ver cómo está mamá.

—No tengas tanta prisa —la detiene. Su voz aflora en un tono mucho más cortante de lo que pretendía—. Tu madre sobrevivirá sin que estés a su lado. Está hecha un cromo, pero su estado no es alarmante. Ahora soy yo el que te necesita. Mira, tengo que pedirte que me escuches, soy tu padre, siempre he apoyado tus decisiones, siempre he tratado de entenderte, y rara vez te he pedido nada.

—Eso es cierto, papá, y te lo agradezco. Eres un buen padre —responde cada vez más inquieta. Sabe que después de aquella declaración vendrá algo que le disgustará—. Y por eso prometo solemnemente poner todo mi empeño en buscar pareja. ¿Es suficiente para ti?

Por fin, su padre parece reunir el valor y se da la vuelta. Toma asiento en su silla giratoria y apoya los brazos en su escritorio,

manteniendo, no obstante, la mirada baja.

—El caso es que nos hemos anticipado. Tu madre y yo queremos sugerirte..., más bien pedirte que te cases con Bosco Calavatra. Estamos convencidos de que sería bueno para todos, incluida tú.

Ahora es Paloma la que se pone de pie llena de rabia.

—¿Incluida yo? ¡Pero de qué vas! No te reconozco, papá. Espero que todo esto proceda de tu preocupación por mamá, pero te voy a decir algo: nunca, en ninguna circunstancia, ni aunque fuera el último hombre sobre la tierra y peligrara el futuro de la especie, me casaría con un gilipollas como Bosco Calavatra y, por si no lo sabes, es gay. ¡Le gustan los hombres, no yo!

El padre no levanta la voz.

—Sé que ahora te suena extraño, pero te pedimos que lo hagas..., vas a tener que hacerlo.

Paloma no puede ocultar su estupor.

—¡Por Dios, papá! ¿Es que te has vuelto loco?

—En absoluto, hija. Bosco es de nuestro círculo, un miembro respetado de nuestro mundo, de tu mundo.

—¿Respetado? ¿Cómo que respetado? ¡Es un gilipollas, un idiota integral, un estúpido! Me da igual a qué mundo pertenezca. ¡No me creo que esté manteniendo esta conversación! Mira, papá, te quiero y te respeto, pero mi respuesta es y siempre será la misma. Y te rogaría que no volvieras a meterte en mi vida, ¿de acuerdo? O no volveré a venir por aquí.

—No le conoces, Palomita —suaviza el padre.

—¡No me llames así! Como acabas de recordar, he cumplido treinta años. Y te digo una cosa: no necesito meterme en la piscina para saber que está mojada. Le conozco lo suficiente, no es una buena persona y no entiendo cómo pretendes que me case con él.

—Es un hombre cariñoso, aprenderás.

Paloma no sale de su asombro.

—¿Cariñoso? ¡Es un depravado! Carece de moral, de principios, de... Y te repito que es gay. Tú eres el que no le conoce, papá, y no hay nada más que hablar.

—No tenemos otro remedio, pequeña. Tengo que rogarte que lo aceptes. No hace falta que le quieras; dentro de un año, a lo sumo, te puedes divorciar de él si ese es tu deseo, pero ahora, Paloma... Ha venido a pedir tu mano y se la hemos concedido.

La doctora Padierna no le permite terminar. Con un gesto evasivo de la mano, le hace ver que todo está dicho. Como él insiste, zanja la conversación lanzando el vaso de whisky contra la chimenea y dando un portazo. Va directa a su habitación. Entra, corre las cortinas y abre la ventana. Su cuarto tiene vistas a la piscina. El jardinero está retirando las hojas del sauce llorón que el viento ha arrastrado hasta el agua. Trata de relajarse con los colores que llegan a su retina. Lo que más le gusta de la propiedad no son los mármoles, las esculturas o la extensión del terreno, sino la paz. Si cierra los ojos, puede evadirse del mundo. Solo se escucha el piar de los pájaros y el sonido del viento bailando con los árboles. Lo que distingue su jardín de otros es precisamente la ausencia de vecinos que estropeen las vistas.

«¿Qué es esta locura?», piensa. Pasados unos instantes, toma una decisión. Ni siquiera saludará a su madre, no va a tener esa conversación otra vez; se vuelve a su casa. Su apartamento es minúsculo, ardiente y alquilado. No hay trinos de pájaros, sino de coches, pero allí ella pone las normas y se siente libre. En ese momento, recuerda por qué está allí. Coge el móvil, que ha recogido en su casa junto a su bolso, y marca el número que le ha facilitado el agente Jaso. No logra localizarle y le deja un mensaje en el buzón: «No puedo quedarme en casa de mis padres; voy a regresar

a la mía. Gracias por todo. ¡Te debo cincuenta euros y un solomillo! No te preocupes, cerraré con llave y no abriré a nadie».

Llaman a la puerta. Sin esperar, entra Charo. Paloma tiene los ojos húmedos. La doncella se acerca hasta ella y la aprieta contra su pecho.

—Veo que has hablado con tu madre.

Paloma niega moviendo la cabeza vivamente.

—Con mi padre.

—¿Y qué le has dicho?

—Que se vaya a la porra. Y ahora me voy a mi casa.

—Esta es tu casa, niña.

—No, esta es su casa; la mía está en la calle Zurbarán, aunque sea alquilada. Además, aquí todos parecéis haberos vuelto locos.

—Antes de hacer nada, deberías escuchar sus razones.

Paloma siente náuseas.

—¿Tú también? ¡Pero qué mosca os ha picado a todos!

—Siéntate —dice Charo palmeando la cama de la habitación.

—Ni se te ocurra susurrarme al oído o intentar engatusarme. En un tema tan importante para mí, ni siquiera tú puedes hacerlo.

—No me atrevería, niña, solo quiero contarte algo que no sabes, para que luego decidas libremente. Verás, esta discordia procede de...

—¿Discordia? ¡No hay ninguna discordia! —protesta, al tiempo que detiene la conversación con la mano—. Mis padres están intentando darme en matrimonio a un desgraciado depravado que, además, es un gay declarado. Ya no estamos en el siglo XIX. No quiero escuchar nada acerca de ese asunto. Y si tú crees que debo saber algo que no sepa, desembucha rápidamente y sin rodeos, porque me largo.

13

Cuando Javier Jaso deja a un feliz comisario, a su mujer y a la silla motorizada de nuevo en su casa, ha caído la tarde, y el buzón de su móvil está lleno. Lo ha apagado para escuchar a Plaza sin distracciones y luego ha olvidado encenderlo. Tiene dos llamadas de Salado, otras tantas de su señoría, tres del grupo de criminalística y una de la doctora Padierna. Le gustaría empezar por la última, pero es un hombre disciplinado y telefonea primero a su jefe.

Se frota los ojos cansados.

—¡Coño, Javier! ¿Dónde andas? ¡No hay quien te encuentre! ¿Para qué quieres un móvil si nunca contestas?

—Estaba con el comisario Plaza, jefe, poniéndome al día de la investigación del caso del asesino de los colores. ¿Y tú, cómo te encuentras?

—Mejor; me sueltan esta noche, de modo que no vengas al hospital, porque no me encontrarás. Tengo que pasar unos días en casa, hasta que me quiten los puntos, pero estoy relativamente bien. He hablado con los de criminalística, porque te han llamado a ti y tampoco les has cogido. Han encontrado semen en casa de tu amiga la doctora Padierna.

—¿Semen? —responde extrañado. La exclamación de Jaso es genuina—. ¡Eso sí es una novedad! No me lo esperaba.

—Yo tampoco, pero es lo que hay. Llama a la gente del laboratorio, que te den todos los detalles, e interroga a la doctora. ¿Sabes si tiene pareja?

A Jaso la pregunta le sabe a acíbar, pero hace de tripas corazón y responde con voz amable.

—No que yo sepa, pero voy a enterarme. La que sí tenía novio era su amiga, la fallecida; quizás la visitó ese día y se trata de un caso de violencia machista. Eso explicaría muchas cosas.

—No van por ahí los tiros, Jaso. El novio está en Barcelona, y no ha salido de allí en la última semana.

—Dime una cosa, jefe, ¿cómo no nos han informado hasta ahora? Son de las primeras cosas que comprueban.

—Buscaron en la habitación y no hallaron rastro. Sin embargo, al procesar el baño de la vivienda, encontraron restos allí. En fin, tenme al tanto, ¿vale?

—Lo haré, jefe. Por cierto, tengo también varias llamadas del juez Calvo.

Salado se lo piensa unos instantes.

—Déjamelo a mí. Pero sería bueno que mañana te pasaras a verle y le pusieras al día. Ahora tengo que colgar, viene el médico con su séquito de ángeles blancos. Tenías que verlos, con toda su parafernalia celestial.

En cuanto cuelga, un Jaso impaciente y voraz devuelve la llamada al laboratorio de criminalística. La aparición de semen da un giro sustancial al caso.

—¡Coño, agente Jaso! Eres más difícil de pillar que un billete de cien. Soy Teo Rivas, el mismo que te ha dejado un montón de mensajes en el móvil. Me han dicho que tu inspector está de baja, y que te ocupas tú. Te llamaba para comentarte algunos datos del caso que creo son relevantes.

—Gracias, Teo. Y perdona, estaba con un interrogatorio y apagué el móvil. Luego, al terminar, olvidé reconectarlo. Salado me ha

adelantado que habéis encontrado semen en la escena. ¿Es correcto?

—Así es. Detectamos líquido seminal por luminiscencia en el inodoro del piso y en el suelo del baño. Por el tono blancuzco y la consistencia grumosa, las manchas son relativamente frescas. Y es curioso, muy curioso...

Jaso espera a que continúe, pero como no lo hace añade:

—¿Hubo agresión sexual?

—Negativo, no la tocó —asevera con contundencia.

A Javier le parece que el hombre del laboratorio titubea, lo que acentúa más su nerviosismo.

—Vamos a ver, Teo, ¿tenéis claro o no tenéis claro que lo que habéis hallado es líquido seminal?

—¡Clarísimo! ¿Por qué lo dices?

—No sé. Me ha parecido que dudabas, y necesito trabajar con hechos comprobados, no con suposiciones.

—Es un hecho comprobado, hay líquido seminal. No te iría con el cuento si no estuviera seguro.

—Entonces, ¿cuál es el problema?, ¿de dónde vienen tus dudas? —le azuza.

Jaso escucha al criminalista respirar por el teléfono. Es obvio que está buscando las palabras o quizás esté sesgándolas.

—A ver, Jaso, te voy a contar lo que ocurre para que me entiendas, aunque excede de mi cometido, ¿vale, tío? Es a beneficio de inventario, que diría mi chica, que es contable.

—Vale, desembucha.

—Trabajé en el escenario de dos de los crímenes del asesino de los colores y mi mente no puede dejar de comparar aquellos sucesos con el de esta mañana.

Jaso se tranquiliza.

—Pero en aquellos escenarios nunca apareció semen, ¿cierto?

—¡Precisamente! No hubo prueba alguna de actividad sexual en esos casos.

Jaso masculla:

—¿Insinúas que no hablamos del mismo sujeto?

—Ese es el problema, Jaso, ¡que no lo sé! Admito que mi trabajo no es meterme en temas de investigación, sino alimentaros de datos para que vosotros investiguéis, sin embargo, si no te parece mal, en este caso, después de transcurrido tanto tiempo, me gustaría transmitirte mi pálpito. Lo digo porque supongo que, tarde o temprano, se os va a pasar por la cabeza investigar por qué este asesino ha cambiado de costumbres e incluso suponer que no sea el asesino de los colores y estéis ante un imitador. Como supongo que tienes mucho encima de la mesa y no quieres más monsergas que las justas, dime si quieres que siga o me calle.

—Te escucho atentamente, Teo —suelta a bocajarro. Su tono sale agresivo, mucho más de lo que hubiera querido, y enseguida se disculpa.

—No te preocupes, Javier, todos estamos nerviosos, el primero yo. Ahí va mi opinión: no puedo explicar la aparición del semen ni que escogiera a una chica que era virgen, a la que por cierto no mancilló, y no a una campanilla, pero estoy convencido de que es el mismo asesino.

—Pues vas a tener que convencerme a mí también, porque si no lo entiendo, tu pálpito me sirve para poco. ¿Por qué piensas que es el mismo asesino?

—No sé hasta qué punto estás familiarizado con ese expediente. Pero, si lo estudias, verás que una de las peculiaridades de ese asesino era la meticulosidad en la colocación de los cadáveres. Decir que era muy cuidadoso es quedarse corto. Preparaba

minuciosamente cada detalle de la escena donde dejaba a sus víctimas. Te pongo algunos ejemplos: la chica pelirroja llevaba un vestido vaporoso, a lo Marilyn; de esos que vuelan con el viento. Cuando el aire lo movía, dejaba a la vista su ropa interior. Para evitarlo, el asesino colocó varias piedrecitas en cada uno de los extremos de la falda. Lo mismo hizo con el pelo, que llenó de laca con el fin de que no se despeinaran; y siguió con el maquillaje... Estaban perfectas, salvo porque estaban muertas.

Jaso se ampara en el silencio para sopesar la información, pero enseguida le pican las dudas:

—Tengo entendido que no se sacó nada en claro de esas escenas, ¿es cierto?

—Bueno, es una afirmación demasiado tajante. Se barajaron algunas hipótesis no conclusivas, pero hubo un asunto que apareció a última hora y que me parece bastante concluyente del que quería hablar contigo. Se trata de la ropa interior de la víctima de hoy y de la coincidencia con la de aquellas campanillas.

—¿Qué pasa con la ropa interior?

—Comprueba los detalles en el informe del asesino de los colores, que yo hablo de memoria, pero lo que recuerdo es lo siguiente: los cadáveres de las cuatro jóvenes llevaban un tanga similar, bueno, cuando digo similar quiero decir que, salvo por el color, eran exactamente iguales. Y además eran nuevos, aún mantenían ese olor con el que se impregnan las prendas que no se han lavado. Eran corrientes, poliéster, elastano, nailon, lo que contrastaba bastante con el resto de la ropa de esas chicas y de sus costumbres en cuanto a ropa interior. El equipo revisó la lencería de las cuatro estudiantes, y no tenía nada que ver. Imagínatelas: modelos insinuantes o cómodos, de seda y encaje, y sobre todo caros, muy caros. Lo opuesto a los tangas encontrados en los cadáveres. Por las

etiquetas, se llegó a la conclusión de que las cuatro mujeres llevaban el mismo modelo de tanga vendido en Primark en un pack de cuatro: dos de color negro, uno blanco, y uno rosa.

—¡Un momento! No tan deprisa. ¿Me estás diciendo que el asesino compró un pack de cuatro tangas en Primark y colocó uno a cada una de sus víctimas?

—Exactamente. Se comprobaron por los datos de las etiquetas.

—¿Y qué ocurrió con la ropa original, la que ellas llevaban puesta?

—Las bragas no aparecieron. La hipótesis que manejaron los investigadores fue que el asesino se las llevó como recuerdo o como trofeo, y les puso los tangas baratos.

—Eso es interesante, desde luego, pero ¿qué relación tiene esto con el crimen de la calle Zurbarán, el del apartamento de la doctora Padierna?

El criminólogo se ríe nerviosamente.

—¡Pues ese es el tema! Cuando llamaste preguntando si habíamos encontrado una pequeña caja de zapatos, caí en la cuenta.

—Me dijisteis que dentro había un tanga barato, de poliéster.

—Y es lo que había, pero al comprobarlo me fijé en que tenía el mismo olor que los de entonces, y era nuevo, comprado en Primark, y del mismo modelo que el de las cuatro campanillas. La chica no vivía en esa casa, estaba de paso, pero no hemos encontrado entre sus cosas su ropa interior.

—¡También se la llevó como trofeo!

—Es posible, pero lo importante es que el detalle de que la marca del tanga era Primark nunca se reveló. Ningún periódico habló de ello. Solo estábamos al tanto los que seguíamos la investigación y el asesino.

Jaso está perplejo. Semen, un bolso de imitación, una chica corriente, un escenario distinto. El cambio es tan evidente que no parece proceder de las mismas manos. Pero ese tanga barato cambia el escenario.

—Me has dado mucho en que pensar, Teo, muchas gracias. Llámame si te acuerdas de algo y si aparece algún detalle más, por favor.

Tras colgar, deja pasar unos segundos, y luego escucha el mensaje de Paloma, que le informa de que no va a quedarse en casa de sus padres y que vuelve a la suya. Le manda de inmediato un *whatsapp*.

«Soy el agente Jaso. Acabo de escuchar tu mensaje. Me gustaría hablar contigo unos minutos. Me acerco salvo que me digas otra cosa».

14

—¿Que mi padre ha hecho qué?

—Jugárselo todo, Paloma.

—¡No fastidies, Charo, que no estoy para bromas!

La mujer niega vehementemente con la cabeza.

—No es broma. Se lo ha jugado todo y lo ha perdido. ¡Todo!

—Mira, Charo, no me gusta el cariz que está tomando esta conversación. Os habéis vuelto todos locos o el golpe que me he dado ha sido demasiado fuerte y la que me estoy volviendo loca soy yo. Sea como sea, estaré mejor en mi casa.

—No es broma, niña. Y aún hay más: cuando no quedaba nada, te ha jugado a ti.

—Pero ¿cómo me va a jugar a mí? ¡Ni que fuera su esclava! Además, a papá nunca le han gustado los juegos de azar. ¡Es un detractor acérrimo de los naipes! ¿Pretendes que me sume al manicomio? Pues no, no estoy dispuesta a...

—Si no me crees, mira en al garaje.

—¿Qué pasa en el garaje? ¿Habéis montado un casino?

—No, está vacío. Se ha jugado y ha perdido el Bentley y el Mercedes. Y, naturalmente, el barco.

—¡No me fastidies!

—Es la pura verdad. Yo tampoco lo entiendo, pero es lo que hay, no os queda nada. Esta casa ya no es vuestra, ni tampoco la finca de Toledo, ni la casa de Cádiz.

—¡Eso es una estupidez, Charo!

—Me gustaría decirte que lo es, pero te engañaría.

Con más dureza de la necesaria (al fin y al cabo, Charo no tiene la culpa), Paloma empieza a maldecir. La mujer intenta calmarla, pero Paloma no se lo permite y se zafa de su abrazo. Está tan furiosa que se pone a golpear la pared con los puños.

—Me voy, o empezaré a dar tortas a todo lo que se mueva.

—Niña, tienes que perdonarle, es tu padre.

—No hay excusas para esto, Charo. Ninguna.

—Tu padre está enfermo; sabes que le dio un infarto. Y tiene eso de las piernas inquietas.

Su voz tiembla por rabia y decepción.

—Jugarse el sustento de su familia no tiene nada que ver con el infarto ni con su síndrome de las piernas inquietas. No doy crédito, Charo. ¡Te juro que no doy crédito!

—Niña... Sé que esto te parece horrible, y lo es, pero no te olvides de lo principal.

Sujeta la mirada en ella, y pregunta con ironía:

—¿Y qué es lo principal?

—¿Y tú me lo preguntas? ¿Tengo que recordártelo?

—Pues sí, no sé de qué me estás hablando.

—Lo principal es la familia, y cómo quedará vuestro apellido si no se pone freno a esta locura.

La mirada de Paloma corta como un cuchillo.

—Escúchame bien, Charo, yo no soy mi apellido.

—Deberías hablar con tu padre, y que él te explique qué está pasando.

Paloma no escucha la última parte de la frase: ha salido con paso decidido en esa dirección. Sin preámbulos, entra en su despacho y le espeta desde la puerta:

—Papá, ¿es verdad lo que me cuenta Charo? Y no me mientas. ¿Te has jugado el patrimonio familiar?

El hombre agacha la cabeza y asiente. Parece un mendigo que busca una moneda de comprensión.

—Lo lamento muchísimo, hija. No sé qué me ocurrió, era incapaz de controlarme. Ya sabes que siempre he sido muy disciplinado y he mantenido a raya mis impulsos: la comida, la bebida, el trabajo, el lenguaje, el sexo... Siempre os eduqué sin chillaros, y jamás levanté la voz a mis empleados. Pero algo ocurrió en mi cabeza. No sé, no puedo explicar lo que me pasó.

—Hablas en pasado. ¿Es que ya no te pasa?

Niega dos veces.

—Pedí a Pablo un martillo y entre los dos hicimos añicos el ordenador.

—¿Jugabas con el ordenador? ¡No entiendo nada! Tú nunca te has llevado bien con los ordenadores.

—Lo sé. Fue Bosco el que me inició. Un día vino a verme. Fue muy amable. Me instaló unos programas y me enseñó a jugar. Todo era muy fácil: di el número de la tarjeta de crédito y mi nombre, y ya estaba listo. Jugaba a las tragaperras, y a la ruleta. Gané las dos primeras veces. Luego, empecé a perder.

—¿Por qué, papá?

Se encoge de hombros. Su cara compungida afecta profundamente a su hija.

—No puedo explicarlo. Cuando sabía que iba a jugar, me invadía un gusanillo en el estómago, me sentía vivo, activo, joven. Luego, me asaltaba un tremendo nerviosismo, y me irritaba, chillaba a tu madre, al servicio... Y me sentía una mierda. Cuando perdí el Bentley, me avergoncé, y quise recuperarlo con el barco, pero también lo perdí.

Paloma le detiene con la mano.

—Perdona, ¿cómo puedes jugarte un coche desde el ordenador? No lo entiendo.

El hombre niega de nuevo, esta vez vehementemente.

—No, hija, yo jugaba con la tarjeta de crédito. Y cuando me quedaba sin dinero, llamaba al banco para que me aumentaran el límite, hasta que terminé con todo el efectivo. Luego, rescaté el dinero que teníamos en el fondo de inversión y también me lo gasté. Entonces, Bosco se ofreció a ayudarme.

—¿A ayudarte? ¿Ahora se llama así?

Su padre no la escucha. Como si sintiera alivio al poder, por fin, confesarlo, se aferra al tema hasta exprimirlo como un limón.

—Me ayudaba a su modo, o eso creía yo. Le firmaba un papel haciéndole propietario de alguno de mis bienes, y él se encargaba de venderlo y de ingresarme el dinero en la tarjeta. Primero fue el Bentley, luego el barco, y finalmente esta casa. Nos van a desahuciar en tres meses.

—¿Cuánto te dio por la casa?

—¿Y a quién le importa eso ahora?

—A mí me importa. ¿Cuánto?

—Doscientos mil euros.

—¿Cuánto? ¿Doscientos mil euros? ¡Por Dios, papá, son cuatro mil metros cuadrados de terreno! Sabes que esta casa no baja de cuatro millones. ¿Cómo te dejaste engañar de esa manera?

—Sabía que era una migaja, pero no lo sé, hija. No lo sé, no podía evitarlo. ¡Ni yo mismo me lo explico! Estaba fuera de mí.

Paloma respira profundamente, y trata de tranquilizarse.

—¿Cuánto dinero te ha dado en total a cambio del patrimonio?

—Cuatrocientos mil euros.

—¿Con ese bandido hijo de puta queréis que me case? Dime una cosa, ¿ya no sientes esa necesidad de jugar o es que se te ha acabado el dinero?

—No, lo único que siento es vergüenza y arrepentimiento. Necesito que me quites el acceso a las cuentas, a las joyas de tu madre, a todo. Tienes que declararme incapaz, hija, estoy loco de atar.

Con voz triste y abatida, Paloma responde:

—Es un poco tarde para eso, papá. Según parece, te has fusilado todo.

El hombre estalla dando un puñetazo en la mesa.

—¡Maldito bastardo! Me dijo que nos jugaríamos todo a una última partida, y que todo se resolvería.

—¿Y qué hiciste?

—Le firmé un pagaré por la casa de la playa y por la colección de monedas de oro. Os he dejado en la calle, y eso no es lo peor...

La doctora Padierna ríe con tristeza.

—Ah, ¿no?, ¿hay algo peor?

—Sí, te añadí a ti.

—¿A mí?

—Sí, a ti. Le prometí que te casarías con él.

—No te preocupes por eso, papá, yo no soy tuya, no puedes venderme.

—Lo sé, y él también, pero si no haces lo que pide, nos echará; me ha dado un plazo improrrogable de tres meses.

Paloma, furibunda, no quiere pagarla con su padre, al que ve terriblemente afectado. Se acerca despacio a la ventana, respira hondo y mira al jardín.

—Explícame una cosa, papá, si es que la sabes. ¿Por qué Bosco quiere casarse conmigo? ¿En qué idioma queréis que os diga que es

gay?

—En realidad, no es gay, es omnívoro: come de todo —señala con acidez—. Lo sé, y su madre también. Pero ya conoces a su madre. Eulalia Calavatra es muy tradicionalista y si él mancha su apellido con un tema de estos le desheredará. Al parecer, tienen un acuerdo: él puede hacer lo que quiera y con quien quiera, mientras esté felizmente casado y tenga un nieto, esa es la única condición. Y Bosco quiere que sea contigo. Te tiene entre ceja y ceja, no me digas por qué. Lo siento muchísimo, hija.

—Más lo siento yo. Me voy.

—¡Palomita! ¡Hija, no te vayas así! Te prometo que he buscado cómo arreglarlo, pero no he podido. He llamado a mis amigos y al banco pidiendo crédito, pero no tengo con qué avalarlo. A tu madre se le ocurrió que nos divorciáramos y Bosco se casara con ella; así tú podrías vivir tu vida libremente. Era una idea tan estúpida como ridícula. Traté de quitársela de la cabeza, pero no me escuchó. Por eso fue a hacerse otro retoque, pensando que así estaría más deseable. ¡Pobre mujer! Ni siquiera se da cuenta de que no puedo pagar al médico que la está atendiendo. Bosco tiene esas cuartillas firmadas por mí. Cada vez que viene a pedir tu mano, me las enseña. Si no te prometes con él, antes de Navidad estaremos en la calle.

15

Paloma Padierna hace uso de la mirilla antes de abrir la puerta. Ya ha tenido bastantes sustos por un día. Ha regresado a su casa y ha tratado de digerir la información recibida, pero le ha resultado imposible. Ni siquiera ha podido llorar. Al identificar al agente Jaso, instintivamente, se suelta el pelo, que tiene cogido en una coleta, y se estira la camiseta.

—Javier, pasa, por favor. Estaba en la terraza, hoy la noche resulta muy agradable —dice con un leve nerviosismo en el tono que le hace bajar la vista. En ese momento, se da cuenta de que está descalza—. Vete acomodándote, por favor. Voy a ponerme unos zapatos.

Jaso la observa mientras entra en su dormitorio. Tiene un aspecto tan frágil que parece de papel. Se asoma a la terraza, sin entrar. Sobre uno de los asientos hay un viejo sombrero de paja y un libro de neurología abierto, donde se observa un corte transversal de un cerebro.

—¡Bueno, ya estoy! ¿Qué te apetece tomar? ¿Una cerveza?

Jaso se da cuenta de que ha cambiado la camiseta por una camisa y se ha puesto colonia. Lleva un ligero brillo en los labios, pero lo que más destaca son sus ojeras.

—Una cerveza estaría bien, gracias.

Paloma abre el pequeño frigorífico. No le hace falta más que un vistazo para darse cuenta de que está en las últimas.

—¡Mierda! Olvidé hacer el pedido. Lo siento, no hay cerveza. En realidad, no hay nada. Tengo tres zanahorias, un plátano y una lata de Coca-Cola. Tampoco hay hielos. No rellené el cacharro la última vez.

—Compartir una lata de Coca-Cola sin hielo estaría muy bien, pero sería mejor pedir comida a domicilio. ¿Te apetece? —aventura sin demasiada convicción.

Paloma parece dudar.

—No es un buen día para mí, Javier. ¡Cielo santo! Ni un buen día ni una buena semana. ¡Es como si hubiera pasado un siglo en tres días! ¡Como si me hubiera atropellado un autobús!

—Sí, conozco esa sensación. Como si te arrollara un tren —responde Javier con franqueza.

—¡Exactamente! Tengo la cabeza llena de trastos. Estoy triste, nerviosa, furiosa. La muerte de Mariana, el asunto de esa familia gitana, los líos de mi familia... Creo que hoy no soy una buena compañía para nadie. Seguro que digo mil tonterías.

Él la observa sonriendo. Si cree que va a rendirse tan pronto, no lo conoce.

—Puedes decir todas las tonterías que quieras, doctora Padierna, estoy seguro de que serán de lo más interesantes.

Paloma siente un escalofrío en la nuca y también sonríe.

—De acuerdo, me rindo. Pero, esta vez, pago yo. ¿Hamburguesas? Hay un New York Burger cerca. Sus nachos están buenísimos y no tardan demasiado.

—Me parece estupendo —debería haber sido sincero y decirle que es de talla grande y que con eso no le llega ni para un diente, pero no dice nada.

Tras pedir la comida, salen a la terraza con el refresco caliente repartido en dos vasos. La noche es, en efecto, agradable. Ha

bajado la temperatura y corre una ligera brisa fresca. Paloma ha cerrado amorosamente el tratado de neurología, marcando la página que leía. Por un movimiento reflejo, ya que es de noche, se coloca el sombrero de paja en la cabeza. La luz de la única lámpara de la terraza genera una sombra triangular en su cara. A Jaso le hace gracia ver los hoyuelos que se le forman al sonreír.

Están uno frente al otro, con una mesa bajita y estrecha en el centro, en silencio. Las manos de ella, extendidas, juguetean nerviosamente con sus uñas. Jaso también está inquieto. Se le hace raro estar allí, y sin embargo se siente bien: ha nacido un punto de extraña conexión entre ellos, una atracción que los dos perciben. Ambos esperan que sea el otro el que hable. Finalmente, es Paloma quien da el primer paso.

—Tengo que darte mil veces las gracias. ¡Eres como mi ángel de la guarda! En formato grande, desde luego. Primero en el hospital, luego en casa, finalmente... ¡Ah, que no te he devuelto los cincuenta euros! Espera, vengo enseguida.

—¡Tranquila! Ya me los darás; si me pagas intereses puedo esperar —le insiste, pero ella ya se ha puesto en pie.

Jaso la sujeta del brazo para que no se vaya. En su inmensa manaza capaz de retener un balón de rugby, el brazo de Paloma parece un junco. A ella se le colorean las mejillas. Vacila un instante antes de soltarse y volver a sentarse.

—Ha sido un placer, Paloma. Y, por cierto, hablando del pasado, tengo un recado para ti. Me lo ha entregado Abascal, quien, a su vez, lo ha recibido del patriarca gitano. Aún está ingresado, y ha preguntado por ti.

Desconcertada, responde:

—¿Ha preguntado por mí?, ¿por qué?

—Lo que Abascal me ha transmitido es que quería darte las gracias personalmente y recordarte que debes cumplir tu promesa... No sé qué promesa le hiciste, pero los hombres mayores no suelen olvidar las proposiciones que les hacen las jóvenes rubias y guapas.

Paloma se echa a reír. Se trata de una risa nerviosa, tensional que, sin poder contenerla, termina convirtiéndose en una tormenta de lágrimas. Aturdido, Jaso no sabe cómo actuar. Se pone de pie y se queda quieto a su lado. Finalmente, se arrodilla junto a ella y la sujeta por los brazos.

—Doctora Padierna, estás agotada. Tienes que comer algo, meterte en la cama y dormir. Mañana verás las cosas de otra manera.

Paloma lo niega.

—Dejar pasar el tiempo no va a devolverme a Mariana; ni va a resucitar a esa pobre niña gitana y tampoco va a impedir el desahucio de mis padres. —Al escuchar la palabra *desahucio,* a Jaso se le tuerce el gesto. Tenía entendido que Paloma procedía de una familia de clase alta. Pero no dice nada. Sabe que, si tiene paciencia, ella se lo contará todo—. ¿Te lo puedes creer? Tengo un padre tradicional y de las JONS, que no ha alzado la voz ni una vez en su vida y, ahora que va camino de los ochenta, se vuelve ludópata y se juega toda nuestra fortuna. ¡Y no solo eso! Me ha metido a mí en el lote.

Jaso no entiende esto último, pero se acerca a ella un poco más, la atrae hacia sí y la estrecha con fuerza. Paloma se deja envolver por sus brazos y su melena rubia se pierde entre sus músculos de deportista. Es una sensación cálida y reconfortante, envuelta en un estimulante olor dulzón. Permanecen unos instantes así, abrazados, en silencio. Entonces, suena el interfono, el repartidor de New York Burger pide que le abran la puerta.

Jaso afloja la presión de sus brazos. Se separan. Con los dos pulgares, Javier limpia las últimas lágrimas de los ojos de Paloma. Ella contempla extasiada el brillo de aquellos profundos ojos azules y, sin pensarlo dos veces, se pone de puntillas, levanta el mentón y planta un beso en sus labios que deja a Javier estupefacto. Pese a la evidente conexión, está allí por un motivo profesional. Aun así, se deja llevar. El repartidor insiste con el timbre, y Paloma se repliega.

—Perdona, Javier. Lo siento mucho, no sé qué me ocurre. Ese golpe ha debido de afectarme el juicio. Yo soy poco dada a intimar con... En fin, que voy a abrir a ese tío tan pesado.

16

El juez Calvo está recostado en el sofá de su casa. Apoya la cabeza en el regazo de su esposa, que le acaricia el pelo mientras escucha sus cuitas. Últimamente, le nota estresado.

—¿Sabes lo que opina la policía judicial?

La pregunta es retórica. Aun así, su mujer le sigue el juego.

—No, cuéntamelo.

—Dicen que puede tratarse de un asesino. No uno sencillito, normal, sino uno en serie. Y ni siquiera uno de nueva factura, sino uno antiguo que ha estado inactivo cierto tiempo y ahora ha vuelto a la palestra. ¿Me imaginas instruyendo un caso así?

—Naturalmente —contesta la mujer.

A Calvo le extraña tanto la respuesta que se incorpora y gira la cabeza hacia ella.

—¿Naturalmente?

—Estás más que capacitado para llevar un caso como ese. En cuanto te deshagas de las malas relaciones que tienes con los muertos, lo harás divinamente.

—¿Malas relaciones? ¿Es que se puede tener buenas relaciones con los muertos?

La psicóloga asiente despacio.

—No tienen por qué ser malas. Salvo en casos específicos, la muerte no se contagia.

Más sereno, se vuelve a recostar.

—En eso tienes razón. Además, no tengo por qué verlos... En persona, quiero decir. Bueno, en espíritu. O como sea.

—Cierto. Tú céntrate en el perfil del supuesto asesino y en los delitos que comete. Ese es tu papel, ¿no? ¿Quieres hablarme de ello? —aventura Valdis, sin la menor duda de cuál va a ser la respuesta. Su esposo no necesita incentivos.

—Sabemos que es un hombre de...

La doctora le interrumpe.

—¿Habéis descartado que sea una mujer?

Calvo, que se mantiene callado unos instantes, vuelve a incorporarse, coge su libreta y anota: «¿Podría ser una mujer?». Luego, regresa a la posición horizontal.

—Creo que sí, pero no sé por qué. Supongo que habrán llegado a esa conclusión por la fuerza física necesaria para trasladar a los cadáveres.

—¿Psicópata o psicótico?

Calvo no sabe cómo responder. Empieza a ponerse nervioso.

—Pues no lo sé. Las cuestiones forenses son complicadas, Val.

—No tanto. Deja que te lo pregunte de otra manera: ¿crees que es un actor organizado o desorganizado? Los primeros son fríos, actúan con premeditación, ocultan sus huellas, alteran las escenas donde aparecen los cadáveres y se recrean en la sumisión y la sensación de poder con sus víctimas. Por su narcisismo, se divierten jugando al ratón y al gato con la policía. Los desorganizados son impulsivos, como si les dominara un pronto, un trastorno agudo que no logran salvar, y cometen su crimen, incluso cogiendo cualquier objeto que tengan cerca, y se van sin mirar atrás, dejando un montón de pistas. Es el caso de un esquizofrénico que ha dejado la medicación y que cree que al matar a su víctima le saca el demonio que supuestamente hay en ella.

—Si esa es la clasificación, nuestro asesino no es organizado, ¡es organizadísimo!

—De acuerdo, tenéis a un psicópata. ¿Habéis encontrado el arma?

—No.

—Sí, eso es muy típico, el psicópata escoge sus armas previamente y lleva consigo al lugar su kit de matar. Nunca lo abandona en las escenas, salvo que lo pillen y tenga que salir corriendo. ¿Hay actividad sexual? Porque ese aspecto es fundamental.

—¡Ah! ¡Qué bueno que menciones ese punto! Yo siempre había pensado que los asesinos seriales tenían únicamente o, al menos, una importante motivación sexual: violar a las víctimas, hacerles daño para excitarse... Ese tipo de cosas. Pero los equipos de criminalística no hallaron indicios de abuso sexual o de violencia en ninguno de los cuerpos y escenarios donde aparecieron las víctimas del asesino de los colores. Hasta esta vez. En este último caso, han aparecido restos de líquido seminal en el suelo, pero, sorprendentemente, no han tocado a la víctima. Y no hay duda de ningún tipo porque era virgen.

Ahora es Valdis la que empuja la cabeza de su marido y le hace levantarse.

—¡Nunca he visto algo así! ¡Es interesantísimo! Verás, los asesinos organizados, además de perfeccionarse por irse familiarizando con las prácticas policiales, van mejorando con la práctica. Por lo que encontrar un descuido en el quinto escenario carece de lógica. Es un caso muy especial el vuestro, aunque, pensándolo bien, tampoco he leído ningún caso en el que un asesino serial no haya ejercido algún tipo de violencia sobre sus víctimas. Suelen ser narcisistas: se sienten superiores al resto y quieren que

sus víctimas experimenten su poder y su superioridad, por ello complementan la muerte con la violencia o el abuso sexual.

—Pues no es así en este caso. Las mató, sin duda, pero sin ningún tipo de ensañamiento ni restos de algún tipo de intención sexual. Salvo en el último caso.

—Pues eso no cuadra en absoluto. ¿Estáis seguros de que este último asesino es el mismo que en los otros casos?

Juan no responde. Se limita a contemplar a su mujer como quien observa un raro espécimen de cabra de tres cabezas.

—Oye, Val, ¿por qué sabes tanto de psicópatas?

La mujer se encoge de hombros y enarca las cejas.

—Soy psicóloga clínica, ¿recuerdas?

—¿Cómo no me voy a acordar? Pero pensaba que tus pacientes eran niños asociales, ancianos deprimidos, anoréxicas y personas con trastornos similares.

—Bueno, entre esas personas están los psicópatas. Gracias a Dios, son la excepción.

—No me dirás que has tratado a uno de esos, ¿verdad?

—A dos. Cuando aún vivía en mi país y atendía a presos convictos.

—¿Y no pasaste miedo?

Valdis sonríe para sí. Miedo no es lo que define las situaciones que ha vivido. Se encuentra dentro de una categoría superior, muy superior al terror. Estuvo meses sin poder conciliar el sueño. De hecho, fue una de las razones, junto a la ausencia de sol, que la empujaron a abandonar Escandinavia. Pero conociendo a su marido, prefiere omitirlo.

—¿Miedo? Miedo no, cariño. Miedo no.

17

El dolor se ha intensificado al volver a casa. El inspector Salado lo combate con paciencia, mal humor y unas pequeñas pastillas rojas de nombre impronunciable que le han recetado en el hospital. Por el tiempo que perdura el efecto y cómo reducen la intensidad del dolor, no parecen más fuertes que un paracetamol. El suyo es un dolor oscuro y desagradable, interno, como si alguien estuviera escarbando en sus tripas. Es tan lacerante que le impide dormir y hasta descansar. Por eso ha dejado a su mujer roncando en la cama, se ha levantado procurando no hacer ruido y se ha puesto a trabajar. Tiene la esperanza de que, manteniendo la cabeza ocupada, su tormento pase antes o, al menos, lo lleve mejor.

Está sentado en la cocina. Se ha preparado un cacao caliente, que ha aderezado con una generosa dosis de coñac, y, con el ordenador encendido, aprovecha el tiempo para repasar los informes del caso que tiene entre manos y poner en orden sus pensamientos. A falta de identificar el juego de huellas aparecido en todos los escenarios, carecen de pistas o indicios claros, y de sospechosos. Eso no es infrecuente al comienzo de un caso, lo extraño de este es que son precisamente esas huellas, junto a la colocación del cuerpo de la joven hallada en el barrio de Chamberí, los puntos que unen los casos del *Monopoly* y del asesino de los colores. A todas luces, su autor se ha esforzado mucho para que ellos los unieran. De no haber sido por esos dos puntos, nunca los habrían hermanado.

Sin pistas, y con la sensación de ser controlado y teledirigido por el asesino, se dispone a volver al inicio para intentar encontrar el quid de aquella historia y formarse una idea más clara de a lo que se enfrentan, pero se ve incapaz de hacerlo solo. Por eso, su primer impulso es contactar con su antigua compañera, una mujer de bandera, perspicaz, trabajadora, entregada y completamente de fiar, virtud esencial para un desconfiado patológico como él. La echa de menos, con todos los sentidos.

Busca su *email,* y escribe un largo y bastante críptico correo; no conviene dejar constancia escrita de determinados asuntos. Mientras lo relee, recuerda su despedida. Ella dejó meridianamente claro que no volverían a trabajar juntos: «Si regreso, no será contigo, Rana. Apostaré por mi trabajo y mi familia, y, trabajando contigo, ambas cosas son incompatibles». Finalmente, se da por vencido, borra el correo y añade un poco más de coñac al cacao.

«Tendré que conformarme con Jaso», se dice. No parece mala gente. Al principio, al verle tan grande y musculoso, pensó que era uno de esos descerebrados llenos de esteroides que se mete en el Cuerpo para llevar pistola, que es precisamente lo que a él más desagrada de la profesión. Poco a poco, se ha ido dando cuenta de que su primera impresión fue equivocada. «Está un poco verde, no cabe duda, pero con estos bueyes hay que arar». Mira el reloj. Son las cuatro y media de la madrugada. Aun así, le envía un mensaje al móvil. Ya lo verá por la mañana. Luego, regresa al expediente y vuelve a estudiarlo durante un rato, por si ha pasado algo por alto. Desafortunadamente, no saca gran cosa en claro.

La mezcla de los datos del asesino de los colores y el de Chamberí le está confundiendo. Juntos producen muchas más preguntas que respuestas. Así que decide empezar por el asesinato de Chamberí que, al fin y al cabo, es el que deben resolver.

El homicida buscó a su víctima en su domicilio. ¿Cómo sabía dónde vivía la doctora Padierna? Ha tenido que averiguarlo en algún sitio. ¿Tiene que ver con el hospital? Y si es así, ¿qué relación tienen esas cuatro chicas con el Gregorio Marañón o esa doctora con las chicas?

La puerta no estaba forzada, por lo que debió de convencerla para que le dejara entrar. Una vez dentro, le inyectó una sobredosis de heroína, la acicaló y, ya muerta, la abandonó, todo ello sin salir de su casa. En ese aspecto, los hechos son muy distintos a los de las otras chicas. Jaso tenía razón, no hay comparación entre el Templo de Debod y un minúsculo ático en Chamberí. ¿Por qué ese cambio de patrón?, ¿no es él?, ¿se trata de un imitador?, y, si es así, ¿por qué busca replicar sus hazañas después de tanto tiempo?, ¿de qué conoces al «auténtico» asesino de los colores? Además, el bolso que apareció sobre el cadáver, siendo del mismo modelo, es falso. Y hay semen en la escena. Son demasiadas diferencias. ¿Organizó él que aparecieran las huellas? Si ese es el caso, sabe mucho del asesino de los colores. ¿Lo hace para desviar la atención de los investigadores hacia ese asesino? Y, si es así, ¿por qué?; ¿qué es lo que busca?

«¡Joder! ¡No sabemos una mierda!», piensa. En ese momento, suena su móvil. Es el agente Jaso.

18

Cuando recibe el mensaje del inspector Salado, Jaso está sentado en el sofá de la casa de la doctora Padierna, del que ha retirado todos los cojines, apilándolos en el suelo. Nunca ha comprendido esa obsesión de las mujeres por los cojines, de la que, a tenor de lo que ha visto, no es ajena Paloma: hoy cojines sobre el sofá, la cama, la terraza y hasta en el suelo. Los hay grises, beis, marrones y negros; de rayas, y lisos; con flecos y sin ellos; de tela brillante y mate.

La noche silenciosa invita al sueño, pero él está despierto. Lo ha intentado, pero ha sido incapaz de dormir en ese minúsculo sofá en el que no le caben las piernas. Por eso ha bajado al coche y recogido el dosier que le ha entregado el comisario Plaza. Y, de nuevo en el apartamento de la doctora Padierna, lo ha estudiado despacio, tomando notas. Alrededor de las tres y media, ya remojado en datos y detalles, se ha puesto a dar vueltas al asunto; está seguro de que les falta una pieza.

Su estómago empieza a alborotarse. Tiene hambre.

Paloma había dado dos pequeños mordiscos a su hamburguesa, pero se había zampado casi todo el plato de nachos recubiertos de queso, guacamole y crema agria. Él se había comido su hamburguesa doble, los restos de la hamburguesa de Paloma y de los nachos, y las zanahorias del frigorífico. No se ha comido al repartidor porque escapó a tiempo, ni tampoco a Paloma porque no le ha dado opción. Tras desatender su cargo de conciencia por ser ella una persona directamente implicada en un caso, ha apretado el

acelerador, pero, tras el segundo beso, la doctora se ha mostrado firme; desafortunadamente, ha resultado medrosamente tradicional. De modo que Javier se ha conformado con su compañía y con acariciarle el pelo, sedoso y liso, que emite unos deliciosos efluvios a jazmín. Han hablado más de tres horas. Han intercambiado sueños y recuerdos de infancia y universidad. Y ella le ha hecho partícipe de las operaciones estéticas de su madre, del miedo que había pasado con la familia gitana, del estrés del trabajo en los meses de covid y del chantaje de Bosco Calavatra.

Cuando ha mencionado su nombre, se ha puesto en pie y deambulado por la habitación al tiempo que hablaba. A Javier le ha sorprendido la fluidez con la que manaban sus palabras. Paloma parecía una mujer celosa de su independencia y su intimidad, no la típica que tiene por costumbre contarle sus problemas al primero que pase por delante. Sin embargo, quizás por la situación o por el estrés, lo ha compartido abiertamente con él.

—Mi padre es relativamente mayor, pero no viejo y mucho menos tonto. Además, ha sido siempre un firme convencido de que cumplir con la ley y las buenas costumbres forma parte de la ciudadanía. Ya sabes, un hombre a la antigua usanza: reglas, moral, responsabilidad, familia... Con esas claves, me parecía rarísimo, por no decir que me resultaba inconcebible, que de la noche a la mañana las olvidara y se metiera en ese agujero sin percatarse de que lo era. Como no sabía qué hacer, llamé a un colega del hospital, un psiquiatra, y le comenté el caso.

—¿A un psiquiatra? —pregunta Jaso sorprendido.

—Como la generada por la cocaína o la heroína, la ludopatía no deja de ser un tipo de adicción, una muy seria, pero no es un jersey de quita y pon, no se adquiere de la noche a la mañana y, sobre todo, no se pierde en un par de semanas, como parece haber

pasado con mi padre. Mi colega me derivó a una unidad del hospital Ramón y Cajal donde tratan los problemas de juego patológico. Hablé allí con otra psiquiatra. Me comentó que, con el confinamiento, están viviendo una epidemia con el juego *online,* que aumenta exponencialmente y que cada vez afecta a gente más joven, pero que el biotipo de mi padre no terminaba de encajar: ni por la edad (la media está entre dieciocho y cuarenta y cinco y mi padre pasa de largo de los setenta); ni por la trayectoria, limpia hasta hace un par de meses; ni porque no le gustan demasiado los deportes, y es en lo que se ha gastado la fortuna. Entonces, me preguntó por su salud y su medicación. Le expliqué que tuvo una angina y, a partir de entonces, bajó el ritmo y hace mucha menos vida social, para dolor de mi madre. También le comenté que empezó con un síndrome de piernas inquietas, un trastorno neurológico para el que también recibe medicación. Y, mientras se lo iba contando, he caído en la cuenta. ¡Dios!, ¿cómo he podido estar tan ciega?

Jaso se ha perdido.

—¿Caíste en la cuenta de qué?

—¡Ah, sí, perdona! Por un momento, he pensado que estaba hablando con un colega del hospital, y he olvidado que no eres médico. Lo que iba a contarte es que de pronto caí en la cuenta de que uno de los efectos secundarios del tratamiento para sus piernas inquietas es precisamente la ludopatía.

—¿La ludopatía es un efecto secundario?

—En ocasiones lo es, sí. Debería haberme dado cuenta. ¡Soy médico, lo tenía delante, pero no lo vi! Y por mi culpa, ahora están así.

—No me gustaría meterme donde nadie me llama, pero, o mucho he perdido el olfato, o esto huele a una manipulación muy bien

orquestada, a una encerrona. Háblame de ese hombre, Bosco no sé cuántos. Desde luego, ha sido un negocio muy rentable para él.

—¿Bosco Calavatra? —Respira hondo mientras piensa—. ¿Qué puedo decirte de él? Pues que no me gusta lo más mínimo; no es una buena persona. Rectifico, es una mala persona. Tengo que hacer algo para que me devuelva esos pagarés.

Jaso extiende la mano y con el dedo le toca el hombro.

—¡Espera! No hagas nada todavía. Deja que reúna algo de información...

—¿Información sobre qué?

—Para empezar, sobre el hecho, deja que hable con nuestros expertos. Es evidente que esos tratos son inválidos. Soy abogado, sé lo que me digo.

—No te lo niego, pero la ley es muy lenta y no puedo ir a su ritmo. Todo esto va demasiado deprisa. Todo es demasiado complicado y este asunto me está destrozando los nervios. Sé que no puedo derrumbarme y que llorar hasta caer exhausta, que es lo que me apetecería, no me lleva a ningún sitio. Pero es como si, de pronto, mi vida hubiera tocado hueso.

—Permíteme que, por vías distintas, consigamos la información necesaria y luego te ayudaré a dar a ese tío su merecido. Recuerda que quien hace un cesto hace cientos: el tal Bosco debe tener un historial policial.

Antes de que a Paloma le dé tiempo a responder, Javier la ha sujetado por el brazo y la ha atraído hacia el sofá.

—Déjame a mí, Paloma. Albergo pocas dudas sobre el engaño.

Durante un rato, ambos permanecen en silencio, pensativos, hasta que Paloma, como si se le hubiera acabado la energía, va perdiendo fuelle y se queda dormida echa un ocho con la cabeza apoyada en las piernas de Jaso que, pese al hambre, se siente en la

gloria. Finalmente, la coge en brazos y la lleva a una colchoneta hinchable que había sacado de un armario y había colocado cerca de la puerta de la terraza, pues se negaba a entrar en el dormitorio y a dormir en la cama donde habían matado a su amiga. Habría dado cualquier cosa por tumbarse a su lado, pero no es posible. Ella lo ha dejado claro. Y, además, está el conflicto de intereses.

Cuando regresa al sofá, descartada por completo la posibilidad de que Paloma Padierna hubiera sido elegida por una cierta vida oculta, se pone a considerar lo curioso del caso. Es obvio que la elección de la doctora solo puede estar motivada por su trabajo. No obstante, el asesino no puede ser una persona muy cercana a Paloma, ya que ha matado y acicalado *post mortem* a alguien de la misma estatura y color de pelo que Paloma sin darse cuenta de que no era ella, lo que evidencia que no la conoce. ¿Podría tratarse de un encargo? ¿Podría tener que ver con los problemas familiares de Paloma? Lo sopesa unos momentos y se dice que no parece probable, que no busca a Paloma, sino a la doctora Padierna. Luego, anota en su cuaderno:

«Revisar:

1. ¿Tiene la doctora Padierna alguna conexión con los fallecidos del *Monopoly*?
2. ¿Existe algún vínculo entre Paloma y las campanillas muertas?».

Vuelve a abrir el expediente y separa los datos de cada una de las cuatro jóvenes asesinadas, pretende encontrar si, además de ser estudiantes de la misma universidad y ejercer como prostitutas de lujo, hay algún factor adicional que las relacione. ¿Se conocían entre ellas?, y si es así, ¿de qué? De haber existido un vínculo, el acercamiento del asesino habría sido sencillo y explicaría la ausencia de violencia. Y si ellas no le conocían, ¿dónde las había visto y encontrado él?, ¿qué bandera habría enarbolado para que estuvieran

tranquilas en su presencia?, ¿se trataba de un trabajo o de otro tipo de relación?

Comienza por Anne Rumua Petrov, que, como primera de las víctimas, encabeza la cronología. La fotografía muestra a una chica rubia natural, de piel nívea y larga melena lisa que le cubre completamente la espalda. De padre alavés y madre rusa, era natural de Oyón, provincia de Álava. Cuando falleció tenía veintiún años. Medía metro setenta y cinco, pesaba cincuenta y siete kilos, estaba operada de apendicitis y de aumento de pecho, y, según el forense, al menos había sufrido un aborto. Cursaba tercero del grado en Derecho, disfrutaba de una beca y vivía en un pequeño apartamento en los alrededores del campus. Sus notas eran inmejorables. No frecuentaba ningún gimnasio, pero tenía por costumbre salir a correr durante cerca de una hora casi diariamente. Su armario parecía una pasarela. Y tenía muy poco dinero ahorrado. Viajaba mucho.

Rosa Caros, la segunda fallecida, era una chica de pelo castaño y llamativos ojos verdes, bastante alta y delgada, también se había agrandado el pecho. Estudiaba Administración de Empresas con notas aceptables, pero no sobresalientes. Era natural de Palencia, de padres españoles, y tenía veintidós años cuando murió. Compartía apartamento con dos compañeras de clase, que declararon desconocer sus costumbres. También fue una sorpresa para su novio, un estudiante de Ingeniería Industrial que estaba terminando el proyecto fin de grado y que había sido largamente investigado. Estaba apuntada a un gimnasio y a una academia de inglés. Su armario mezclaba la ropa normal de una estudiante con algunas piezas, pocas, selectas. El saldo de su cuenta corriente ascendía a trescientos mil quinientos euros.

Virginia Coiline, tercera de la lista, pelirroja de veintitrés años, de padre irlandés y madre española, estudiaba Economía y Derecho y vivía en un piso compartido con un chico y una chica. Según ellos, llevaba una vida corriente. No traía hombres a casa y bebía bastante, aunque tenía mucho aguante. Sacaba buenas notas, quería trabajar en una consultora y había ahorrado doscientos mil euros. No era deportista, aun así, tenía un perfecto cuerpo escultural. No estaba operada del pecho.

Mónica Tubude, cuarta víctima y la única del grupo de raza negra, llevaba cuatro años en Madrid y habría terminado Psicología con un expediente notable de no haber muerto. No era guapa, pero su cuerpo atlético y su estatura la hacían acreedora de un físico imponente. Su armario era espectacular, y también sus ahorros: trescientos veinte mil euros. No le gustaba el deporte.

Jaso relee una y otra vez sus biografías, sin encontrar más puntos en común que los que ya había identificado el grupo del comandante Plaza: estudiaban en la misma universidad; tenían el mismo bolso y compartían el modo de ganar dinero.

—¿Dónde las conociste, cabrón? —masculla.

El sonido del móvil avisando de la entrada de un mensaje le distrae.

19

—Buenas noches, inspector.

—¡Vaya! ¿Te he despertado, Javier? No era mi intención, supuse que verías el mensaje por la mañana.

—No te preocupes, jefe. Estaba despierto. Ando dando vueltas al caso. ¿Cómo estás?

—Jodido. Lo soporto a base de pastillas y coñac, y no me digas que no es una buena mezcla porque ya lo sé. En fin, si estás despierto podemos hacernos mutua compañía, ¿por qué no me cuentas qué has averiguado?

Jaso respira hondo y pasa algunas páginas de su libreta negra.

—Me has pillado cotejando los datos de las cuatro víctimas del asesino de los colores para ver si encontraba algún patrón que se les hubiera escapado a los investigadores. Pero, si te soy sincero, tengo muchas más dudas que certezas. ¿Y tú?

—Yo me he centrado en el escenario. Pero cuéntame primero lo tuyo. Por cierto, ¿por qué susurras? Si no estás solo, hablamos más tarde; no querría estropearte algún plan interesante.

El agente cierra los ojos y se concentra tratando de dar una explicación profesional.

—Estoy en casa de la doctora Padierna. Me envió un mensaje diciendo que, por motivos que no vienen al caso, había abandonado la casa de sus padres, y vine a hablar con ella. Me dio miedo dejarla sola por si el asesino volvía y me he quedado aquí.

—Dime que no te la has cepillado, Javier.

El teléfono se queda en silencio un instante.

—No, jefe. No te preocupes. Simplemente, era muy tarde para avisar a una patrulla. Estoy en el sofá, y con un hambre de caballo. En cuanto pueda, me bajo a buscar un café y algo dulce. La mujer tiene el frigorífico *pelao*.

—Ok. Mejor, esas cosas no traen más que complicaciones. ¿Por dónde andábamos?

—Iba a decirte que es obvio que el asesino buscaba chicas de revista: de buen aspecto, de buen cuerpo y avezadas en artes sexuales. Sin embargo, mató a estudiantes. Eso me despista. Si se trataba de asesinar a mujeres de, digamos, comportamiento dudoso, ¿por qué no buscó prostitutas clásicas? Tiene que concurrir alguna relación con la universidad.

—¡Sin duda! De eso estoy seguro.

—Lo que más me choca, inspector, es que, aparentemente, el asesino no obtiene nada con esas muertes y los tipos así siempre obtienen algo, por eso matan. Aquí la violencia es mínima e instrumental, y tampoco parece que se haya lucrado con ello. No hay ira, no hay pasión, no hay venganza. Entonces, ¿cuál es su fantasía?, ¿de qué va todo esto? Está claro que tiene que ver con la forma en que las coloca una vez muertas. Esa conducta de acicalarlas tiene que responder a alguna necesidad emocional o psicológica, pero no acierto a saber cuál. Además, tiene que ser muy vanidoso y desafiante porque dejaba los cadáveres a la vista pública cerca del Templo de Debod, que es un lugar transitado y que no se puede descartar que alguien esté paseando al perro por allí a altas horas de la noche.

Rana Salado le interrumpe.

—En eso tengo que contradecirte, Javier. He estado comprobando las fechas en que aparecieron esas chicas, y coinciden con el tiempo

en que el templo fue cerrado para acometer obras. Entre 2018 y 2019 se reformó el sistema de climatización y, además, se reparó la rotura de la tubería que abastecía a la fuente que rodea el templo. El lugar estuvo cerrado, vallado y lleno de maquinaria y operarios casi trescientos días. De modo que el asesino no se arriesgó tanto, ya que los operarios no trabajan de noche. Alguno diría que tampoco de día, pero eso es otro cantar. Lo importante es que en el lugar había carretillas para el acarreo de materiales, que bien pudieron ser empleadas para transportar los cadáveres. Habría que mirar si se encontraron en ellos rastros de cemento o de otros compuestos.

—Eso es muy interesante, jefe. ¡Sí, eso cambia muchas cosas! El comisario Plaza no me lo dijo y, si lo ponía el informe, no lo he visto. En todo caso, el asesino parece tener cierta conciencia forense, pues no dejó resto alguno, salvo esas huellas ilocalizables.

—Con tantas series, hoy todo el mundo tiene conciencia forense —le corta—. Bueno, ¿qué más?

—Otra de las cosas que resalta son los cuatro bolsos de Louis Vuitton. Según el informe, pertenecían a las víctimas. Pero tenían otros, de modo que su asesino tuvo que asegurarse de que llevaran ese y no otro. ¿Cómo lo hizo?, ¿se lo pidió expresamente? Teniendo en cuenta que trabajan como chicas de compañía, es posible que quien las contratase diera indicaciones sobre cómo quería que se vistieran.

—¿Tú crees?

—Pues sí, jefe, si vas a pagar cinco o diez mil euros para que una chica de bandera te acompañe a una cena, una exposición o a tu cuarto, supongo que tendrás derecho a escoger qué estilo de ropa te gusta o qué color prefieres, ¿no?

El silencio se adueña del aparato unos instantes.

—Rana, ¿sigues ahí?

—Sí, Javier, sigo aquí. Estaba pensando en esto último que has dicho. En el sentido de que uno de los problemas que tiene un delincuente es cómo acceder a su víctima. Por eso, los pedófilos suelen buscar trabajos cerca de los niños, en colegios o en lugares de deportes. Sin embargo, en este caso, hay una total cooperación de la víctima. Una prostituta se sube voluntariamente al coche de su asesino, aunque, naturalmente no sabe que lo es. Y una campanilla va en busca de su asesino con su bolso de Louis Vuitton porque él así se lo ha pedido. Y una vez allí, su vulnerabilidad es total.

—Así es, jefe. Pudo citarlas en un restaurante, un hotel, o incluso en un domicilio privado. Solo tuvo que lograr drogarlas hasta matarlas, y luego transportarlas hasta ese lugar en obras. Pero sigo insistiendo en los porqués; si no conocemos su motivación, no podremos descubrirle.

—De acuerdo, vayamos a eso. No habiendo violencia que refleje ira, envidia, odio o venganza; no habiendo móvil económico y no existiendo, al parecer, motivación sexual, ¿qué nos queda?

—No tengo ni idea, jefe. Y eso es lo que no me deja dormir, porque sin eso, no sé cómo vamos a relacionar esos crímenes con el que acaba de cometerse en Chamberí.

—Esa es otra de las cosas que quería comentar contigo. Porque, al comparar ambos escenarios, veo muchas diferencias, lo que me hace pensar en un imitador.

—Sí y no, jefe.

—¡Coño, Javier! O es un imitador o no lo es, pero las dos cosas a la vez no pueden darse.

—Lo sé. Pero deja que te ponga al día de algo que me ha contado uno de los tipos de criminalística, que trabajó en los otros casos. — Jaso informa a su jefe sobre el tipo de ropa interior que vestían los cadáveres cuando fueron encontrados, y que coincide con la que

llevaba Mariana Friale cuando la hallaron muerta—. Esa información no fue revelada al público, sin embargo, el asesino la conocía. Es más, pertenecían a la misma partida.

—¿Qué significa eso, que se quedaba con sus bragas de recuerdo?

—Sí, jefe, el tío es un fetichista, pero hay algo más importante. A ver si soy capaz de explicarme. Veamos, el asesino quitó la ropa interior a cada una de sus víctimas, que guardó para él, y la cambió por unos tangas del modelo Secret Possessions de Primark. Cada uno de esos tangas llevaba una etiqueta donde se podía leer el lugar donde habían sido fabricadas (Myanmar, Birmania); un RN Number, que no sé bien qué quiere decir, y, finalmente, dos ristras de números. El último es..., deja que te lo lea..., el 7416304, que corresponde a un pack de cuatro unidades, todas ellas iguales, pero de distinto color. Es el mismo número que tiene el tanga que ese cabrón dejó en la casa de Paloma Padierna metido en una caja. Y las bragas de la muerta no han aparecido.

—¡Un momento, Javier! Ve más despacio ¿Me estás diciendo que se llevó sus bragas y, a cambio, dejó allí otras compradas al peso?

—Sí, eso es. Quizás quiso decirnos que sabe lo de Primark, es decir, que no es un imitador.

Jaso escucha respirar a Salado. Lo hace profundamente. Desconoce si es por el dolor o porque está pensando. En todo caso, se mantiene en silencio.

—Hay que indagar más. Sigue tú con esas chicas. Dedícate a buscar conexiones entre las víctimas del *Monopoly* y esa doctora. Y consigue que se vaya de su casa cuanto antes. En estos momentos, es carne de cañón.

—Como digas.

20

Si *hambre* significa ganas o necesidad de comer, Javier Jaso es persistentemente un hombre hambriento. Nunca recuerda haber llenado su estómago hasta el punto de decir que no le cabía más. Sencillamente, cuando considera que ya ha comido suficiente, abandona los cubiertos. Es alto, fuerte y grande, pero no grueso; su férrea voluntad y el deporte contribuyen a ello. Sin embargo, en este momento no es que tenga hambre, es que necesita azúcar para poder pensar y no tiene nada a su alcance. Además, le espera un largo día por delante. Por ello, coge el juego de llaves que Paloma ha dejado sobre la mesa y sale a buscar el desayuno. Vive más o menos a un kilómetro de allí, y conoce bien la zona. Regresa poco antes de las siete con pan recién horneado, jamón serrano, zumo de naranja recién exprimido y café. Abre el portal con la llave de Paloma y sube andando para estirar las piernas. Cuando llega al ático, en la puerta de la casa de Paloma, sobre el felpudo, hay una caja pequeña. Es similar al envase en que habían llegado los tangas y al que se había encontrado en el ataúd vacío.

Su corazón, que aletea por el ejercicio, se queda petrificado ante el inesperado hallazgo. Sus ojos, muy abiertos, resbalan despacio por la superficie, palpando su contorno. A simple vista, no trae remitente. Como tiene las manos ocupadas, abre la vivienda, deja las bolsas sobre la encimera de la cocina y regresa. Abre la cámara de su móvil y fotografía la caja desde todos los ángulos. Luego, se coloca un par de guantes desechables, que saca del bolsillo, se

agacha y lo recoge. Despacio, como si fuera un artificiero, lo alza y lo introduce en la casa. Cierra la puerta ayudándose del pie.

La mañana empieza a inundar de luz el ático. Con ella, el pequeño paquete parece aún más inofensivo, pero Jaso es consciente de cómo engañan las apariencias. Vuelve a hacer una colección de instantáneas, y luego busca entre los cajones de la cocina hasta dar con un tenedor, del que se ayuda para quitar la tapa y acceder a su interior. También empleando el cubierto extrae su contenido y lo coloca en alto: es una ratonera.

—¡Eres tú, cabrón! No puedes resistirte, ¿verdad? ¡Tienes que mandar señales! —masculla.

Ocupado con el envío, no se ha percatado de la presencia de Paloma. Cuando se gira para comprobar el número en el expediente, nota que hay alguien y saca la pistola.

—¡No dispares, por favor! ¡Soy yo! —chilla mientras se cubre la cabeza con los brazos.

—¡Mierda, Paloma! ¡Casi te pego un tiro! ¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—Un rato —responde escueta. Tiene el rostro abatido y los ojos húmedos.

En realidad, se ha despertado hace más o menos media hora con un gran dolor de cabeza. No recuerda qué hace durmiendo vestida, ni por qué no está en el hospital siendo día de labor. Pasados unos instantes, las imágenes acuden apelotonadas a su mente: su ingreso en La Paz, la visita del agente Jaso, la charla con su padre... Se incorpora medio sonámbula, va directa al armario para buscar un analgésico y se sirve un vaso de agua.

El salón, teñido de luz, está vacío. Los cojines están apilados en la pared, y los envases de las hamburguesas, cuidadosamente doblados, recogidos en la bolsa del restaurante. La mesa está

tomada por carpetas, distribuidas en cinco montones. Cinco fotografías con el rostro de otras tantas mujeres descansan sobre ellos. Las observa a distancia, sin atreverse a acercarse. Pasados unos segundos, se aproxima para corregir la posición de una de las fotografías, ladeada a la derecha, retoma su posición, y se toma el analgésico. Un par de segundos después, esta vez con andares decididos, se acerca para colocar los cojines en su sitio, y, hostigada por la curiosidad, se detiene ante la mesa. Las fotografías muestran a mujeres jóvenes con los ojos cerrados. Pese a que están maquilladas y peinadas, resulta evidente que están muertas. No conoce a ninguna de ellas, no obstante, hay algo en la última que le resulta familiar. Coge la fotografía y la escudriña en lo posible: han volcado sobre la zona de los ojos y la nariz pintura negra y sus rasgos son irreconocibles, sin embargo, hay en esa imagen algo que tiene por cierto haber visto antes. Se fija en su cuello, en el mentón, en el pelo pajizo, en sus orejas. Es al ver los pendientes cuando cae en la cuenta de que es una fotografía de Mariana. Al principio, ni siquiera es capaz de digerir lo que está viendo. Pronto llega el desgarro en el alma, y los espasmos de la tensión liberada le arrancan las lágrimas. Un sentimiento de derrota y de fracaso la mortifican y empieza a reprocharse no haber estado allí, haber dejado sola a su amiga, no haber muerto ella. Lentamente, de mala gana, va abandonando las lágrimas y enfrentándose a la verdad. Se limpia los mocos con un trozo de papel de cocina, se sienta en el sofá rodeada de sus cojines y se pone a leer. Pasado un rato, la puerta se abre dándole un susto de muerte. Trata de esconderse acurrucándose en la alfombra y cubriéndose con los cojines. Pronto identifica a Jaso y se tranquiliza. Trae cafés y una bolsa que deja en la cocina, luego vuelve a salir y regresa con un pequeño paquete que sujeta con guantes. Le ve abrirlo y sacar una ratonera. Se va a

poner en pie para advertirle de su presencia cuando uno de los cojines cae sobre la mesa tumbando uno de los montones apilados. Al escuchar el ruido, Jaso echa mano del arma y se gira apuntándole. Paloma observa sus nervios templados y sus ojos azules, cortantes, amenazadores en esta ocasión, y siente miedo.

Jaso guarda el arma y se da cuenta de que los expedientes están descolocados; es un fanático del orden y la simetría, una manía que comparte con su padre. Se acerca para reorganizarlos.

—Esos expedientes son confidenciales, doctora.

Su voz, sombría, afecta de nuevo a Paloma, que no logra asimilar la situación. Se sobrepone como puede y responde:

—Ya no.

Javier, que no ha llegado a escucharla, añade:

—Sé que no podré proporcionarte una explicación convincente, pero tienes que confiar en mí y hacerme caso, este apartamento no es un lugar seguro. Coge tus cosas y salgamos de aquí de inmediato. Si no quieres ir a casa de tus padres, te ofrezco la mía. —Ante la mirada de desconcierto de Paloma, aclara—: ¡No me mires así! Vivo a dos manzanas y tengo una habitación de invitados con baño y llave por dentro.

Paloma traga saliva y confiesa:

—Lo siento, Javier, has llegado tarde. Lo he leído todo.

Frustrado, el rostro de Jaso no es capaz de ocultar su enfado.

—No deberías haberlo hecho, es información policial que no puedo compartir contigo. Aunque la culpa es mía por haberlos dejado a la vista.

Respira hondo varias veces, pero no dice nada, de modo que Paloma toma la iniciativa.

—Se va a enfriar el café, ¿por qué no desayunamos, y mientras lo hacemos me explicas qué demonios tengo yo que ver con esta

historia?

Un ensombrecido Jaso asiente. No parece tener más argumentos.

—De acuerdo, desayunemos.

21

Las tostadas están deliciosas; el zumo, ácido. Han calentado el café, que se había quedado frío, en el microondas, no sin antes traspasarlo a sendas tazas rojas, propaganda de Nescafé. Desayunan en silencio. Javier está tenso, preocupado, confuso. Cuando le cuente a Salado lo ocurrido, le va a mandar a hacer puñetas, y con razón. Pero ya no hay solución.

—De verdad que lo siento, Javier —sisea Paloma—. Cuando me acerqué para colocar los cojines en su sitio, vi esa fotografía y reconocí a Mariana. ¡Espero que pronto cojáis a esa desgraciada y la metáis de por vida en la cárcel!

Extrañado por el comentario inesperado, Javier reflexiona sobre lo que Paloma acaba de aseverar con tanta ligereza.

—¿Has dicho *desgraciada*?

—Creo que he usado esa palabra, sí, ¿por qué?

Jaso se inclina hacia ella. Está a pocos centímetros de su cara, clavándole los ojos.

—Has empleado el femenino. ¿Piensas que la culpable es una mujer?

Paloma Padierna se encoge de hombros.

—No lo sé, lo he dado por supuesto. Pero, ahora que lo preguntas, puede ser por lo que he visto en esos papeles. Quiero decir que no hay sangre, a las mujeres en general nos desagrada la sangre y la evitamos siempre que podemos.

—¿O sea que si no es sangriento es femenino?

Paloma se entrega a la reflexión unos instantes, que Jaso respeta.

—No es solo por eso, Javier, todo lo que he visto en esas fotografías indica que es alguien muy metódico, cuidadoso, que hace las cosas con mimo; eso también es muy femenino.

—En eso te doy la razón.

Paloma siente en la cara la mirada atenta de Jaso y vuelve a enrojecer.

—Pero lo más importante de todo es que las envenenó.

Javier niega con la cabeza.

—Murieron por una sobredosis.

—¿Y qué es una sobredosis sino un envenenamiento? Ya sabes lo que se dice, que el ingrediente favorito de la cocina de una mujer es el veneno. —El móvil de Paloma vibra. Enmudece y mira la pantalla —. Lo siento, es del hospital. Tengo que contestar. Y, de paso, voy a ducharme. Pero no te vayas, aún no me has dicho qué tiene todo esto que ver conmigo.

Sin esperar respuesta, la doctora Padierna se encierra en el cuarto de baño. Javier Jaso, que sigue dando vueltas a lo comentado por Paloma, consulta la hora en el móvil. No lleva reloj. Aunque tiene varios de buenas marcas, regalo de su padre, el aparato le molesta. Pese a ser temprano, es ya una hora prudencial. Así que no se lo piensa dos veces y telefonea a la doctora Olascoaga.

—Edurne, buenos días. Espero no haberte despertado.

—Tranquilo, tengo ya la primera taza de café en la mano. ¿Puedo serte de utilidad en algo?

—Espero que sí, por eso te llamo. Seguimos con el caso en el que has trabajado, que se ha complicado bastante. He recordado tu tesis sobre los venenos y quería preguntarte algo.

En pocas palabras, le resume los hechos. Edurne le interrumpe.

—Tú me estás hablando del asesino de los colores, ¿no es así, Javier?

—En efecto. Estoy tratando de hacer un perfilado. Como no hay sangre, se ha tratado de muertes por sobredosis, y los hechos parecen muy meticulosos, me estaba viniendo una idea poco ortodoxa a la cabeza.

—Que fuera una mujer... —interviene lacónica.

—¡Coño, Edurne! Me acabas de leer el pensamiento. ¿Cómo es eso?

—En su momento, cuando comenzaron a investigarse esos casos, yo misma lo sugerí. Les dije que a mí todo me olía a perfume. Pero no me hicieron caso.

—Y eso, ¿por qué?

—Bueno, puede que lo dijera con poca convicción, yo misma tenía mis dudas. Y ellos también tenían algo de razón.

—¿En qué?

Edurne se acerca el café a la boca y da un trago largo.

—Verás, Javier, la criminalidad femenina es muy reducida en comparación con la masculina y, en lo relativo a crímenes seriales, las mujeres pierden la partida más o menos cinco a uno. Así que, por probabilidades, había que apostar por un hombre. Sin embargo, en mi opinión, existían muchos rasgos en esos crímenes que apuntaban hacia una mujer: como bien dices, no había sangre, y las escenas estaban tratadas cuidadosamente y con mucha discreción. Esos son rasgos que explican por qué se tarda mucho más en capturar a una asesina que a un asesino. Desde el punto de vista forense, además, había otro aspecto interesante: el asesino se limitó a matarlas. Quiero decir que no había actos *post mortem,* más allá de acicalarlas y cambiarles la ropa interior. Eso también es muy femenino.

—¿Y por qué dices que no te hicieron caso?

—La estadística es una razón de peso, no lo pongo en duda, pero un crimen no es un acto racional medible. Se lo dije por activa y por pasiva, pero apelaron a los tres potenciales escenarios y me tuve que callar.

—Vas a tener que explicarte mejor, doctora. Recuerda que no soy de tu gremio.

—Pues entonces espera que me sirvo un poco más de café. Dame un segundo. —Javier no dice nada, pero piensa que, si tarda mucho, Paloma saldrá y tendrá que cortar la conversación—. Bueno, ¿dónde andaba?

—Me ibas a explicar lo de los tres escenarios.

—¡Cierto! Veamos, un asesino organizado como este suele emplear tres escenarios para ejecutar su hazaña; cuanto más te aproximes a ellos, más cerca estarás de pillarle.

—De acuerdo. ¿Cuáles son?

—El primer escenario es el que permite al homicida captar a una víctima. Precisamente por ser organizado, metódico, habrá estudiado dónde puede encontrar el prototipo de chica que busca y cómo acceder a ella. Te pongo un ejemplo: un psicópata que desea vengarse de las prostitutas que le recuerdan a su madre irá a buscarlas en ciertas calles y a ciertas horas. Puede abordarlas haciéndose pasar por un cliente, o puede seguir a la víctima elegida cuando acabe su jornada y regrese a su casa, o puede hacerse pasar por un policía y fingir que la detiene. Hay muchas más formas, pero, sea cual sea la elegida, lo habrá planificado previamente, y esa planificación te permite un primer acercamiento a la persona del asesino. Ese primer escenario es crucial.

—Crucial ¿para quién?

—¡Pues para él, naturalmente! En ese primer escenario, el psicópata se expone a ser visto por cualquiera. Y, como tendrá que ir varias veces para hacerse con el sitio y planificar la captura, hay más probabilidades de que alguien se fije en él e incluso lo reconozca. Para evitarlo, algunos se disfrazan; otros simplemente logran desaparecer asemejándose mucho al ambiente que los rodea.

»El segundo escenario es el lugar donde el homicida comete su tropelía. Matar es, para un psicópata, un acto muy íntimo. Por eso buscará un lugar con cierta privacidad, donde prevea que no va a ser sorprendido, donde pueda tomarse su tiempo y disfrutar del momento. Finalmente, el tercer escenario es el lugar donde aparece el cadáver. Algunos asesinos en serie se alían para ello con el azar. Es el caso del que lanza el cadáver al mar o a un río o por un acantilado, sabe que aparecerá antes o después, que alguien lo encontrará, pero no puede calcular dónde ni cuándo será. Ese *modus operandi* le confiere ventajas notables: para empezar, tiempo de huida, ya que sin cadáver no habrá investigación; además, cuanto más tarde en aparecer, sobre todo si está en contacto con agua o con animales, más difícil será identificar los restos o que se conserven pruebas biológicas. Pese a esos beneficios, hay otros asesinos con mayor carga narcisista que prefieren seleccionar exprofeso un lugar concreto para abandonar los cadáveres.

—Lo has explicado como una profesora de primera categoría, Edurne. Ahora, me gustaría que trataras de bajar eso a tierra y me explicaras qué pasa con los escenarios del asesino de los colores, y por qué pensaron que no podía ser una mujer.

—Tienes razón, me he ido por las ramas. Regreso al caso. Lo único claro aquí es que el psicópata eligió el tercer escenario de forma incuestionablemente deliberada. Como sabes, todas las chicas aparecieron en el mismo espacio, un lugar céntrico y bastante

frecuentado. La proximidad y el aforo son características inversamente proporcionales a la probabilidad de detección.

—¿Fuisteis conscientes de que el templo estaba en obras cuando encontraron los cadáveres?

—Sí, lo fuimos. Todos los cadáveres aparecieron mientras el templo permaneció cerrado por obras. Eso tenía una consecuencia directa: no había visitantes, ni deportistas, ni parejitas que buscaban la foto de rigor, ni los puñeteros paseantes de perros.

—¿No te gustan los perros?

—Los perros sí, tengo uno precioso, pero no me gusta pasearlo. Todos los tíos creen tener derecho a acercársete por llevar un perro. En fin, decía que, si bien las obras reducían el aforo, incrementaban el riesgo de toparse con toda la fauna que rodea a una obra: operarios, policías municipales, funcionarios, ladrones que sustraen materiales de las obras, vigilantes que intentan evitar esos robos. Toda esa gente exponía a su autor o autora a un riesgo creciente de ser detectado o detectada, al tiempo que adelgazaba su tiempo de huida.

—¿Y por qué crees que corrió ese riesgo?

—Ese no es mi campo de especialización, pero, si quieres que me lance a la piscina, creo que es un jodido narcisista. Su ego debe de ser muy pero que muy grande. Se cree muy listo, más listo que la policía, y, de hecho, no se le ha pillado.

—Es decir, que eligió ese lugar precisamente para disfrutar del riesgo.

—No, no he dicho eso. Sobreponderar su genio es lo propio de un narcisista. Pero si eligió ese lugar es porque quería mostrar su obra al mundo.

Jaso se frota los ojos.

—Me he perdido, Edurne.

—Me explico de otra manera. El asesino era consciente de que en ese lugar trabajaban diariamente muchos operarios. En mi opinión, lo escogió precisamente por eso, aunque se arriesgaba a que lo pillaran: buscaba que esos operarios encontrasen a las chicas enseguida, para que nadie (ni una persona, ni un animal) estropeara su puesta en escena, su obra. Si las dejaba allí por la noche, a primera hora las descubrirían. De hecho, si lees detenidamente el expediente, siempre aparecieron en días de labor, nunca en fin de semana. A mi juicio, diseñó la puesta en escena como un escenario de teatro y siguiendo siempre las mismas pautas: en ninguno de los días hubo lluvia; las chicas se muestran vestidas, peinadas, maquilladas y con aspecto de niñas modositas; todas aparecen abrazando un bolso de Louis Vuitton que contiene su móvil y su cartera, que incluye su carné universitario. ¿Por qué quiere que parezcan niñas buenas cuando son prostitutas caras?; ¿por qué no las viola, las agrede, ni ejerce sobre ellas ningún tipo de violencia gratuita?; ¿cómo demuestra su poder en esos escenarios?

—Son preguntas muy buenas, Edu, ¿tienes respuesta para alguna?

—Bueno, quizás no sean tan buenas y no signifiquen una mierda. Pero en mi cabeza van unidas a ese bolso. Y me pregunto por qué todas llevan el mismo, y de la misma marca. Se trata de bolsos carísimos, prohibitivos, te lo digo yo que los miro cada año y nunca me los compro. Esos bolsos carísimos aparecieron abandonados en un parque público, y, sin embargo, a ninguna se lo robaron, ¿no te parece curioso? Creo que el muy cabrón o cabrona se quedó cerca esperando hasta que llegó la policía. Sí, eso es lo que creo. Que estuvo allí viendo lo que ocurría. Sé que se investigó a los obreros que encontraron esos cuerpos, pero no tenían nada que ver.

—¿Y por qué ese lugar?, ¿qué razones pueden concurrir para que elija precisamente ese templo?

—Esa es, sin duda, una pregunta que tendréis que formular. Podría haber razones de proximidad, de privacidad, simbólicas... No conozco la historia de ese monumento; quizás lleva a algún sitio. O quizás haya respuestas más simples.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, que ese templo está relativamente cerca del campus de Moncloa de la Universidad Complutense, donde estudiaban las chicas. Quedar con ellas allí no hubiera sido tan descabellado. Se investigó a algunos profesores, pero no seguí mucho esa historia. O ese lugar podría tener un significado especial para una campanilla que nosotros desconocemos. O, simplemente, podría tener una razón de oportunidad. Habiendo obras, es probable que en los alrededores hubiera carretillas u otros elementos que le permitieran transportar el cadáver. Otra pregunta que se formuló fue cuál podría ser su ruta de huida. Recuerdo, además, que los crímenes se diseminaron a lo largo del año académico, de modo que se pensó que podría existir alguna relación entre ese calendario y las muertes.

—¿Y de los otros escenarios, uno y dos, no me cuentas nada? Sigo sin entender por qué piensas que fue una mujer.

—No hubo nada sobre esos escenarios, un silencio absoluto. Respecto al cómo las elegía, y puesto que todas ellas ejercían como chicas de compañía, se pensó que podían haber sido reclutadas por esa vía. Tampoco se sacó nada en claro, nada en absoluto, sobre el lugar donde las mataba, y por ello se descartó que fuera una mujer. No siendo el Templo de Debod el escenario secundario, los cuerpos debían de ser trasladados hasta allí, lo que exigía una cierta fuerza física. Eso es obvio, y no lo negué, pero sugerí que, aunque la

inspiradora y la diseñadora fuera una mujer, podrían haber sido perpetrados en pareja.

—¿En pareja? ¡Joder, Edurne, cada vez que abres la boca me sueltas una nueva bomba! —estalla Jaso.

—¡Si prefieres me callo! Me has llamado tú.

—No, perdona. Tienes razón, discúlpame.

—No te preocupes, imagino por lo que estáis pasando. Te decía que veo una mano femenina en todo esto, pero, como parece que hace falta también la mano masculina, entiendo que bien pudo cometer esos crímenes una mujer apoyada por un hombre, o un grupo: marido, hijo, pareja...

—¿Y qué puede motivar a una mujer a asesinar?

—Históricamente, se ha comprobado que las mujeres matan bien por motivos económicos, bien por motivos sexuales.

—No es el caso, Edurne, no parece haber lucro ni se han hallado indicios de abusos sexuales. ¿Puede haber un tercer motivo que se nos haya escapado?

—Si quieres mi opinión, te la doy, pero antes tienes que saber que, cuando se produjeron esos asesinatos, montamos un grupo dentro de la Sociedad de Patología Forense para estudiarlos. Extrajudicialmente, quiero decir, solo teórico. Y en ese grupo nadie me secundó.

—Me arriesgaré. Te escucho.

—De acuerdo. Verás, hay una conducta poco habitual, más bien nada habitual, que se observa en algunos casos de asesinos en serie: se trata de colocar a la víctima de manera que, cuando sea encontrada, se piense que está en una posición absolutamente normal. Por ejemplo, si colocas a tu víctima en la cama, tapada con el edredón y vestida con el pijama, la primera impresión es que ha muerto durante la noche.

—¿Hacen eso para que parezca un accidente? —pregunta Jaso.

—¡No, no! Solo es un aplazamiento temporal, en cuanto se hacen las primeras averiguaciones, se ve que ha sido un asesinato. Lo hacen porque, tras sus acciones, sienten un cierto cargo de conciencia, y esa colocación viene a ser una especie de cancelación de la actividad consumada, de revocación simbólica del crimen. Por ejemplo, si le han dado una puñalada, recogen los restos de sangre, e incluso lavan el cuerpo para que parezca limpio. Pues bien, a esas chicas les recolocaron la ropa, las maquillaron delicadamente, les pusieron ropa interior limpia, las depositaron en un lugar bonito... ¡Hasta rociaron su pelo de laca! ¡Laca, Javier, laca! ¿Te das cuenta?

Jaso vuelve a interrumpirla.

—¿Crees que el asesino sintió cargo de conciencia?

—Mira, Javier, la ciencia criminalística es muy compleja. Mucho. Las mentes de los asesinos en serie, sobre todo de los psicópatas, desbordan la normalidad por todas partes. Están llenas de complejos, de traumas, de defectos genéticos incluso, y no voy a poder explicarme si me vas cortando cada minuto.

—Perdona, tienes toda la razón. Solo intento comprender.

—Vale, sigamos. Te estaba diciendo que hay mucho de revocación simbólica en esos cuerpos, pero no creo que sea por cargo de conciencia (algo que, dicho sea de paso, es más propio de un hombre que de una mujer). La sensación que tengo es que el asesino, o, si tengo razón, la asesina, no trataba de deshacer el crimen, sino de cambiar la conducta de la víctima.

Javier vuelve a interrumpirla.

—¡A ver, Edurne, piensa que soy abogado! No sé de psiquiatría ni de criminalística. ¿No me lo puedes explicar con ejemplos? Hazte idea de que soy un estudiante torpe, muy torpe.

—De acuerdo, y atento que te voy a suspender. *Exhibir* significa mostrar en público. Este asesino ¿exhibe a sus víctimas o las oculta?

—Las exhibe, sin duda.

—¿Crees que eligió a esas chicas porque vendían su cuerpo por dinero?

Jaso duda unos instantes.

—Pues sí, claro, eran campanillas.

—Cierto, lo eran. El primero que llegara a la escena del crimen y las viera diría: «¡Mira, se han cargado a otra puta de alto *standing*!».

—No, la verdad es que no.

—¿Alguien las identificaría como campanillas?

—No.

—¡Eso es lo que trato de explicarte! Quería mostrarlas en público, que todos las viéramos, pero, si bien las eligió porque eran campanillas, no las exhibió como prostitutas, sino como estudiantes con pinta de estudiantes y carné de estudiantes. ¿Lo entiendes? Domesticó su carácter. Yo buscaría una mujer reprimida sexualmente, con marido o hijo relacionados de alguna manera con la universidad y con acceso a drogas. ¿Qué tipo de compuesto las mató? No lo recuerdo.

—Heroína.

—Más a mi favor. Sería la droga que yo escogería.

—¡Qué miedo me das, Edurne! —Cuando la puerta del baño se abre y aparece Paloma, con el pelo húmedo y una bolsa en la mano, se apresura a dar por terminada la conversación—. Te agradezco mucho tu lección de criminalística. Te voy contando. ¡Millones de gracias!

22

Paloma y Javier bajan en el ascensor y salen del edificio. Crispado por el sol, el asfalto desprende vapores de sauna. Receloso, Javier mueve la cabeza a derecha e izquierda siguiendo con mirada de hurón a los que deambulan por la calle. La zona no está demasiado concurrida; apenas una docena de personas salpican la calle. Paloma nota cómo se tensionan los hombros del policía y recuerda la cruda mirada que le dirigió con la pistola en la mano.

—Tienes que saber que soy bastante testaruda, Javier —expone.

—¿No me digas? ¡No comprendo cómo no me he dado cuenta antes!

—No te rías de mí, agente Jaso, lo digo en serio. Cuando se me mete una idea en la cabeza es difícil arrancármela. Por eso te pido que me escuches y te tomes un tiempo en contestar.

—¿Traducción?

Paloma intenta hablar con aplomo, pero tener al agente delante la acobarda. Es curioso, nunca anteriormente le había pasado algo así con un hombre.

—Me voy a quedar en mi casa, pero prometo tener cuidado. Irme a tu casa me parece una temeridad. Y, hasta que consiga arreglar el problema, no me apetece nada volver a la de mis padres; me sentiría incapaz de hacer frente a sus caras.

Jaso la detiene sujetándola por el brazo.

—¿Mi casa te parece una temeridad?, ¿por qué? ¿Crees que no podrás sujetar tus impulsos y te lanzarás sobre mí obligándome a

hacer cosas que no quiero?, ¿o temes que te tome por una chica fácil?

—No estaría bien, y lo sabes. Seguro que hasta hay una norma en vuestros códigos de conducta que lo prohíbe. Tú llevas un caso que me afecta. No puede ser, te agradezco mucho el ofrecimiento, pero debo rechazarlo.

Pero Jaso también es cabezota. Se inclina hacia delante, apoya las manos en sus hombros y responde:

—Doctora Padierna, no volvamos a las andadas. A estas alturas de partido, deberías ser consciente del peligro al que nos enfrentamos. Has visto con tus propios ojos esas fotografías, y hasta tu amiga del alma ha pagado los platos rotos.

—Lo sé, y siento un enorme vértigo en el estómago. Pero no voy a cambiar mi vida porque a alguien se le meta en la mollera que tengo algo que ver con unas estudiantes que ejercían de chicas de compañía.

—¿Qué quieres que haga?, ¿que te diga que eres muy valiente, que bendiga tu decisión? Pues no voy a hacerlo, eso sí es una temeridad. Ya tienes edad de salir del cascarón y dejar de hacer el tonto. Si no quieres estar en mi casa, vete a la de tus padres. Pero no puedes volver a tu apartamento. El asesino ya ha estado allí y volverá. Irá a por ti y no podremos protegerte.

Paloma se lo piensa durante unos instantes, en los que Jaso no le quita los ojos de encima. Finalmente, accede.

—De acuerdo, regresaré a casa de mis padres, pero tengo que trabajar, Javier. La pandemia aún no ha remitido y todas las manos son pocas. Además, debo resolver algunas cosas.

—Tampoco me parece prudente. La única manera de que ese criminal se olvide de ti es que crea que ha terminado contigo.

—Trabajamos con EPI, no hay quien pueda reconocernos. ¡Ni siquiera me reconozco a mí misma!

—Lo siento, pero, de momento, no puede ser. Dame dos días; un par de días no es nada. Escóndete ese tiempo, ¿de acuerdo?

Paloma asiente mientras sube al coche de Jaso.

Hasta la urbanización de Puerta de Hierro donde viven los padres de Paloma hay apenas una docena de kilómetros, que discurren por una cómoda autovía. En los primeros compases del trayecto, comentan lo duro que va a ser el verano, entre el calor y la pandemia que, aunque latente, sigue actuando. Luego, como si carecieran de temas de conversación, retornan a un incómodo mutismo. Javier se mantiene en silencio porque piensa que Paloma sigue conmocionada tanto por lo que ha vivido como por las desagradables imágenes que ha visto en los expedientes. La doctora Padierna, sin embargo, no habla porque no quiere meter la pata y que Javier la pille. Finalmente, el agente Jaso detiene el coche en la barrera de la urbanización privada donde viven los padres de Paloma y le pide la dirección exacta. Aunque, caballeroso, se ofrece a acompañarla, Paloma no se lo permite. Baja del coche y habla con el agente por la ventana del coche, que está abierta.

—Me bajo aquí, se tarda menos andando que en coche —miente —. Además, el paseo me vendrá de cine. Necesito despejarme.

Javier la mira fijamente durante unos segundos, al tiempo que los dedos de su mano izquierda traquetean rítmicamente sobre el salpicadero del automóvil. Está intentando calibrar si puede creerla.

—Como quieras. Ahora tengo que marcharme, pero llama si me necesitas para algo. Cualquier cosa. —Su tono es indulgente, pero es obvio que no está contento. Durante una micra de segundo, siente la tentación de estirar el brazo y acariciar uno de los mechones

rubios de Paloma que le caen sobre el cuello, pero finalmente se abstiene.

—Lo haré, agente. Y muchas gracias por todo.

Paloma Padierna se despide de Jaso moviendo la mano mientras el coche se aleja. En cuanto deja de verlo, saca el móvil y pide un taxi. Desde que salió de la ducha, se le coló un pertinaz razonamiento que quiere explorar. Tardan diez minutos en recogerla.

—Al hospital Gregorio Marañón, por favor.

23

Tras dejar a Paloma a salvo, Jaso conduce hasta la casa del inspector Salado, que vive en la otra punta de la ciudad. La A-6 está despejada, lo mismo que la M-40, pero en la A-1, a la altura de Alcobendas, ha habido un accidente por alcance y hay algunas retenciones. Finalmente, llega a San Sebastián de los Reyes más tarde de lo previsto.

Nada más hacer sonar el timbre, le abre la esposa de Salado, una mujer no demasiado agraciada y con malas pulgas. Sin siquiera una sonrisa en la cara, le explica que su marido está en la cocina. La sigue por un pasillo estrecho por el que se escucha el rumor de una radio. La mujer empuja la puerta batiente y le hace pasar. Rana está desayunando tostadas con queso fresco, café y una ensalada de frutas. Tiene ojos de sueño y un aspecto más desastrado y falto de jabón que de costumbre. Dos enormes manchas, recientes y grasientas, decoran su camiseta blanca. Aparta la cabeza del periódico en el que la tiene metida para dirigirla hacia la puerta.

—¡Hombre, Javier, ya era hora! ¡Te esperaba expectante!

—Un accidente en Alcobendas. Ya sabes...

—¿Quieres desayunar o tomarte un café?

—Gracias, he desayunado, jefe, pero nunca desprecio un café.

Salado le anima a sentarse. La mujer del policía le sirve una taza de café negro y sale de la habitación sin preguntarle siquiera si lo toma con leche o con azúcar.

—Egregio placer el del desayuno; lo mejor del día. Normalmente tomo beicon. Me encanta el beicon, pero me han dicho que evite las grasas, y de momento, voy a hacerles caso. Lo he pasado fatal, aunque ya voy mejor. Bueno, vamos a lo nuestro, ¿qué tienes para mí?

—Tengo novedades, jefe, y no precisamente buenas.

—¿Respecto a los muertos del *Monopoly*?

—No, respecto a la doctora Padierna. Vengo de dejarla en casa de sus padres y me he quitado un peso de encima, la verdad.

Visiblemente enfadado, tras dar un puñetazo en la mesa, el inspector le recrimina:

—Te ordené que analizaras los expedientes de esos muertos, no a esa chica. Te recuerdo que, aunque se diera el caso de que la doctora tuviera unas tetas bien puestas, este es un cuerpo jerárquico.

—No te sulfures, jefe. No he descuidado tus órdenes, he comprobado la vida y milagros de los muertos del *Monopoly* para ver si tenían que ver con ella.

Salado se relaja, y esboza una sonrisa.

—Okey, me alegro. ¿Y bien?

—No he encontrado más conexiones entre ellos que las que ya teníamos: murieron de lo mismo, en el mismo hospital y fueron atendidos por la doctora Padierna. Sus fichas policiales no ofrecen ninguna pauta orientativa ni ningún aspecto reseñable. Son sujetos de comportamiento dignamente anodino: buenos ciudadanos, que pagan sus impuestos y no delinquen. Ninguno de ellos puede ser considerado un residente de riesgo. Dos de ellos tuvieron un pequeño encontronazo con la justicia en sus años mozos: uno fue detenido y fichado por fumar marihuana a la edad de quince años; y el otro pasó una noche en un calabozo de Zamora por pintar de

amarillo una estatua de Viriato un día de borrachera. Es decir, nada de nada. Por otro lado, los saldos de sus cuentas son abultados, y todos tienen propiedades.

—¿Cómo de abultados?

—Ahorrando hasta el último céntimo, sin comer, beber o comprar papel higiénico, tú y yo tardaríamos más de tres vidas y media en alcanzarles.

—¿Has mirado detenidamente sus cuentas?

—No, solo sus saldos. Para avanzar, necesitaríamos una orden.

—Sin duda. Por eso estás aquí, para ver si lo pedimos. Y ahora cuéntame qué pasa con tu doctora.

—No es mi doctora. Pero lo importante es que el asesino ha tratado de atentar contra ella esta misma mañana.

—¿Contra la doctora?

—Efectivamente, contra la doctora Padierna.

—¿Cómo? ¿Y por qué?

—No tengo ni idea, pero es evidente que la conoce; sabe quién es y dónde vive. Y, sobre todo, sabe que se equivocó en el primer intento y no está dispuesto a caer de nuevo en ese error.

Gustavo Salado permanece unos segundos pensativo. El calor empieza a acumularse en la habitación.

—Detállame eso.

Obediente, Jaso le habla del paquete y de su contenido.

—Cuando salí a buscar el desayuno, no había nada en el felpudo; cuando regresé, más o menos media hora después, estaba allí.

—¿Crees que había ido a matarla y tu presencia le hizo desistir?

—No lo sé, jefe. Lo que yo me pregunto es qué tiene en contra de esa mujer. No tengo grandes conocimientos médicos, pero no me pega que esto tenga que ver con la medicina. Y no ejerce como

prostituta. Tengo el presentimiento de que es una pieza clave, lo mismo que la universidad.

El sol ha superado ya las barreras y entra a raudales por las dos ventanas de la cocina. A Jaso regueros de sudor empiezan a correrle por la frente.

—Estoy de acuerdo contigo. Analicemos dónde están ahora los profesores universitarios que fueron investigados y si tienen o no coartada para la fecha de la muerte de esa chica, Mariana no sé cuántos. Respecto a tu doctora, me ha llamado el juez Calvo, quiere que nos sentemos con ella y las historias clínicas de los muertos del *Monopoly*, a ver si sacamos algo en claro. Empecemos por lo primero. Si esta tarde estoy mejor, podemos ir a ver a tu doctora. Por cierto, Calvo me ha sugerido que no descartemos la idea de que, de alguna manera, haya una mujer implicada. No sé a qué viene eso.

—Olascoaga me ha dicho lo mismo —responde. Casi se le escapa el nombre de Paloma.

—Bueno, no perdemos nada por ampliar la búsqueda.

24

Justicia es un nombre femenino, quizás porque sea muy femenino dar a cada uno lo que le corresponde; quizás porque lo masculino sea solo repartir. Sentada en el taxi, camino del hospital, a Paloma, que tiene ya el alma y el cuerpo rotos, le asaltan miles de imágenes: recuerdos sin depilar, recuerdos sobre recuerdos, anécdotas de tiempos felices. Y vuelven esos olores, los sabores mojados, de infancia de trenzas largas, de veraneo en septiembre, de chapuzón, de rasguños con tirita y Mercromina, de mariquitas contando dedos, de humo de campamento.

Súbitamente, abre los ojos y cae en la cuenta de que no es quién para juzgar. Su padre ha gastado la vida en ella; ahora, simplemente, se lo ha jugado y aguarda que la boca del tiempo se trague su vergüenza. Piensa en su madre, dejándose mirar, llorando Armani y brumas azuladas de bótox alrededor de sus costurones. Y se reprocha a sí misma no haberse percatado antes de lo que ocurría; de que esos retoques estéticos enmascaraban desgarros en el alma. Había indicios más que suficientes, pero, distraída con sus cosas, no había sido capaz de verlos. Quizás, simplemente, había mirado hacia otra parte.

Y, luego, a su mente retorna la imagen de Jaso a quien, con voz suave, y sin la menor afectación, acaba de decirle que seguirá sus órdenes y de buena gana se irá a casa de sus padres, para hacer exactamente lo contrario en cuanto le ve alejarse. Y se dice a sí misma que no es que quiera mentirle, lo que pasa es que Jaso tiene

olfato de sabueso y no quiere que la pille, ahora que tiene que hacer justicia. Porque la justicia femenina no siempre se lleva bien con el derecho masculino, lento y tozudo, al que él sirve.

De pronto, animada por la decisión que ha tomado, se encuentra de mejor humor. Cuanto más se acerca a su destino, más convencida está de lo que va a hacer. Eso no le quita los nervios. Y, aunque intenta mantener la serenidad y la compostura, las piernas le tiemblan.

Cuando llega al hospital, el sol da zarpazos a diestro y siniestro. Cierra los ojos al imaginarse el calor que va a pasar con la vestimenta de protección. Pero no duda en ponérsela. Luego, sube a la planta de Cirugía y pregunta por el patriarca. Sin necesidad de dar más datos, le señalan su número de habitación y le pasan su historia clínica. Al leerla, se entera de que, en el mundo de los payos, al gitano se le conoce por Eliseo de la Cruz. Se acerca a su habitación. En la entrada hay un gitano fino, camisa negra y sombrero, haciendo guardia, que se aparta al verla acercarse. Los médicos han tenido la precaución de dejar vacía la cama contigua, y le encuentra solo. Tiene mal aspecto; un color ceniciento, enormes ojeras oscuras y notable hinchazón. Se le suministra oxígeno por gafas nasales.

—Buenos días, Eliseo. ¿Qué tal se encuentra hoy?

—Estoy vivo, ya es bastante —responde de mala gana, sin reconocerla.

Paloma nota cómo le cuesta respirar.

—¿Ha conocido ya a su biznieta?

El patriarca se queda paralizado, luego sonríe.

—Veo que cumple usted con sus promesas, doctora Padierna. Gracias. Antes de nada, le pido perdón por el comportamiento de mi hijo, que ya no lo es. Me ajuncó porque siempre fue un ajurjunó.

Paloma se deshace de parte del traje de protección. Ha comprobado en su historia que su PCR es negativa.

—Si me habla usted en romaní o cualquiera que sea su idioma, no voy a entenderle. Pero ahora lo importante es otra cosa. —Se coloca el fonendo y le pregunta con deferencia—: ¿Me permite, Eliseo?

El hombre asiente cerrando los ojos.

Teniendo cuidado de la zona herida, Paloma lo ausculta y examina. Durante cerca de una media hora, le pregunta los detalles que necesita. Luego, acerca la silla y se sienta junto a su cama.

—Ni mi mujer me ha tocado tanto, doctora. ¡Y eso que tenemos cinco hijos! Se ha puesto usted las botas. ¿Es que no tiene usted un hombre a quien tocar?

Paloma se echa a reír.

—Hágame caso, don Eliseo, si un médico no le toca mucho, no le escucha mucho o no le mira a los ojos, no le haga caso. Y vayamos a lo nuestro. Como sospeché el día en que... nos conocimos, en mi opinión padece usted una insuficiencia cardiaca. —Al observar su cara, cambia de táctica—: Me decía antes que se le hinchaban mucho los pies. Si se ha dado cuenta, cuando le aprieto y luego suelto el dedo, la zona permanece hundida durante un tiempo.

—Sí, me he dado cuenta.

—Eso se debe a que está usted reteniendo líquidos. También me decía que se fatiga al andar. Y tiene el habla jadeante.

—Es correcto, sí.

—No se dará tanta cuenta porque no se lo ve, pero también se le azulan los labios. Tanto la retención de líquidos como sus jadeos, su cianosis y otras cosas que no voy a detallarle porque es terminología médica que nos puede confundir se deben a la misma causa: tiene usted un problema en el corazón, probablemente en la válvula mitral. Como el corazón no es capaz de hacer bien su trabajo, le

ocurren esas cosas. No se inquiete, vamos a intentar remendarle. —Al patriarca se le pinta una sonrisa en la cara—. No recuperará los veinte años, pero sí una buena parte de lo sabroso de la vida. Le voy a dar unas pastillas que le harán orinar, cuanto menos volumen de líquido tenga que mover el corazón, mejor. Y digoxina. Con ese tratamiento mejorará muchísimo. Aunque también tiene su coste; se acabó la sal y los alimentos salados, nada de chorizo, de jamoncito, embutidos en general. Tampoco aceitunas. Pero le aseguro que merecerá la pena.

—Pastillas, las que quiera. Mi mujer me las da y yo me las tomo. Pero de la sal, olvídese. ¡Ni hablar!

—Si toma sal, se la haré mear.

Lo dice con tal convicción que el gitano se echa a reír.

—¿Cómo dice, doctora?

—Cuanta más sal tome, más diuréticos tendré que darle. Y se pasará el día haciendo pis. Usted mismo, escoja.

Eliseo masculla unas frases que Paloma no entiende. Finalmente, levanta el rostro y pregunta:

—¿Cuántos *barés* me va a costar su tratamiento?

—*¿Barés?* No sé lo que es eso, pero si se refiere a dinero, no voy a cobrarle nada, este es un hospital público. Además, es mi trabajo y lo hago con mucho gusto. Pero sí quiero pedirle una cosa, dos, en realidad.

—Pues diga qué son y se le pagarán.

A Paloma el corazón le galopa y le tiemblan las manos. Para que no se le note, desvía su mirada hacia la ventana.

—De acuerdo, allá voy. Lo primero es lo primero, ojo por ojo, diente por diente. Yo le voy a dar una vida y quiero pedirle otra a cambio.

El gitano, que la observa con supina cara de extrañeza, se demora unos segundos en contestar.

—¿Me está pidiendo lo que creo que me está pidiendo?

Envalentonada, se da la vuelta y le mira a los ojos.

—No sé lo que cree que le estoy pidiendo. Pero se lo aclaro. Quiero que se ocupe de su biznieta, que la recoja y la quiera. Ella no tiene culpa alguna de lo ocurrido, es una pobre criatura sin madre, sin familia ni afecto. Si la acogen los servicios sociales tiene muchas probabilidades de terminar mal o de ser muy infeliz. Sería estupendo que usted la volviera a considerar de la familia. Sería bueno para ella y también para usted; estoy segura de que le alegrará muchísimo la vejez. —Se le queda mirando fijamente, le tiende la mano y pregunta—: ¿Qué me dice? ¿Hay trato?

—¿Y qué tiene usted que ver con esa niña? ¿Por qué le importa?

—No tengo nada que ver con ella. Ni siquiera he llegado a conocerla. Pero es una vida, y no podemos maldecirla de esa manera. Es sangre de su sangre. Yo intentaré darle a usted una vida mejor y, a cambio, le pido que le dé usted a ella una vida mejor: deje que se eduque, que vaya a la universidad y, si le gusta, que sea médico y los cuide... ¿Hay trato, don Eliseo?

Hay un corto silencio, como si el tiempo se detuviese y se inundase de recuerdos. Finalmente, el gitano asiente con la cabeza y estrecha la mano de Paloma.

—Hay trato, pero tendrá que ser usted su madrina de bautismo, nosotros bautizamos a todos los churumbeles.

Ahora es ella la que se queda callada y pensativa. Emparentarse, aunque sea de refilón, con una familia como la de Eliseo no es lo que más le apetece. Ser médico es su trabajo, ser la madrina es introducirse en su vida.

—No sé, don Eliseo. Esa es una responsabilidad muy grande. Y, aunque quisiera, hoy estoy aquí y mañana en Londres, o en América. No seré capaz de hacerlo bien.

—Esa es mi condición, o lo toma o lo deja. ¿Hay trato? —Ahora es él el que le tiende la mano—. Y llevará su nombre. ¿Cómo se llama, doctora?

—Me llamo Paloma.

—¡Coño, como mi mujer! Mejor que mejor. La niña se llamará Paloma.

La doctora Padierna no sale de su asombro. Pero finalmente vuelve a estrechar su mano.

—Usted es el jefe, hágase como dice. —Se detiene y enseguida vuelve a hablar—. Una cosa importante: tengo que hablar con el cirujano y añadirle este nuevo tratamiento, pero después es esencial seguirlo a rajatabla. ¿Quién le da las pastillas?

—Mi esposa.

—Pues tendrá que ser cuidadosa y no equivocarse. Si viene a la consulta, se lo explicaré despacio y se llevará todo escrito. Y le recalcaré lo de la sal.

Dándose cuenta de que ya no hay camino de vuelta, Eliseo cambia de tercio.

—Me habló de una segunda condición. ¿Cuál es?

Paloma carraspea. Nota cómo el calor le sube por el cuello y le llega hasta las mejillas, que se le colorean intensamente.

—No hay una segunda condición, don Eliseo. Ya tenemos un trato. Lo que quiero pedirle es un favor, uno especial y que le va a parecer un poco raro. Bueno, un poco no, bastante. Si usted me dijera que no, lo entendería. Y jamás volvería a mencionarlo.

Los ojos de Eliseo parecen clavarse en la cara de la doctora Padierna, que baja los ojos avergonzada.

—¿Amores?

—No, don Eliseo, familia. Verá, yo siempre he sido una niña buena. Ni siquiera usaba chuletas en el colegio. Sin embargo, ahora me veo en la obligación de sustraer unos documentos que están en la casa de uno de mis vecinos y que son muy importantes para mí. Pertenecen a mi familia y él los ha obtenido con engaños. Tengo que recuperarlos, pero nunca he hecho nada similar, y me gustaría que uno de los suyos me enseñara.

—¿Nos está llamando ladrones?

A Paloma se le colorean ahora las orejas con la rapidez de un pestañeo.

—¡No, por favor! Lo siento mucho, don Eliseo. No quería decir eso, o decirlo así, es que... tengo el alma hecha añicos.

—¡Era una broma, Paloma! Dígame de qué se trata y le diré si puedo ayudarla.

La mujer contesta con rapidez.

—Se trata de mi padre... Es un buen hombre, eso puedo asegurárselo, pero un sinvergüenza le ha robado todo lo que tenía, y no era precisamente pobre. Y todo ha sido por mi culpa.

—No lo entiendo. ¿Cómo va a ser usted la culpable?

—Verá, mi padre empezó con un trastorno neurológico, con un problema de piernas inquietas. No es grave, en el sentido de que no causa la muerte, pero es muy desagradable, desasosegante. Los pacientes sienten un impulso incontrolable de moverse justo cuando están descansando, ya que el caminar alivia esas sensaciones. Por ello no duermen y están permanentemente agotados, lo que les provoca crisis nerviosas o caen en depresión. Le llevamos al neurólogo y le puso un tratamiento con pramipexol, un antidopamínico, en una dosis de dos miligramos dos veces al día. A mí me pareció muy correcto, mi padre mejoró y me olvidé. Sin

embargo, como empezó a encontrarse mejor y a mi madre le gusta mucho salir y quería poder seguir su ritmo, él aumentó la dosis por su cuenta. Poco después, empezó a apostar, algo que jamás había hecho, y se ha jugado todo el patrimonio.

»El comportamiento compulsivo es uno de los potenciales efectos adversos del medicamento: a algunos les da por el sexo, a otros por la ludopatía o por comer. Tendría que haberme dado cuenta, pero no lo noté.

—No la he entendido bien, doctora. Contésteme a una pregunta: ¿a quién quiere robar para recuperar su dinero, al banco?

Paloma se da cuenta de cómo suena lo que está proponiendo, y dibuja una sonrisa triste.

—Verá, don Eliseo, no sé cómo se dio cuenta, pero fue nuestro vecino el que le enseñó y le hizo apostar, y el que le prestó el dinero para hacerlo. Le daba el diez por ciento del valor de los bienes. Y mi padre le entregaba un papelito firmado transfiriéndole la propiedad. Lo que ha hecho está mal; mi padre no estaba en situación de hacer esas ventas y él se aprovechó. Pero si recurro a la ley pueden pasar años, y mientras el juez nos da la razón, mis padres se quedarán en la ruina y él no podrá soportar la vergüenza. Temo que eso le destruya del todo.

—¡Vaya hijo de puta!

—¡Con todas las letras! Pero ahí no queda la historia. Su familia es bastante adinerada; no es dinero lo que quiere, es a mí: me devolverá esos documentos si me caso con él y le doy un heredero; si no lo hago, los deja en la calle. ¿Y sabe qué? ¡Es homosexual!

—¿Es invertido y se quiere casar con usted?

—Sí, es una dolorosa historia. No quiero aburrirle con ella. Ni siquiera sé por qué demonios le estoy contando esto. ¡Va usted a tener razón, voy a buscarme un hombre que me escuche! Pero me

gustaría que alguien me enseñara cómo abrir la puerta de su casa y entrar. ¡Dios mío! Tengo los nervios de punta. En mi cabeza me pareció una buena idea, pero ahora que me estoy escuchando, me parece horrible. ¡Olvídelo! —concluye mientras masculla una maldición. Todo está siendo un desastre.

—Tranquila, doctora. Deme el nombre de ese cabrón y nosotros nos encargamos.

Paloma niega con vehemencia.

—Gracias, don Eliseo, de corazón, pero no puedo aceptarlo. Estas cosas pueden salir mal, y no quiero que ninguno de los suyos salga mal parado. Tengo que ser yo. Si me cuelo en su casa y me pillan, se enfadarán y me gritarán, pero no me pegarán un tiro.

—No estaba pensando en un tiro, sino en pagarle con su misma moneda.

—No, don Eliseo. Debe prometerme que no hará nada por su cuenta. Y no me mire así, prométamelo por su esposa Paloma.

—De acuerdo, se lo prometo. Pero déjeme investigar un poco, sin hacer ruido. Permita que me entere de sus vicios y sus puntos débiles. Dígame cómo se llama y dónde vive.

Paloma se retira cabizbaja, acaba de meterse en un lío del que no sabe cómo saldrá.

25

Javier Jaso está en su mesa de trabajo, rodeado de papeles y fotografías que componen la copia del expediente del caso del asesino de los colores. Con un café en la mano izquierda y su cuaderno a la derecha, está leyendo las transcripciones de los interrogatorios que la policía realizó en su día a los sujetos escrutados por ese caso. Ha empezado por el proxeneta y principal sospechoso, Luis Vizcaíno, aunque lo hace más por curiosidad que por interés, ya que su condición de fallecido le inhabilita para ser el hombre que buscan.

En el momento de la investigación, Vizcaíno contaba con treinta y seis años, y era el hijo menor de un conocido político y empresario madrileño. Como había nacido en Washington, cuando su padre ocupaba la secretaría de un organismo internacional, poseía tanto pasaporte español como estadounidense. Vivía en un *loft* sito en una casa rehabilitada de la calle Claudio Coello, a un tiro de piedra de la calle Serrano, y a dos minutos de una de las tiendas de Louis Vuitton de Madrid. Sus finanzas estaban saneadas, y, si bien se presumió que contaba con una cuenta numerada en algún paraíso fiscal, no pudo demostrarse. Había recibido una educación esmerada llegando a ser alumno de Georgetown, de donde lo expulsaron antes de acabar su *bachelor* en Derecho, no se pudo discernir el porqué. Poco después de esa expulsión, que supuso en la práctica su ruptura con su familia, abandonó Estados Unidos y regresó a España, donde tomó el control de un concesionario de automóviles de lujo.

Dominaba tres idiomas —francés, inglés y español— y se relacionaba a las mil maravillas con la clase alta y con los nuevos ricos, donde era conocido como Piojo por su escasa estatura o como Harrison por la cicatriz que bordeaba su pronunciado mentón, a lo Harrison Ford. Era un elemento imprescindible en las fiestas de lujo madrileñas, donde atesoraba una nutrida red de contactos. Se sospechaba que reclutaba a universitarias para prestar servicios sexuales a sus clientes vip, a los que también facilitaba cocaína y otras sustancias para sus fiestas, pero tampoco pudo probarse nada.

«¿Cocaína? Es un básico en el armario de cualquier fiesta donde se reúna gente guapa o con poder empresarial. ¿Cómo se lo explicaría?, forma parte del ambiente. No es como otras drogas, la coca goza de cierto estatus; se consiente sin problema y tiene su propio ritual, una bonita liturgia colectiva, que exige un cuarto de baño de mármol de Carrara. En fin, con la coca, o la compras o la pasas; así es la clase alta madrileña», respondió a preguntas del interrogador.

«Y usted, caballero, ¿la compra o la pasa?».

«Yo prefiero el alcohol, pero la consumo en ocasiones. El autoconsumo no es ilegal ¿verdad?».

Aun cuando se investigó, no se encontraron testaferros, negocios pantalla y todo lo que rodea al dinero negro, en parte porque no tenía un tamaño consolidado, y en parte por la presunta ayuda de varios policías y algún político supuestamente corruptos. Utilizaba un móvil para su trabajo, pero llevaba encima otros dos. En el primero, tenía una amplia agenda de supuestos clientes, todos ocultos tras esmerados seudónimos, que le enviaban mensajes pidiendo probar determinados coches deportivos indicando lugar y día. No se llegó a profundizar en ella, pero se realizó una pequeña cata y se llegó a la conclusión de que todos ellos eran varones, variando en dos

segmentos: los de edad comprendida entre los cuarenta y los cincuenta, y lo de sesenta a ochenta. Todos eran personas con estudios, que vivían de su trabajo o su fortuna, y tenían una existencia ordenada y estructurada, y sin causas judiciales pendientes.

«¿No le parece curioso que todos sus clientes quieran probar sus coches de noche?», inquirió el investigador.

«En absoluto, me parece bastante razonable teniendo en cuenta que son coches de gran cilindrada. Durante el día hay demasiado tráfico, y el que adora conducir, y mis clientes lo adoran, prefiere la noche», respondió.

Su tercer móvil solo tenía nombres de chicas, en un total de cincuenta y cuatro; cuatro de ellos eran precisamente los de las chicas muertas. En ocasiones, las invitaba a fiestas por mensaje; en otras, por *email*. Pero lo más sorprendente del caso es que, en los días en que las chicas perdieron la vida, Vizcaíno no les envió ninguna invitación.

Los empleados del concesionario declararon: «No le veíamos mucho. Y cuando le veíamos, se pasaba el tiempo al teléfono. Llegaba a media tarde o a media mañana, cogía uno de los coches, iba a buscar a un cliente a su hotel o su oficina, le dejaba conducir un rato, y luego regresaba al concesionario bien entrada la tarde e incluso la noche». Tras la investigación, Vizcaíno se trasladó a Cádiz, donde falleció de una sobredosis.

Jaso anota en su libreta que debe investigar su relación con Louis Vuitton, y preguntar en la tienda más cercana a su casa.

El segundo investigado era conductor de un camión de recolección de basura que operaba en los alrededores de ese templo, en un equipo formado por otras dos personas. Tenía permiso de conducción para vehículos pesados y anteriormente

había trabajado en el transporte de mercancías. Había sido denunciado por su segunda compañera por un intento de agresión sexual a la hija de esta, pero dicha denuncia no había prosperado. Contando con coartada para dos de las muertes (estaba en Galicia, en casa de su primera exmujer, siendo el hecho corroborado por seis testigos), había sido excluido de la investigación.

También se investigó a los profesores que impartían asignaturas en las que estaban matriculadas las cuatro chicas. Las fallecidas coincidían en las materias de Historia del Cine, impartida por el profesor Valentín Zafro; Informática para el Trabajo, a cargo de Ruperto Rojas; y Cómo Hablar en Público Eficazmente, asignada provisionalmente a Nadia Benavente. Ninguno de los tres profesores era funcionario; todos tenían contrato laboral; el de Benavente correspondía a una baja por paternidad.

Con la idea de una mujer en la cabeza, comenzó por esta última, pero entendió rápidamente por qué había sido descartada: en la fecha de los dos primeros crímenes, Nadia Benavente llevaba una pierna escayolada desde el tobillo hasta el muslo, consecuencia de una operación de rodilla.

Valentín Zafro ya no impartía docencia en la universidad. Había conseguido avanzar en su carrera de guionista y trabajaba en una productora poco conocida al tiempo que se sacaba un pequeño sobresueldo remando por horas en una gestoría administrativa. Cuando los sucesos acaecieron, tenía treinta y cinco años y estaba soltero. La fotografía del expediente mostraba a un hombre de rostro insulso, con gafas de pasta fina, más bien delgado, de pelo negro y lacio en forma de melena corta, cuyas entradas camufladas indicaban que no iba a tardar mucho en quedarse calvo.

Jaso va a verlo a la dirección que figura en su ficha tras confirmarlo con él por teléfono. Vive en la calle Tetuán, una

bocacalle de Sol, en un tercero sin ascensor, en una casa recientemente remodelada. Le salen a abrir dos niños pequeños. Podrían tener dos o tres años. A Jaso, que por falta de experiencia no se le da bien calcular la edad, no se le escapa que son gemelos. Salvo porque sus entradas no se han expandido como había supuesto y tiene el pelo más canoso, Zafro sigue igual que en la fotografía del expediente.

Charlan con los niños jugando a su alrededor. Zafro evoca sucintamente la conmoción creada alrededor de los asesinatos, y mucho más ampliamente la suscitada por la posibilidad de que alguien perteneciente a la universidad estuviera involucrado en ellos. Cuando le interrogaron, no se lo podía creer, pero cooperó en todo lo que pudo.

—Acepté voluntariamente que sus colegas policías accedieran al contenido de mis correos, tanto el corporativo como el personal, y a mi móvil.

—¿Voluntariamente? —indaga Jaso.

—Se podría decir así —comenta el profesor con una sonrisa en los labios—. Lo hice tras la súplica del rectorado; como usted comprenderá, teniendo un contrato precario que necesitaba imperiosamente para pagar el alquiler y poder dedicarme a mis guiones, les hubiera dejado mirar hasta dentro de mis pantalones. Sin embargo, no fue ese el principal motivo, quería que todo el mundo viera que no tenía nada que ocultar. Al enterarse de que su hijo era investigado por la policía por cuatro asesinatos, a mis pobres padres casi les da un yuyu.

—¿Y cómo resultó el registro?

—Desagradable. Estuvieron a punto de mandar al traste mi relación con la que entonces era mi novia y terminó convirtiéndose en mi pareja. Encontraron una foto comprometida de ella.

—¿Y relativo al caso?

—¡Ah, se refería a eso! Perdón. No encontraron nada en absoluto. Tenía un único correo de cada una de las chicas fallecidas, en los que me trasladaban los esquemas de guiones que siempre pido a mis estudiantes. Había unos cien alumnos en clase, no puedo acordarme detalladamente de todos.

—¿Conocía a qué se dedicaban esas chicas, además de a estudiar?

—Lo leí en los periódicos. No me lo hubiera imaginado, la verdad. Tengo que confesar que me fijé en una de ellas porque tenía un cuerpo escultural y vestía bien. Pero nada de eso se me pasó por la cabeza.

Tras la breve charla mantenida con él, Jaso abandona la casa con mocos y babas en sus pantalones, y el convencimiento de que aquel hombre no es un asesino. Continúa por el tercer profesor investigado, Ruperto Rojas. En la copia del expediente no se detalla su número de móvil, pero sí su dirección, un bajo en la calle del Tutor. Jaso desconoce dónde queda esa calle y tiene que mirarlo en Google Maps: está en Argüelles, a solo trece minutos a pie o cinco en coche del Templo de Debod. Al comprobarlo, se anima. El dato no es concluyente, pero no deja de ser conveniente. Se dirige allí de inmediato. Le cuesta aparcar incluso en zona prohibida. Tiene que alejarse y le toca caminar un buen trecho, algo que sus músculos agarrotados agradecen.

Cuando llega se detiene a contemplar el edificio, es evidente que el 58 de la calle Tutor tiene su edad. Además de antiguo, el inmueble está mal conservado, por no concluir que presenta un alto grado de abandono. De la fachada cuelga una placa herrumbrosa de fondo azul y letras blancas que reza «Gas en cada piso», pero también podría rezar «Suciedad en casa piso». Se dirige al bajo de la

izquierda, cuyos cristales, muy limpios, contrastan con el resto, por lo que ha visto desde la calle. Toca el timbre de la puerta dos veces. Pasados unos segundos, abre una chica joven, morena de cabello oscuro, rizado, y con rasgos latinoamericanos, que se frota las manos con un trapo manchado de pintura. Al identificarse como policía, se muestra hosca y reservada.

—Apenas llevo dos meses en el piso y no conozco a nadie. Tampoco sé gran cosa de los anteriores inquilinos. Puedo decirle que mi predecesora se llama Mercedes Rojas porque llegó un recibo del agua a su nombre. Me ha tocado pagarlo a mí porque ni el casero ni yo hemos podido localizarla. No sé nada más —expone.

—¿Conserva ese recibo, señora?

—Lo tiré, lo siento.

A Jaso no le hace falta dedicarse al orden público para darse cuenta del desasosiego que su visita está causando en la chica. Quizás tenga alguna cuenta pendiente con la policía, quizás no tenga el visado en regla, quizás consuma droga u oculte algo. Pero, en este momento, a Javier Jaso esos detalles no le importan. Hace valer su amabilidad y el encanto de los ojos azules para conseguir que la chica no le perciba como una amenaza y se cierre en banda, pues es consciente de que no va a ser fácil obtener información. Desde el minúsculo recibidor se ve la sala, pequeña pero acogedora. Como las ventanas, todo parece estar muy limpio. Se fija en uno de los lienzos colgados en la pared, que representa a un niño jugando en un río. Los trazos hacen revivir levemente a Sorolla. Recuerda el trapo manchado de pintura y pregunta:

—¿Es suyo? Me refiero al cuadro.

—En efecto, lo he pintado yo. ¿Le gusta? —Suelta una risa floja—. ¡Soy tonta! No debería formular esa pregunta, pongo a la gente en momentos incómodos.

—No a mí, me encanta. ¿Es un perro lo que se atisba a sus pies?

—Sí, un terrier.

—No quiero molestarla, pero me encantaría verlo completo.

Deja la frase en el aire. Con cierta reticencia, la joven se retira para dejarlo pasar. Ya en la sala, lo admira de cerca. Y, de paso, toma nota del nombre que figura en la firma: Olga Paz.

—Es ciertamente bueno. Me encanta, me recuerda a mi infancia. Me hace evocar esa bonita época —añade con sinceridad.

—Eso es lo que pretendo, que recordemos esos años felices; al fin y al cabo, todos fuimos niños. Aunque no todos de la misma manera, claro, como el del pobre armario...

Se detiene llevándose las manos a la boca. Pero el mal ya está hecho.

—¿A qué se refiere con el del pobre armario, Olga?

La apertura se clausura de inmediato. La chica baja la vista.

—Bueno, el piso estaba muy sucio. Sobre todo, los armarios. Y, por cierto, hablando de los armarios, la anterior inquilina olvidó un camisón.

Jaso intenta permanecer tranquilo y que no se le note que está a punto de abrazarla.

—¿Lo conserva?

—Este sí, por si regresaba a por él.

—Será un camisón bonito —lanza Jaso, a ver si pesca algo más. Su maniobra da fruto de inmediato.

—Bonito, lo que se dice bonito no es. Debe de ser calentito, pero parece de monja ñoña. Espere que se lo enseño, lo tengo en el altillo, en una bolsa de basura.

Cuando regresa, Olga Paz está intentando quitar el nudo de la bolsa de basura.

—¡No lo saque! Si no le importa, me lo llevaré como está. En caso de no encontrarlos, se lo devolveré.

La joven, que se muestra encantada de deshacerse del objeto y dejarlo en manos del policía, replica.

—¡Ni hablar! ¡Todo suyo! Quédeselo, me trae muy malos recuerdos.

Una nueva metedura de pata que ambos perciben.

—¿Por qué un camisón le trae malos recuerdos? No lo comprendo —indaga.

La joven inquilina se muerde el labio. Es obvio que hay algo que no se anima a contar.

—Verá, agente, como habrá visto al entrar, esta casa es una ruina. La alquilé porque era barata y por el emplazamiento, pero sobre todo porque cuenta con dos habitaciones. Como ha notado, soy pintora, y quería disponer de una habitación para poner mi estudio. Cuando el casero me enseñó la casa, no abrí el armario de esa habitación. Pero cuando me mudé y traté de almacenar allí mis pinturas, me llevé la sorpresa del siglo.

—¿Cuál fue esa sorpresa? —indaga Jaso expectante y nervioso.

Pero la respuesta es un denso silencio y una frase para salir del paso.

—Bueno... estaba muy sucio. Hubo que pintarlo de nuevo.

Entonces, Javier Jaso siente un pálpito. No es más que una corazonada, pero ¿qué puede perder?

—Olga, quiero que sepa que usted no es el objeto de esta investigación. En modo alguno tiene nada que ver con su situación, sea cual sea. No estoy aquí para comprobar si tiene sus asuntos en regla, si está subarrendada, le ha caducado su permiso de conducir o de residencia, u otras cosas por el estilo. Seguimos la pista a un... violador que hace daño a mujeres jóvenes, como usted. —«Bueno,

no es toda la verdad, Javier, pero se le aproxima», piensa—. Por eso necesito que me ayude.

La joven rebulle inquieta, frotándose las manos una y otra vez con el paño, como si las manchas de óleo pudieran salir así.

—¿Creen que ese violador vivía aquí?

—Lo estamos sopesando, sí. Cualquier cosa que me pueda decir al respecto será bienvenida.

Hay un instante, un mísero instante, en que Jaso cree haber vencido, pero esa esperanza se va abajo cuando ella responde:

—Mire, lo siento, agente, me gustaría mucho ayudarle y todo eso, pero no sé nada de esa gente ni tampoco deseo saber de ellos. Además, he de terminar un encargo urgente y tengo que dejarle. Hable con el casero si quiere.

—Lo haré, Olga, muchas gracias. De todos modos, si recordara algún dato o quisiera contarme algo, llámeme a este teléfono, sin preocuparse por la hora. Trabajo veinticuatro siete —le dice tendiéndole una tarjeta.

—Gracias, y que pase un buen día, agente.

Aliviada, la joven se apresta a cerrar la puerta cuando Jaso pone el pie para evitarlo.

—Disculpe, Olga, solo una cosa más. Y me gustaría que me respondiese con sinceridad. —Luego, relaja el tono y añade muy despacio—: ¿Puede decirme si en ese armario tan sucio había alguna ratonera?

A la joven se le colorean tan intensamente las mejillas que Jaso no tiene duda de que las había. Retira el pie y permite que Olga Paz cierre por fin.

Jaso sale del apartamento con la duda bulléndole en la cabeza, y los datos y un nuevo teléfono del dueño de la casa escritos en un papel de cocina por la inquilina. De regreso al coche, llama a ese

número con la esperanza de que el arrendador pueda proporcionarle información sobre el nuevo domicilio de Mercedes Rojas, si es que ese es su verdadero nombre, y de su hijo, así como los detalles de ese armario. Según el expediente, el contrato de alquiler estaba suscrito por la madre, con la que Ruperto Rojas vivía, la misma que le había proporcionado coartadas para los días de autos. Si los dos compartían el apellido, no había ningún padre por los alrededores.

Lo intenta en tres ocasiones consecutivas, pero el casero no responde, de modo que lo deja para más tarde. Luego, llama al inspector Salado y le pone al día de los hallazgos.

—¡En ese armario había ratoneras, jefe, estoy seguro!

—Bueno, seguiremos insistiendo con el casero a ver qué nos cuenta, pero no te hagas demasiadas ilusiones, en todas las casas viejas y en muchas nuevas hay ratones, y lo más efectivo para combatirlos son las ratoneras. Sin ir más lejos, en mi casa cazamos alguno de cuando en cuando. De momento, seguiremos con la lista de pendientes: hay que recabar información en la tienda de Louis Vuitton de la calle Serrano; pasarse por el campus de Moncloa de la Universidad Complutense y dar con ese profesor y, finalmente, consultar a la doctora Padierna sobre los informes médicos de los fallecidos por el caso *Monopoly*.

—¿En qué orden, jefe?

—Creo que hay que empezar por ese profesor, tenemos que confirmar o desmentir su implicación. Y luego seguir por la doctora. Las tiendas de Serrano abren a todas horas; eso es más sencillo.

—De acuerdo, comenzaré por visitar la universidad. Si hay algún dato de ese tal Ruperto Rojas, ellos lo deben de tener. Al menos, tendrán un número de cuenta donde le ingresen la nómina.

26

Cuando cuelga, el inspector Salado está ya subiéndose por las paredes. Se halla solo en casa. Su esposa está trabajando, y, sin aire acondicionado, en el salón se acumula el calor de mil infiernos. De modo que se toma un par de pastillas para el dolor, se viste, coge el arma y la placa y va a buscar su coche. Quiere pasar por la tienda de Louis Vuitton de la calle Serrano y luego por el Gregorio Marañón. Más tarde, se reunirá con Jaso.

El inspector Salado es una persona medianamente formada, sencilla, concisa y rotunda, pero no ha sido cultivado en la cultura del caviar. Su naturaleza choca frontalmente con las elipsis, el barroquismo o los laberínticos vericuetos del lujo, como chocan la inocencia y la maldad. Todo ese mundo le resulta tan incomprensible como repulsivo, una carrera loca y absurda a ninguna parte.

No es tonto. Es muy capaz de apreciar una comida en un restaurante exquisito o un hotel selecto con un enorme colchón y servicio de habitaciones. Sin embargo, jamás compraría en una tienda donde exhiben ropa de algodón deformada y botas con tachuelas que recuerdan más a un mercadillo que a la calle Serrano. Pensar que los precios de esos objetos se miden en cientos cuando no en miles le hace pensar que el mundo va de mal en peor.

En la tienda, le recibe una chica de rasgos orientales. Es bajita y fea, pero conoce a la perfección su profesión. Salado deja que le sonría, pero no que le agasaje. Saca su placa y solicita ver a su superior. Sin mediar palabra, la joven se aleja y regresa acompañada

de una mujer de mediana edad. Es bastante más alta y tiene unos bonitos ojos verdes; boca y nariz cubiertas por una mascarilla de la marca.

No le tiende la mano, pero le mira de arriba abajo.

—Buenos días, agente. ¿En qué puedo serle de utilidad?

—Quería preguntarle por un antiguo cliente.

Se retira el cabello hacia atrás con el dorso de la mano, en un gesto marcadamente artificial.

—Lo siento, pero no puedo facilitarle dato alguno sobre mis clientes sin una orden judicial.

—Los que necesito no le causarán problemas, ya que su cliente es ya un excliente. Falleció hace un año. Se llamaba Luis Vizcaíno Mano.

La mujer abre mucho los ojos.

—¿Don Luis ha muerto? ¡Esa noticia me causa un enorme pesar! Era un gran cliente. Venía mucho por aquí. Se despidió de nosotros cuando se trasladó al sur, pero prometió volver a la menor ocasión. Descanse en paz.

—Sí, una pena. Necesitaría ver el listado de sus compras.

De nuevo, lanza hacia atrás su melena, esta vez con ambas manos, secuencialmente. Parece un movimiento reflejo.

—Como le indicaba, nuestra política de protección de datos es estricta, no puedo darle esa información sin orden judicial, ni siquiera tratándose de un cliente fallecido.

El inspector cierra los ojos y aprieta la mandíbula. La zona de los puntos le molesta, pero mucho más el sordo dolor interno.

—Verá, tenemos cuatro cadáveres de sendas mujeres que han aparecido asesinadas portando un bolso personalizado que estamos convencidos de que han sido adquiridos en este establecimiento. Si usted lo prefiere, regresaré mañana con una orden judicial, pero me

traeré a media docena de agentes conmigo. Le aseguro que nadie entrará en esta tienda en todo el día, o quizás en toda la semana. Podemos tardar mucho, muchísimo tiempo en hacer un registro. O podemos hacerlo al modo Vuitton —dice mientras levanta ambos dedos meñiques—. Usted me ofrece graciosamente esa información, por ejemplo, dejando ese listado sobre el mostrador y yéndose a la trastienda, y yo se lo agradezco y me voy de aquí sin ruido que espante a sus clientes.

No se lo piensa mucho.

—De acuerdo, ¿qué quiere saber?

—Necesito saber quién compró el bolso de esas chicas; si fue Vizcaíno, ellas u otras personas.

—Fue don Luis.

—¿No necesita consultarlo?

—No. Invariablemente, le atendía yo. Compraba siempre el mismo modelo de bolso para las que calificaba de «sus chicas especiales». Me llamaba dándome su nombre para que se lo grabáramos en el bolsillo interior, y luego venía a recogerlo personalmente.

—¿Recuerda cuántos bolsos le vendió?

—Trece. Y no me pida esa lista. No puedo dársela, ni tampoco dejarla a la vista.

—No voy a pedírsela. Tengo ya cuatro de esos trece nombres. Me conformaría con otros dos.

—¡Compréndalo! No puedo hacerlo. Necesitaré una orden.

—De acuerdo, hagamos una cosa. Yo voy a por esa orden y usted va preparando esa lista. Si ambos trabajamos rápido, no habrá necesidad de molestar a nadie.

Cuando sale y regresa al calor de la calle, vuelve a encontrarse en casa, pero no mejor. El médico tenía razón, debería haberse estado quieto. Recoge su coche y llama desde allí al juez Calvo.

—Señoría, buenos días. Al habla el inspector Salado.

—Buenos días, Rana. ¿Qué tal los dolores?

—Los soporto con paciencia. O no, pero es lo mismo. Le llamo para ponerle al día, y solicitar una orden.

—Adelante. Te escucho.

Con líneas cortas y rectas, Salado dibuja al juez el panorama.

—Comprendo, por lo que narras, hemos descartado a un montón de gente, pero no tenemos una mierda. ¿Lo he entendido bien?

—Descartar también es una forma de avanzar, juez.

—Lo sé. De acuerdo, recapitulemos. De los cinco sospechosos de los asesinatos de esas campanillas se han eliminado cuatro, y Jaso se ha ido a interrogar al quinto. Sabemos que los bolsos fueron un regalo del proxeneta a sus chicas, pero él no ha podido ser el asesino del *Monopoly* porque está muerto. Los de criminalística siguen sin dar con las huellas que unen todos los escenarios y tenemos a la doctora Padierna analizando los expedientes de los muertos descatalogados de los palacios de hielo de Madrid y Majadahonda para ver si encontramos algo que los una a las chicas muertas. ¿Es eso, más o menos?

—¡Joder, señoría, cómo se nota que ha ganado usted una oposición! Lo ha clavado.

—Gracias, cuando me pongo, puedo llegar a ser muy preciso. Una última pregunta: si Jaso no tiene éxito con ese último potencial sospechoso, ¿qué vamos a hacer?

—Esperemos que tenga suerte, señoría. De momento, le voy a pedir una orden para consultar los trece nombres que Vizcaíno mandó grabar en los bolsos para sus chicas. Quizás hablar con ellas nos lleve a algún sitio.

—¿Está seguro de necesitar esos doce más uno nombres?

—¿Perdón?

Calvo carraspea.

—Doce más uno, Rana, sufro de triscaidecafobia.

—¿De qué?

—Se llama así al miedo a ese número.

—¿Por qué le tiene miedo a un número? ¡No puede hacerle nada!

—Muchos huyen despavoridos de los ratoncillos o de las arañas. Dicen que es un miedo irracional, pero lo cierto es que esos animaluchos transmiten muchas enfermedades. ¿Por qué si no la carta de la muerte en el tarot lleva ese número? ¿O por qué a Satanás se le llama el ángel doce más uno?

A Salado sus heridas le duelen lo suficiente para no entretenerse con tonterías.

—¿Me dará usted esa orden, señoría? Sabemos ya cuatro nombres, de modo que solo nos queda conocer los nueve restantes.

—¡Claro! Cuenta con ello.

27

Mirar la enfermedad y la muerte desde el otro lado no es lo mismo que tenerla a tu vera. Cuando la rozas, cuando te acecha mirándote directamente a los ojos, el tiempo cambia de estado. Para el paciente, las horas se vuelven sólidas, macizas, un plúmbeo racimo de minutos que nunca terminan de madurar; para los médicos, el tiempo deviene gaseoso, y echa a volar como si de una cometa se tratara. Ora planea con elegancia; ora desciende flácida y ordinaria. En ocasiones, una ráfaga repentina hace picar la birlocha y dar con sus huesos en tierra. Y el médico anda o corre o vuela.

Cuando Paloma Padierna mira el reloj, se asombra de haberse comido media mañana sin apenas darse cuenta. De todos modos, como ya ha recabado los datos que Jaso necesita, coge el móvil y le llama para ponerle al corriente.

—Javier, soy Paloma. Ya he terminado de revisar los informes médicos que me pediste. He tardado más de lo esperado, porque todo resulta un poco extraño.

Al escuchar su voz, Jaso se detiene para concentrarse mejor y cierra un instante sus ojos.

—Gracias por llamar, Paloma. ¿A qué te refieres con extraño?

—Bueno, a ver cómo lo explico. Me has pasado el nombre de cinco pacientes. Uno fue ingresado en febrero, los demás en marzo y abril, es decir, en lo más duro de la pandemia. Como dijiste, en todos figuro yo como médico de referencia, pero, con la excepción del primero, Daniel de Liébana, buen amigo de mi padre y al que

conozco desde siempre, te puedo asegurar que los demás no fueron mis pacientes; quiero decir que no los atendí yo.

El agente Jaso Javier responde escéptico:

—Es tu firma, Paloma. —Luego, permanece en silencio en espera de más explicaciones.

A la doctora Padierna le molesta el tono empleado por el policía, pero trata de no darle importancia. Es consciente de que todos están con los nervios crispados.

—Para empezar, Javier, no es mi firma, sino un garabato. No te niego que, en el caso de estar desbordada, habría firmado hasta con una raya, pero hay dos cosas que me ratifican en mi negativa rotunda. La primera es que uno de los pacientes de tu lista respondía al nombre de Higinio. Te aseguro que no he tratado a un paciente llamado Higinio en los últimos meses; en otro caso, me acordaría.

Jaso, que empieza a ponerse nervioso, respira hondo antes de responder:

—A ver, doctora, dices que a causa de la pandemia estabais desbordados y no paraba de llegar gente, ¿cómo vas a acordarte de un nombre?

—De un nombre, no; de un paciente llamado Higinio. —Como lo que dice parece rechinar en los oídos de Jaso, se explica—: Mira, yo me dirijo siempre a mis pacientes por su nombre de pila, nunca por el apellido. Higinio, además de infrecuente, tiene un significado para mí, pues tuve un novio que se llamaba así. Era hijo de un diplomático y me encantaba; cuando me dejó, me llevé el berrinche del siglo, bueno, del siglo no, del semestre. Te aseguro que por mis manos no pasó un Higinio. Y si esto no te parece suficiente, debes saber que todos los nombres de esa lista tienen código verde. Yo jamás los hubiera clasificado de esa manera.

—Explícame eso de la clasificación, no sé de qué me hablas.

Paloma temía que se lo preguntara.

—Lo que te voy a contar puede parecerte inhumano, pero es lo que hay. Tienes que ponerte en situación. Estábamos en un contexto de unas UCI repletas, con altas a cuentagotas, y una larga lista de espera de personas que tenían criterios médicos para ingresar. Ante la imposibilidad de atender a todas ellas, hubo que priorizar. ¿Me comprendes?

—Sé qué significa priorizar, pero no a dónde vas. Continúa.

—Vale. Como estábamos ante casos de vida o muerte, para priorizar se abandonó el criterio de que quien llega primero accede primero y se buscó un sistema más ético. Y era muy importante hacerlo bien porque todos éramos conscientes de que ingresar a un paciente equivalía a no admitir a otro que, sin un respirador o un cuidado específico, tenía muchas papeletas para acabar en la morgue. El consenso y el sentido común indicaban que debían tener prioridad las personas con más posibilidades de sobrevivir, mientras que a las personas que, por distintas razones, un ingreso les proporcionaría un beneficio mínimo quedarían en el extremo de la cola. Para poner negro sobre blanco el sistema, los intensivistas e internistas formaron un grupo de trabajo y consensuaron los criterios técnicos y éticos comunes para plantear un ingreso. Y los que estábamos trabajando sobre el terreno los seguimos. Al menos, yo los seguí a rajatabla. Primero porque era la política del hospital; segundo porque me pareció un sistema justo y tercero porque no me siento a gusto siendo el dedo de Dios, que decide quién vive y quién muere. Resumiendo: el sistema clasifica a las personas con un código rojo, verde y amarillo, como los semáforos. No sé si me he explicado suficientemente.

—Como el agua clara.

—Vale. Pues ahora voy a esos expedientes que me has pedido que comprobara. En todos ellos, los fallecidos figuran con código verde y obtuvieron una cama en UCI. Sin embargo, en mi opinión, esa clasificación fue errónea.

—Errónea, entiendo —responde, aunque en realidad no lo ha comprendido aún—. ¿Lo dices por la edad?

—No, la edad del enfermo no es en sí un elemento salvo que implique una fragilidad o un riesgo de muerte elevado, calculado por escalas de gravedad. Además, hay otros criterios, como las personas que el paciente tiene a su cargo: un padre de seis hijos frente a un soltero, por ejemplo. Por ponerlo fácil, no entrarían en UCI los pacientes que tuvieran escasas posibilidades de recuperarse de una enfermedad previa, pongamos por caso un cáncer avanzado; los enfermos a los que el propio virus hubiera generado un fallo multiorgánico crítico, o aquellos pacientes cuyo ingreso provocase un beneficio mínimo o improbable no deberían haber sido ingresados. En esa lista, y en ese momento, no hubiera aceptado a dos de ellos bajo ninguna condición.

—Y si no lo has hecho tú, ¿quién lo ha hecho?, ¿por qué pone tu firma?

—Sinceramente, no tengo ni idea, Javier.

—Has mencionado tres razones, pero solo has nombrado dos, el código y que la firma es un garabato. ¿Cuál es la tercera?

—Descansé el día del ingreso en intensivos de uno de los pacientes. Espera que te digo el nombre... Aquí está: Tomás Giráldez. Es imposible que sea mi firma, yo no estaba allí.

—¡Coño, Paloma! ¿Por qué no has empezado por ahí?

La médico, extrañada del exabrupto, se lleva la mano a la cara. Cuando la retira, tiene los ojos enrojecidos y vidriosos.

—¿Qué ocurre, Javier?, ¿no te fías de mí? ¿Soy una de tus sospechosas? Porque me tratas como si lo fuera.

—¡No, por Dios! —recula el agente arrepentido—. ¡Confío totalmente en ti! Perdona, están siendo horas un poco intensas. Te agradezco mucho el esfuerzo.

De pronto, una idea peregrina le pasa por la cabeza. No duda ni un minuto en indagar.

—¿Puedo pedirte otra cosa más, Paloma?

—¡Me da miedo decirte que sí!

—No te preocupes, esta vez es fácil. ¿Podrías comprobar si en los últimos meses has atendido a una paciente apellidada Rojas?

—Espera, que vuelvo a entrar en el sistema. Un momento, se está cargando... ¿Tienes algún dato más?

—Su nombre de pila, creo que se llama Mercedes.

Paloma teclea y mira la pantalla con el ceño fruncido.

—Atendimos cinco pacientes apellidados Rojas, pero solo tres son mujeres. Déjame que compruebe los nombres... Sí, aquí están: Laura Rojas, de ochenta y siete años, fallecida; Roxana Rojas, de dieciséis años, dada de alta, y Mercedes Rojas, de cincuenta y nueve años, también fallecida.

—¿Cincuenta y nueve? Es joven. ¿Algún dato más?

—Veamos, Mercedes Rojas ingresó en la unidad covid, donde desarrolló muy rápidamente una neumonía bilateral. No se la llevó a UCI porque no había camas disponibles, y se la dejó en lista de espera. Desafortunadamente, no se liberó ninguna cama a tiempo.

—¿A tiempo de qué?, ¿quieres decir que murió sin entrar en la UCI?

—Sí, no pudimos hacer nada.

La mente de Jaso ata cabos rápidamente.

—Gracias, Paloma. Estás segura, ¿verdad? Ese dato es muy importante.

A pesar de que a Jaso le pasa desapercibido, la respiración de Paloma se acelera cuando termina la frase.

—Estoy segura. Lo recoge el informe y puedo confirmártelo porque me acuerdo del caso perfectamente. A esta paciente sí que la atendí yo.

—Perfecto. Por cierto, ¿dónde estás?

Hay un corto silencio antes de responder.

—Iba a decirte que estoy mirando el ordenador en remoto desde la casa de mis padres, pero te estaría mintiendo. Me he venido al hospital para atender una urgencia. Pero ya he terminado y me voy directamente a casa.

—¡Hay que ser testaruda! Por favor, hazme caso, sal de ahí y vete a casa de tus padres.

Paloma cuelga deprisa, casi sin despedirse. Alguien está llamando a su puerta. No sabiendo qué hacer, se vuelve a colocar el traje de protección. Siempre puede negar ser la doctora Padierna.

28

El agente Jaso llama de inmediato al inspector Salado. Como este no responde, se desplaza hasta la universidad. Y, por una vez, tiene suerte. Le informan de que, en un edificio colindante, y en apenas media hora, el profesor Rojas va a realizar un examen presencial de su asignatura. Le indican el lugar, y hacia él se dirige mirando la copia de la fotografía del sujeto que le han facilitado.

No está demasiado lejos. Aun así, hace el trayecto en coche. Nunca sabes si vas a tener que salir corriendo. El edificio es tan funcional como feo. No marida bien con la innovación ni casi con la ciencia, pero es evidente que los intangibles no necesitan paredes de diseño. Pensando en el hombre con el que va a encontrarse, atraviesa el vestíbulo desierto, desciende por la empinada escalera hasta el sótano y enfila el pasillo de la derecha en busca del aula 201.

El inmueble, impregnado de un silencio pesado y espeso, recuerda a una universidad fantasma. Sin embargo, conforme avanza por el estrecho pasillo, lleno de carteles pegados en las paredes, llega a sus oídos una voz masculina, ligeramente fina, que recita secuencias de números y letras a voz en cuello. Aprieta el paso.

Al aproximarse, observa a un hombre, grueso más que corpulento, con la piel muy blanca y el semblante pálido, rodeado por un par de docenas de estudiantes. Lleva el pelo rubio y rizado

sujeto por una goma negra en una pequeña cola de caballo. Da por supuesto que es el profesor Rojas.

Jaso observa la escena. Cada vez que el profesor completa una secuencia de números y letras, que parecen corresponder a identificaciones universitarias, un estudiante se acerca al profesor portando su documento nacional de identidad. Cuando Rojas comprueba que es quien dice ser, le indica un número y le hace pasar a una sala muy amplia de paredes de cristal llena de ordenadores numerados dispuestos en mesas largas y corridas, con bastante separación tanto entre filas como entre puestos. Aun a cierta distancia, Jaso se suma al grupo de los que esperan. Tras verlos desfilar uno a uno, se queda solo.

—¿Cuál es su código? —le espeta Rojas mientras le lanza una mirada altanera.

—Disculpe, profesor, soy el agente Jaso, policía judicial. He tratado de localizarle sin éxito tanto en su antigua casa como en su despacho. Finalmente, en la secretaría de la universidad me han indicado que estaba usted aquí. Sé que soy inoportuno, pero necesito hacerle unas preguntas. No le molestaré demasiado. Pero, tranquilo, aguardo a que termine.

El hombre aprieta la mandíbula y por un instante cierra sus ojos miopes. Esos son los únicos signos que se permite. Por lo demás, su cara no emite señal alguna. Ni miedo ni sorpresa ni crispación. Parece como si le estuviera esperando. Jaso no sabe por qué, pero al mirarlo sus músculos se tensionan. Algo en su interior le dice que es su hombre, pero no reacciona, como si su cabeza y su corazón estuvieran desacoplados.

—¿Molestarme? En absoluto, agente. ¡Me honra usted con su visita! La policía siempre ha suscitado en mí una notable curiosidad.

Jaso recuerda las advertencias sobre el narcisismo de los psicópatas de Edurne Olascoaga y decide seguirle el juego.

—¿Y cómo es eso? Somos gente bastante corriente.

—¡No se desprecie, agente Jaso! Buscar a los malos, perfilar sus almas para atraparlos, seguirlos por esta jungla de ciudad, cazarlos... Se mire como se mire, es una profesión apasionante. Déjeme que termine de colocar a los chicos y estoy con usted.

Mientras escucha los ruidos de los estudiantes que se acomodan en sus respectivos puestos y se preparan para el examen, Jaso permanece callado, observando a su presa. Pese al sobrepeso, que se evidencia fundamentalmente en su estómago y alrededor de su cintura, se mueve con bastante agilidad. Tiene un extraño tic consistente en llevarse una y otra vez la mano derecha a la cartuchera que sujeta su móvil y que cuelga de su pantalón. El agente se percata de que en ninguna parte del expediente figura su número de móvil y anota mentalmente que debe conseguirlo.

Cuando ya ha logrado colocar a todos los alumnos, escuchan un tableteo y unos gritos lejanos. Unos instantes después, aparece un joven con evidentes muestras de haber corrido durante un largo trecho. Con la espalda inclinada y las manos apoyadas en las piernas para recuperar el resuello, intenta explicar de modo coherente, y en tono melodramático, que el guardia de seguridad le había escuchado toser y no le dejaba pasar. Sus ojos le apoyan en demanda de ayuda. Tras mirarlo de hito en hito, y con un ademán lleno de desprecio, el profesor le pide su DNI, y le permite pasar.

Finalmente, el pasillo retorna a su silencio fantasmal. También en el aula 201 el eco de las voces se va desvaneciendo. Reina una calma tensa, tejida de susurros alargados y de una sesión de toses y respiraciones hondas. Rojas entra en la sala, levanta los brazos y proclama solemnemente:

—Cinco, cuatro, tres, dos, uno: adelante.

Todos se lanzan furibundos sobre el teclado. Él sonríe abiertamente y con el dedo índice indica a Jaso que se acerque. Al hacerlo, se percata de que huele fuertemente a sudor y de que su respiración es agitada. Pese a estar a más de treinta grados, lleva un jersey de manga larga.

—Se preguntará usted por qué no hacemos el examen de informática *online,* como cabría esperar. La respuesta es fácil: en internet es sencillo suplantar la personalidad. Por eso mis ordenadores no están conectados. Solo me obedecen a mí. Es curioso, el mundo parece empequeñecer cuando te pones ante la pequeña pantalla de un ordenador, pero es precisamente ahí donde ocurren las mayores maravillas: todo está a tu alcance; el mundo se desnuda ante ti. Venga, sígame. Hablaremos más tranquilos allí delante.

Jaso asiente y camina tras él. En efecto, en la parte delantera del aula han colocado una especie de biombo que forma con la pared un pequeño habitáculo provisional.

—¿No tiene usted que cuidar el examen? —pregunta. Pese a que por las grietas que dejan las hojas articuladas se puede percibir a los estudiantes, la visibilidad es casi nula.

—En absoluto, cada uno tiene un examen personalizado. Están prohibidos los móviles, los papeles y los bolígrafos y saben que el tiempo es muy escaso. Pasados veinticinco minutos, la máquina dejará de obedecerles.

—¡Qué interesante! Lo tiene usted todo pensado. Gran profesión la suya. No le voy a negar que me gusta ser policía, pero tengo por cierto que ser profesor es una actividad de mucho mayor impacto. Ustedes contribuyen a modelar la mente de la gente que luego dirigirá nuestras empresas, nuestros países o nuestras instituciones.

Supongo que sus estudiantes le tendrán en gran estima —comenta con toda intención. En la secretaría de la universidad, y utilizando sus dotes de seducción, logró obtener datos sobre él; tras un sinfín de quejas de todo tipo, el rectorado había decidido ponerle de patitas en la calle.

Si bien el rostro del profesor Rojas se mantiene inalterable, nota su enfado en el modo en que cierra las manos.

—Siempre he procurado descubrir en mis estudiantes un amor verdadero por la verdad y la belleza de la ciencia. He tratado de que reconocieran su auténtico precio, pero discernir el valor no es uno de los fuertes de esta generación. Esta sociedad nuestra crea tantas necesidades, nos entretiene tanto, que perdemos la perspectiva. Si mis alumnos me tienen en consideración es porque les soy útil. *A sensu contrario*, muestran su desafección por los caducos profesores de Filosofía, Historia o Literatura Inglesa.

—Creo que los cursos de Literatura Comparada del profesor Novoa tienen lista de espera —responde Jaso, que acaba de inventarse tanto el dato como el nombre.

Esta vez Rojas no logra evitarlo, y enarca las cejas.

—Seguro que es un chico guapo y resultón. Las chicas se apuntan a ver si tienen suerte.

—He visto un considerable porcentaje de mujeres en su clase, profesor. ¿También están aquí para ver si tienen suerte?

Esta vez Rojas está preparado.

—Los algoritmos que dirigen mis ordenadores no tienen la opción suerte entre sus sentencias. Una pena... Bueno, agente Jaso. Venía usted a hacerme unas preguntas. Supongo que le interesará la ciberseguridad.

Esta vez el que se queda descolocado es Jaso.

—En realidad, no. Quería preguntarle por cuatro de sus alumnas. Exalumnas, desafortunadamente.

—¡Ah, mis alumnas! Si quiere que le sea sincero, me fascinan los números tanto como las mujeres. No sabría decirle exactamente cuál de ellos me hechiza más.

—¡Ah, nadie lo diría! —exclama, cada vez más envalentonado—. ¿Está usted casado, profesor?

Parece extrañarse de su pregunta, cuya respuesta, por otro lado, Jaso conoce.

—No, agente. No me atraen en ese sentido, mi interés por el sexo débil es puramente circunstancial.

—¿Circunstancial? ¿De modo que es usted un mujeriego? Ya sabe, de los que piensan que las mujeres son de usar y tirar.

—En absoluto —mientras responde parece reprimir un interno deseo de reírse y sus ojos se llenan de chispas—. Desde mi punto de vista, las mujeres no son más que ilusiones de verdad.

—Ilusiones de verdad. ¿Y los hombres no?

—Los hombres somos hechos estadísticos; sin embargo, las hembras pertenecen al sector de los pequeños números. Ningún investigador en su sano juicio tomaría en serio a una mujer. Su mente está completamente sesgada.

—Si le cuenta eso al rector de esta universidad, es muy probable que lo expulse por misógino.

El profesor amaga una sonrisa.

—Es un dato científico, no tiene nada que ver con la misoginia. ¿Se ha preguntado usted por qué son siempre las mujeres las que llevan paraguas?

—¿Paraguas? La verdad es que no, profesor; para eso están los científicos como usted. ¿A que lo ha pensado?

—¡Naturalmente! Verá, llevar paraguas es una decisión consciente y deliberada; viene bien si llueve, pero, si el tiempo se mantiene seco, cargar con él resulta latoso. Además, es muy probable que lo pierdas y tengas que mojarte cuando regresas o que te toque comprar otro. De modo que la persona, o bien mira la previsión, o bien se hace su propio cálculo. Lo curioso es que, ante la misma previsión, la mujer coge el paraguas el triple de veces que el hombre. ¿Sabe usted por qué?

—No, lo siento, soy de letras. Además, me gusta mojarme —responde con cinismo, tratando de nuevo de levantar su ira.

—Algunos investigadores apuntan a la aversión al riesgo como causa. Pero yo no estoy de acuerdo con ellos, simplemente creo que la clave está en que son mujeres.

—No le he entendido, profesor. Tendrá que esforzarse un poco más. Yo soy abogado, los números me marean.

—Deje que se lo explique de otro modo. Si la previsión da un noventa por ciento de probabilidad de lluvia, tanto un hombre como una mujer cogerán el paraguas antes de salir de casa. Lo mismo ocurrirá si la previsión desciende digamos al setenta y cinco por ciento. La dificultad surge cuando la probabilidad se sitúa en cincuenta. En ese punto, las mujeres seguirán cogiendo el paraguas, mientras la mayoría de los hombres no lo harán.

—Quizás se pueda explicar por su preferencia por la ropa seca, porque les disguste llevar los zapatos mojados o porque han ido a la peluquería y no quieren estropearse el pelo —argumenta Jaso.

—¡Error! —dice mientras imita con su boca el sonido de un ordenador.

—¿Dónde está el error?

—Usted piensa como un hombre y su reflexión es racional, ¡ese es el fallo! Lo que su mente acaba de hacer es valorar pérdidas y

ganancias, como haría yo. Pero las mujeres lo que estiman es su *statu quo*. Si usted dijera a esa mujer que va a coger el paraguas, con probabilidad de lluvia del treinta por ciento: «Déjalo en casa, y si por fin desagua, te pago la tintorería y la peluquería, te doy unos zapatos nuevos y te compenso por el tiempo de trabajo que has perdido en aquellas actividades», ella respondería que no. ¿Sabe por qué? La razón es que mientras nosotros no queremos mojarnos, ellas lo que quieren es estar guapas. ¡Mojado tiene como opuesto seco, no estar guapa! Con ese modo de pensar, es imposible entender cómo toman decisiones. ¡Ahí lo tiene!, su sexo las sesga. Una y otra vez, sistemáticamente, interpretan erróneamente la información disponible y con ella toman decisiones que pueden resultar estúpidas. Y luego está el efecto arrastre: una mujer hace algo por el simple hecho de que otras mujeres lo hacen.

—Siento llevarle la contraria, profesor, pero, si es un error, los hombres también lo cometemos: fumamos con los que fuman, bebemos con los que beben, hasta delinquimos en grupo. Recuerde los casos de violaciones en manada o de los ultras del fútbol.

El profesor hace como si no escuchara el último comentario.

—Piense en la moda, es simplemente un efecto arrastre.

—Tiene usted toda la razón, profesor, pero también hay moda masculina.

—En eso le concedo el tanto. Sin embargo, estará conmigo en que la mayor parte de los que compran moda masculina son homosexuales, y piensan como mujeres.

Jaso traga saliva y finalmente le alerta:

—Hágame caso, si quiere conservar su trabajo, no repita ese razonamiento delante del rector.

—¿Qué quiere que le diga? Una mujer es un atajo mental, y así nos va. Se hacen pasar por lo que no son. Solo se guían por las

apariencias... Disculpe un instante, tengo que conectar la alarma de fin de examen —le indica mientras se vuelve hacia la mesa donde descansa su ordenador portátil, junto a su abrigo y una pequeña mochila negra.

—Acláreme algo, profesor, que me he perdido. Imagine que está usted en la cafetería de un hotel y ve a una chica de cuerpo escultural vestida un pelín provocativa y con un bolso de Louis Vuitton colgado al hombro, ¿pensaría que es una prostituta? Y si esa misma chica, vestida de la misma manera, apareciera en su clase, ¿pensaría lo mismo?

Rojas retrocede un paso. Sus pupilas brillan y una pequeña sonrisa extiende sus labios.

—¡Ya comprendo! Usted está aquí para hablar de esas chicas a las que asesinaron, pero nunca encontraron a su autor.

El corazón de Jaso se apresura y sus ojos se agarran a la cara de Rojas como una garrapata: no quiere perder ni uno solo de sus movimientos. Decide poner en práctica todo lo que Edurne le ha enseñado.

—¿Asesinatos? Creo, profesor, que hablar en esos términos es pura especulación. En los cuatro casos, la causa del fallecimiento de esas chicas fue una sobredosis. Como comentó usted anteriormente, con gran sabiduría, esta sociedad nos crea muchas necesidades, y las drogas son una de ellas. El caso es que, para cerrar de una vez el expediente de esos accidentes, nos resta comprobar algunos de sus datos. Un momento, voy a sacar mi libreta, yo no soy un genio de la informática como usted y sigo con métodos tradicionales. —Rojas sonríe ante el cumplido—. Veamos. Usted vivía con su madre en un domicilio que ella tenía alquilado, sito en el bajo de la calle del Tutor número 58, ¿es correcto?

—Lo es.

—Pero ya no viven allí, ¿verdad? He estado esta mañana y el piso ha sido ocupado por otra persona. Supongo que ha decidido por fin independizarse de las faldas maternas.

Esta vez la pulla causa efecto. Rojas se tensa.

—Cierto, ya no vivo allí. Está siendo un año muy raro. Llegó el coronavirus; se cerró la universidad y mi madre murió. Era una mujer muy recia, con carácter. Mi padre nos abandonó cuando yo era pequeño, y ella me sacó adelante con mucho esfuerzo. Era inflexible, incapaz de perdonar un error, pero eso me hizo mucho más fuerte y me convirtió en lo que soy...

Jaso le interrumpe.

—¿Su madre usaba paraguas?

—¿Cómo dice?

Jaso se sonríe.

—Solo era una broma, profesor. Quería preguntarle si se llevaba bien con su madre. Lo digo porque las mujeres que son incapaces de perdonar un error suelen ser crueles.

La voz lo delata, pero continúa como si no le hubiera interrumpido.

—No soporté esa casa sin ella, y me mudé. Perder a una madre es dolorosísimo.

—Le acompaño en el sentimiento, profesor, de veras. Dígame, el fallecimiento de su madre, ¿es muy reciente?

—Incineramos su cuerpo la última semana de abril. Murió a causa del maldito virus con cincuenta y nueve años recién cumplidos.

Jaso respira hondo.

—¡Qué lástima! Era muy joven. Supongo que fallecería en el hospital Gregorio Marañón.

Durante una milésima de segundo, el rostro de Ruperto Rojas se vuelve lívido. Pero enseguida reacciona.

—Sí, agente, en el Gregorio Marañón. Y ahora tengo que dejarle, me está complaciendo charlar con usted, pero ya no dispongo de más tiempo.

—Una última pregunta, si me lo permite: ¿conoce el juego del *Monopoly*?

—Lo conozco bien, sí, era el juego preferido de mi madre. No paraba hasta hacerse con las casillas rojas, sus preferidas. Pero de eso, si le parece, hablaremos en otro momento, ahora tengo que acabar el examen.

—Claro, disculpe. Una última pregunta muy rápida: ¿tiene usted ratoneras en casa?

Ruperto Rojas se gira, cierra su portátil y lo recoge.

—Ha sido un placer, agente. Salude a la doctora Padierna de mi parte.

En ese instante, un pitido muy agudo rompe el silencio y una voz metálica comienza a escupir: «Se ha declarado un incendio; salgan ordenadamente». Las luces se apagan. Luego, todo pasa muy deprisa. Los estudiantes salen disparados hacia todas partes, como hormigas a las que un depredador ha pisado su hormiguero. Jaso, que se ha llevado las manos a los oídos, nota por el olor que Rojas pasa a su lado, y trata de agarrarle, pero no es lo suficientemente rápido y solo lo engancha por el cinturón. Cuando tira de él, se rompe. Y Rojas escapa.

29

Paloma Padierna chilla un «adelante» con cierta precaución. Cuando ve entrar a un hombre tocado con un sombrero negro de fieltro, camisa negra, patillas por la barbilla y sin mascarilla, se tranquiliza.

—El señor Eliseo me pide que la acompañe a su vera; si vos de usted puede...

—Vos de usted... Vale, comprendo. ¿Don Eliseo se encuentra mal?

—Mismamente, como hace un rato.

—De acuerdo, voy con usted con la condición de que se ponga una mascarilla. Es obligatorio.

Echa mano al bolsillo del pantalón y saca una especie de trapo arrugado con dos cintas a los lados, cosidas a mano.

Paloma abre el cajón de la mesa y coge una mascarilla quirúrgica de la caja.

—No estamos jugando a los disfraces, caballero, eso que lleva no vale para nada. Tenga, póngase esta.

El gitano lo hace mientras susurra:

—Su despacho de usted lleva su nombre en la puerta.

—Así es.

—Mala idea en este momento. Debería trabajar en otra parte.

La doctora se queda pensativa. Quizás tenga razón. Llevar un traje de protección le había proporcionado una sensación de seguridad, que sería ficticia si quien quisiera buscarla pudiera encontrarla por estar en su despacho. Se dice que, mientras dure este asunto, trabajará desde la sala de residentes.

Ambos salen al pasillo. Paloma cierra la puerta con llave y se suman al mar de cabezas que deambulan por los pasillos. No hablan más hasta llegar a la habitación del patriarca.

—Gracias, doctora. La he hecho venir para decirle que tenía usted razón.

—¿Razón? ¿Sobre qué?

—Sobre ese tal Bosco, es mala gente.

—¡Pues sí que se ha dado usted prisa! ¿Puedo preguntar cómo lo ha averiguado?

El patriarca carraspea. De su cara se adueña un gesto de dolor que infructuosamente trata de disimular.

—Verá, doctora, hay ciencias que no se aprenden en los libros. Además, la mala gente es como la luna, siempre resplandece. A veces, las nubes la ocultan, pero la maldad no puede permanecer siempre de costado. Enseguida deja huella. Y es fácil de rastrear.

—Es usted un hombre sabio, Eliseo.

—No doctora, soy un hombre viejo. Y más por viejo que por diablo le digo que mezclarse con mala gente no trae más que problemas. Es un camino sin retorno, una vez se manche las manos, nunca volverá a limpiárselas.

—Tiene toda la razón, pero yo no quiero mancharme las manos, solo quiero robar esos papeles. Si tuviera otra opción, le aseguro que me mantendría tan lejos de él como pudiera. Ya sabe lo que se dice: el que roba a un ladrón, tiene cien años de perdón.

—Ese es el problema, que, una vez que se empieza, no se sabe cuándo ni cómo se acaba. Si me permite darle un consejo, no haga nada. No intente nada. Déjeme un poco más de tiempo para investigar. Y, mientras tanto, tenga cuidado.

—¿Cuidado?

—No se inquiete, mi gente los vigila. Estará segura allá donde vaya.

Son tantas las cosas que habría querido decir, que Paloma las encierra todas en una sonrisa. Se acerca y besa al patriarca en la frente. Luego, tratando de ocultar sus lágrimas, vuelve a colocarse el traje de protección y abandona la habitación. Aprovecha para mirar si el equipo de cirugía ha pactado ya el tratamiento, y regresa a su despacho para recoger sus cosas. Aún en el pasillo, recibe la llamada de un agitadísimo Javier.

—¡Paloma, creo que ya sabemos quién es! —A la mujer el corazón le empieza a latir con mucha fuerza—. Si sigues en el hospital, deja lo que estés haciendo y sal de ahí a toda leche. ¡El tipo es muy peligroso y va directamente a por ti! Sal de inmediato.

—Me estás poniendo nerviosa —responde la médico, que se ha quedado petrificada en medio del pasillo.

—Eso es precisamente lo que intento. Te aseguro que la alarma es muy real, y está muy cerca. Por lo que más quieras, ¡sal de ahí! Nos vemos en casa de tus padres.

—Claro, ahora mismo voy.

30

Tras perder a Ruperto Rojas, el agente Jaso, malhumorado y pensativo, va conduciendo por la calle Cea Bermúdez en dirección a plaza Castilla. Cuando suena su móvil, responde mecánicamente.

—Agente Jaso, dígame.

Escucha un susurro. El sonido es tan suave que apenas lo percibe.

—¿Quién es? ¿Oiga?

El susurro cesa un instante. Pero de repente se recobra la audición.

—¿Agente Jaso?

—El mismo, ¿quién es?

—Soy Olga Paz, la inquilina de la calle Tutor.

Un gélido escalofrío recorre la espalda de Javier.

—¡Ah, Olga! Gracias por llamar. La escucho.

La conversación se interrumpe y vuelve el silencio.

—Tranquila, tómese su tiempo. No hay prisa.

—Sí, gracias. Agente, he estado pensando en nuestra conversación. Y no paro de decirme: «¡Dios mío!, ¿y si ese loco viola a alguien más y yo tengo la culpa?». No quiero arrastrar ese cargo de conciencia toda la vida. Dígame, ¿qué quiere saber?

—Háblame de ese armario; de lo que contenía, de lo que le llamó la atención.

—Bueno, en fin, tiene que darse cuenta de lo desagradable que es todo esto.

—Lo entiendo perfectamente. La escucho: continúe.

La joven inquilina respira varias veces.

—En el armario había un jarrón marrón con tapa, muy parecida a una de las urnas que se usan para contener las cenizas de los muertos.

—¡Vaya! ¿Conserva esa urna?

—¡Por nada del mundo! Obligué al casero a que se la llevara. Cuando salió de casa, le observé por la ventana y vi que la tiró al contenedor de materia orgánica. Lo recuerdo porque me pregunté si era el contenedor adecuado.

«¡De modo que las cenizas de Mercedes Rojas han acabado en la basura!», anota mentalmente Javier.

—¿Había algo más en ese armario?

—Sí, lo había. Pero no voy a contárselo. Es mejor que lo compruebe por usted mismo. Hice unas fotos para enviárselas al casero y exigirle que lo pintara y retirara esa cosa. Al principio no quiso hacerme caso, pero cuando vio las imágenes, mandó de inmediato a un pintor. Le mando una de esas fotos.

—¡Estupendo, Olga! Eso será de mucha utilidad. ¿Algo más?

—Sí, agente, quiero que se olvide de mí, a no ser que desee comprar uno de mis cuadros.

—Lo intentaré, Olga. Ha sido muy amable, le agradezco su tiempo y colaboración.

La imagen llega pocos segundos después. Muestra un armario de paredes desnudas, pequeño como un zulo de poco más de metro y medio, con una bombilla en una de las paredes, de cuyo techo cuelga una anilla gruesa y de ella unas cadenas con fijaciones de hierro para las muñecas. La posición de alguien sujeto en ellas sería la de una persona con los brazos estirados por encima de su cabeza. Amplía la imagen y observa que en el suelo hay tres ratoneras.

Tercera parte

1

Hace ya media hora que los dos policías han abandonado su despacho, y el juez Juan Calvo sigue en la misma posición, inmóvil, con el mismo gesto de susto mayúsculo pintado en su cara y mascando la información que acaban de proporcionarle. Todo el caso parece una broma de mal gusto, y al juez Calvo no le gustan las bromas, mucho menos cuando en vez de risas arrastran cadáveres.

Calvo sabe desde niño que los muertos le soliviantan; que los entierros, los cortejos fúnebres, los funerales y los panegíricos le disgustan. Lo que no sabía, pero ya sabe, es que también le abruman los psicópatas que dejan muertos a su paso; en especial, cuando lo hacen en serie.

Ha escuchado atónito el relato de Salado y Jaso. Su cabeza, bien salpimentada por mil y una series de televisión, había supuesto que se produciría una búsqueda a lo *24* y que, después de muchos compases, un Jack Bauer vestido de rana salada tocaría la nota definitiva y encontraría al culpable justo donde nadie lo había supuesto. Sin embargo, lo que le han contado es que el autor de tal tropelía había pertenecido a la lista de sospechosos de los asesinatos de los colores, y que, si bien han dado con él prácticamente a la primera, se les ha escapado de las manos como el agua en una cesta, y no logran localizarle.

—De modo que era uno de los profesores.

—Sí, parece bastante claro que tanto la muerte de Chamberí como las de las campanillas de la Universidad Complutense son obra

de Ruperto Rojas, profesor de informática, que impartía clase a todas las estudiantes fallecidas.

—¿Y por qué no lo identificaron entonces?

Se encoge de hombros mientras respira.

—Lo desconocemos, pero parece claro que hubo alguien del cuerpo de policía que se esforzó mucho en que la investigación no prosperara. Es desagradable reconocerlo, pero alrededor de estos temas de prostitución de altos vuelos y cocaína siempre hay dinero que llena bolsillos que deberían ser honestos. Lo cierto es que la investigación fue una auténtica chapuza: no miraron nada y echaron tierra sobre todos los indicios, y al inspector Plaza, el único empeñado en esclarecer los hechos, se lo quitaron del medio de malos modos. De hecho, él siempre sospechó que había un policía corrupto implicado.

—La corrupción es un delito, y debe ser perseguido, pero cuadra que alguien quiera obtener dinero fácil. Lo que no acabo de entender es por qué ese profesor asesinaba a sus alumnas, sin sacar provecho alguno. Quiero decir que no parece obtener ninguna satisfacción material o sexual con ello.

—Nuestra hipótesis, aún sin corroborar, es que se trata de un psicópata con una extraña relación con su madre. Desconocemos si se trata de una madre psicópata que le utilizaba a él para sus atrocidades o es al revés.

—¿Su madre?

—Sí. Ambos tienen algo que ver con el sadomasoquismo, pero aún no sabemos qué.

Jaso le muestra la imagen del armario. Es tan ilustrativa que casi se explica sola.

—Esa fotografía que envías es bestial, Salado. Y la coincidencia de las ratoneras también. Lo que no me cuadra es que gente a la que le

ponen esas cosas no agreda sexualmente a sus víctimas.

—Sí, eso es muy cierto, señoría.

—Vale, olvidemos las argollas y volvamos a lo nuestro. Aceptemos que el tal Ruperto Rojas y/o su madre Mercedes de idéntico apellido son malos bichos. ¿Hay indicios o pruebas concluyentes de que sean los autores de la muerte de Mariana Friale, de esas cuatro jóvenes campanillas, de organizar el juego del *Monopoly* y/o de manipular los cadáveres?

—Así lo creemos, sí, hay muchos indicios de que formaban un equipo criminal del que ella era el cerebro.

—¡No jodas! ¿Madre e hijo matando juntos? ¡Dios, eso parece de película de serie B! Y lo del *Monopoly,* ¿también lo han montado ellos dos?

—No podemos asegurarlo, pero creemos que esto lo ha hecho él solo. Contó al agente Jaso que su madre había fallecido a causa del virus en el hospital Gregorio Marañón antes de que empezara ese juego. Y la doctora Padierna ha ratificado que fue así, pues ella la atendió. No había camas de UCI disponibles, la pusieron en lista de espera y murió antes de que quedara un respirador libre.

El juez Calvo se hurga en el bolsillo del chaleco y extrae su reloj. No mira la hora, solo juega con la cadena mientras murmulla:

—Campanillas muertas, policías corruptos, muertos mal clasificados y ahora una psicópata en lista de espera. Sinceramente, Salado, esto parece una broma macabra.

—Mucha razón, es difícil encontrar racionalidad en este tipo de comportamientos. Agente Jaso, ¿por qué no expones detenidamente a su señoría tus pesquisas?

Javier está siguiendo la conversación, pero la petición le pilla por sorpresa. Carraspea, y estira la espalda antes de hablar.

—¡Naturalmente! Verá, señoría, el nombre de la madre de Ruperto Rojas es Mercedes Rojas. Como ve, comparten apellido, quiero decir que el padre no aparece por ningún sitio. Debe de tratarse de una madre soltera. Hemos indagado acerca del pasado de esta mujer en declaraciones de Hacienda, contratos de arrendamiento y demás documentación. Seguimos su pista hasta un colegio concertado de la zona de Piovera, donde ocupó un puesto de profesora sustituta de Literatura. Presentó un certificado de haber sacado la oposición de catedrática de instituto, pero explicó en el centro que se estaba ocultando de un marido maltratador, ya que temía que pudiera ocurrirle algo si accedía a su plaza en propiedad y su pareja se enteraba. En el colegio, les pareció tan vulnerable y frágil que le dieron el puesto. Cuatro meses después, todo eran quejas: los alumnos decían que no sabía una palabra de literatura; las profesoras, que sus delirios de grandeza y sus impertinencias eran insoportables; los profesores, que les tiraba los tejos... Salió de allí con una buena indemnización tras acusar a uno de los profesores, un hombre mayor, casado y con hijos, de haberla acosado sexualmente durante semanas y finalmente haber tratado de violarla. El profesor intentó suicidarse y dejó una nota asegurando que jamás la había tocado. Para evitar el escándalo, el centro pagó y ella se marchó. Más o menos un año después, su nombre aparece en otro instituto, esta vez en Valencia, con la misma historia; dura un trimestre y sale con una nueva tajada. Hay un tercer intento, de nuevo en Madrid. En esta ocasión, solo estuvo quince días y salió sin indemnización. No he encontrado más contratos hasta diez años después, sin embargo, estuvo viviendo en un apartamento alquilado en la zona de Lista, por el que pagaba casi mil euros mensuales. El dinero debía de llegar de alguna parte.

—¿Y era de verdad catedrática de instituto?

—Esa es una excelente pregunta, señoría. Creemos que no. En la base de desaparecidos hay registrada una mujer llamada Mercedes Rojas, catedrática de instituto, soltera, que vivía sola con dos gatos y enseñaba Filosofía en un instituto de Segovia, cuya plaza había logrado por oposición. Según consta en el informe, un buen día, esta señora envió una carta de renuncia en la que decía que se trasladaba a los Estados Unidos, vació su cuenta corriente y su fondo de pensiones, anuló el alquiler y desapareció. Nadie la echó en falta hasta dos años después, momento en que uno de sus sobrinos alertó a la policía al no encontrarla. Aunque se abrió expediente de desaparición, se pensó más bien en una desaparición voluntaria. Vi varias fotografías suyas sacadas en ese instituto de Segovia, era una mujer achaparrada y rellenita, con cara mofletuda y gesto de buena persona. Como decía antes, una mujer con el mismo nombre reaparece en Madrid como profesora sustituta, sin embargo, la imagen nada tiene que ver con la regordeta Mercedes Rojas. Según las descripciones que nos han dado en los dos institutos, era una chica menuda, alta, con ojos achinados, atractiva, con muchísimas tablas y delirios de grandeza. En suma, una mentirosa patológica.

—¿Suplantó la personalidad de la catedrática regordeta?

—Eso es lo que parece, sí. Es posible que también la matara, puesto que sigue sin haber rastro de ella. Me llamó la atención que en el tercer colegio la cosa no saliera como en los anteriores, y fui también a verlos. Tras presionarlos un poco, me contaron que el padre de uno de los alumnos la reconoció como una chica de alterne, con quien había intimado en el pasado, y fue a contárselo al director. En cuanto nuestra suplantadora se lo olió, desapareció. Luego, se le pierde el rastro. Tanto el inspector como yo pensamos que, simplemente, se hizo mayor y se le acabó el negocio; además,

arrastraba ya un hijo. De hecho, abandonaron ese piso en la zona de Lista y se mudaron a un bajo destartalado en Argüelles, que antaño había sido la portería del edificio. Y sus siguientes contratos de trabajo son ya como limpiadora en varios establecimientos.

—¿Y qué tiene el hijo que ver con esto?

—Eso aún no lo sabemos —continúa Salado, tomando el relevo—. Pero si, como aseguró su hijo Ruperto, está muerta, es posible que ese hecho diera el pistoletazo de salida para el caso *Monopoly*. Sin embargo, aún hay mucho que examinar. Estamos removiendo Roma con Santiago para dar con él, pero de momento no hemos tenido éxito. Sabemos que su contrato como profesor de informática en la universidad ha sido rescindido. No sabemos de qué vive, aunque pude ver sus equipos informáticos y eran impresionantes.

—Y tampoco sabemos qué le motivó a hacerlo.

—La hipótesis más racional es que está tratando de vengar la muerte de su madre.

El juez Calvo le detiene con un gesto de la mano.

—¡Un momento, no tan rápido! ¿No acabáis de decir que falleció por la pandemia? ¿De quién se va a vengar, del virus? —dice con cierto retintín.

Salado traga saliva para evitar que su gesto muestre su desagrado. Le duelen las tripas, y no está de humor para ironías de su señoría.

—Todos los que, de uno u otro modo, han aparecido alrededor del caso del *Monopoly* padecieron coronavirus y pasaron por la unidad de cuidados intensivos del hospital Gregorio Marañón en poco más de un mes. En puridad, ninguno de ellos debería haber sido aceptado en ese servicio en los momentos tan duros de la pandemia. ¿La razón?: todos tenían severas patologías previas y no cumplían criterios.

Vuelve a interrumpirle, esta vez con ganas de recabar la información que le falta.

—¿Y quién pone esos criterios?

—Los pone la dirección del hospital, que sigue el acuerdo al que llegaron todos los hospitales públicos y privados durante el estado de alarma. —El juez va a levantar la mano. Pero, al ver su ademán, y antes de que le dé tiempo a intervenir, Salado continúa—: Como ahora me va a preguntar qué decía ese acuerdo, me anticipo: el criterio de ingreso era la probabilidad de supervivencia a largo plazo. Ante un solo respirador y varios candidatos a usarlo, lo recibía la persona con mayor probabilidad de vivir. Conforme a ese criterio, ninguno de los pacientes involucrados en nuestro siniestro *Monopoly* hubiera debido recibir tratamiento de UCI. Si sumamos al factor edad las circunstancias particulares (una dolencia cardiaca severa; un cáncer avanzado, con metástasis; una diabetes incontrolada), su probabilidad de supervivencia era reducida, al menos comparada con otros pacientes que quedaron fuera, y muy en concreto, con Mercedes Rojas, la madre del asesino. A sus cincuenta y nueve años y careciendo de patologías previas, esta señora no obtuvo cama de UCI.

—¿Cómo se interpreta eso, como una negligencia médica?

—Negativo, señoría. Jaso y yo entendemos que una americana confeccionada a medida, un Rolex, unas gafas Cartier con brillantes o un vestido de Armani transmiten un mensaje muy claro: el sistema protege a los ricos, y abandona a los pobres. Interpretado de ese modo, está recriminando al sistema, personalizado en la doctora Padierna, que se saltase sus propias normas permitiendo que ricos añosos y enfermos ocupasen el puesto de personas corrientes pero sanas como su madre, que, al no recibir la debida atención, murió.

A esas alturas de conversación, el juez Calvo está fuera de sí. Se levanta apresuradamente y se pone a dar vueltas por el despacho. En un momento dado, se detiene, lanza una mirada incisiva a Salado y le espeta:

—Déjame que te formule una pregunta directa y concreta, inspector. Y te ruego que me contestes con una única palabra, sí o no.

—De acuerdo —responde el inspector, que ya conoce la pregunta.

—¿Estás sugiriendo que los muertos del *Monopoly* pagaron por ocupar sus camas de UCI? Porque, si es así, sería un escándalo mayúsculo.

—Sí —responde el inspector.

—¿Sí sería un escándalo mayúsculo o sí lo sugieres?

—Sí y sí, señoría. Estamos convencidos de que esa gente pagó para lograr un respirador.

—Lo que implica que alguien se lucró con ello, lo cual, a mi juicio, es mucho más grave —añade Jaso.

—¿Podéis probarlo o es solo una hipótesis?

Esta vez es Salado el que contesta.

—Aún no, pero estamos bastante seguros de que eso fue lo que ocurrió.

Juan Calvo permanece inmóvil unos instantes, dando la espalda a los policías, y con la mirada fija en un inexistente infinito. Los tres respetan su expresivo silencio. Un minuto después, se da la vuelta y pregunta:

—¿Fue la doctora Padierna la que organizó ese mercadeo?

Calvo repara en que es Jaso el que sale enseguida a desmentirlo, y se sonríe. «Tiran más dos tetas que dos carretas», piensa.

—No, señoría. Creemos que alguien del hospital vendió las plazas de UCI, y que para ocultar su rastro firmó como doctora Padierna,

con una firma ilegible.

—Si no fue la doctora Padierna, ¿quién fue?

—Esa es otra de las incógnitas que tenemos que despejar.

Calvo vuelve a sentarse. Apoya los antebrazos en la mesa, inclina su cuerpo hacia delante y respira hondo. Inmediatamente, se yergue, y con un dedo amenazador dice:

—¿Cuántas veces has mencionado la palabra *incógnita,* Rana? A estas alturas, eso ya no sirve. Decidme cómo vamos a confirmarlo o desmentirlo y en cuánto tiempo. Decidme qué necesitáis y os lo daré. Cuando esto salga a la luz, que saldrá, debemos tener alguna respuesta porque van a crucificarnos. ¡Venga, mojaos!

Ante su mirada expectante, Salado expone con contundencia:

—Si en los días previos o inmediatamente posteriores a su ingreso en UCI salieron cantidades importantes de dinero de las cuentas de los fallecidos del *Monopoly*, podemos confirmar que estamos en lo cierto. Para eso necesitamos tener acceso a esas cuentas. Además, entrevistaremos a sus viudas. Con un poquito de presión cantarán la Traviata.

De pronto, el silencio se hace completo. Nadie habla ni se mueve. Finalmente, su señoría se arranca.

—Si a Ruperto Rojas le pidieron dinero y no pudo darlo porque no lo tenía o, por un casual, fue testigo de que otros pagaban por ocupar camas de UCI, la venganza es sin duda su motivación. Sí..., eso me cuadra. De hecho, tiene bastante sentido. Lo que no acabo de entender es cómo se relacionan esas extorsiones por ocupar camas de UCI con las muertes de unas jóvenes prostitutas ocurridas hace años. —El juez se detiene un instante, y luego agrega—: Supongamos que accedéis a las cuentas de los hombres del *Monopoly* y podéis verificar que sale dinero de ellas hacia alguien del hospital. ¿Qué tiene esa persona que ver con ese tal Ruperto Rojas?

—Nada, *a priori*, señoría. A mi juicio, lo que Rojas ha intentado hacer son dos cosas. Primero, denunciar los hechos; lograr que el juzgado abra una investigación y llegue hasta las conclusiones a las que estamos llegando, con las consecuencias que sean, por ejemplo, que se abra un expediente al hospital o se meta en la cárcel a los culpables. Lo segundo es matar con sus propias manos a la que él cree maneja ese complejo de extorsión.

—La doctora Padierna.

—En efecto. Por eso averiguó dónde vivía, se presentó en su casa y trató de saldar cuentas. Que no fuera ella sino una amiga de rasgos parecidos se debe al azar. Ahora que ya sabe de su error, irá de nuevo en su busca.

El juez Calvo se decide a preguntar cabizbajo. Sabe que es su deber, pero, cada vez que lo hace, sale trasquilado.

—Habladme del sujeto en cuestión. Me refiero a Ruperto Rojas.

Salado abre la boca para contestar, pero finalmente da la palabra a su compañero. Al fin y al cabo, es quien lo ha entrevistado.

—En la universidad comentan que es un tipo inteligente, listo, un genio de la informática, pero de carácter introvertido, hosco y bastante misógino. Vivía con su madre. No se le conocen novias, novios o amigos, y se dedica a la ciberseguridad, materia en la que, al parecer, es bastante bueno, aunque siempre trabajaba como autónomo.

—En dos platos, un bicho raro.

Jaso decide no replicar.

—Contadme algo más de la madre en los últimos tiempos.

—Cuando se le acabó el dinero de los chantajes, se puso a limpiar en un montón de sitios. Llevaba tres tiendas de la zona de Serrano, entre ellas la de Louis Vuitton, y dos empresas, amén de la facultad de Ciencias Jurídicas de la Complutense. Cuando me entrevisté con

su hijo, comentó que era una mujer muy estricta. Salvo la fotografía del armario, poco más sabemos.

—¿Estáis seguros de que son ellos?

—Sí —interviene Salado—. Ruperto Rojas olvidó un camisón de su madre en su vieja casa. De uno de los botones extrajimos una huella parcial, que coincide con las huellas encontradas en los cuerpos de las chicas de los colores y las halladas en los ataúdes del juego del *Monopoly*, así como en la hebilla del bolso falso que adornaba a la muerta de Chamberí.

—¿Pero no decíais que la tal Mercedes Rojas estaba muerta cuando empezó lo del *Monopoly*?

—Sí, eso hemos dicho.

—¿Y eso cómo se come? ¿Cómo pueden aparecer las huellas de una muerta en el escenario de un crimen?

Jaso se encoge de hombros.

—Esa es otra de las incógnitas, puede que no esté muerta, sino tomando cañas; o que el hijo le cortara el dedo antes de enterrarla y lo está usando en las distintas escenas. Por lo que sabemos, le o les gustaba llevarse un trofeo de sus víctimas.

El juez dibuja una cara de asco.

—En fin, todo esto es objetivamente horrible, sin embargo, las cosas se van aclarando. Emitimos una orden de búsqueda y captura, y cerramos el caso. Al menos, esta parte. Lo de la extorsión va a requerir mucha más investigación. Y, naturalmente, habrá que poner en alerta a la doctora Padierna por si el tan Ruperto reincide. —Se detiene un instante y añade—: ¡Qué bendición! Quedan muchos cabos por atar, pero hoy dormiré mucho más tranquilo.

—Yo no me aposentaría demasiado —susurra el agente Jaso.

—¿Qué andas mascullando, Javier? ¡No me seas gafe! —protesta Salado.

—Lo siento, jefe; lo siento, señoría, pero yo, hasta que no vea al tío entre rejas, no estaré tranquilo.

—¿Por qué eres tan negativo? ¡Yo soy optimista!

—Le he mirado a los ojos y presiento que no parará hasta que lo saquemos del juego. Y no olvide, señoría, que había semen en casa de la doctora Padierna. Ya no hay una madre ni un látigo que detengan a este demente.

—¡Dios quiera que te equivoques! Y ahora vayámonos todos a comer, que se está haciendo tarde.

En cuanto sale de su despacho, el juez Calvo telefonea a su esposa.

2

La psicóloga Valdis Elms está en su gabinete revisando su agenda y degustando un té helado. Está cansada, pero aún tiene una última consulta a las doce y cuarto. Se trata de un paciente nuevo, que ha pedido cita por internet. Según los datos que él mismo ha facilitado, es un varón de treinta y cuatro años, informático de profesión, autónomo, que firma como Capit Ludum. Es obvio que no es su verdadero nombre, algo que no es inusual en su especialidad.

Aunque, de cuando en cuando, recibe otro tipo de pacientes, la doctora Elms se dedica fundamentalmente a la psicología clínica, es decir, a las dimensiones patológicas o anormales de la personalidad, con distinto nivel de gravedad. Si ya la patología física resulta difícil de diagnosticar y tratar, la psicológica tiene un alcance aún más complejo: el cuerpo y la mente humanas forman un sistema de elementos interrelacionados, llenos de matices, en los que resulta difícil bucear.

De sus años de experiencia y estudio, Valdis conoce que muchas de esas patologías, sobre todo las más graves, echan raíces en los primeros años de vida, arraigándose y potenciándose luego, al ir interaccionando con la experiencia personal o social. Alcoholismo, abusos, violaciones o separaciones traumáticas de los progenitores hacen del individuo un ser vulnerable, con muchas dificultades para conseguir intimidad o para relacionarse con otros seres humanos.

La probabilidad de que un violador haya sufrido algún tipo de abuso en su infancia es altísima. Por ello, y con el fin de que la

terapia produzca sus frutos, la doctora Elms necesita que sus pacientes hablen de su pasado, de su infancia, de sus circunstancias traumáticas, algo que no resulta nunca sencillo. Por eso trata de generar un clima de confianza alrededor de la entrevista; que sus pacientes se sientan cómodos, dentro de lo posible. Si para ello debe aceptar el nombre de Capit Ludum, Superman o John Smith, pues que así sea. Ya habrá tiempo para recuperar el verdadero. Además, no hay engaño cuando ambos saben que el nombre es falso.

La doctora Elms tiene una web muy amable, de fácil uso y de un diseño muy atractivo, eso es todo; no se anuncia en ninguna revista ni hace ningún tipo de publicidad. Ni siquiera cuenta con una placa en el portal que anuncie sus servicios, prefiere que sus pacientes no se sientan observados por nadie. Pese a todo, no le falta trabajo. La mayoría llegan a su consulta por la recomendación de algún otro paciente o familiar de paciente satisfechos. En este caso, como Capit Ludum ha dejado en blanco la pregunta sobre quién le ha hablado de su consulta, no sabe a qué atenerse.

Mira el reloj. Las sesiones son, inexcusablemente, de cincuenta minutos de duración y pide a sus pacientes que sean extremadamente puntuales, porque todos sus horarios van hilvanados. De hecho, debe salir a la una y cuarto en punto para llegar a tiempo de buscar a su hija. Debido al confinamiento, han cerrado la guardería, y ha acudido a una compatriota que se ha quedado sin trabajo y que se ocupa de su hija mientras ella atiende la consulta. Lo único que le pide, además de la retribución pactada, es que la recoja antes de las trece treinta. Algunos compañeros suyos hacen terapia *online,* pero a ella no le gusta: los resultados dejan mucho que desear. De todos modos, lo tiene bien organizado. Tras recoger a la niña, va a casa, la acuesta para la siesta y termina

de preparar la comida. Su marido, el juez Calvo, lleva muy mal el hambre.

Suena el timbre. Sonríe satisfecha antes de ponerse la mascarilla blanca FPP2; son las doce y diez. Como su secretaria está confinada, abre ella misma. Se topa con un hombre de estatura media, con algo de sobrepeso concentrado en el abdomen, y vestimenta descuidada: vaqueros desgastados, zapatillas deportivas y un niqui gris suelto.

—Buenos días, Capit, pasa, por favor. Deja en este perchero tus cosas y sígueme; te enseñaré esto. Ahí tienes el cuarto de baño, esta es la sala de espera y ahí está la pieza donde trabajaremos. En la sala de espera hay una máquina que dispensa gratuitamente café, té y agua fresca. Entiendo que has arreglado con mi secretaria los temas administrativos, ella está confinada por un positivo cercano y trabaja desde casa.

El nuevo paciente observa todo lo que le rodea y, sin separarse de su mochila negra, colgada en su hombro izquierdo, responde:

—Gracias por la visita, doctora. Es una bonita consulta..., muy acogedora.

—Me alegro de que te guste. Adelante, vayamos a la sala. Me gusta comenzar con puntualidad. Pese a que los sillones están suficientemente separados y hay buena ventilación, las normas no nos permiten desprendernos de las mascarillas. Lo siento.

En el lugar de la terapia hay dos sillones idénticos enfrentados. Son cómodos, anchos, de un color terroso. Tener al paciente enfrente permite a la terapeuta analizar su conducta no verbal y registrar el grado de coherencia entre lo que dice y lo que su cuerpo expresa. Algunos de sus colegas permiten que el paciente escoja el sillón que prefiera; la doctora Elms, no. Por ese motivo, antes de abrir, la terapeuta ha seguido su costumbre de colocar su bloc de

notas, su pluma y sus gafas sobre su asiento para evitar confusiones o malentendidos.

Mientras el hombre sigue a la psicóloga, continúa observándola con sumo detenimiento. Es alta para el estándar de una mujer española, y de constitución más bien grande. Lleva un elegante traje de chaqueta de lino blanco y una camisa de seda azul pavo real, el mismo color que sus sandalias de medio tacón y que sus ojos. Los botones de la camisa se abren decorosamente, dejando ver un pequeño adorno con forma de herradura, confeccionado en oro, colgado en el cuello. Lleva las uñas largas, pintadas con una laca clara, casi transparente. En su rostro, ligeramente sonrosado por el sol, apenas se percibe un poco de colorete y un rímel azul. La mascarilla le cubre la boca, pero el hombre conjetura internamente el color de su brillo de labios; se decide por el rosa.

Valdis es plenamente consciente de que él la está calibrando, observando, evaluando. No le preocupa, casi todos lo hacen. Abre la puerta de la sala y le invita a entrar. Capit Ludum obedece. Observa los dos sillones, cae en la cuenta de la libreta de notas y las gafas, y, sin vacilar, va directamente a él. Levanta las pertenencias de la doctora y se sienta en su asiento, manteniéndolas sobre sus piernas. Pese a estar perpleja, y dudar entre recuperarlas o no darle importancia, la terapeuta reacciona con notable rapidez: se acerca hasta él y le tiende la mano. Mientras le entrega sus cosas, Ludum aprovecha para recorrer su mano son su dedo índice. La doctora siente un escalofrío. Se estira la falda, y tratando de disimular su desasosiego se sienta.

—Capit, bienvenido a la consulta. Antes de empezar, me gustaría explicarte mi modo de proceder...

Ludum no le permite continuar.

—Dime, ¿cómo debo dirigirme a ti?, ¿prefieres Valdis o doctora Elms?

—¿Cómo prefieres tú llamarme?

Se echa hacia atrás en el asiento, con las piernas abiertas y estiradas, y las manos bajo el cuello.

—Estoy dubitativo. Por un lado, me gusta cómo suena doctora Elms; me hace parecer especial. Por otro, llamarte Val me pone, suena muy íntimo. Es un nombre que puedo saborear. Sí, sin duda puedo deleitarme con él.

La psicóloga da un respingo al escucharle. Solo su marido le llama Val.

—¿Por qué te hace sentir especial que sea la doctora Elms quien te trate?

El hombre niega con un ruido de la boca y moviendo simultáneamente el dedo a izquierda y derecha.

—No me seas chapucera, Val, no he dicho «sentirme especial», sino «parecer especial». Son cosas muy distintas.

—¿Te parece que son distintas? —responde. Su desazón aumenta, pero logra ocultarla.

—Lo son. Verás, yo soy especial, lo sé, no necesito sentirlo para saberlo, ni tampoco que otros lo reconozcan. Pero mi especialidad no se percibe fácilmente ni mucho menos a simple vista. Cuando quiero, puedo mostrarme como soy y parecer especial además de serlo. La mayor parte de las veces, no me hace falta.

—Pero ahora, aquí, ante mí, sí quieres parecerlo, ¿por qué? ¿Me lo puedes explicar?

—Por supuesto, quiero que me comprendas.

Como la sesión está desarrollándose de modo poco habitual, por no decir extraña, la terapeuta trata de reconducirla.

—Que te comprenda... De acuerdo, lo intentaré, pero deja que vuelva por un momento al inicio de nuestra charla. Me gustaría explicarte cómo vamos a proceder. Habla cuanto quieras y de lo que quieras. En ocasiones, yo formularé algunas preguntas; muchas, en realidad. No es por curiosidad, sino porque, para poder tratarte, necesito información, y solo tú puedes ofrecérmela. No obstante, debes saber que no estás obligado a contestar a mis preguntas; si no quieres o no puedes responder en ese momento, no pasa nada. Tómate tu tiempo, soy consciente de que hablar con una desconocida no es fácil. Tampoco tienes por qué hacerme caso en todo lo que digo. Mi misión es que veas otros prismas de ese problema que te perturba, para que tú mismo puedas solucionarlo. Yo puedo ayudarte, si me lo permites, pero es tu vida, no la mía. Cuando se vaya acercando el final de la sesión, intentaré hacer un pequeño resumen de los temas que hayan surgido, que nos pueden servir para comenzar la siguiente sesión. Entiendo que si estás aquí es porque algo te preocupa. Acabas de decirme que quieres que te comprenda. ¿Qué debería comprender? ¿Por qué no me ilustras?

En vez de contestar, el hombre se desprende de la mascarilla y se la guarda descuidadamente en el bolsillo. Tiene gesto juvenil, y carece de vello facial, pero sus ojos arden. Pese a mantener el tono amable, Valdis le interpela:

—Es preferible que no hagas eso, Capit, tenemos que respetar todas las medidas de seguridad. La pandemia no es ninguna broma.

Ludum sonríe, sin hacer caso.

—¿Tu color de pelo es natural?

—¿Cómo dices? —pregunta descolocada.

—Que si te tiñes.

Valdis utiliza un enfoque ecléctico de entrevista. Por descontado, emplea preguntas abiertas, que permiten al paciente expresar a su

ritmo y con sus propias palabras sus ideas, problemas o sentimientos. Lo combina con preguntas cerradas, que se contestan con monosílabos, y con cuestiones devueltas a lo ping-pong. Intercala alguna que otra pregunta incisiva, de confrontación y, por descontado, trabaja con eco. Pero ella tiene por norma no ofrecer ni un solo dato personal a sus pacientes. Es algo que siempre evita. Su color de pelo es solo suyo.

—No has respondido a mi pregunta, Capit. Dices que quieres que te comprenda, pero ¿qué debería comprender?

Él se pone en pie y pasea por la sala.

—Tu página web es muy bonita. Y bastante segura.

—De modo que estabas buscando psicólogos en internet y diste con nosotros.

—¿Con nosotros? ¿Por qué hablas así? Tú trabajas sola. No pongas esa cara, lo sé todo de ti: el nombre y profesión de tu marido; las infecciones de orina de repetición de tu hija; el nombre de la mujer que la cuida, ahora que han cerrado la guardería...

—¿Y cómo sabes todo eso?

—Bueno, es mi profesión.

—¿Cuál es tu profesión, espiar?

—No, la informática. Los que trabajamos en ciberseguridad somos los mejores *hackers* del mundo. Me infiltro en tus datos con la facilidad con que un virus te contagia o un rayo de luz penetra por tu ventana. La gente no es consciente de que son transparentes para mí. Todos ellos lo son y tú también.

La doctora Elms está tan asombrada como asustada, pero decide no seguirle el juego.

—Dime, Capit, ¿por qué crees que necesitas apoyo psicológico? —El hombre guarda un largo silencio, que obliga a la doctora a insistir —. No pareces agobiado, deprimido o ansioso. ¿Hay algo que te

inquiete? ¿Problemas con tu pareja, con tus padres o amigos? ¿Alguna adicción o problemas con el trabajo? ¿Un duelo? ¿Miedo a la pandemia, o quizás sea algo del pasado, algo que ocurriera en tu infancia? Mi trabajo consiste en proporcionarte herramientas para que tú mismo manejes tus crisis diarias. Para escogerlas, tenemos que hablar de tus problemas.

Manteniendo la vista fija en el suelo, el hombre duda. La psicóloga percibe cómo su primigenia seguridad va resquebrajándose, deshaciéndose hasta dejar ante sí un niño grande y débil. Sin aviso previo, se desprende del niqui gris que lleva puesto, se da la vuelta y le muestra la espalda. La doctora Elms cierra los ojos y se lleva las manos a la boca. Tiene el tronco surcado por profundas cicatrices finas y rectas, lesiones similares a latigazos reiterados. No puede verle las extremidades, pero supone que se repetirán. El castigo recibido es brutal. Por la profundidad y el aspecto de las marcas, la frecuencia y el periodo de escarmiento han debido de extenderse largamente en el tiempo.

—¿Puedo preguntarte quién te ha hecho eso? —indaga todavía conmocionada.

—Puedes preguntarlo, sí, fue mi madre —responde Capit con una voz tan fina que parece de un niño cantor—. No debes pensar mal de ella, fue una buena madre. Siempre estuvo a mi lado, en los buenos y en los malos momentos, pero era muy exigente. Quería que fuera un chico bien educado, puro, intachable. Era muy estricta, sumamente estricta, pero me enseñó a respetarme a mí mismo.

—¿Y para lograr eso te golpeaba?

—¿Golpearme? ¡No, ni hablar! Tú no lo entiendes. Ella trataba de curarme, y por ello me azotaba metódicamente con un látigo de tres cuerdas. Tres tandas de diez golpes; dos, en el mejor de los casos. Pero (y esto que quede entre tú y yo) la fuerza del último ciclo era

siempre menor; se fue haciendo mayor y se cansaba. Lo hacía siempre en el santuario, un lugar muy pequeño que estaba en mi habitación.

—¿Puedo saber por qué lo hacía, Capit?

El hombre asiente varias veces.

—No quería que fuera como esos otros hombres, los que le habían hecho daño a ella.

—Los que la golpeaban...

—Eso es.

—¿Y por qué pensó que serías como ellos?

Se sonríe con picardía y comienza a recuperar su compostura.

—Como te he contado, soy un buen *hacker*. Al entrar como profesor en la universidad, comencé a espiar a mis alumnas. Fue muy fácil: les enviaba una invitación falsa de LinkedIn como si fuera uno de sus compañeros, y cuando ellas veían mi foto, una foto falsa, claro, y pinchaban en aceptar, me hacía con los mandos de su ordenador. Y, a través de él, de todas sus comunicaciones. Y de su teléfono. Así descubrí que una de ellas se vendía a clientes ricos. Alguien le enviaba un *email* con el lugar, el tipo de cita y la hora. Al día siguiente, recibía una transferencia en su cuenta. Tiré de ese hilo y encontré a otras tres chicas que recibían *emails* parecidos. Eran alumnas listas y guapas. Decidí que tenía que probar de esa miel. Soñaba con hacerles todo tipo de cosas, pero mi madre me descubrió. Y trató de quitarme ese diablo que se me había metido en el cuerpo.

—Quitarte el demonio, comprendo. ¿Puedes decirme cómo se hace eso?

Ruperto Rojas, que está todavía de pie, con un simple golpe de talón se desprende de las zapatillas deportivas; luego, continúa con los pantalones y los calzoncillos. La doctora Elms, que se ha sujetado

a la silla cuando ha comenzado a desvestirse, suelta un «¡Dios mío!» cuando lo ve.

—¿Cómo te ha hecho eso?

Ludum se encoge de hombros. Valdis se percata de que ha recuperado su temple: el niño ha dado paso a un hombre irritado. Es una furia muy controlada, sonriente incluso.

—Con amor y ratoneras. ¿No hace una madre todo por amor? Por cierto, tú no te pareces a mi madre.

De nuevo, Valdis evita esa dirección.

—¿Nunca pensaste en responder a los golpes o en zafarte? Al fin y al cabo, eres un hombre fuerte.

—No, nunca. Soy un buen hijo. Además, siempre obtenía recompensa.

—¿Qué tipo de recompensa? Lo que acabo de ver...

El hombre se echa a reír, toma algo de la mochila que Valdis no alcanza a ver y comienza a pasear, desnudo como está, por la habitación.

—¿De qué color son tus bragas, Val? Faltan algunas en mi colección.

Valdis hace como si no le hubiera oído.

—¿Dónde está ahora tu madre?

—Murió.

—¿Y cómo te ha hecho sentir su muerte?

—Desde que murió, estoy muy triste. Ya no tengo quien me eduque en buenas costumbres ni que me saque ese demonio.

La doctora vuelve a intentar reconducir la conversación.

—¿Has venido aquí por ese dolor, Capit?

—No, Val, he venido por ti y solo por ti. Eres una de mis invitaciones de LinkedIn.

La doctora Elms decide que es el momento de dar un giro de tuerca. Empieza a faltarle el aire.

—Dime una cosa, ¿cómo has llegado hasta mi consulta?

—Un amigo común...

—Común, ¿a quién?

Es evidente que Capit no quiere responder esa pregunta. Respira hondo, se dirige hacia la ventana, corre la cortina y mira la calle. De espaldas a ella, le espeta:

—He leído que, para establecer un diagnóstico, los psicólogos deben evaluar la inteligencia y capacidades del paciente al que tratan, lo que puede requerir de varias sesiones. Como no tenemos tanto tiempo, te voy a facilitar el resultado de las pruebas que hicieron en su día en el colegio: soy muy inteligente, y no tengo ningún trastorno mental específico.

—Entonces, ¿cuál es tu problema? ¿Qué haces aquí?

—Quería conocerte en persona, mirarme en tus ojos, para saber qué va a sentir el juez Calvo cuando termine contigo.

En ese instante, Valdis toma conciencia de lo acertado de su juicio inicial.

—Creo que por ahora lo vamos a dejar aquí, Capit —dice mientras se pone en pie y se dirige a la puerta. Tiene la esperanza de alcanzar el botón de alarma de incendios.

Pero el hombre la sigue. Colocado a su espalda, le susurra al oído:

—No, doctora, nuestra sesión no acaba hasta dentro de veinte minutos. Más la propina.

La doctora Elms nota un pinchazo en el brazo derecho.

3

—Val, ¿dónde andas? ¿Por qué no contestas al teléfono? Yo he terminado y estoy ya en el coche yendo hacia casa. Tengo ganas de verte y de ponerte al día de las novedades del caso que te conté el otro día. ¡Necesito una opinión experta! ¿Puedes creerte que la madre lo encadenaba en un armario y lo azotaba con un látigo? La fotografía de ese sitio es terrorífica. ¿Cómo puede una madre tratar así a su hijo? Es incomprensible. Y que sea el oficio más viejo de la historia no quita ni pone nada en eso; la gente está muy pero que muy zumbada. Quizás los psicólogos como tú podáis explicarlo; yo, desde luego, no lo entiendo. Por cierto, ¿qué nos toca comer hoy? ¡Estoy muerto de hambre! Venga, mujer, ¡coge el teléfono! ¡Te he llamado ya tres veces!

Tras llamar insistentemente a su esposa durante todo el trayecto de regreso a casa desde los juzgados de plaza Castilla, el juez Calvo se da por vencido. Está tan inquieto como hambriento. Su estómago, de horas fijas, está sublevándose, y su mente, nerviosa, le avisa de que algo no va bien. «Tengo que tranquilizarme —piensa—. Seguro que ha perdido el móvil o se ha quedado sin batería. En cuanto llegue a casa, todo se aclarará». Aparca el coche en el garaje y toma el ascensor. Pero cuando trata de girar el bombín de la cerradura, otra punzada le aguijonea el pecho: la puerta está cerrada con dos vueltas de llave. Nunca ocurre eso. Habitualmente, su mujer llega primero a casa. Como sabe que él vendrá poco después, no se molesta en cerrar.

—¡Cariño, ya estoy en casa! ¿Dónde estás? ¿Qué le ocurre a tu móvil?

Nadie responde. Se detiene junto al armario gabanero para dejar su americana y se da cuenta de que la cartera de su mujer no está en su sitio. Terriblemente ordenada, siempre la coloca allí. «¡Qué extraño!», masculla.

Se acerca a su habitación, por si su esposa no se encuentra bien y se ha tumbado un rato a descansar, pero está vacía. Quizás esté con la niña. Es ella la que la recoge y acuesta para la siesta cuando llega. Pero esa habitación también está desierta. ¿No la ha recogido? Quizás se haya entretenido con un paciente y vaya con retraso. Pero, entonces, ¿por qué no ha avisado?, ¿y por qué no responde a sus llamadas? Empieza a sudar. Siente que está ocurriendo algo, y no le gusta nada. En ese momento, suena su móvil. Contesta sin mirar el remitente.

—¡Por fin, Val! ¿Dónde andas? ¿Pasa algo?

—Señor Calvo, soy Nikasia, la persona que cuida de su hija mientras su esposa trabaja. La doctora Elms no ha venido a recogerla y no puedo aguardar más; tengo que marcharme. Ella sabe que debo salir de casa a las trece cuarenta. ¿Puede pasarse usted en los próximos minutos? Necesito irme de inmediato.

El juez no sale de su asombro.

—¿Mi esposa no ha ido a recoger a la niña?, ¿ni tampoco ha llamado? —repite cada vez más alterado.

—No, lo siento. ¿Puede usted venir o enviar a alguien en su nombre? Siento ser tan inflexible, pero tengo que marcharme.

—Naturalmente, ahora mismo avisaré a mi madre, que vive cerca.

Cuelga de inmediato. Con las manos temblorosas, telefonea a su madre para pedirle el favor y de inmediato llama al agente Jaso.

Debería haber emplazado a Salado, pero Jaso, quizás por su fuerza, le inculca más confianza.

—Javier, soy el juez Calvo. Siento molestarte a la hora del almuerzo, pero estoy muy preocupado: mi mujer no aparece. No está en casa, ni ha recogido a nuestra hija, ni contesta al teléfono. En todos los años que llevamos casados, ni un solo día se ha retrasado. Ella es de educación germánica, quiero decir que es cartesiana. Nunca haría algo así de no haberle ocurrido algo fuera de lo común. Algo grave. Voy a ir a su consultorio, pero..., en fin, tengo un mal presentimiento.

El agente lee a la primera sus pensamientos.

—Deme la dirección, señoría, salgo para allá.

Calvo la deletrea con voz temblorosa y luego añade:

—Gracias, agente.

—No hay de qué. Llego en diez minutos, estoy muy cerca.

4

—¡Doctora, vuelve conmigo! —escucha entre los vahos de su placentero sueño.

La voz resuena cada vez más cercana, pero ella no quiere escucharla. Está en la gloria, se siente completamente tranquila, eufórica. Poco a poco, el eco de la llamada se desvanece hasta que deja de escucharlo, y vuelve a su cielo. Repentinamente, siente unas palmadas en las mejillas que la obligan a atender. En esta ocasión, la voz está muy cerca. Le acompaña un aliento amargo, que nota junto a su nariz. No sabe dónde está ni por qué tiene la boca tan seca. Se encuentra mareada y quiere volver al sueño, pero, como luz de aurora, la realidad paulatinamente se impone, y empieza a recordar.

Estaba con su última cita... Paciente Capit Ludum. Un nombre falso, el asesino confeso, del que le había hablado su marido... Había querido dar la alarma, pero, antes de lograrlo, él la había pinchado en el brazo. Y entonces todo empieza a deconstruirse... Los muebles, la lámpara, la alfombra..., todo parece licuarse, transfigurarse en fluido y resbalar por el aire hasta zambullirse en una placentera laguna de colores vivos.

Y piensa en que, lo que sea que le inyectara para nublarle la mente, está agotando su efecto. Intenta moverse, pero no puede. Mira a su alrededor, tiene las manos y los pies atados a radiadores y muebles de la sala. Está en posición de aspa, boca arriba. Levanta la cabeza e inclina la barbilla y se da cuenta de que está

completamente desnuda. Intenta gritar, pero le han tapado la boca con algo que sabe a plástico.

—¡Por fin! ¡Has despertado! Bienvenida a mi consulta, doctora Elms. ¡Qué alegría que te incorpores a mi bautizo de sangre! Te has convertido en una prioridad para mí y tengo que confesarte que estoy entusiasmado. —La doctora intenta refutarle, pero la cinta de embalar que le ha pegado en la boca le impide hablar—. Como vamos a intimar, es justo que empiece por presentarme. Como habrás supuesto, no me llamo Capit Ludum. Mi nombre es Ruperto Rojas. —Se inclina con un saludo teatral. Val observa que lleva una ratonera en cada mano—. Ingeniero informático e hijo de puta, en el más estricto sentido de la palabra: mi madre trabajó como puta y nunca supo cuál de los tipos que la sembró fue mi padre. No se lo tuve en cuenta porque era mucho más que una puta, era una madre. No se deshizo de mí, me alimentó, me cuidó, se empeñó en que estudiara, me flageló para mantenerme casto... Todo lo hizo por mí. Por eso yo la vengué con esa chica rubia teñida. Eso es lo que hace un buen hijo, pero no tengo que explicártelo, ¿verdad?; tú también eres madre. Sabes de lo que hablo.

El rostro de la doctora muestra tanta consternación como desconcierto. Desde su llegada, vio algo en los ojos de Capit Ludum que no le gustó, pero no pensó que tuviera que ver con ella directamente. El hombre continúa con su discurso.

—Pero esa rubia teñida no cuenta, no fue más que un ensayo en honor a mi madre. Ahora que soy huérfano y no tengo a nadie que me flagele ni me saque el demonio, puedo hacer lo que me venga en gana.

A la doctora Elms, dos pequeñas lágrimas le caen por la mejilla. Al mirar a aquel ser despreciable, recuerda uno de aquellos casos en la

cárcel, un psicópata. Y el sentimiento de terror le impregna todo el rostro.

—No tengas miedo, Val. Si te dejas llevar, hasta podrá ser placentero en algún momento. Y, salvo por las convulsiones, la muerte por sobredosis no está del todo mal.

Sin ser aún consciente de su estado, Valdis Elms vuelve a intentar razonar con él, pero a lo más que llega es a emitir unos extraños gruñidos.

—No te esfuerces, tus frases de comecocos no van a servir conmigo, doctora. Voy a ser malo, ahora que mi madre no está aquí para detenerme. Y, por supuesto, voy a dejar mi líquido por todas partes.

Por un instante, la mujer piensa en su hijita y en su marido. Se envalentona y trata de levantarse, consiguiendo simplemente elevar unos centímetros la mano. Una ligera sombra de sorpresa tiñe la cara de Ludum, pero se repone enseguida.

—Empecemos, doctora. Solo de pensar en ello ya me relamo. He comprado una fusta exclusiva para ti. Voy a pegarte con ella con todas mis fuerzas, tres tandas de diez. Creo que entonces estaré listo. Ambos estaremos listos.

—Mmmmm —masculla Elms mientras hiperventila.

—No te agotes, querida, estarás exhausta antes de que comience. Llegado al punto de volar por mi cuenta, quiero ser creativo. Como asesina, mi madre trató de convertir a aquellas estudiantes putas en buenas chicas. Yo pretendo hacer lo contario: convertirte a ti, que eres una buena chica, en una puta. Y lo digo sin acritud y sin remordimientos. Voy a matarte porque tú no eres una campanilla, ni vistes como una campanilla, ni hablas como una campanilla ni te han regalado un bolso de Louis Vuitton con tu nombre grabado en la piel.

En ese instante, vuelve a sonar el teléfono y salta el contestador. Al escuchar la música de llamada entrante de su teléfono y a Siri indicando que es su marido, a la psicóloga se le abren mucho los ojos.

—Val, ¿qué te ocurre, estás bien? No has recogido a la niña y eso no es propio de ti. Estoy preocupado, sé que soy un pesado, pero voy a ir a buscarte. Como me estoy poniendo nervioso, he avisado a la policía, no sea que ese hijo de puta, el tipo del que te hablé el otro día, el psicópata, pueda rondarte. No me gusta que andes por ahí sola con ese monstruo suelto.

Cuando el ruido muere, las lágrimas que ruedan por las mejillas de la psicóloga son ya muy gruesas.

—De modo que tu marido sabe de mi existencia y hasta de mi procedencia. ¿Quieres que le diga que no vas a comer? Por lo que veo, es un cagueta al que solo importa su estómago. No te preocupes, conmigo cada día será una primera cita. ¡Ah, espera, qué pena, solo vamos a tener una! Bueno, no hay mal que por bien no venga, será memorable. Aunque, si él viene para acá, tendré que darme prisa; lo siento.

La mujer cierra los ojos al notar un segundo pinchazo. Mientras comienza el nuevo viaje, se despide mentalmente de su bebé y de su marido. «Hoy tienes ensalada de tomate con ventresca, y lomo de cerdo adobado. Y faltan pañales», dice para sí.

5

El gabinete de la doctora Elms se encuentra en la tercera planta. Cuando Javier Jaso llega al edificio, el único ascensor con el que cuenta está bajando. El agente no se lo piensa dos veces y sube por las escaleras a pie y a buen ritmo. Cuando alcanza el descansillo, desierto, se detiene para recuperar el resuello y mirar en cuál de las cuatro puertas idénticas se encuentra su destino. No necesita mucho tiempo, pues una de ellas está entornada. Al acercarse, ve en la pared una placa que reza «Doctora Elms».

De pie ante ella, con los sentidos a punto de estallar, sopesa si debe o no esperar a su señoría. Titubea un mísero segundo. El corazón, que bombea enérgicamente, y la mente le indican que no lo haga. Si detrás de esa puerta hay lo que cree que hay, es mejor que el juez no lo vea. Empuña su arma y entra, no sin antes enviar un mensaje de voz al inspector Salado explicando dónde está y por qué.

El gabinete está en calma. Un silencio expresivo satura las paredes, pintadas en un tono manzana suave. A simple vista, todo está en su sitio, limpio y bien arreglado. Las revistas se apilan cuidadosamente sobre la mesita de la zona de espera. Los adornos, discretos, y las fotografías de paisajes primaverales reducen en algo la frialdad que causa la impersonalidad. Sin embargo, hay un punto discordante en una de las lámparas de pie, que está tumbada sobre la alfombra, junto a una puerta, esta vez cerrada. «El despacho —piensa—. O como lo llamen los psicólogos».

Jaso rara vez acude a una consulta médica o paramédica, a excepción de los fisioterapeutas y traumatólogos, con quienes tiene una relación frecuente debido a los golpes del rugby. Nunca ha necesitado un psicólogo, un logopeda, un psiquiatra o similar; por eso desconoce si va a encontrarse divanes, sofás o mesas. Pero no es eso lo que le inquieta, sino que su juicio inicial fuera certero. Para él, el rastro de semen hallado en casa de Paloma es prueba de que Ruperto Rojas ha pasado de ser el fiel ayudante de una asesina a convertirse en un psicópata criminal. Si está en lo cierto, y cree estarlo, tiene una vaga conciencia de lo que habrá de encontrarse tras esa puerta.

Respira hondo, gira el pomo y empuja la puerta con el pie, manteniendo el arma en alto.

—¡Dios! —grita.

Palidece al contemplar la escena mientras siente cómo el dolor y la rabia se mezclan con al aroma de la sangre. Hay una mujer tendida en el suelo, que identifica sin saberlo a ciencia cierta como la doctora Elms. Está completamente desnuda. Líneas de un color rojo intenso cruzan su piel blanquísima de izquierda a derecha y de derecha a izquierda. Salvo la cara, nada se ha librado del castigo, por otro lado, brutal; ni el torso, ni los muslos, ni los brazos, aunque más levemente. Tiene algo en los pechos. Sabe lo que es, lo identifica de inmediato, pero no quiere creer lo que ve. La imagen de Mariana Friale y del armario de la casa de Ruperto vuelven a su cabeza. Hay otra ratonera tirada en el suelo entre sus piernas. El hijo de puta ha debido salir a la carrera dejando el trabajo sin terminar.

De pronto, se pone en guardia. Él también ha llegado a la carrera. Quizás Ruperto Rojas no ha tenido tiempo de escapar y sigue allí. Con todos los sentidos alerta, se acerca al cuerpo para cerrarle los

ojos y, sorprendentemente, se da cuenta de que, aunque muy ligeramente, respira.

—¡Joder! ¡Está viva! Tranquila, doctora, ya estamos aquí. Su marido viene de camino, resista un poco más. —Con rapidez, saca el teléfono del bolsillo y pide una ambulancia. Luego, llama a Salado.

Coge el vestido de la víctima, tirado en una esquina, y la cubre con él. Quiere evitar mancillar la escena, pero su prioridad es otra. Aguza el oído por si el agresor sigue allí y puede sorprenderle, pero observa detenidamente el cuerpo tendido para comprobar de dónde procede la sangre que rodea a la mujer. Los latigazos no han producido un daño irreparable. Las ratoneras han debido de causarle un dolor inhumano, pero tampoco son mortales. Sin embargo, hay mucha sangre. Por fin encuentra la causa en la parte trasera de la cabeza. La han golpeado, o se ha golpeado al caer. Tiene una brecha de unos tres o cuatro centímetros.

Al verla, se queda más tranquilo, aunque no del todo. Pese al *shock,* y a la pérdida de sangre, su estado no debería ser el que ve. Está obnubilada y su respiración resulta muy débil. No es lógico. Entonces, cae en la cuenta de que todas las víctimas del asesino de los colores habían sido drogadas y habían fallecido a consecuencia de sobredosis.

Vuelve a coger el teléfono y logra que le pasen con la ambulancia.

—¡Tienen que darse prisa!... ¿En la calle? ¡Menos mal! Sí, es en el tercero... ¿Descripción? Es una mujer de unos cuarenta años, o menos. Tiene una herida abierta en la cabeza que sangra bastante. Está prácticamente inconsciente y con respiración superficial; creo que le han inyectado una gran cantidad de droga... No, no soy médico, pero este asesino las mata así, por sobredosis. En otros casos, por heroína; en este, no lo sé... ¡Sí, corran, está a punto de palmarla!

Un sonido a su espalda le pone en guardia. Disimuladamente, retoma su arma y se da la vuelta.

—¡Quieto, policía!

Cuando ve la cara de Juan Calvo, baja de inmediato el arma. Y se mantiene en silencio. No sabe qué decir.

6

Como ha prometido al agente Jaso, aunque con dos horas de retraso, debido a un problema con la medicación de uno de sus pacientes ingresados, Paloma Padierna ha tomado un taxi para ir a casa de sus padres. Sin embargo, en el último minuto ha pedido al conductor que le acerque hasta la casa de Bosco Calavatra, que se encuentra a menos de un kilómetro de la suya, dentro de la misma urbanización. Y es que, durante el trayecto, ha estado sopesando la conversación que ha mantenido con el patriarca.

—Déjeme que le narre brevemente nuestra historia, doctora. Somos del linaje De la Cruz, muy respetado entre nuestro pueblo. Desde hace generaciones, vivimos como gitanos, nos casamos con gitanos y trabajamos en profesiones nobles. A mi padre, que era uno de los tíos más respetados de nuestro clan, mi madre le parió cinco varones y tres hembras; yo soy el menor. Pero tuvo mal fario, y en un accidente con la furgoneta fallecieron tres de mis hermanos y una de mis hermanas. De modo que solo quedamos dos varones. Mi hermano mayor era alto y fuerte, apuesto, muy bello, mientras que yo era chiquitillo y flaco. A él todos los primos lo miraban con envidia, y las mujeres con ojos tiernos, pero era muy simple, muy ignorante —aclara—. Los jóvenes siempre lo son, pero no todos con la misma intensidad. La estulticia de mi hermano era tal que se creía mejor que todos sus primos, y hasta que los ancianos.

»Tiene que saber, doctora, que nosotros respetamos las dos leyes: la nuestra y la de los payos. Acatamos la suya porque

queremos vivir en paz con su mundo, con el que hacemos negocios y convivimos. A nuestra ley la veneramos, y formamos en ella a nuestros hijos. Los churumbeles siempre andan rodeados de hombres de la familia, y observan al natural cómo actúa un gitano en las distintas situaciones de la vida. Nuestros hijos van a la escuela y aprenden la ciencia de los payos, pero también nuestras leyes orales. Muy pronto les queda claro que, si roban o delatan a otro gitano, si dejan desasistida a su familia o se meten en territorio de un clan rival, su pueblo los castigará. Los jueces de los payos son los que saben de códigos. Los nuestros son los que tienen la autoridad que les da la experiencia y la vejez. Cuando surge cualquier conflicto y hay que aplicar la ley, acudimos al consejo de ancianos, y todos aceptamos sus decisiones.

»Mi hermano mayor era un hombre fuerte y arrogante, pero no acumulaba canas ni contaba con una reputación intachable. Todo ello hubiera llegado con el tiempo, pero él no tenía paciencia y vio la ocasión cuando uno de nuestros primos, violando nuestra ley, se metió en el territorio de una familia rival que andaba en drogas. Los De la Cruz nos dedicamos a lo antiguo, tenemos tiendas en ciudades, compramos casas de herencias, vamos a mercados de antigüedades, y nunca hemos querido entrar en el negocio del polvo blanco. Esa familia rival, antes de empezar una guerra, recurrió a nuestro consejo de ancianos, que le dio la razón y condenó a nuestro primo al destierro. Mi hermano interpretó que los ancianos, preocupados por las leyes de los payos, no tenían arrestos suficientes para pincharlo. Y, como el ignorante que era, se convenció de que, si mostraba a la familia su valentía y atacaba al clan rival quedándose con su mercado, pronto los suyos olvidarían los medios empleados y le apoyaría como líder, al modo de los payos.

»Puede imaginarse el resultado. Estalló la guerra: enterramos a mi hermano, a mi padre y a una docena de primos. Yo era chico, pero grabé a fuego una lección que no he olvidado, que es la que quiero transmitirle: no es posible anticipar las consecuencias de nuestros actos. Por eso debemos examinarlos antes de actuar y solo emprender lo que va a ser bueno para la familia. Lo que usted sopesa, doctora, la adentra en una senda oscura y sin salida —le ha advertido antes de despedirse—. Nunca sabrá qué puede esconder una oscuridad que no estará bajo su control. Por eso le recomiendo que no lo haga, doctora. Su objetivo es muy loable, pero sus actos no, y tratando de salvar a su familia, caerá usted al hoyo y los arrastrará a ellos con usted.

—¿Me lo dice el que estuvo a punto de apuñalar a su nieta embarazada porque se acostó con quien no debía?

—Eso es muy distinto, esa es nuestra justicia, doctora, y todos conocemos las normas y lo que implica violarlas. A quien no le guste, puede irse a vivir a la sociedad de los payos. Pero usted vive bajo otro paraguas. En su extraño mundo, si yo entro en su casa, robo sus joyas y violo a sus hijas, en el caso de que me pillaran, que está por ver, y de que el juez no llevara coleta, me enchironarían un par de años. Pero si usted, en defensa propia, me pincha el bajo vientre, se pasará la vida entre rejas y tendrá que indemnizar a mi viuda y a mi familia por los siglos de los siglos, amén. No, doctora, en su mundo no puede hacer lo que está pensando. Y luego está la moral...

—¿La moral?

El gitano asiente.

—Usted está aún sin estrenar, Paloma. ¡Hágame caso, siga así! Si le roban o la pinchan, será una víctima, como lo fue mi padre. Si usted roba, se hará una ladrona, como lo fue mi hermano. A la

larga, es mejor ser víctima que ladrona. Se lo digo yo que soy un viejo ladrón y tengo que cargar con el peso de mantener mi honor entre ladrones. Deje que recabe más datos; si damos con uno de sus callos, podremos pisarle sin hacer sangre. Si, como dice, es mala gente, será también un cobarde. Déjelo en nuestras manos.

—No, don Eliseo. No quiero que sume mis pecados a los suyos. Me las apañaré. Y recuerde a su esposa que venga a verme para que le explique lo de las pastillas.

Mientras paga al taxista, Paloma ya ha aceptado que el gitano acierta en lo que dice, y también en lo que calla. Y ha decidido enfrentarse cara a cara con sus oponentes.

Bosco Calavatra sigue viviendo con su madre en un chalé de mil doscientos metros cuadrados, construido en un terreno de cinco mil. Enormes salas de recibo, piscina interior y exterior, escaleras a *Lo que el viento se llevó*, cancha de tenis, ocho dormitorios con sus correspondientes baños se combinan con un patético gusto por el lujo estrambótico. La misma María Antonieta habría sentido una pizca de envidia al ver tanta columna jónica, espejos, arañas, estatuas en los jardines, tanto mármol y tanta hornacina. Solo le faltan las caballerizas.

El mayordomo uniformado que le abre la puerta la conoce desde hace muchos años. Pese a que el tiempo le trata bien, Paloma se da cuenta de cómo ha envejecido. Le hace pasar mientras le participa que don Bosco no está en casa.

—Gracias, Damián. No vengo a ver al señorito, sino a la señora. Siento presentarme sin avisar, pero agradecería mucho si pudiera dedicarme unos minutos.

—Sígame, doña Paloma. La señora está tocando el piano, pero se alegrará mucho de verla. Naturalmente, manteniendo las distancias.

La señora es una persona de riesgo, aunque no creo que deba explicárselo a una afamada doctora como usted.

—Afamada, no, pero sí doctora preocupada. Gracias, Damián, mantendré las distancias.

A dos pasos del mayordomo, Paloma avanza por los amplios pasillos hasta el salón de música. Cuando abre las puertas correderas, se encuentran a la señora de la casa sentada en la banqueta del piano. Interrumpe a Schubert y se da la vuelta. Al reconocer a Paloma, se pone en pie mostrando una fría y forzada sonrisa. Es una dama de setenta años, de complexión y estatura medias, en la que sobresale un cuello de cisne, mucho más espigado de lo normal. Para evitar la impresión visual, lo adorna con un collar de perlas de tres vueltas, con una enorme esmeralda en el centro. Lleva el pelo, rubio y cardado, echado completamente hacia atrás. Desde luego, su figura impone.

—¡Me alegra verte, querida! —dice mientras señala con la mano la zona de sofás.

—A mí también, Eulalia. Veo que sigues cultivando tus aficiones.

Niega con la cabeza.

—La artrosis ya no me permite emplear las manos como antes. La degeneración del cuerpo me produce una gran tristeza... Pero no hablemos de mí. Siéntate ahí, frente a mí, querida; en breve, seremos familia. Repetidamente, le he pedido a Bosco que te convide a comer, pero siempre anda metido en líos y nunca almuerza en casa. De todos modos, te confirmo que, con las dos manos, he dado mi bendición a vuestro enlace. A la mayor brevedad, me gustaría ver a algún pequeño Calavatra pululando por esta casa. El conde, que en paz descanse, también estaría tremendamente satisfecho.

Paloma no lleva bien aprendida la lección, y la altivez de Eulalia Calavatra le aterra. De modo que baja los ojos y se recoloca en el incómodo sofá capitoné tapizado con una tela de terciopelo azulón, diciéndose a sí misma que no sabe de dónde va a sacar las fuerzas. Puede que, como le hizo ver el patriarca, a la larga, ser víctima sea mejor que ser verdugo, pero no deja de ser una putada.

—Bueno, querida, ¿quieres que repasemos los detalles? Por cierto, es tradición en la familia heredar el traje de novia. Antes que yo lo usaron mi madre y mi abuela; es una seda con hilos de oro de calidad inigualable. No recordaba que fueras tan bajita, pero mi modista es excepcional, ella lo arreglará y quedará perfecto.

Paloma respira hondo, y se lanza sin paracaídas.

—Creo que no va a ser necesario ese arreglo, Eulalia. No sé qué te ha contado Bosco, pero nunca he aceptado casarme con él. Es más, ni siquiera me lo ha pedido.

La mujer reacciona con incredulidad.

—¡Eso es imposible! Hasta me ha dicho que ha hablado con tus padres, y ellos están absolutamente convencidos de la bondad del trato.

Paloma nota cómo se le acelera la respiración y, por un instante, está a punto de claudicar y marcharse sin decir lo que ha ido a decir. Pero cierra los ojos y se recuerda a sí misma que es la única solución.

—*Hablado* no es un término preciso, querida Eulalia. Tampoco se le puede llamar *trato*. Lo que Bosco ha hecho es chantajearlos.

La dama deja escapar una risa floja, falsa, que permite entrever sus pequeños dientes blanqueados.

—¿Chantajearlos? No te comprendo, querida niña. Creo que ese empeño tuyo de curar a los pobres te está agotando. Esa es otra cosa que debemos cambiar cuando te cases.

A Paloma sus frases le suenan más a sarcasmo que a desconocimiento, pero le concede el beneficio de la duda y le habla del medicamento contra el mal de las piernas inquietas, de las apuestas y de los pagarés conseguidos con malas artes.

—Eso no es propio de un caballero de esta familia. Creo que el señor conde de Calavatra, que en paz descanse, se hubiera sentido tan abochornado como abatido por el comportamiento de su unigénito —indica Paloma con toda intención—. Por el cariño que nuestras familias se tienen desde antiguo, he venido para arreglarlo contigo, pues estoy segura de que no deseas ver a tu hijo sentado en el banquillo de un tribunal.

Ha soltado la bomba, ya está. Un denso silencio llena la sala barroca. Paloma no quita ojo a la mujer. Esta vez, al contemplar su gesto, no la nota perturbada, como si la noticia no la pillara por sorpresa. Tras unos segundos, la dueña de la casa alarga la mano izquierda y hace sonar una campanilla. Como si estuviera aguardando en la mismísima puerta, entra el mayordomo.

—Damián, a la doctora y mí nos gustaría tomar un refrigerio. ¿Te apetece un jerez, querida?

Paloma coge el móvil para comprobar la hora. El patriarca le ha enviado un *whatsapp,* pero no lo abre.

—Temprano para mí. Prefiero un café. Gracias, Damián.

Con una inclinación de cabeza, el mayordomo se da la vuelta y abandona la sala.

—Querida niña, acepto que Bosco no es perfecto, sin embargo, tú planteas su oferta como si casarte con él y emparentar con la familia Calavatra equivaliera a una condena. Y eso es una completa tontería. Te concedo que, a veces, mi hijo puede hacer cosas que parecen..., digamos, reprochables, pero si le escuchas, verás que todo es excusable.

La conversación queda de nuevo suspendida en el aire mientras les sirven el refrigerio. Eulalia despide al mayordomo con un gesto lacónico de gratitud, da un sorbo al jerez y continúa:

—Tenéis que casaros pronto, en cuanto se acabe esta pandemia, porque ya no tienes quince años, y la edad limita tus opciones de ser madre. Tengo la convicción, y esto te lo digo de corazón, de que igual que Bosco se comporta como un buen hijo se comportará como un buen marido.

—No para mí, Eulalia —repite Paloma con convicción—. Soy...

La mujer zanja sin contemplaciones sus quejas. Esta vez su voz suena fría y Paloma siente el peso de su mirada sobre los hombros.

—Querida, seamos sinceras, no estás mal del todo, pero eres una chica más bien corriente: delgaducha, pequeña..., y no mejora tu valor que trabajes por cuatro perras en un hospital público, como si fueras una simple mujer de clase media.

—Te doy toda la razón, Eulalia. Soy corriente, muy corriente. Es obvio que a tu hijo le iría mejor con alguien superior a mí.

—No lo niego. Él tiene muchas opciones, la cuestión es cuántas tienes tú. Porque, después de que a tu padre le diera por las apuestas, ya solo puedes cargar con la vergüenza. Por eso no comprendo tus reticencias, te estoy ofreciendo elegir un destino ganador. En esta casa serás tratada como a una hija, y emparentarás con una familia principal.

—¡No permito que hables así de mi padre!

—¡Pleitos tengas y los ganes! —escupe la dama, que de inmediato retoma su señoría—. Es un refrán que solía decir mi padre, que era un hombre muy sabio. Todos sabemos que, los ganes o los pierdas, los pleitos a los únicos que favorecen son a los abogados. Estoy contigo, resolvamos esto entre nosotras. Te propongo lo siguiente: tú te casas con Bosco en otoño o en

primavera, fijaremos la fecha según avance esta pandemia, y me das un nieto para que lleve sobre sus hombros el condado y se lo pase a sus hijos. Una vez cumplas con esa misión, puedes hacer con tu vida lo que te venga en gana, siempre y cuando no des que hablar. Eso significa que, si quieres divorciarte y seguir con tus cosas o con la medicina, me parece bien, pero al niño se le educará en esta casa, como siempre se ha hecho aquí. Por descontado, tus padres no sufrirán el más mínimo quebranto. Destruiremos esos cinco pagarés y jamás nadie tendrá noticia de ese desliz.

Dos nuevos *whatsapps* hacen vibrar el móvil de Paloma, pero ella está tan ocupada adivinando el gesto de Eulalia Calavatra tras la mascarilla que no les presta atención. Ha habido algo que le ha llamado la atención. Se queda pensando en ello hasta que cae en la cuenta.

—¿Cinco pagarés? ¿Has dicho cinco pagarés?

—Sí, querida. Cinco pagarés. No sé qué importancia puede tener ese número.

—¡Ni siquiera yo sabía cuántos eran, y tú tienes el dato exacto! ¡Estás al tanto de todo!

Bajo la insistencia de su mirada, y con gesto de triunfo, la mujer responde:

—Si te refieres a la ludopatía de tu padre, es cierto, estaba al tanto. Pero no se debe a ningún espionaje como pareces pensar; me lo contó tu madre, una confidencia en un día que estaba baja de ánimo. Ya sabes que tu madre no es especialmente fuerte ni, pobrecita, demasiado lista.

—¡Y tú se lo contaste a Bosco! ¡Eres peor que una víbora!

—Te agradezco el cumplido, querida, me encantan las víboras.

Esta vez no es un *whatsapp,* sino una llamada. Desconcertada, Paloma se pone en pie, se disculpa y sale de la sala y responde,

aunque no sabe a quién ni por qué lo hace.

—Doctora, soy Eliseo de la Cruz. En su *whatsapp* tiene un bonito callo listo para un buen pisotón. Utilícelo con sabiduría y será suficiente. Pase un buen día.

Paloma está tan nerviosa que el móvil se le resbala de las manos. Instintivamente, estira la pierna y el aparato cae sobre su pie. Se hace daño, pero no se rompe. Se agacha para recogerlo y lo abre a toda prisa. Contiene seis imágenes, del todo ilustrativas. Hacerlas públicas significaría el fin de la condesa. Nadie en su sano juicio volvería a visitar esa casa o a invitarlos a una fiesta, una cacería y mucho menos al Palacio Real. Si algo tiene su ambiente es que no tolera ese tipo de cosas: los niños son sagrados.

7

El juez Castro está en la sala de espera de la UCI. Tiene los ojos enrojecidos por el llanto y el sufrimiento ha acentuado sus ojeras. Se siente cautivo en un pozo negro, estrecho y maloliente, del que no es capaz de escapar. A su mujer le han tratado con naloxona, un antídoto de la heroína, para combatir la sobredosis, y le han colocado unas grapas en la brecha de la cabeza. Salvo complicaciones, no temen por su vida, pero nadie le asegura en qué estado emergerá de la experiencia. Cuando ve a Jaso y a Salado, está a punto de romper a llorar de nuevo. Se abraza al primero.

—Aún no te he dado las gracias, Javier. Tu intervención fue esencial para que la sobredosis no acabara con ella. Actuaste con tanta rapidez y eficacia que te debe la vida. Aun así, agradezco que la drogaran: bajo los efectos de la heroína y la pérdida de sangre, su consciencia ha debido de ser escasa, y es de suponer que las secuelas psicológicas sean menores.

Los dos policías asienten. Antes de entrar en la habitación, han ojeado el informe médico forense y ambos han coincidido en que fue una suerte que estuviera drogada. Ha recibido una buena cantidad de latigazos; el forense ha contado treinta, infligidos por una especie de fusta larga de cuero endurecido, de los que no ha podido defenderse por tener tanto las manos como los pies atados. Las heridas por los cepos en los pezones han debido de ser muy dolorosas, y, aunque no habrá daño permanente, estaba mejor drogada.

—He visto a mi esposa esta mañana en casa durante el desayuno, y no le he prestado la más mínima atención. Solo monosílabos y palabras huecas. ¡Estaba concentrado en el periódico! ¿Y qué me importa a mí lo que ocurra en Oriente Medio? —Se detiene unos instantes, y se deshace de las lágrimas que han escapado—. Atarla de esa manera, golpearla así... Es malévolo.

—No se torture, señoría. Lo que tiene que pensar es que su esposa está viva gracias a su perseverancia. De no insistir y llamar tantas veces, es muy posible que no estuviera entre nosotros —comenta Jaso.

Levanta la mirada y le observa titubeante, sabe que tiene razón. Se seca las lágrimas con la palma de las manos, se yergue y añade con deje judicial:

—Quiero entrevistarme de nuevo con esa doctora, ¿puedes arreglarlo, inspector Salado?

—¿Se refiere a la doctora Padierna? —pregunta Jaso.

—Sí. La doctora Padierna. ¡Necesito entender de qué va todo esto! Mi querida Valdis..., ¿qué loco querría infligirle ese castigo? Mi mujer ayuda a la gente y no hace daño a nadie.

Salado carraspea. Intuía que iban a terminar en ese punto, pero no que fuera a llegar tan rápidamente.

—Señoría, le entiendo perfectamente. Pero, con todo respeto, está usted demasiado afectado. Se acaba de dar de bruces con la realidad aplicada a su familia y no puede analizar las cosas con la suficiente distancia. Nosotros hemos tratado con locos antes, es mejor que nos deje trabajar. No se inquiete, les asignaremos protección y le mantendremos al tanto.

Calvo niega una y otra vez.

—¡Claro que estoy afectado! Es más, estoy rabioso, más de lo que lo he estado nunca, pero no voy a parar hasta que atrapemos a ese

cabrón hijo de puta. Quiero hablar con esa doctora cuanto antes. De inmediato. ¿Habéis encontrado algo que nos permita localizar al cabrón que ha hecho esto a mi Val?

Tratando de mantener el aplomo, Rana responde:

—Las huellas de Ruperto Rojas están por todas partes. Es obvio que ha sido obra suya.

—¿Y por qué no le agarráis por las pelotas y apretáis hasta meterlo entre rejas?

—Porque no sabemos dónde está todavía, señoría.

—Y el móvil, ¿tenéis claro el móvil? Porque mi esposa no tiene relación alguna con esta historia.

—No se preocupe por eso ahora, señoría. Deje todo en nuestras manos, y atienda a su esposa. Cuando se encuentre mejor, hablaremos con ella.

Calvo, roto de dolor, finalmente accede.

—Soy muy consciente de que no puedo ser juez y parte. Lo sé. Solo pido un voto de confianza. Como muestra de vuestro aprecio, os pido que me dejéis estar al tanto a cada paso. Prometo que no interferiré.

Ambos policías se miran. Finalmente, Salado asiente.

8

Por naturaleza y por convicción, Paloma Padierna se esfuerza en ver el vaso medio lleno. En aquel momento, sin embargo, no puede olvidar que en el mundo viven muchos Bosco, tipos que solo aceptan sus propias leyes; que no cometen errores, sino que los buscan; libertinos que siguen cualquier instinto con tal de que sea cruel, salvaje y excesivo. Y también madres de Bosco, quienes, con su sonrisa envenenada y ponzoñosa, permiten que el mundo viva cíclicamente cadena tras cadena de atrocidades.

Las tres primeras imágenes que Eliseo de la Cruz ha enviado a su móvil, en las que Bosco es protagonista, son propias de una película pornográfica homosexual y masoquista, más o menos dura; las dos últimas son, simplemente, monstruosas, tanto que a Paloma nada más verlas se le escapan las lágrimas y las arcadas. La edad de aquel joven indica que Bosco está dispuesto a explorar la transgresión por la transgresión hasta las últimas consecuencias.

Tarda un poco en sobreponerse, pero se fuerza a hacerlo. Lo que acaba de contemplar ya no puede remediarlo, pero sí evitar que vuelva a ocurrir. Respira hondo varias veces, y regresa a la sala del piano tratando de dibujar una sonrisa.

—Me llaman del hospital y tengo que marcharme, Eulalia. Pero no quiero irme de aquí sin arreglar esto. De modo que, si te parece, voy a exponerte mis condiciones. En caso de que las aceptes, estaría dispuesta a llegar a un acuerdo.

La mujer suelta una risa burlona.

—¿Condiciones? No estás en situación de imponer condiciones, querida. Hay cientos de chicas capaces de darme un heredero. No obstante, quién sabe por qué, Bosco está empeñado en que seas tú, y a mí no me parece mal. Por ese servicio te devolverán todos los pagarés. Tengo propiedades suficientes, no necesito las de tus padres. Eso es todo lo que hay sobre la mesa.

Mientras la conversación discurre, la voz de Paloma va cargándose de autoridad.

—Recuperar esos pagarés es una condición, sin duda, pero no la única...

—De acuerdo, terminemos ya con esto, te escucho. ¿De qué cantidad hablamos?

Paloma siente la profunda necesidad de mandarla al infierno, pero, en vez de hacerlo, se fuerza a mantener la sonrisa.

—Has hablado antes de comportamientos reprochables y tenías razón, todos cometemos errores, yo, la primera. No obstante, de momento, ni él ni nadie encontrará prueba alguna de los míos. Por correspondencia, quiero estar segura de que los errores de Bosco no me amargarán la vida o la reputación. Por nada del mundo deseo verme en las páginas de *Vogue* o de *¡Hola!* y creo que tú tampoco. —Hace una pequeña pero ilustrativa pausa que aprovecha para clavarle fijamente la mirada—. Me han llegado rumores de que tu hijo tiene gustos... peculiares. ¿Estás en disposición de asegurarme que ese comportamiento quedará entre nosotros, que nunca voy a ver prueba alguna de ello en alguna red social, en una revista o en cualquier sitio ajeno a la familia?

Un breve silencio se instala en la habitación.

—Hay que estar privado de algo para darse cuenta de lo que realmente representa en tu vida. Eso es lo que les ha pasado a tus padres: ahora saben del verdadero valor de su casa, su barco, sus

coches o su fama. Me he asegurado de que mi hijo sepa a cuánto dinero ascienden sus caprichos y de que sea consciente de que él no puede sufragarlos. Solo me ha hecho falta dejarle claro que, si hace tonterías o no es discreto, cerraré el grifo. Estate tranquila, eso no ocurrirá.

La mujer termina su jerez. Paloma, que hasta ese momento no se ha acercado a su taza de café, la imita y se bebe el contenido de un tirón. Se ha quedado frío, pero no le importa, ha perdido el miedo. Ya no se siente cohibida ni intimidada.

—Quizás algún día, espero que sea dentro de muchísimo, tú ya no estés o hayas perdido la memoria. Necesito esa promesa por escrito, Eulalia.

—No tengo inconveniente, siempre que tú recojas también por escrito tus obligaciones.

—¿Crees que Damián puede traernos una de tus exquisitas cuartillas con membrete y una pluma? Un pacto como este no puede hacerse con un simple bolígrafo.

Una enorme sonrisa de triunfo toma la cara de Eulalia Calavatra.

Tras una llamada de campanilla y dos minutos, todo está dispuesto.

Mientras Paloma Padierna observa a Eulalia Calavatra escribir con una letra historiada y tumbada hacia la derecha la nota en la que puede estar su libertad, trata de que su rostro no traduzca sus emociones.

—Aquí está, querida. Le diré a Bosco que te lleve esta noche a tu casa los pagarés, y que recoja tu nota, con tu membrete y tu firma.

9

Tras su charla con el juez Calvo y el brevísimo encuentro con su esposa, apenas un par de frases sin demasiado contenido, los dos policías abandonan el hospital con la moral por los suelos. Y no mientan palabra hasta que llegan a su lugar de trabajo.

—¡Qué espanto! ¡Joder, Javier, tenemos que dar con ese grandísimo hijo de puta como sea! Y hacerlo pronto porque el cabrón apunta maneras, va *in crescendo.*

—Estoy contigo, esta vez le ha anudado manos y pies. Es obvio que carece de remordimientos, y si, como parece, está disfrutando de su obra, pronto querrá repetir.

Tras un silencio largo, que casi se masca, Salado concluye:

—Pongámonos manos a la obra. ¿Qué sabemos de él? ¡Estamos pasando algo por alto!

Jaso se pone en pie y fija la mirada en la pared donde han colocado las fotografías del caso. En el lado izquierdo están las imágenes de las cuatro chicas muertas a manos del asesino de los colores, colocadas en el orden en que fueron encontradas; a la derecha, las de los muertos del *Monopoly*. El centro de la pared lo ocupan, al alimón, Miriam Friale, Mercedes y Ruperto Rojas, y la doctora Elms. Mariana Friale tiene dos imágenes: una tomada de su perfil de redes sociales; otra, muerta sobre la cama de la doctora Padierna, con la cara teñida de negro y abrazada a su bolso falso. Bajo esta última, otra de la etiqueta del tanga de Primark con la que la vistieron.

De los Rojas no hay demasiados datos; solo dos imágenes borrosas de ella y una de carné de él, pero la imagen de la cabina de tortura, que han ampliado, es tan espeluznante que parece llenar toda la pared.

—Poco sabemos de los Rojas, y lo que sabemos no nos sirve para localizarle.

—Venga, empieza a soltar, a ver si hablar en voz alta nos ilumina.

Javier inspira y espira un par de veces.

—Vale, ¡allá voy! Ruperto Rojas es hijo de una madre soltera, que ejerció de prostituta de alto *standing* mientras tuvo físico para ello. Cuando la edad se le echó encima, suplantó la personalidad de una catedrática de instituto, a quien probablemente asesinó, y se dedicó a la extorsión de víctimas mayores. Bien por dejarse llevar por la ira, la amargura o lo que sea, bien porque era una psicópata, Mercedes Rojas maltrató física y psicológicamente a su hijo. Lo hizo de modo continuo y cruel con el fin de hacer de él un eunuco: periódicamente, le esposaba en el armario de su cuarto, lo flagelaba, y colocaba ratoneras en los pezones y el miembro... ¡Solo de pensarlo, ya me duele, jefe!

—¡Ni que lo digas! Debe de ser la leche, pero ni siquiera eso logró reprimirle sexualmente. Venga, sigue.

—El chico era listo y logró graduarse en Informática y dar clases en la universidad, donde infiltrándose en sus cuentas descubrió que cuatro de sus alumnas ejercían de campanillas, como antaño hizo su madre. Pero Mercedes Rojas le pilló disfrutando del hallazgo y decidió dar un paso adelante en su locura. Ayudado por Ruperto, planeó y ejecutó el asesinato de las chicas. Permitió al hijo disfrutar del acto de la muerte, de la preparación del escenario y del riesgo, y le dejaba quedarse con sus bragas como trofeo, pero no tocarlas.

»Cuando llegó la pandemia, Mercedes se contagió. Al no haber cama de UCI para ella, murió, y Ruperto decidió vengarse. Toda la partida de *Monopoly* que nos ha hecho jugar estaba llamada a mostrarnos que su madre no debería haber muerto. Que personas con enfermedades terminales o muy pocas probabilidades de supervivencia como Tomás Giráldez o Higinio Stampera ocuparon camas de UCI, mientras que su madre, más joven y sana, se quedó fuera. Echa la culpa de eso a Paloma Padierna, y por ello ha ido a vengarse de ella, de momento, sin conseguirlo.

»Y para su venganza ha tomado el testigo dejado por su madre. No sé si nació así o lo reconvirtió su madre, pero es un psicópata cuya represión sexual y su historia de terror infantil lo está volviendo más violento, más volcado hacia su instinto sexual. Sabemos que es un buen *hacker* y que nos lleva la delantera, pero no tenemos ni idea de dónde se esconde ni siquiera de por dónde puede estar su guarida. Ni una sola dirección.

—¿Lograste hablar con su antiguo casero, el dueño del bajo de la calle Tutor?

—Sí, por fin di con él. Me contó que, al marcharse, cuando fue a recoger la llave y ver que todo estaba en condiciones, Ruperto Rojas le dejó una dirección para enviarle la correspondencia o cualquier cosa que llegara para él o para su madre. ¿Sabes cuál es esa dirección, jefe?

—¿Cuál?

—Calle del doctor Esquerdo, 46, en Madrid.

—Pero ese domicilio...

—Sí, inspector, la memoria no te falla, es la ubicación del hospital Gregorio Marañón. ¡El muy cabrón! ¡Estaba anticipándose a lo que haríamos! No tenemos nada, es como si se hubiera esfumado de la faz de la tierra. —Javier Jaso se estremece al recordar su mirada—.

Y, si quieres mi opinión, no veo otra lógica que hacer lo de siempre, seguir las pistas. Y las pistas siempre nos conducen al mismo sitio.

—No me digas más, a tu doctora y a su hospital. Veamos, los cadáveres aparecidos en los palacios de hielo de Majadahonda y de Hortaleza, y los que tuvimos que exhumar por su causa habían sido manipulados por este jodido psicópata y su mamá, ¿no es así?

—Es así. En todos los escenarios apareció el mismo juego de huellas que, como no estaban en la base de datos, no se pudieron identificar. Pero gracias al camisón que esta psicópata olvidó en la casa donde vivía con su hijo, de cuyos botones se pudo extraer una huella parcial, sabemos que son las de Mercedes Rojas, la madre de Ruperto. Cómo aparecieron allí es otro cantar, porque en el asesinato de Chamberí esa mujer ya estaba muerta.

—Cierto. Este psicópata es capaz de haberle cortado un dedo para ir poniendo su huella allá por donde va.

—Quizás sea una forma de homenajearla. Los mortales corrientes depositamos flores en la tumba de nuestros familiares, quizás este psicópata ponga sus huellas en los cadáveres.

—Es posible, pero yo estaba pensando en cómo pudo acceder a esos cadáveres. No es que tocara los ataúdes, que obviamente lo hizo, sino que también vistió los cuerpos, manipuló su identidad y cambió sus partes forenses. Todo eso requiere una proximidad que aún no hemos logrado explicar. ¿Es así?

—Así es, jefe. De alguna manera, tuvo que arreglárselas para estar dentro del sistema. El problema es que el sistema tiene infinidad de puertas de entrada: puede hacerlo disfrazado de empleado de funeraria, de celador, de miembro de la Unidad Militar de Emergencias, de médico...

—¡Sí, sí! Tienes toda la razón. Pero no nos interesa saber de qué se disfrazó, eso no nos proporciona la clave que buscamos. La

pregunta del millón, la que se lleva el premio gordo es cómo logró escoger a sus jugadores de la partida de *Monopoly*.

—Lo siento, no te sigo, inspector.

—Lo pregunto de otro modo, ¿cómo pudo enterarse de que todas esas personas padecían enfermedades crónicas y pagaron por ser atendidas en cuidados intensivos y disponer de un respirador? Si se tratara de un solo caso, podrían haber escuchado alguna conversación al respecto, pero siendo muchos la probabilidad es cero. Por eso creo que este psicópata tuvo que estar rondando el hospital durante muchas jornadas para hacerse con esa información. La pregunta es cómo.

Javier Jaso, que va registrando en su cuaderno las dudas de su superior, responde:

—No sé si servirá, jefe, pero uno de los responsables de Recursos Humanos del hospital me contó que durante la pandemia se contrató personal eventual para el refuerzo de la limpieza de las instalaciones. Y no fueron pocos, ascendieron a casi un centenar. No había tiempo de hacer un cribado adecuado, y se empleó a casi todo el que se ofrecía y tenía algo de experiencia. Quizás entró así.

—¿Tienes ese listado?

—No, pero sí número de teléfono de esa chica. Puedo llamarla y pedirle que lo compruebe.

—¡Hazlo!

—¿Ahora?

—¡Naturalmente! Javier, con lo listo que eres, a veces, pareces tonto.

La espera no es demasiado larga. La chica se alegra de recibir la llamada, y aunque hubiera preferido una invitación a cenar, acepta buscar los datos y responder a vuelta de teléfono.

Cuando suena el móvil de Javier, ambos están callados y nerviosos. La conversación es corta.

—¡Eureka! En ese listado figuran tanto Mercedes Rojas como su hijo. Trabajaron en el hospital hasta mayo, pero no han devuelto sus pases. Las cuentas bancarias desde las que cobraban sus nóminas han sido canceladas.

—¡De modo que contaban con pases! —Salado se sujeta la cabeza con las manos y se mantiene unos segundos en silencio. Sin abandonar la posición, pregunta—: ¿Cómo va la investigación acerca de las cuentas de los muertos del *Monopoly*?

—Cuando el juez Calvo firmó la orden, se lo pedí al equipo que sigue temas de blanqueo. Los fallecidos tenían un montón de cuentas, y desde cualquiera de ellas se pudo hacer esa transferencia; es un trabajo ingente. Puedo meterles prisa, pero no creo que sirva de mucho. De momento, han localizado que de una de las cuentas de Tomás Giráldez salieron trescientos mil euros el día de su ingreso en UCI. Nos irán informando del resto en cuanto tengan datos.

—Bien. Pues vamos a tener que hablar con esa doctora tuya, a ver si algo de lo que nos cuenta nos ilumina.

Jaso va a protestar, pero no lo hace. Se traga el orgullo y se calla. En realidad, no le importaría que fuera suya.

10

La propiedad de los Calavatra se halla cerca de la casa de los padres de Paloma Padierna. Salvo porque el sol insiste tozudo, es un paseo agradable, tranquilo, rodeado de vegetación. Las grandes copas de los árboles maduros proporcionan momentos de sombra, pero no aíslan de los treinta y cinco grados de plomo ni del aire asfixiante. A los pocos segundos de emprender la marcha, ya tiene la camisa empapada. Pese al calor, sonríe. Durante el trayecto, su cerebro satisfecho va sopesando lo ocurrido unos minutos antes. Se siente fuerte: la mezcla entre las duras imágenes enviadas por el gitano y la carta de Eulalia Calavatra le van a permitir recuperar su vida normal y a su familia.

Pese a ir distraída en sus pensamientos, algo la alerta. No hay merodeadores en su barrio, plagado de cámaras y controles de todas las compañías de seguridad presentes en el mercado y de otras que nadie conoce, sin embargo, tiene la sensación de que alguien la observa, la vigila. Discretamente, se gira y mira a su alrededor. No ve a nadie ni nada sospechoso; aun así, acelera sus pasos. A pocos metros, en el fondo de una cuesta, rodeado de una luz anaranjada, ve un hombre vestido con un mono de jardinero que camina en su dirección. Lo observa de reojo. Es algo grueso, rubio, con el pelo recogido en una especie de moño o coleta. Hay algo en él que no le gusta. Lleva un rastrillo en la mano, pero no lo empuña como quien está acostumbrado a trabajar con él. Y no lleva

sombrero. Cualquiera que está mucho tiempo al sol, jardinero, golfista o campesino, sabe que es un elemento imprescindible.

Cuando se cerciora de que no la pierde de vista, Paloma apresura aún más el paso al tiempo que saca el móvil del bolsillo. Sus dedos sudorosos tiemblan mientras busca en la agenda el teléfono de Javier Jaso, que, gracias al cielo, responde casi al primer tono.

—Javier, soy Paloma.

—¡Transmisión de pensamiento, doctora! Estoy con el inspector Salado. Íbamos a llamarte para...

Paloma no le permite continuar.

—Javier, quizás sea una exageración, pero creo que hay un tipo siguiéndome. No me gusta nada cómo me mira.

—Descríbemelo.

Las explicaciones de Paloma Padierna abruman al agente Jaso. La sola idea de que la doctora pueda terminar como Valdis Elms le causa pavor.

—¿Dónde estás? —la interroga.

—En la urbanización, a pocos metros de la casa de mis padres.

—¿Qué tipo de calzado llevas?

—Unas sandalias de medio tacón, ¿por qué?

—De acuerdo, escucha con atención. Si con esas sandalias no vas a poder hacerlo, quítatelas y vete descalza, pero echa a correr y no pares hasta entrar en tu casa. Una vez allí, cierra la puerta; vamos enseguida. Si antes de llegar, encuentras una casa conocida donde puedas esconderte con seguridad, hazlo. Y no cuelgues. Venga, Paloma, ¡hazlo! ¡Corre!

Sin pensarlo dos veces, la doctora obedece. Se agacha, se deshace de las sandalias, deja caer el bolso y escapa. Sin solución de continuidad, el falso jardinero suelta el rastrillo y echa a correr tras ella.

No es fácil correr descalza, pero en su ventaja Paloma está en plena forma y conoce bien la zona. De niña ha jugado muchas veces al escondite por allí. Sabe que, si salta el pequeño seto de la casa de los Macy, acorta por su jardín, y luego, bordeando el gran olivo gris, gira hacia la izquierda, comunicará con su casa en un santiamén. Corre hasta el límite de sus fuerzas, salta el seto, y continúa corriendo, mirando hacia atrás. Escucha los sonidos de sus pisadas, pero no lo ve. De pronto, se da de bruces con el señor Macy que, en bañador, acaba de salir de la casa en dirección a la piscina. Del golpe, cae hacia atrás.

—¡Por todos los santos! ¿Qué haces en mi propiedad?

—Lo siento, yo...

—¡Eres Paloma, la pequeña de los Padierna! ¿Qué haces aquí, niña? ¿Y por qué corres así, descalza?

Paloma se echa en sus brazos.

—¡Antonio! ¡Gracias a Dios una cara amiga! ¡Necesito ayuda! ¡Permite que me quede en tu casa, por favor! Vengo huyendo de un tipo que quiere hacerme daño. Es un violador que se ha colado en la urbanización. He avisado a la policía y me han dicho que me esconda donde pueda, los tengo en línea...

—¿Un violador? ¡Vamos dentro! ¡Gerardo! —grita—. Abra el armero, tengo las escopetas de caza en orden de revista. ¡Alfonso, suelte a los perros!

Antonio Macy es un gran cazador y un caballero, pero desde que Paloma tiene memoria, tiene esa edad indefinida de abuelo que no promete demasiada puntería. Alfonso es joven; Gerardo, como el señor. Pero los dos ejemplares adultos de dóberman marrón de mirada amenazante que salen corriendo servirían para ahuyentar a cualquiera. Paloma vuelve a ponerse el móvil en la oreja.

—Javier, gracias a Dios estoy a salvo. Al menos, por ahora.

Jaso, que ha seguido la situación con el corazón en un puño, responde:

—Estupendo. Estate tranquila, Paloma, hay una unidad a tres minutos de ahí, y nosotros estamos ya en camino. Ese tipo es muy valiente ante mujeres desvalidas, pero echará a correr en cuanto vea un arma o a los perros. No te muevas de ahí. Pásame con el dueño de la casa, no queremos que pegue un tiro al coche patrulla cuando se acerque.

11

Bosco Calavatra está en una villa de La Moraleja, al otro extremo de la ciudad. Tumbado en una hamaca junto a la piscina de la casa de uno de sus camaradas de juergas, saborea su tercer gin-tonic. Acaba de darse un chapuzón y pequeñas gotas de agua clorada le cubren el cuerpo. Pese a que el calor ciñe, está siendo una buena tarde y aún pinta mejor: la coca ha empezado a fluir y las tías son unas guarras; será una buena orgía. No sabe de dónde las han sacado, pero no son conocidas ni de la zona.

El mundo del joven Calavatra está contaminado desde su juventud. Su búsqueda de nuevas experiencias, de placeres prohibidos, le ha envenenado pronto la sangre. Habiendo tenido todo al alcance desde niño, ya no valora de la vida más que aquello que puede romper sus rutinas. El único castigo que teme es el aburrimiento. Habiendo probado casi de todo, en lo relativo al sexo, prefiere hombres jóvenes, pero, como sus colegas, no hace ascos a cualquier nuevo fogueo, más si traspasa los límites establecidos, como ocurre en esta ocasión.

Está dando un nuevo sorbo a su copa de boca ancha cuando recibe la llamada. Se enfurruña al ver en la pantalla del móvil el nombre de su madre, pero no lo demuestra. Se aleja de la piscina; entra en el pabellón del jardín, para poder hablar sin que se escuche la música, y responde con voz sumisa:

—¡Querida mamaíta! ¿Cómo estás?, ¿necesitas algo?

—Estoy bien, hijo. Muy contenta. ¿Sabes por qué?

—Pues no, pero estoy seguro de que me llamas para contármelo.

—Muy listo, querido. Te alegrará saber que he recibido una visita inesperada de tu prometida.

Una amplia sonrisa llena la cara de Bosco, quien, inconscientemente, se relame. Paloma y él se conocen desde niños. Desde que tiene uso de razón ha querido meterle el diente a la pequeña de los Padierna. Al principio, lo que le atraía de ella era lo distinta que era de las demás chicas. De un modo u otro, todas se le habían insinuado; todas, salvo Paloma. Mientras las demás se exhibían con sus minúsculos bikinis, sus monos de esquí, sus pantalones de montar o sus palos de golf, Paloma estaba leyendo en una esquina. Iba a las mismas fiestas que los demás, se relacionaba con mucha gente, pero, en cuanto veía ocasión, se escapaba para devorar libros, de los que le costaba levantar la cabeza. Era su pareja de dobles de tenis, y le encantaba jugar con ella. Tras los entrenamientos, la acompañaba a casa y charlaban. Paloma le hablaba de que quería estudiar en Estados Unidos y pasarse una larga temporada en una de las pequeñas islas japonesas donde nadie la conociera, aprendiendo sus costumbres; le contaba los argumentos de los libros que leía, y sus sueños. Por aquellos tiempos, Bosco habría dado la mitad de su fortuna por vivir con ella en esa isla, sin más compañía que la brisa del mar y el rumor de las olas.

Pero entonces llegó esa maldita fiesta de charlestón en casa de los Rubano. Como un caballero, Bosco pasó a recogerla por su casa con su descapotable. Él iba vestido de gánster —traje negro de raya diplomática blanca con sombrero a juego, con una banda en color blanco, y zapatos negro y blanco—. Ella parecía sacada de *El gran Gatsby,* con un vestido corto de lentejuelas negras y un tocado simple compuesto de una cinta negra adornada con plumas de

ganso y altos zapatos de charlestón. En contraste con su pelo rubio y la blancura de su piel, el negro resaltaba su delicadeza. Hacia la una de la madrugada, cuando habían bailado, reído, comido y estaba a punto de besarla, uno de sus amigotes le agarró por el brazo y se lo llevó, acababa de llegar la coca. Bosco no era un adicto, solo probaba de tanto en tanto. Pero aquella noche Paloma lo vio. Su reacción fue desaparecer de la fiesta, borrarse del campeonato de tenis y dejar de cogerle el teléfono. Entonces, él la sustituyó por otras y otros, hasta pasar a la zona oscura. Sin embargo, nunca la olvidó.

Aún quiere cobrarse esa deuda: su cara de buenecita le pone mucho más que esas tías que se bañan medio desnudas en la piscina y que, con solo empujarles la cabeza hacia abajo, se arrodillan para hacer lo que les pidas. Por eso, cuando su madre se enteró de sus costumbres homosexuales y le exigió que guardara las apariencias casándose, so pena de desheredarle, algo que, en su mundo, resulta mucho peor que la excomunión, no lo dudó. Si alguien iba a tener un hijo suyo debía ser Paloma Padierna. Claro que no quiere abandonar su vida, pero quiere arrancarle ese gesto angelical, verla llorar y vengarse siendo él quien la deje tirada.

—¿Palomita ha ido a verte? ¡Qué buena hija, ha tardado menos de lo previsto!

La voz de su madre suena triunfante.

—Sí, es una buena hija, y será una buena madre, pero no te llamo por eso, sino porque hemos alcanzado un acuerdo: si admitimos sus condiciones, acepta casarse contigo y darnos un heredero.

Mientras escucha la palabra *condiciones,* Bosco siente un escalofrío en la nuca. Se da la vuelta y ve que una de las putillas se ha acercado por detrás y está soplándole en la espalda. Se ha

deshecho de la parte superior del bikini y está jugando con los lazos que cierran la parte inferior. Rabioso, Bosco encoge el brazo en el pecho y luego, tomando impulso, suelta la mano y le propina tal bofetón que la chica cae al suelo. Se lleva las manos a la mejilla, se levanta y se va corriendo. Bosco se olvida de inmediato de aquella imbécil y pregunta a su madre:

—¿Cuáles son esas condiciones?

—Las que habíamos hablado, más otras dos.

—Detalla, mamá, que esto es serio.

—De acuerdo. Paloma hará con su vida lo que le plazca y tú harás lo mismo con la tuya, siempre dentro de los límites de la decencia propios de nuestra clase. Sin embargo, quiere que...

—Que le devolvamos los pagarés...

—¡Hijo, nunca has tenido paciencia! No haces más que interrumpirme.

—Lo siento, mamá. Tienes razón. Dime, cuáles son las demás condiciones.

—En primer lugar, quiere que le aseguremos que nunca saldrán a la luz fotografías tuyas que resulten comprometedoras. No desea verse en una revista del corazón o en el telediario. Y yo tampoco.

—Bueno, parece muy lógico.

—Lo es. Por eso vuelvo a preguntártelo: ¿puedes asegurarme que no hay por ahí ninguna imagen que comprometa este enlace?

Aunque intenta expresarse de modo contundente, su voz sabe a duda.

—Mamá, ni a mis amigos ni a mí nos gustan las fotografías. De hecho, a nuestras y nuestros invitados no les permitimos los móviles. Estate tranquila.

—Lo estoy si tú lo estás, porque he tenido que ponérselo por escrito. —Hay un instante de silencio, que finalmente rompe Eulalia

—: ¿Ocurre algo, hijo?

—No, nada importante. Estaba preguntándome por qué se habrá empeñado en dejarlo por escrito. En fin, ¿cuál es la última condición?

—Se quedará embarazada por inseminación artificial. Sabe que tus gustos... no coinciden con los suyos.

Bosco se revuelve como si le hubieran conectado electrodos y soltado una descarga.

—¡Hija de puta, se va a enterar de...!

—Bosco, no te sulfures y escúchame.

—¡Ni hablar! ¡No puedo entender que me obligues a pasar por esa humillación! La joderé como he jodido a las demás, ¡y esa sí que es mi condición!

—¡He dicho que te tranquilices y me escuches! ¡Como vuelvas a interrumpirme, olvídate de tu herencia! —grita. Como resultado, el auricular queda mudo; un silencio sepulcral—. ¡Gracias! Escúchame, firmarás ese papel porque lo digo yo, pero de nada servirá. ¿Qué hay de malo en que un marido se acueste con su esposa? Nadie puede impedirte ese derecho. ¿Has entendido?

Bosco se echa a reír.

—Sí, mamá. Como siempre, eres la más lista de todas las madres.

—Lo sé. Ahora, deja lo que estés haciendo, ven a recoger los pagarés y llévaselos a su casa. No a la de sus padres, sino a su apartamento. ¿Sabes dónde vive?

—Sé dónde vive —responde. La ha seguido un par de veces desde el hospital, aunque nunca lo confesará.

Se pone la bermuda sobre el bañador casi seco, el niqui y los zapatos, y se marcha sin dar explicaciones mientras escucha a su espalda cómo le chillan.

12

Tras despedirse de su vecino y agradecerle efusivamente su ayuda, Paloma se acomoda en el asiento trasero de un coche patrulla que la conduce hasta la casa de sus padres. El señor Macy, todavía en bañador y chanclas, con un perro en cada flanco y su Grulla Royal Churchill del calibre veinte en la mano, los despide satisfecho de su hazaña; ya tiene conversación para su partida de golf.

Cuando traspasan la verja de su casa, Paloma ve a Jaso y Salado bajando de su vehículo. Lo que le pide el cuerpo es lanzarse en brazos de Javier para agradecerle su ayuda. En vez de eso, estira la espalda y aguarda a que el agente Jaso realice las presentaciones, algo que hace en el porche exterior.

Paloma, que intenta mantener el tipo, lo consigue a duras penas. Pero cuando la puerta de la casa se abre y ve a Charo, se le escapan las lágrimas. Con la excusa de buscar unos zapatos, los instala en la biblioteca y va unos minutos a su habitación, donde trata de serenarse. Se lava la cara con agua fría, se pone un vestido camisero y unas zapatillas de esparto que encuentra en el armario, y baja junto a Señor Presidente, que no se aparta de ella. Charo les ha servido té helado. Ella vacía su vaso y se sirve otro, la carrera la ha dejado seca.

—Antes de nada, permítanme que les dé las gracias. No sé qué hubiera hecho sin ustedes. ¡Creo que nunca había pasado tanto miedo! ¡Por Dios!, ¿qué le he hecho yo a ese hombre?

—Bueno, eso es lo que tratamos de averiguar, doctora. Creemos que está relacionado con lo acaecido en su casa en fechas recientes y con una agresión de hace poco a otra mujer. Por eso precisamos de su colaboración.

Paloma levanta la mano para detenerle.

—Estoy a su entera disposición, inspector Salado, pero me gustaría que me tutease; le dije lo mismo al agente Jaso el otro día.

—De acuerdo, gracias. Queremos pedirte que revises los historiales de unos pacientes.

—¿Los del otro día? —indaga mientras dirige la vista hacia Jaso. Cree percibir una débil sonrisa en sus ojos, que se han vuelto fríos, modo trabajo—. Lo digo porque, como expliqué al agente Jaso, revisé esos expedientes, me refiero a los que supuestamente firmé yo. Y creo poder asegurar que no son mis pacientes.

—No es la firma lo que nos preocupa, sino los demás datos. Creemos que hay algo que se nos escapa.

—De acuerdo. Si seguimos bajo el paraguas de la orden judicial, no hay problema.

—¿Tienes acceso remoto o debes consultarlos desde el hospital? —pregunta Jaso.

—Puedo hacerlo en remoto, pero necesito tener instalado un programa de acceso seguro. Lo tengo en el hospital y también en el ordenador de mi casa, pero no aquí. Además, solo tengo acceso a los historiales de mis pacientes, no a los de los demás. Para hacer eso necesito que me lo autoricen.

Los dos policías se miran entre sí.

—En ese caso, será mejor acercarnos al hospital. ¿Puede acompañarnos ahora, doctora Padierna? Es importante —sugiere Salado.

—Sin duda. Solo necesito unos minutos para despedirme de mis padres. —Consulta su reloj y mira disimuladamente a Javier—. Sin embargo, tengo que estar en mi casa dentro de hora y media; he quedado allí con una persona que tiene que entregarme unos papeles importantes. No tardaré mucho, pero no puedo faltar.

13

Bosco se sube decidido a su Mustang negro y se dirige a casa de Paloma Padierna, conoce bien el camino. Su corazón late deprisa gracias a una mezcla de rabia y deseo que no es capaz de explicarse ni a sí mismo. A su mente viene una y otra vez la imagen de Paloma con aquel vestido de charlestón y aquella cinta negra en la frente con su larga y tiesa pluma, con su sonrisa cautivadora. Eran tiempos en los que Paloma era solo para él. En los pocos momentos de lucidez que le permite su ajetreada vida, piensa que fue un idiota perdiéndola, pero enseguida rectifica y se dice cuántas experiencias habría perdido de haberse dejado llevar por esa pequeña mujer de labios rosa y simpáticos hoyuelos.

Ahora, sin embargo, lo va a tener todo.

Acelera. El tráfico en la A-2 es denso y con pequeñas retenciones. Empieza a enfadarse. Quiere llegar antes que ella y no darle margen para reaccionar. Una nueva retención. En el coche de su derecha viaja una chica joven con un niño pequeño. Sujeto en una silla especial para bebés, en sentido contrario a la marcha, queda delante de sus ojos. Y de nuevo se pone a imaginar cómo será el hijo que tenga con Paloma. En realidad, está convencido de que podrá lograr que se enamore de él y que le dé no uno, sino varios hijos. «Aunque tendrá que admitir que mi vida seguirá siendo mi vida, no voy a enclaustrarme como un monje», le advierte su ego. Entonces, las horribles palabras vuelven.

Inseminación artificial.

—Lo has hecho a propósito, ¿verdad? ¡Para que mi madre lo oiga! —grita, aunque está solo. Empieza a dar golpes al volante y al techo hasta que se hace daño en la mano. —¿Artificial? ¡Te vas a enterar! Voy a dejar a tu familia en la calle, y a ti tan usada que nadie se te quiera ni acercar. Sí, Palomita, espérame, ¡voy para allá! No voy a esperar a nuestra noche de bodas.

Por fin, el atasco se deshace y el tráfico vuelve a fluir. Tarda quince minutos en llegar a la zona y otros diez en aparcar. Cuando por fin logra entrar en el portal, el conserje está a punto de marcharse.

—Buenas tardes. Soy el prometido de la doctora Padierna. ¿Ha llegado ya? ¡No logro que me conteste al móvil! Ya sabe cómo son las mujeres, meten los móviles en esos bolsos tan grandes y luego o no los oyen o no los encuentran —dice con fingida amabilidad.

—Pues no la he visto entrar, pero me mandó un mensaje hace un rato pidiéndome que abriera al informático. Tiene un problema con la fibra y lo necesita para conectarse con el hospital. El técnico está arriba todavía. Supongo que ella llegará enseguida.

—¡Ah, de perlas! Muchas gracias —se despide.

Regocijándose de su golpe de suerte se dirige al ascensor, donde coincide con una mujer madura, de cuyas manos penden sendas bolsas de las que asoman hojas de distintas verduras. Bosco se pregunta cómo puede gustarle a Paloma vivir en ese ambiente tan vulgar. Sin dirigirle la palabra, la mujer se apea en el segundo piso. El descansillo apesta a coliflor. Bosco aprieta el botón del ático.

Ante la puerta, respira hondo unos instantes y luego hace sonar el timbre de la casa de Paloma. Le abre un tipo rubio, más o menos de su edad. Tiene la cara llena de sudor y está bastante entrado en carnes. A Bosco, quizás porque él tuvo sobrepeso cuando era

pequeño, la gente gorda le inspira aversión y tuerce el gesto, aunque rectifica enseguida y le sonríe.

—Buenas tardes, soy el prometido de la doctora Padierna. Me ha advertido el portero de que estaría usted aquí. ¿Le falta mucho?

El hombre enarca las cejas y se retira para dejarle pasar.

—No me queda mucho, no. ¿Usted entiende algo de informática?

—Ni jota, lo mío es la banca de inversión —responde con tono altanero.

—Pues entonces no me andaré con detalles, digamos que es un problema de conexión.

Bosco Calavatra toma asiento en el sofá, estira brazos y piernas y pregunta:

—¿Y ha podido arreglarlo?

—Claro, no era nada grave. Por cierto, ¿hace mucho que está prometido con la doctora? Me interesa mucho ese asunto.

El rostro de Calavatra, que ha mantenido una apariencia cordial hasta ese momento, se muda en ira en un instante.

—¡Y a usted qué coño le importa! Acabe de una vez y lárguese. No son asuntos de su incumbencia. Está aquí por la jodida fibra, nada más.

El informático extiende la mano y con el dedo niega una y otra vez.

—¿Que no es de mi incumbencia? ¡Pues claro que lo es! La doctora Padierna y yo tenemos una deuda pendiente.

En su mente capitalista, Bosco solo encuentra una explicación lógica a la afirmación que acaba de escuchar.

—Si se refiere al importe de sus servicios, yo se lo abonaré. No hace falta que espere.

El informático suelta una risa cínica.

—Ustedes, los banqueros, siempre piensan que, en el fondo, todo se reduce a dinero.

—¿Y no es así? —contesta con gesto soberbio.

—No, no es así.

Bosco Calavatra se percata de cuán astutos se han vuelto los ojos de aquel hombre y le mira pensativo. Algo no cuadra. Lo mejor es terminar cuanto antes y que se largue.

—Bueno, dígame cuánto es y se lo pago ahora mismo. Pero tiene que...

El informático le hace callar con un puñetazo a la encimera de la cocina. El pequeño saco azul marino que se encuentra sobre ella tiembla con el impacto.

—¡Cállate!

Bosco, sorprendido del exabrupto, se aferra al tema con voz temblorosa.

—Venga, tengamos la tarde en paz. ¿A cuánto asciende tu factura? Dímelo y le sumaré el diez por ciento de propina.

El informático relaja los músculos y sonríe de nuevo, dejando ver sus dientes, pequeños y separados.

—Diez por ciento... ¡Qué generoso, señor banquero de inversión! Yo también lo voy a ser contigo enseñándote mis herramientas. ¿No quieres verlas? Estoy convencido de que te van a gustar.

—No es necesario, gracias. Y ahora tienes que marcharte. —Se pone en pie y se dirige a la terraza—. Voy a esperar fuera. ¡Vaya tiempecito que tenemos!

El informático fija la mirada en la bolsa azul, la abre y dice:

—Pues yo creo que es interesante que veas estas herramientas, banquero Calavatra.

En los ojos de Bosco aparece la sorpresa y también una sombra de miedo. No le gusta aquel tipo. No le gusta en absoluto. Se da la

vuelta.

—¿Cómo sabes mi nombre? ¡Es la primera vez que nos vemos!

—¡Ah, yo sé muchas cosas sobre vosotros! Entre ellas, que cuando tú llamas a Paloma, ella no contesta. ¿Y sabes por qué? Pues, simplemente, porque no quiere hacerlo. ¡Te desprecia!

—¡Deja a Paloma en paz, hijo de puta! Y lárgate de aquí de una vez.

—No puedo dejarla en paz, Bosco, porque es mía.

—¿Pero de qué coño hablas? —saca el móvil—. Mira, voy a llamar a la policía. Yo que tú, me largaría cuanto antes de aquí.

—Llama si quieres. Para cuando lleguen yo habré terminado. —Abre la bolsa azul y espeta con un guiño de complicidad—: Insisto en que veas mis herramientas, son muy... de tu tipo. Acércate. Quiero que me des tu opinión. Luego, me marcharé.

Bosco Calavatra sopesa sus opciones. Su ego le pide despreciar a aquel insignificante tipo gordo, pero su mente le previene contra aquellos ojos tan llenos de negrura. Decide que es preferible contemporizar y se acerca.

El informático mete ambas manos en la bolsa azul. Con la mano izquierda agarra la fusta que extrae poco a poco mientras con la derecha sujeta la jeringuilla. Perplejo, Bosco observa aquel cuero negro, usado. Y luego levanta la mirada interrogante.

—¿Te sorprende? —dice. Y, sin solución de continuidad, adelanta la mano derecha y le clava la jeringuilla, inyectándole su contenido.

Bosco nota el pinchazo. No sabe qué pensar. Ni qué hacer. Empieza a flotar.

—¿Qué haces?

—No es nada personal, querido. La culpable, la que me incita a hacer esto es ella. ¡Más le valiera haberme hecho caso cuando le pedí ayuda!

—¿Qué vas a hacer? —insiste con voz baja y temblorosa mientras le mira sin comprender lo que pasa. Su expresión de asombro causa una risa sardónica en el informático.

—De momento, te voy a atar de manos y pies, y te voy a tapar la boca. Luego vas a experimentar lo que siente un ratón cuando cae en una ratonera. Te advierto que los pechos duelen mucho, porque son zonas sensibles, pero lo peor es tu miembro. El dolor es insoportable. Lo sé porque lo he vivido, aunque en tu caso la droga lo aminorará.

La respiración de Bosco Calavatra se vuelve ronca, irregular. Sus párpados ceden.

14

Al entrar en el hospital, a Paloma Padierna la envuelve el agradable olor de lo conocido. Entre aquellas paredes el mundo le resulta manejable, accesible, propio. El día que lo visitó por primera vez le pareció inmenso, enorme; hoy, aunque mantiene su tamaño, lo siente más pequeño.

Avanzan hacia los ascensores que llevan a la cuarta planta y se detienen ante sus puertas. Antes de apretar el botón, Paloma cierra unos instantes los ojos. Tiene el corazón acelerado, demasiadas emociones en muy poco tiempo. Entonces, siente una disimulada caricia en la mano que le hace sonreír. Se gira ligeramente y ve a Jaso muy serio, erguido. Su mirada azul brilla intensamente. Suben.

Recorren el pasillo apresuradamente, en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos. De cuando en cuando se topan con personas con ropa sanitaria a las que la doctora Padierna saluda, pero van directamente a su despacho. Sin mediar palabra, Paloma enciende el ordenador. Y luego se dirige a Salado.

—Bueno, inspector, ya estamos aquí. ¿Qué quieres que busque?

—¿Tienes por ahí los expedientes por los que te pregunté el otro día? —indaga Javier.

—Si te refieres a los que supuestamente firmé yo, sí, los tengo.

Salado carraspea, y se inclina hacia delante en la silla.

—Bien, doctora. Esta es la cuestión: creemos que es posible que alguien haya estado lucrándose con el covid-19, exigiendo determinadas cantidades de dinero para acceder a camas de UCI...

—¡Eso es imposible! No hay nada más vocacional que la medicina.

Salado la interrumpe. No quiere discursos lacrimógenos ni defensas corporativas a la ligera.

—A los médicos también les gusta el dinero, Paloma.

—Lo sé, a todos nos gusta. Pero tenemos unos protocolos...

Ahora es Jaso quien corta su discurso.

—Que se incumplieron flagrantemente en esos expedientes que revisaste. Tú misma comentaste que, de haberte tocado a ti, no habrías ingresado a ninguno de ellos.

—Cierto, padecían dolencias crónicas graves que disminuían su probabilidad de supervivencia a largo plazo. Prueba de ello es que todos murieron estando en UCI.

—No eran códigos verdes, ni siquiera amarillos, sin embargo, obtuvieron un respirador, mientras que otros se quedaban fuera. Los protocolos no se aplicaron.

Paloma medita unos minutos.

—Entiendo lo que planteáis, pero no sé si sois conscientes de cómo estábamos en esos momentos. ¡Éramos la perfecta definición del caos! No parábamos de atender gente, sin comer, sin descansar, arriesgando nuestras vidas, sin medios... Lo que intento decir es que esos expedientes bien podrían responder a ese caos, ¿qué indicios hacen pensar que alguien se lucró con ellos?

Jaso saca su libreta negra de apertura lateral y pasa hojas hasta dar con la que busca.

—El juez Calvo nos permitió investigar las cuentas de los implicados, y hemos detectado que el día antes de la fecha de ingreso en la unidad de cuidados intensivos, uno de ellos hizo una transferencia de trescientos mil euros a una cuenta suiza que, a su vez, repartió ese dinero entre otras muchas, hasta que perdemos el rastro. Pendientes de la unidad de blanqueo y de hablar con las

viudas y abogados de los fallecidos, para recabar más datos, estamos convencidos de que los demás hicieron lo mismo. En todo caso, la clave tiene que estar aquí. Alguien del hospital ha firmado esos ingresos, y se ha hecho pasar por ti. Ese alguien tiene, necesariamente, que estar en el ajo.

Ahora es Paloma la que los interrumpe.

—Eso lo entiendo, y es muy lógico, pero tenéis que daros cuenta de que los médicos no vemos lo mismo que veis vosotros. A ver, ¿cómo se distingue, a simple vista, a una persona pudiente de una persona pobre?

Salado y Jaso se miran.

—Bueno, su atuendo y aspecto general; sus joyas; su reloj; su modo de comportarse, de hablar o de moverse, te dan bastantes pistas —responde el primero.

—En circunstancias normales, lo es, pero no estamos en circunstancias normales. Cuando visito a un paciente covid lo que veo es a una persona vestida con pijama hospitalario y metida en una habitación minúscula y estándar; atada a tubos y goteros; con mal aspecto e incluso con mal olor y acojonada... —se detiene. Sus mejillas se tiñen de rojo intenso—. Quiero decir, muerta de miedo, que me mira suplicante como uno de esos mendigos que te asalta por la calle. No digo que le hayamos despojado de su dignidad, pero sí de todas sus pertenencias y de todo su orgullo. ¿Cómo voy a identificarle como gente adinerada y pedirle dinero? No puedo distinguir si es pobre o rico; a lo sumo, si es joven o viejo. ¡Es imposible!

Los dos policías aceptan que la mujer tiene razón, pero se aferran a su planteamiento.

—Lo que dices es lógico, pero ¿y antes de que estén en ese estado?

—Eso tendría que confirmarlo con Admisión, pero, que yo sepa, cuando ingresa, se toman los datos del paciente. En realidad, se toma su número de seguridad social, porque en su ficha está toda la información necesaria.

—De modo que esos datos incluyen su domicilio.

—Supongo, ¿por qué?

—Porque con solo poner el nombre de la calle y el número de la casa en Idealista puedes hacerte una idea de su patrimonio. Además, todos los pacientes de los que hablamos aparecieron con pertenencias valiosas: un Rolex, un vestido de Armani, unas gafas adornadas con brillantes...

—¿Existen gafas con brillantes? —pregunta Paloma mientras alza los ojos—. La verdad es que el mundo se está volviendo loco.

—Eso es cierto, pero es lo que hay —señala Jaso con un guiño de complicidad—. Este ladrón sabía cuál era el potencial económico de esos pacientes, y es posible que de muchos más. Cuatro pacientes, a trescientos mil euros por barba, dan la friolera de un millón doscientos, libres de impuestos, en quince días. ¡Es una magnífica ocasión de lucrarse!

—Sí, claro...

Paloma baja la voz. Su comportamiento indica que su mente está en otro lado. Ambos policías lo notan.

—¿Ocurre algo, doctora?

—Esa cifra... Estoy pensando en que quizás haya que enfocar esto al revés.

—¿Qué significa al revés?

Traga saliva, respira hondo y les explica.

—Tal vez no sea más que una coincidencia...

—No te preocupes, cuéntanosla.

—De acuerdo. Estaba lidiando con otra guardia horrible cuando me abordó un hombre...

Vuelven a interrumpirla.

—¿Recuerdas la fecha?

—La fecha exacta, no. Tendría que comprobarlo. Pero fue a mediados de abril... Más bien a finales de abril, porque fue uno de esos días terribles de la pandemia. La gente moría a docenas. El caso es que me abordó un hombre, un sanitario...

—¿Un enfermero?

Paloma enarca las cejas y levanta los brazos.

—Lo siento, tampoco puedo precisar si era un celador, alguien del servicio de limpieza o un enfermero eventual; todos vamos con la misma ropa. Lo que sí puedo contaros, porque me acuerdo a la perfección, es que me explicó que su madre, que era trabajadora del servicio de limpieza, se había contagiado con el virus mientras realizaba su trabajo. Tenía una neumonía bilateral gravísima y necesitaba urgentemente un respirador. Me rogó que la ingresara en UCI. Tras mirar su expediente y el del resto de los ingresados, le expliqué con todo el cariño del que fui capaz que su madre era un código verde, pero que estábamos desbordados, sin camas, y por eso figuraba en lista de espera. No es que no quisiéramos, simplemente, no había respiradores para todos. Y no podía quitárselo a otro paciente para ponérselo a su madre. Lo que sí recuerdo es que comprobé que su madre estaba la primera en el orden de esa lista de espera, de modo que le aseguré que, en cuanto quedara una cama libre, sería para su madre. Aquella misma noche, su madre empeoró, y vino a verme de nuevo. Lo comprobé, pero no había habido ningún alta, lo que no tiene nada de extraño, ya que este virus genera estancias muy largas. Entonces, me ofreció

dinero: ochocientos mil euros. Imagino que mi cara sería un poema, pero él lo interpretó a su modo.

Los dos policías no pierden sílaba.

—¿Cómo lo interpretó?

Paloma se encoge de hombros.

—A ver cómo explico esto. Era hijo de una eventual de la limpieza. Era imposible que contaran con ochocientos mil euros. Imagino que pensó que no le creía.

—¿Y por qué piensas eso?

—Porque sacó el móvil, me dijo que se iba a conectar con su banco y trató de mostrarme el saldo de su cuenta. Pero me negué en rotundo a entrar en su juego. Le expliqué que no era una cuestión de dinero, que el hospital ofrecía un servicio público gratuito. Insistió beligerante, pero no había nada que hacer. Entonces, se puso muy serio y me exigió que diera de alta a alguno para que dejara la cama libre. Obviamente, eso no era cosa mía, sino de la UCI, aun así era imposible. Le dije que mi familia tenía dinero, y que, si mi padre estuviera en la misma posición que su madre, tampoco lograría una cama. Entonces, se echó a reír, una risa cáustica, terrible. «Volveremos a vernos, doctora», me dijo. Luego, no supe más de él.

—¿Recuerdas cómo era, Paloma?

—Llevábamos EPI. Solo puedo decir que no estaba precisamente delgado...

Jaso la interrumpe.

—Un momento, ¿sabes cómo se llamaba?

—Sí, dijo llamarse Capit; su madre, Mercedes..., del apellido ya no me acuerdo.

—¡Mercedes Rojas! —señalan Salado y Jaso al unísono. Luego, Rana continúa—: De acuerdo, especulemos. Imaginemos que los

Rojas se dan cuenta de que existe un nicho de mercado: ganar dinero vendiendo camas de UCI. Para ello, entran de limpiadores y empiezan a recabar datos, algo en lo que él es un experto. Y se dan cuenta de que es una mina de oro. La cosa va de puta madre (mis disculpas doctora) hasta que Mercedes Rojas se contagia y, como enferma en lo más álgido de la pandemia, no hay cama de UCI para ella. Ruperto Rojas intenta emplear el dinero ganado para comprar él mismo un respirador, pero se topa con la doctora Padierna, que no se deja sobornar. ¿Cómo te suena, Javier?

—Factible, jefe.

Salado se levanta y pasea por la habitación. Suele hacerlo cuando sus razonamientos empiezan a dar fruto.

—Doctora Padierna, tenemos que averiguar quién pudo ayudarles a vender esos respiradores. Es obvio que esa persona tuvo que estar de guardia esos días. De haberlo estado el día en cuestión, la madre de Ruperto Rojas no habría muerto.

—No es difícil saber quién estuvo de guardia esos días; además, tiene que conocerme a mí, ya que se protegió tras mi nombre.

Jaso se estremece.

—Un momento, si cobraron un millón doscientos mil euros, es decir, trescientos mil por cabeza a cada uno de los cuatro pacientes, y a Paloma le ofrecieron ochocientos mil, quiere decir que ese colaborador tuvo que cobrar...

—Cien mil euros por paciente.

Paloma mira su reloj. Hace rato que tenía que haberse ido a casa. Bosco la estará esperando, y, por una vez, tiene muchas ganas de verlo.

—Inspector Salado, agente Jaso, lo siento, pero tengo que marcharme. Me están esperando en casa, es muy importante que vaya. Tengo que recoger unos papeles que son vitales para mí.

Salado mira de reojo a ambos.

—De acuerdo. Tal como están las cosas, el agente Jaso será su sombra. Va a acompañarle allá donde vaya.

—Vuelva al tuteo, inspector, por favor.

Obedece sin replicar.

—Te asignaremos una unidad en cuanto nos sea posible. Otra cosa, cuando llegues a casa y termines lo que tienes que hacer, ¿puedes comprobar en tu ordenador el cuadro de guardias de esos días?

—Por supuesto.

15

El inspector conduce en silencio, con la ventanilla abierta y el brazo izquierdo apoyado en ella. Jaso va a su lado; Paloma, en el asiento trasero. Se detiene en doble fila al comienzo de la calle donde tiene su casa la doctora Padierna y aguarda hasta que ambos descienden. Luego, se desvía a la izquierda, despidiéndose con la mano. Tras verle alejarse, se ponen en marcha.

El sol se repliega, pero el asfalto continúa soltando fuego a un aire ya de por sí recalentado. A Paloma le sudan las manos cuando busca la llave en el bolso; el enorme cuerpo de Javier está empapado. No se topan con nadie en el portal. Por simple rutina, la doctora Padierna recoge el correo y toman el ascensor. Las puertas metálicas se clausuran. El espacio, pequeño y rodeado de espejo, huele a un perfume muy fuerte, pastoso, a todas luces excesivo.

—La vecina del tercero —comenta Paloma, que ha leído el gesto de Javier.

Ahora es él quien le dirige la mirada. No es una mirada cualquiera. Y Paloma siente de nuevo ese escalofrío en la nuca mientras las mejillas se le tiñen de rojo grana. Jaso no se lo piensa. Dejando a un lado su profesión, el conflicto de intereses, la prudencia y el sinfín de cosas que pugnan con su cabeza, da un paso hacia delante. Como si ejerciera sobre ella algún tipo de fuerza magnética, Paloma le imita.

—Cierra los ojos —sugiere.

Ella obedece mientras siente su calor muy cerca. Su colonia es fresca, pero amaderada. Javier le retira el pelo de la cara. Nota sus dedos palpando lentamente sus mejillas desde la nariz hasta las orejas, su respiración cercana y sus labios carnosos, primero en los ojos, luego en la nariz y finalmente en su boca. Paloma le rodea con sus brazos y él la levanta agarrándole por la cintura su cuerpo pequeño y ligero.

Cuando el pitido del ascensor y la apertura de las puertas le advierte que han llegado al ático, está aferrada a Javier con todas sus fuerzas y todas sus ganas. Pero entonces recuerda. Se suelta, carraspea, se recoloca el vestido y avanza. Espera encontrarse a Bosco Calavatra en el descansillo, con cara de arrogancia e impaciencia, pero lo que ve es, de nuevo, la puerta de su apartamento abierta. Instintivamente, Jaso toma la delantera y la hace retroceder con el brazo mientras desenfunda su arma. Con la mano izquierda empuja despacio la puerta, que cede emitiendo un ligero sonido metálico.

En apenas un instante, los ojos del policía recorren el pequeño apartamento, convertido en la escena de un macabro crimen. Bosco Calavatra está tendido sobre la mesa, boca arriba, desnudo, con las piernas dobladas. Su cuerpo, incluida su cara y sus muslos, está marcado por líneas rojas. De sus pezones y su pene cuelgan tres ratoneras herrumbrosas, del mismo tipo que vio en la fotografía de su casa. Hay una jeringuilla en el suelo, señal de que, como en otras ocasiones, ha drogado a su presa. Está cubierta de sangre, como los alrededores de la mesa.

Esta vez, la crueldad de Ruperto Rojas ha incrementado sus decibelios: a presión y con fuerza, le ha introducido un palo por el ano. Su punta astillada ha penetrado de tal modo en su cuerpo que ha logrado asomar por el pecho. Los flecos de color rosa de la

fregona cuelgan flácidos entre sus piernas. Avanza por la habitación y comprueba el dormitorio, intacto. La terraza también está vacía. Vuelve a guardar el arma en la cartuchera y busca su móvil.

Está tan concentrado que se ha olvidado de Paloma, que ha avanzado detrás de él y se ha quedado en la entrada mirando incrédula, conmocionada por lo que tiene delante. Esta vez, el escalofrío no es nada placentero.

Cuarta parte

1

A la doctora Valdis Elms la cama de hospital parece quedarle pequeña. Erguida gracias a varios almohadones, con sábanas y colchas blancas, y rodeada por su melena rubia y lisa, la piel tostada de su rostro le confiere un aspecto saludable. Pese a hallarse bajo los efectos de tratamiento antibiótico y fuertes dosis de analgesia, sus ojos poseen un halo enérgico, que sorprende gratamente a ambos policías.

Como ataque a una de las esferas más íntimas de la persona, una violación a la intimidad, como la sufrida por la psicóloga (la penetración no es más que un agravante) genera una explosiva mezcla de miedo, irrealidad, vulnerabilidad, confusión y desesperanza, que termina por anular gran parte de las habilidades y armas de las que dispone el ser humano para enfrentarse a situaciones complejas. En su propia experiencia, ambos policías han constatado cómo, tras el estrés postraumático que supone una agresión, mujeres fuertes y valientes han terminado por convertirse en sombras de sí mismas.

La mirada es uno de los focos que mejor refleja esos sentimientos de degradación, ansiedad o indefensión, secuelas inmediatas de una profanación como la que ha sufrido la doctora Elms. Las víctimas no son capaces de sostenerla, ni siquiera de poner los ojos directamente en un hombre, como lo hace ella.

Antes de entrar en la habitación, Jaso y Salado han charlado largamente con su señoría, cuyo aspecto parece mucho peor que el

de ella. Han comentado detalles de la investigación, pero sobre todo del estado de su esposa. Calvo les ha explicado que tiene bastantes dolores físicos, pero muchos menos psicológicos de los que cabía esperar, ya que no se acuerda prácticamente de nada. Desde que su agresor le mostrara su espalda marcada por los azotes hasta que despertó en el hospital, hay un enorme agujero en su memoria. Los médicos especulan con que puede deberse tanto al efecto de las drogas empleadas como a que la mente de la mujer haya encapsulado la experiencia traumática e inconscientemente no la permita aflorar. Aunque no pueden aseverar estar en lo cierto, la opinión mayoritaria lo achaca a las drogas. En su sangre se hallaron elevadas dosis de varias substancias, entre ellas heroína y burundanga.

—Doctora, nos alegramos de ver que se va recuperando, y le agradecemos mucho que nos dedique unos minutos. Intentaremos no entretenerla mucho. Como le habrá explicado su marido, no estamos escatimando esfuerzos para encontrar a su agresor. Sin embargo, no estamos cosechando demasiado fruto. Usted es la persona que más tiempo, y de manera más confidencial, ha hablado con él. Cualquier cosa que recuerde y que pueda transmitirnos, aunque se trate de detalles que se le antojen nimios, puede ayudarnos a localizarle y atraparle.

Valdis no se hace de rogar.

—Hay gran parte de los hechos que no recuerdo, pero intentaré colaborar en lo que pueda. ¿Cómo propone que lo hagamos?

La voz de la mujer suena melódica, pero muestra una personalidad aparentemente alejada de un perfil traumático, de modo que Salado se lanza directamente.

—Sabemos que es doloroso para usted, pero si pudiera recordar con nosotros los sucesos paso a paso, nos resultaría muy

beneficioso.

Asiente mientras inspira hondo varias veces.

—Todo eso se lo he narrado ya a sus compañeros, pero puedo intentar repetirlo. Como les dije, pidió una cita *online;* se presentó un poco antes de la hora; se sentó en mi silla, aunque tenía mis cosas en ella, y comenzamos la sesión.

—¿Notó algo raro en él cuando lo vio por primera vez?

Lo medita unos instantes.

—Sí, aunque en aquel primer momento no supe identificarlo. Tuve una mala sensación. Sus ojos eran peligrosos, me recordaron a un psicópata encarcelado que traté en Noruega hace algunos años.

—¿Algún rasgo físico reseñable?

—Es un varón de unos treinta y pico años. Rubio con el cabello rizado y escaso. Lo llevaba recogido en una coleta. Como tiene tan poco pelo, resulta bastante ridícula. Está algo grueso, una barriga impropia de su edad. Su voz sonaba con un ligero tinte femenino, y es barbilampiño. Quiero decir que carece de vello facial; ni barba ni restos de bigote. Supongo que padece de un déficit de dihidrotestosterona. —Jaso, que está anotando en su libreta de tapas negras, levanta la cabeza ante la palabreja—. Es el andrógeno responsable de desplegar esa característica sexual masculina. Por cierto, que lo es también del desarrollo genital.

Ambos policías se observan de reojo.

—¿Apunta hacia algún tipo de trastorno?

Las respuestas de la doctora Elms son las de una profesional de la psicología, no las de una víctima.

—No necesariamente. Es un tema genético. Hay personas e incluso pueblos enteros que no tienen vello en el rostro y cuentan con un desarrollo genital completamente normal.

Jaso mira al inspector Salado, que asiente levemente. Hace tiempo que se ha dado cuenta del efecto que sus enormes ojos azules, su cuerpo de atleta y su rostro aniñado produce en las mujeres.

—Veo, doctora, que se ha formado usted una idea precisa del que fue su paciente.

—*Precisa* no es la palabra correcta, pero mi respuesta es sí, cuento con un perfil psicológico, aunque en ciernes. ¿Cree que los puede ayudar?

—¡Naturalmente, doctora! Nos será de gran ayuda.

Valdis Elms se mantiene unos segundos en silencio. Su marido se acerca a la cama y toma su mano.

—Si no te encuentras con fuerzas para...

Niega con la cabeza.

—No, no es eso. Estoy pensando que, pese a todo, es mi paciente; no estoy muy segura de si puedo compartir esa información con la policía. No querría meterme en un lío.

El juez se sorprende de la sangre fría de su esposa, y responde:

—Si te quedas más tranquila, podemos consultar con un abogado especializado, pero, según mi criterio, se verifican todos los requisitos procesales para que compartas con ellos esos datos sin el consentimiento de tu paciente. Eres psicóloga clínica, y muy buena, por cierto. Es obvio que tu evaluación psicológica puede ayudar a prevenir un peligro tan real como grave. De modo que sí, adelante.

—De acuerdo, entonces daré mi opinión. ¿Puedes traerme un poco de agua, por favor?

El juez le acerca el vaso de plástico que tiene en la mesilla.

—¿Te importaría ir a la máquina y traerme una botellita fresca? Hace mucho calor, y esa está muy caliente.

Su señoría masculla una protesta, pero sale de inmediato de la habitación. En cuanto cierra la puerta tras de sí, la doctora deja caer sus brazos sobre los almohadones y se permite una mueca de dolor. Los dos policías están asombrados.

—Es mejor que él no escuche lo que voy a decirles. No podría soportarlo. Iré al grano, tenemos poco tiempo. Para comprender a quién buscan, tienen que pensar que estamos ante una víctima. No me miren así, ya sé lo que parece, pero es cierto. Ruperto Rojas es hijo de una psicópata y ha carecido de la figura paterna. No ha crecido como un niño normal, porque una madre psicópata no es una madre, es decir, no cuida, custodia o vela por su hijo porque es su hijo, sino porque le puede ser de utilidad. Lo cosifica como hace con el resto de lo que la rodea y no siente por ello ningún tipo de remordimientos. Ruperto Rojas ha sido niño a su vera, ha crecido a su sombra, se ha convertido en un adolescente e incluso en un adulto estando completamente sujeto a la voluntad manipuladora de su progenitora.

—¿Quiere decir que, al estar al lado de una psicópata, se ha vuelto psicópata?

Elms lo niega. Su voz transmite una serenidad que Jaso no puede menos que admirarse.

—No siempre los hijos de psicópatas son psicópatas. Pero todos los estudios sobre plasticidad neurológica demuestran cuán importante es el ambiente en el desarrollo infantil. Ante un entorno como el suyo, es muy probable que Ruperto Rojas haya desarrollado una impulsividad exagerada, egocentrismo, orgullo desmedido, ausencia de miedo, agresividad, amén de falta de capacidad para empatizar o interiorizar el dolor de otros. Esos rasgos pueden ser de utilidad para dar con él.

»Han de tener en cuenta que toda persona necesita ser amada para poder desarrollarse normalmente. Es una necesidad tan fuerte como la de respirar, comer o beber. Los niños de padres normales no se dan cuenta de la suerte que tienen porque han sentido desde su nacimiento, e incluso antes, el calor y la protección de sus progenitores y su entorno. No ocurre así con Ruperto Rojas. Su madre no solo no le ha querido, sino que ha impedido que su hijo desarrolle su autoestima. Es muy probable que poco a poco haya ido cargando sobre sus hombros la culpa de no llegar nunca a satisfacerla. Y él habrá pasado su vida intentando ganarse su cariño, y bajo el miedo permanente de no ser digno de que ella le quiera.

»Uno de los rasgos más característicos de los psicópatas es que son terriblemente manipuladores: pueden tratarte en un momento con absoluta delicadeza y al minuto siguiente con una dureza extrema, todo para conseguir una fidelidad absoluta. El niño intenta navegar por esa complejidad dando siempre a su madre lo que le pide, aunque sea contradictorio, porque, al tener su afectividad bloqueada por su entorno, considera que lo que dice su madre es lo correcto.

»Una psicópata no mata a su hijo físicamente, pero mata su personalidad. Igual que distorsiona la verdad, también distorsiona su naturaleza. Pero, en este caso, lo ha maltratado físicamente de forma sistemática, y no saben hasta qué punto. Doy por sentado que ustedes han visto las marcas de mis latigazos —ambos asienten mientras bajan la cabeza—. Él también las tiene, pero en forma de cicatrices abultadas por todo el cuerpo, es decir, el maltrato se ha sucedido a lo largo del tiempo, creo que años, pero lo peor se lo ha llevado su miembro... ¡No me miren así, me lo enseñó!

—Lo sentimos mucho...

—No, no, olviden eso, que no tenemos tiempo. No me hizo nada en ese sentido. Verán, las lesiones de pene son poco comunes porque es un área pequeña y existe un instinto natural de protegerlo. Pero cuando las hay, son una urgencia urológica. Quiero decir que cuando ocurre un accidente hay que ir de inmediato al hospital. En este caso, desafortunadamente para Ruperto Rojas, no fue así. Su madre le pilló infraganti, disfrutando mientras miraba fotografías de sus alumnas, y le fracturó el pene.

—¿Se lo fracturó? ¿Cómo es posible? Ahí no hay huesos —comenta Salado.

La doctora Elms niega vehementemente con la cabeza.

—Yo no soy médico, pero he estudiado estas cosas porque muchos de mis pacientes tienen historias clínicas repletas de problemas sexuales. Voy a intentar explicarme con la mayor claridad posible. El miembro de un varón está rodeado de dos cuerpos cavernosos. Imagínense que son como dos esponjas; cuando se llenan de sangre, aumentan de volumen y producen una erección. La flexión del miembro en estado erecto, de repente o con fuerza, ocasiona que la túnica albugínea que rodea esas esponjas se rompa y produzca un hematoma extenso. Causa un dolor tremendo y amoratamiento y requiere atención médica urgente; normalmente, una reparación quirúrgica rápida. De no hacerlo así, podría quedar deforme, curvo y provocar disfunción eréctil. Por otro lado, si se colocan instrumentos alrededor del pene y se dejan por un tiempo prolongado, se obstruye el aporte sanguíneo y se causa necrosis. No sé qué le pasó a este hombre, pero su miembro no solo era deforme, parecía un cromo.

—¡De modo que es impotente!

—Yo no diría tanto. Creo, más bien, que le resultará imposible mantener una relación sexual normal. Pero no quería llegar a eso,

sino a que entendieran que, desde niño, y de una forma terrible, Ruperto Rojas se ha visto obligado a desarrollar cualidades para sobrevivir: es muy listo y posee un aguante enorme. No creo que por ahí puedan cazarle. Sin embargo, ahora que no está su madre y ha tomado su lugar, se ha vuelto un narcisista. Si saben aprovechar ese rasgo, lo cogerán; a un narcisista siempre le pierde su ego.

—No acabo de entenderla, doctora —indaga Salado. Hay un gesto de cansancio en su voz—. ¿Qué quiere decir?

—La doctora está sugiriendo que le tendamos una trampa —media Jaso—. ¿No es así?

—Exactamente, agente. Me ha captado a la perfección. No se detendrá a menos que ustedes le atrapen; es así de sencillo.

Salado cierra los ojos e inspira varias veces.

—Estamos aquí, doctora, porque no hemos sido capaces de hacerlo. No tenemos ni idea de dónde está. Hagamos lo que hagamos, va siempre siete pasos por delante.

—Bueno, por la forma en que se presentó, es obvio que ha volcado todas sus capacidades en la informática. Si se infiltró en la vida de sus alumnas, de su chulo, de mi marido y en la mía, parece bastante evidente que está siguiendo sus pasos: habrá pinchado sus móviles, sus ordenadores, todo... —Señala el cuaderno de tapas negras y añade—: Tendrán que volver al sistema tradicional, todo *offline*.

—Eso tiene mucho sentido, doctora —agradece Salado, mientras con los ojos tensos repite—: ¿Alguna idea de cómo podemos tenderle esa trampa?

—En eso no los puedo ayudar. Lo único que sé es que no hay nada que satisfaga más a un psicópata que quedar por encima del policía que lo persigue. Por eso está jugando con ustedes. Espera que entren de lleno en la partida y demostrarles que él es mucho

más listo, rápido y sagaz. En una palabra, superior. Una de las cosas que recuerdo que me dijo fue que era «textualmente un hijo de puta». Me explicó que su madre había pretendido convertir a esas jóvenes campanillas en personas decentes a través de la muerte. Les arrancaba la vida, pero, a cambio, sus padres recogían los cuerpos de unas jóvenes de aspecto angelical, con ropa interior decente y bolso de marca. Es decir, habían conseguido prosperidad sin necesidad de prostituirse, justo lo que ella misma hubiera deseado. Pero luego añadió que el cuadro que él iba a pintar iba a ser el contrario, coger a personas decentes y convertirlas en mala gente. El sistema es el mismo: la muerte. Y lo haría para honrar a su madre. De modo que, a mi juicio, elegirá a personas decentes. Y con eso quiero decir que sus comportamientos no se salgan de la norma.

—¡Está como una chota!

El comentario que deja escapar Salado hace sonreír a Valdis Elms. Es una sonrisa ácida, casi cáustica, mezclada con una mueca de intenso dolor y un gesto de compasión hacia aquel policía que tiene un trabajo tan ingrato.

—Ya no es un capado. Se ha convertido en un psicópata que disfruta superando el papel de su madre psicópata. Ella pasó desapercibida para todo el mundo menos para su hijo. Pero él quiere dar espectáculo. Primero, ha rendido homenaje a su madre dejando sus huellas en los ataúdes. Ahora le toca a él. Sabe que le persiguen, que se acercan, y jugar al ratón y al gato le estimula. Como le estimulará ver su nombre en la prensa. Si no aparece o lo que lee no le gusta, se enfadará. Y enfadado cometerá más errores.

Un silencio denso llena la habitación. La mujer ha cerrado los ojos. Los policías están consternados con lo que oyen, pese a que lo conocían de antemano. La puerta se abre y el juez regresa con la botella.

—Agua fría. He tenido que salir del hospital para conseguirla. La máquina estaba estropeada. ¿Todo bien? —pregunta al ver la cara de su esposa. Ella asiente.

—Sí, señoría. La charla con la doctora Elms ha sido de mucha utilidad, pero creo que ya la hemos cansado bastante.

Valdis Elms baja ligeramente los hombros, como si, por fin, se relajara. Y luego añade:

—Inspector, vuelva a la casilla de salida y cace a ese hijo de puta. Ahora es usted el que tira los dados. No vaya como una brigada de asalto, eso no funcionará. Solo recuerde lo que hemos hablado. Es hijo de su madre; aunque haya muerto, esa cadena no se ha roto y ustedes pueden aprovecharla. Y no olvide que solo lo que engorde o menoscabe su ego, lo que le haga quedar como un hábil asesino talentoso o como un estúpido le afectará. Van a cazar a un narcisista, exploten eso. Y no dejen de lado que es incapaz de sentir como ustedes o como yo.

—¿Saben que no son capaces de describir emociones? —interviene el juez Calvo—. ¡Cuéntaselo, Val!

A su esposa no le parece importante, pero, aun así, añade:

—Un ciego de nacimiento puede hablarles de un color, pero nunca podrá describírselo. Lo mismo un psicópata, puede contar historias de cosas buenas que ha hecho por otros, e incluso poner cara de inocencia como si fuera un niño, pero cuando hable de amor, de compañerismo, de alegría, no encontrará las palabras. Nunca las ha experimentado.

2

El inspector Salado hace años que ha adquirido la costumbre de pensar en voz alta y eso es lo que hace mientras conduce de regreso a comisaría: exponer las conclusiones que ha extraído de la breve charla con la doctora Elms y desgranar los detalles del plan que tiene en la cabeza. Siguiendo las recomendaciones de la psicóloga, ambos han activado el modo avión en sus móviles y se han sentado sobre ellos. Mientras Salado habla, Jaso se mantiene en un paciente silencio.

—Ese cabrón está oculto en su madriguera y esto le puede hacer salir. ¡Sí, ese mal parido caerá en la trampa! ¿Dónde andas, Javier? ¡Vuelve, coño, que estoy hablando contigo!

—¿Perdón?

—¿Qué te pasa? Estás ausente. ¿Me estás oyendo o sigues pensando en tu pequeña doctora?

—¿Quieres que te dé mi opinión sincera, jefe?

—¡Claro!

—Que tu plan me parece completamente descabellado.

Salado asiente un par de veces.

—De acuerdo, lo acepto, el plan tiene cierta dosis de riesgo.

—¡Coño, jefe! Eso no es riesgo, es una puta locura —protesta el agente Jaso.

—De acuerdo, es muy arriesgado, pero puede funcionar. Verás, hablamos con Comunicación y les pediremos que redacten una buena nota de prensa, algo impactante que incluya lo que nosotros

queremos poner. A todos los medios les interesará el tema. La muerte de Bosco Calavatra ha generado suficiente revuelo para que todos saquen la noticia. Además, no han trascendido los detalles, de modo que podemos ir soltando carrete poco a poco. ¡Estoy seguro de que ese cabrón, ávido de notoriedad, picará el anzuelo!

—¿Y qué conseguiremos con eso, jefe?

Rana le lanza una mirada de sorpresa.

—¿Tú has estado en la misma reunión que yo? Ya has escuchado a la doctora Elms. Si hacemos un comunicado en el que pongamos verde a su madre, la llamamos loca, enferma, ladrona y lo que se nos ocurra, se cabreará. Y si a él le tildamos de eunuco, enfermo o, peor, de corto mental, aún picará más el anzuelo. Yo, desde luego, lo haría.

Jaso respira hondo. Empieza a preocuparse del cariz que está tomando la conversación.

—Vale, sigamos con tu razonamiento. Emitimos una nota de prensa que consiga cabrearlo. Pero no un poco, sino mucho, que rabie de ira. ¿Qué pasará entonces? —Salado no responde, de modo que Javier continúa—: ¿No dices nada? No hace falta, yo te lo digo, Rana. En un corto intervalo de tiempo, pero acto seguido, matará de nuevo, y no solo para demostrarnos que no es un capado ni un idiota, sino porque le divierte. Ha estado décadas reprimiendo sus impulsos. Ahora está desmelenado, y su meta es matar. Y, esta vez, no sabremos dónde ni a quién matará. Sinceramente, jefe, a mí no me parece un buen plan.

Un breve silencio se instala en el habitáculo del vehículo. Ambos mascan sus pensamientos. No sabe en qué piensa Salado, pero él es incapaz de borrar de su retina las imágenes de esas ratoneras mancillando los cuerpos de Marian Friale y de la doctora Elms. No se

ha caído del guindo y sabe lo que viene ahora: Paloma Padierna. Salado, al fin, gira la cabeza y le mira fijamente.

—¡Tienes razón, Javier, mucha razón! Podría matar a cualquiera, pero no lo hará porque le pondremos un cebo, uno carnoso y apetecible. Haremos que las noticias entrevisten a Edurne Olascoaga, la médico forense. Que sea ella la que los ponga a parir, médicamente hablando.

—¿Para qué?, ¿para que vaya a por ella? No creo que lo haga.

—Cierto —Salado guarda un expresivo silencio, que concluye cuando afirma—: Llegados a este punto, Jaso, ya sabes la respuesta.

Arquea las cejas en señal de interrogación.

—¿La respuesta? Pues no, no la sé.

—¡Pues claro que lo sabes, Javier! ¡Venga, no mientas! Lo que ocurre es que no la quieres oír, ¡no puede haber otro cebo que tu doctora!

Esta vez Jaso no protesta porque la llame así, no después de aquel beso, pero se niega en redondo. Responde muy serio:

—Ni podemos ni debemos exponerla de esa manera. Es una civil vulnerable, no es ético.

—Ambos sabemos que, tarde o temprano, ese loco irá a por tu pequeña doctora. Tratará de matarla de todos modos. Podremos protegerla durante un tiempo, pero en cuanto vuelva al hospital quedará completamente desasistida. Si quieres preservar su integridad de un modo eficiente, hay que terminar esto cuanto antes.

—No estoy de acuerdo, jefe.

Salado golpea el volante con la palma de la mano.

—¡Eres un cabrón cabezota, Javier Jaso! ¡Es nuestra mejor opción!

El agente lo niega con la cabeza mientras una cínica sonrisa le llena la cara.

—Se me acaba de ocurrir algo, inspector, creo que podemos hacerlo mejor.

3

—Jaso, soy el inspector Salado.

La casa de Javier Jaso tiene un pequeño gimnasio en el sótano. No cuenta con demasiados aparatos, pero son suficientes para que Jaso se entrene. Cuando le suena el teléfono, está haciendo la quinta tanda de *pull ups.* Levantar a peso su cuerpo sobre la barra es un ejercicio duro, pero le permite mantener a tono sus músculos. Interrumpe el ejercicio para contestar. Las narinas le tiemblan por el esfuerzo y su respiración también es entrecortada.

—¡Anda, inspector! No te había identificado. ¿Has cambiado de número?

—No, es que te llamo desde un teléfono no rastreable, un prepago.

—¿Y por qué haces eso? ¿No quieres que te identifique? ¿Te vas a declarar?

Suena una risa irónica.

—¿Estás en casa, Javier?

—En el sótano de mi edificio, haciendo un poco de deporte, pero estoy solo; a estas horas solo venimos los locos. Dime, ¿qué ocurre?

—Sube a tu casa y date una ducha. Vuelvo a llamarte en diez minutos. Tenemos que hablar. Es importante.

—Jefe, ¡menudo secretismo! Me estás poniendo nervioso.

—Diez minutos, Jaso —dice antes de interrumpir la conversación.

Javier está saliendo de la ducha cuando su teléfono vuelve a sonar.

—¿Qué pasa, jefe? ¡Me estás preocupando! ¿Hay alguna novedad?

—Ninguna, no te llamo por eso. Escúchame con atención —dice mientras baja la voz. Su tono es apenas audible—. Voy a hacerte una pregunta y es importante que pienses bien la respuesta.

—¡Dispara! —responde.

—¿Quieres ser inspector?

Jaso se echa a reír.

—¡Vaya pregunta, Salado! Pues claro. Y también un apartamento en la playa; mejor, en primera línea.

Salado carraspea.

—¿Y qué pasaría si te dijera que eso es posible? Me refiero a lo de ser inspector. Con ese sueldo ya te apañarás tú para tener ese apartamento.

—Pues me parecería cojonudo.

—Me alegro, porque yo pretendo jubilarme como comisario. Le he dado bastantes vueltas y creo que ese loco de los colores nos ha proporcionado la ocasión perfecta.

Javier le interrumpe.

—¿La ocasión perfecta? No te entiendo, jefe, explícate.

—Me refiero al caso de Bosco Calavatra. Él es nuestro boleto ganador.

—¿Ganador? ¡Pero si no sabemos dónde está su asesino!

—Cierto. De momento, ese loco castrado está en paradero desconocido, pero ahora que todas las comisarías tienen su foto y su perfil, no tiene escapatoria. Sin salida, no le quedará más remedio que esconderse bajo tierra como un conejo asustado. Estoy seguro de que no sabremos más de él. Es un mostrenco torpe y pueblerino, cualquier día aparecerá muerto en alguna esquina. Todos estos locos acaban igual.

—¿Cómo estás tan seguro de que no volverá a matar?

—Porque es un segundón que nunca ha sabido pensar por sí mismo. Sin su madre, no es más que un castrado. ¿Sabes que ella le ponía una trampa para ratones en los cataplines para castrarle? Con esos amigos, ¿para qué necesita uno enemigos?

—Acepto que es un segundón medio hombre, pero ¿qué tiene eso que ver con que yo llegue a inspector y tú a comisario?

—¿Te has metido algo hoy, agente Jaso, o es que ensanchar los músculos te reduce el cerebro? ¡Estás muy espeso! A ver cómo te lo explico. Este tío está imitando a su madre, la loca. Ella mató a cuatro personas y se detuvo. Él ha matado ya al mismo número.

—A mí no me salen esas cuentas.

—A mí sí: la amiga de la doctora, una; a la psicóloga, dos; al pijo de Puerta de Hierro novio de la doctora, tres; y al médico que le ayudó a chantajear a los pacientes, cuatro. Suma, Javier. Se acabó.

Javier se echa a reír.

—¡Estás haciendo trampas, jefe! El castrado no ha matado al médico del Gregorio Marañón, se suicidó él solito. ¿Ya lo has olvidado? Recuerda que, cuando seguimos las cuentas y dimos con la identidad del médico que colaboró con Ruperto Rojas y su madre para extorsionar a los pacientes y venderles una cama de UCI, el tío colapsó. Al apretarle las tuercas, se tiró por la ventana y murió. Eso es un suicidio y no un asesinato; no cuenta. Le falta uno.

—¡Naturalmente que cuenta! Créeme, ese marica ya no hará daño a nadie más.

—Te entiendo, jefe, de verdad, pero hay que atraparle. No podemos dejar que el muy hijo de puta se vaya de rositas.

—Míralo por el lado bueno, Javier. Todo Madrid se sentirá aliviado al saber que esta historia ha terminado.

—Eso lo entiendo, pero...

Rana Salado le interrumpe.

—¿Pero no te das cuenta del revuelo que ha generado entre la gente bien la muerte de Bosco Calavatra?

—Me doy cuenta, sí. Pero no sé qué tiene eso que ver con nosotros.

Un denso silencio se apropia de la línea. Tras unos instantes, marmotea:

—No te cabrees antes de escucharme y pensarlo bien, ¿de acuerdo?

Un pequeño silencio que concluye con Javier moviendo la cabeza.

—¡Miedo me das! Pero, de acuerdo, te escucho.

—Quiero trincar a la doctora.

—¿Que quieres qué?

—Que quiero trincar a la doctora Padierna.

Javier intenta responder sosegadamente, pero su tono suena frustrado.

—Si no bebes, tomas esteroides u otro tipo de drogas, jefe, tienes que hacértelo mirar. ¡Estas fatal!

—¡A estas horas de la mañana estoy sobrio como una monja abstemia! Piénsalo bien, Jaso, podemos situar a Paloma Padierna en todos los escenarios donde han aparecido los cuerpos. En su casa se hallaron los cadáveres de su amiga Mariana Friale y de su novio pijo: dos de dos. Y a su colega suicida y a la psicóloga los encontraron en sus consultas, todo muy de bata blanca. Y, por si fuera poco, firmó todos los partes de ingreso en el hospital. Son indicios más que suficientes para trincarla.

—¡Por todos los santos, Rana! ¡No me jodas! Tú y yo sabemos que ella no lo hizo.

—¡Cierra el pico y, por una vez, piensa en ti mismo! Ella no lo hizo, vale, ¿y eso qué importa? Seguro que habrá hecho otra cosa.

—¡A mí me importa! Paso, jefe, no cuentes conmigo. No puedo hacerlo.

La voz del inspector Salado se vuelve fría como el hielo.

—Sé que eres terco como una mula, Javier. Y recto. Antes yo también era así, pero ya no lo soy. ¿Y sabes por qué? Porque tengo mucha más experiencia. Llevo muchos años de profesión a la espalda, y te digo que es lo mejor.

—¿Lo mejor? ¿Para quién? Porque, desde luego, para esa doctora es nefasto.

—No me estás entendiendo, agente. ¡Si no me sigues en esto, te hundiré! —clama lleno de resentimiento.

—Mucha gente sabe lo que ha pasado, jefe.

—¿Quién? Nadie sabe nada más que lo que les hemos querido contar. Y, desde que se ha quedado viudo, su señoría está a por uvas. Además, ¿quién va a defender a esa chica tan tonta? ¡Es tonta del culo!

—En eso te equivocas, la doctora Padierna es una chica de buena familia; seguro que la asiste un buen abogado y echa todos los indicios por tierra.

—¡Pues mejor para ella! Si, como dices, ficha a un abogado suficientemente bueno, la liberará, pero hasta que eso ocurra habrán pasado ocho o diez años. Para ese momento yo seré comisario y estaré jubilado, y tú serás inspector.

—Y a esa pobre mujer le habremos machacado la vida. Desapruebo por completo colgar el sambenito de asesina a una chica inocente. Lo siento, no quiero colaborar en eso.

—¡Basta de leches, Jaso! ¡Ni se te ocurra jugar en mi contra! Sabía que eras un niñato ingrato, pero no que fueras tan estúpido. Más te vale ponerte de perfil o montaré un informe que te incrimine. Diré que te la tiras y te convenció para que la ayudaras.

—No hace falta que hagas nada de eso, inspector, me han concedido el traslado. Me reasignan en tres semanas. No diré nada, pero tampoco haré nada para ayudarte —contesta Jaso con cierta dignidad.

—No tenemos tres semanas, sino tres días. Daré una rueda de prensa y, a continuación, la trincaremos. Lo haré con o sin tu ayuda.

—¿Y ese puto cabrón?

—¡Que se pudra! Trastornados hijos de puta hay a cientos, que se quede en su escondrijo de mierda.

4

Con la cabeza apoyada en la ventanilla del coche, la doctora Padierna ha cerrado los ojos. A su izquierda, se sienta su padre, con traje oscuro y corbata; Pablo, silencioso como un buen mecánico, va al volante. A Paloma le gustaría que siguiera conduciendo horas y horas; ir lejos, como cuando era pequeña y llegaba un nuevo verano e iban a la playa. Una nueva ilusión: el mar, la vela, la pesca, la paz... Pero su destino no está en la costa sino apenas a un kilómetro de su casa de Puerta de Hierro.

Acuden al funeral de Bosco Calavatra, que se celebra en la iglesia de los Misioneros de la Sagrada Familia, en la calle de Guisando. Es un edificio de fachada de ladrillo, con un jardín en la entrada, que recuerda a un unifamiliar grande o a un colegio pequeño, pero que cuenta con una capilla ordenada y muy limpia. Debido a la pandemia, solo han permitido un aforo de veinte personas. No pensaba asistir, pero su madre ha recibido una llamada de Eulalia Calavatra, en la que le rogaba que Paloma la acompañase en ese doloroso momento.

Su madre no ha podido negarse y, por ello, de riguroso luto —vestido, tacones y bolso negros— está dirigiéndose al lugar. Su padre, que no ha querido dejarla sola en ese trance, va a su lado. Pablo se detiene en la entrada de la iglesia, les abre la puerta y luego continúa por la calle en busca de un sitio donde esperarlos. Paloma, erguida, traspasa el jardín. No suele llevar tanto tacón. Además, debido al calor, el zapato cerrado resulta molesto.

Su padre se queda atrás saludando a algún conocido, pero ella continúa. Deambula por la iglesia, casi vacía, buscando un lugar donde colocarse que le permita evaporarse, mimetizarse con el aire, las paredes o los bancos. Le gustaría meterse debajo de una piedra o, mejor, desaparecer. Se siente profundamente avergonzada; no ha hecho nada para sentirse así, pero no puede evitarlo. Hasta Charo, que es quien la ha informado durante el desayuno de lo que han escrito los periódicos digitales, la ha tratado con cierta lejanía. Le gustaría gritar a los cuatro vientos que no tiene nada que ver con la muerte de Bosco, pero ¿de qué serviría?

De pronto, sus ojos se topan con la que, de no haberlo resuelto el azar por medio de un asesino, hubiera sido su futura suegra. Se queda paralizada. Mira hacia los lados, pero no hay lugar donde ocultarse. Aún está dudando cuando ve que es Eulalia Calavatra la que se le aproxima. Aunque sus ojos han perdido el brillo, se mantiene erguida e imponente. Su seriedad es tal que contagia a todos los que tiene alrededor. Es como si les dijera que, no llorando ella, las lágrimas están prohibidas. A su lado, Paloma se siente aún más pequeña y frágil.

Cuando llega a su lado, Paloma espera cualquier cosa. Reza para que no le propine un guantazo, le escupa o haga algo que llame la atención. Todo el mundo está con un móvil en la mano, dispuesto a captar la instantánea. Aunque los periódicos no son explícitos, ni llegan a nombrarla, cualquiera que la conozca sabe que hablan de ella, que la culpan del asesinato y de lucrarse a costa de los pacientes. Lejos de abofetearla, Eulalia Calavatra rodea su cuerpo con sus brazos. Paloma nunca hubiera esperado un gesto similar. Nota que está temblando, mientras acerca los labios a su oreja y susurra con la voz rota.

—Nunca he creído una palabra que salga de la boca de un periodista. Sé que, de los que están hoy aquí, eres a la única que Bosco apreciaba. Él no alcanzaba a describirlo, pero verdaderamente te quería. Desde que era niño, siempre me decía que se casaría contigo. —Se detiene y vuelve a erguirse—. Ha sido la policía la que me ha pedido que te invitara, pero lo hubiera hecho de todas maneras. Me hubiera gustado muchísimo tener una hija como tú. Ahora te pido que reces por él.

Paloma se esfuerza por rememorar su imagen en aquella fiesta de charlestón, cuando aún la maldad no había echado raíces en su corazón. Intenta recordarle con su sombrero mil rayas con cinta blanca y sus ridículos zapatos, comprados para la ocasión, pero todos esos recuerdos aparecen marchitos, mientras las crudas imágenes enviadas por el patriarca gitano siguen vívidas en su retina. Ante aquellas palabras, trata de pronunciar alguna frase de consuelo, pero no le sale. Sí lo hacen las lágrimas, que corren sin control. Antes de separarse, Eulalia pasa los dedos por su mejilla y le susurra que cualquier deuda existente ha quedado saldada y que no quiere hablar más de ese asunto. Paloma se pone de puntillas e intenta contrarrestar su dolor asiéndola por ambas manos y dándole un beso mientras susurra un «gracias».

La palabra queda suspendida en el aire y el vacío se la come. Suena un traquido de ruedas que parece un estruendo en medio del reciente silencio. Eulalia se da la vuelta para ver cómo el féretro, sobre el carrito, cubierto por unas faldas de terciopelo color guinda, y empujado por los dos operarios, traquetea sobre las losetas de mármol blanco. Paloma se escabulle y se sitúa a la izquierda, en un banco vacío, hacia la mitad de la capilla.

Hay algo en las palabras de Eulalia que le ha llamado la atención. Por descontado que le ha emocionado lo de los pagarés, pero no ha

sido eso, sino que la policía le pidiera que la invitara al sepelio. ¿Por qué? ¿Acaso querían detenerla al concluir el acto? Si se trataba de eso, no tenían por qué haberlo hecho así, pues no ha salido de casa de sus padres desde que encontraron el cuerpo sin vida de Bosco. Quizás quieran espectáculo, ocupar minutos en el telediario y gracias a ella fortalecer la imagen de la policía, muy deteriorada tras lo ocurrido.

«Pero ellos saben que no he sido yo —piensa—. Javier lo sabe», se repite. Los que no parecen estar al corriente son los periódicos. Por supuesto, los serios mencionan el caso de pasada y tangencialmente. Sin embargo, la sección de investigación de un diario digital, sensacionalista pero bastante leído, da como primicia la noticia de que «una mujer, médico de profesión, sentimentalmente relacionada con Bosco Calavatra, y a la sazón vecina suya» es la supuesta cabecilla de una organización criminal dedicada a extorsionar a pacientes con covid que querían acceder a respiradores. Incluso se permitía el lujo de mostrar el logo de una compañía, denominada Colomba Two Properties S. L., presuntamente constituida por ella y en la que figuraba como administrador único, a través de la cual se blanqueaba el dinero obtenido por la extorsión. Pero lo que resulta más flagrante es que afirman que esos datos se desprenden de una grabación que ya está en manos de la Justicia y en la que se evidencia su relación con las drogas.

En su vida, Paloma Padierna no ha levantado ninguna pirámide de extorsión ni constituido una sociedad y, de haberlo hecho, jamás le habría puesto ese nombre. Pero la gente, en una especie de regocijo gratuito y malsano, tiende a creer lo que lee si pone verde a los demás. Por eso, cuando tropiezan con ella, la gente desvía la mirada.

Los segundos parecen años. Por fin, los empleados de la funeraria descargan todas las coronas de flores. Ha contado lo menos veinte, todas caras, todas inútiles. En el último instante, entra un hombre joven vestido con traje y camisa negra, que lleva un pequeño crucifijo en la solapa, poco mayor que un pin. Se acerca al féretro y deja junto a las coronas un ramo de flores. Luego, se sitúa detrás de la doctora Padierna. El banco cruje al sentir su peso. Instintivamente, Paloma se gira y él sonríe. Calcula que no llega a los cuarenta. Tiene el pelo claro, rubio. Lo lleva rapado, muy corto.

La homilía es general. El celebrante habla sobre la muerte y la otra vida, pero no hay palabras cercanas sobre Bosco Calavatra. No habla de su generosidad, de sus hazañas y valores; no cuenta anécdotas divertidas; quizás porque no le conozca, quizás porque no las haya.

Paloma no presta demasiada atención. Está ocupada en observar a su vecino. Pese a llevar vestimenta que pasaría por eclesial, se da cuenta de que imita con retardo los movimientos rituales del sacerdocio. Ha descubierto algo intimidante, agresivo en él, algo forzado, excesivo. Toma aliento profundamente, pero no logra tranquilizarse. No sabe qué pensar. Cierra los ojos y se dice que ya queda poco.

5

Ruperto Rojas llega a la parroquia de la Sagrada Familia de Puerta de Hierro a las doce cincuenta y cinco, justo en el mismo instante en el que el furgón fúnebre aparca en la puerta de la iglesia. Ha dejado su coche a pocos metros y porta un ramo de flores entre las manos. Pese a haberlo comprado media hora antes y estar recién dispuesto, el calor ha ajado los lirios y las rosas, que empiezan a tener un aspecto marchito. Dos operarios, vestidos con camisa blanca, corbata y pantalón negros, descienden del furgón fúnebre y, con cara de circunstancias, se disponen a hacer su trabajo. Rojas se suma a ellos en el camino de acceso mientras observa con tranquilidad lo que le rodea.

Le disgustan profundamente los lugares de culto: templos, mezquitas, sinagogas..., todos huelen a podrido. Cuando Ruperto le preguntaba por qué ellos eran ateos, su madre solía repetir que muchos de sus clientes, incluso los que disfrutaban golpeándola, eran religiosos. Y le insistía en que se mantuviera alejado de la gente que quería entrar en su alma para cambiarla. Pero esta vez su presencia es necesaria. Se ha vestido de negro y se ha colocado ese signo que le permite mimetizarse con el ambiente. De otro modo, siendo un funeral pequeño, los familiares podrían sospechar.

La calima le ha cubierto de sudor, pero se anima cuando ve de lejos a la doctora Padierna. Se queda un rato observándola. No la pierde de vista cuando entra caminando con pasitos cortos sobre sus largos y delicados tacones negros; ni cuando besa a la señora mayor

con el pelo ahuecado, ni cuando se escabulle de la gente. Está pendiente de su elección de asiento y, cuando finalmente se decide por el lugar más alejado de uno de los bancos de la izquierda, se sitúa justo detrás de ella. Esta vez no fallará. Y no solo pasará un buen rato, también demostrará a ese policía idiota que no es un loco castrado, ni un segundón.

Al sentir que alguien se sienta a su espalda, la doctora Padierna se da la vuelta. Ruperto advierte que su ropa desprende un excitante olor a lilas. Se le motean los carrillos cuando, confundiéndole con un sacerdote, le susurra:

—Buenos días, padre.

Ruperto se dice que su tono es tan agradable como el de su difunta madre. Saluda con una inclinación de cabeza.

Está a escasos palmos de distancia de su espalda. Su cabeza y sus dedos pugnan una difícil batalla. Los segundos quieren soltarse, alargarse y palpar la tela de su vestido vaporoso o incluso la piel de sus brazos. Pero su cabeza se niega. Luchar contra sí mismo siempre le resulta agotador. Le cuesta respirar.

Prometió a su madre no mancillar jamás a una mujer. «Puedes matarla, si quieres, pero no tocarla», le había instruido desde niño. Nunca ha tocado conscientemente a ninguna hembra, y cuando vislumbra hacerlo, la imagen de la ratonera le viene a la cabeza y el dolor intenso revive en su pecho y entre sus piernas.

A menudo se dice que ella ya no está; que se ha convertido en un bote de cenizas abandonado a su suerte. Ya no puede verle, ni premiarle, ni castigarle, ya no tiene poder sobre él, sin embargo, su mente sigue empeñándose en obedecerla.

Para su hijo, Mercedes Rojas era una mujer admirable. Una diosa impenetrable, rigurosa e inflexible, pero muy paciente con él. A veces reía y le abrazaba y bailaban y le invitaba a una hamburguesa

con patatas en un restaurante de comida rápida, como hacían las madres del resto de los niños del mundo. Otras veces le miraba de esa manera y veía arder sus ojos. Cuando eso ocurría, bajaba la cabeza y le pedía perdón de rodillas. «¡Lo siento, lo siento, lo siento!», gritaba. Nunca sabía qué había hecho mal, pero sí que los ecos de su llanto no la ablandaban. Entonces, le insultaba y se reía de él y le decía que era peor que un aborto, que era solo medio hombre, y que por eso no merecía comer ni dormir. Y así estaba durante días.

Los viernes se quitaba la blusa y le dejaba mirarla. Él no quería hacerlo y bajaba la vista. Entonces, ella le exigía que le tocara la tripa. Él se negaba porque sabía lo que venía luego. Pero ella le abofeteaba hasta que obedecía. Entonces, en el mismo instante en que uno de sus dedos tocaba su piel blanca y suave, le gritaba con tono agradable: «¡Ruperto, has vuelto a desoír mi orden de no tocar nunca a una mujer! Prepárate para el castigo». Y, entonces, le encerraba en el armario que ella llamaba su cabina de teléfonos, y le asestaba latigazos hasta que, agotada, lo soltaba y lo dejaba allí tirado. El sábado por la mañana, luciendo una gran sonrisa, le preparaba tostadas con mantequilla, y le decía que debía agradecerle que fuera tan paciente con él y que nunca omitiera ninguno de los elementos del ritual, porque no todas las madres se tomaban tantas molestias con sus hijos.

Cierra los puños, cruza los brazos sobre el estómago y trata de concentrarse en la nada, para aliviar el recuerdo del dolor. Con el tiempo ha llegado a ser un maestro.

El ruido de un banco al moverse le devuelve a la iglesia. La doctora se levanta y luego vuelve a sentarse. Él imita sus movimientos, pero como no conoce ninguna de las oraciones, permanece callado, saboreando en su cabeza cómo va a matar a

aquella doctora pequeña y fina, la número cuatro y, con ella, definitivamente a su madre. Le hubiera gustado haberlo planeado con calma, degustarlo. No ha sido posible porque esos policías han hecho el idiota, pero no por eso dejará de ser placentero.

Tras llevarse por delante al novio de la doctora, cayó en la cuenta del cambio de comportamiento que se había obrado en los dos policías. Habían reducido sus contactos telefónicos y limitaban las llamadas a simples recados intrascendentes. También habían dejado de enviarse *emails,* lo que solo podía significar que sospechaban, como así era, que los tenía monitorizados. Eso le preocupó al principio, estaba sin ojos ni oídos. Hasta que llegó esa conversación. El idiota de Salado llamó por WhatsApp a su agente por un teléfono prepago. ¡Cuánto se divirtió con su estupidez! ¿Acaso pensaba que el WhatsApp no se podía grabar? La información recabada le indicó que no había tiempo que perder. Iban a meter a Paloma Padierna en la cárcel justo después del funeral, acusándola de matar a su novio y crear una red de extorsión. Si Ruperto Rojas buscara justicia, eso habría sido suficiente. Pero no busca justicia, sino venganza y placer. Cuando la doctora ingrese en prisión, será inaccesible, y él se quedará sin su caramelo. Por eso ha decidido actuar.

Mete la mano en su bolsillo y acaricia la pequeña jeringuilla. Todo está preparado. En cuanto vayan a sacar el féretro, su momento habrá llegado.

6

Después de que el sacerdote que celebra el funeral reparte la comunión, Paloma se acomoda de nuevo en el banco. El latido de su corazón es tan fuerte que lo siente en las sienes. Los nervios la están matando. En cada uno de los que le rodea ve al psicópata que quiere atraparla, al asesino que quiere enviarla al otro mundo.

La capilla tiene una curiosa forma de hexágono irregular. Desde su posición ve a casi todos los asistentes. Conoce a la mayoría, son familiares y amigos de la familia. Sin embargo, sentado en la mitad derecha, próximo al altar, ha identificado a un hombre rubio, rollizo y con coleta que no pega en el ambiente. Está completamente segura de que no está relacionado con la familia Calavatra, aunque puede estarlo con la congregación de frailes a quienes pertenece la capilla. En todo caso, su físico se acomoda como un guante a la descripción policial de Ruperto Rojas.

Cuando han recibido la invitación de Eulalia para asistir al funeral, ha llamado a Javier Jaso para informarle de que pensaba asistir. El policía se ha mostrado muy cortante, y sin permitirle hablar, ha colgado. Cuando ya prorrumpía en maldiciones, ha recibido una llamada suya a través de WhatsApp. En esta ocasión, le ha permitido darle el recado, pero su voz seguía siendo fría y parecía tener prisa por colgar. Se ha quedado muy extrañada, pero no le ha dado más importancia; quizás estuviera con el juez o conduciendo.

En todo caso, no duda de que estará cerca. Su gente no la deja ni a sol ni a sombra. La situación es del todo insostenible: tiene que ir

a trabajar y no puede ver pacientes con dos tíos armados flanqueándola. Hoy está de guardia domiciliaria y tiene que llevar dos móviles. Su bolso negro es muy pequeño y no caben. Por eso lleva el móvil del hospital en una pequeña bolsa de ante negro que cuelga de su cinturón. Fue uno de esos caros regalos de su madre que no había usado nunca, pero que, en esta ocasión, le pareció útil. Con su vestimenta pasa totalmente desapercibida.

La ceremonia está concluyendo. Los operarios, que se encuentran en el exterior disfrutando de un cigarrillo, entran en la capilla. El sacerdote levanta las manos y todos se ponen de pie. También Paloma se dispone a hacerlo cuando siente un minúsculo pinchazo cerca de la cintura. Luego, nota cómo un líquido frío resbala por su piel hasta llegar a la rodilla. Mientras se lleva la mano a la zona, empieza a marearse levemente y decide sentarse. El hombre con aspecto de clérigo que se sienta en el banco de atrás se interesa por su estado y le pregunta si quiere tomar un poco el aire. Ella asiente.

Los empleados de la funeraria empujan hacia la salida el féretro, que ahora lleva las coronas y ramos sobre su tapa. La familia y los amigos lo siguen. Nadie llora, salvo su madre, y esta comedidamente. El hombre de la coleta rubia se da la vuelta y se suma al cortejo justo cuando Paloma, ayudada por el supuesto sacerdote, sale discretamente a la calle.

De improviso, dos hombres sujetan por los brazos al tipo de la coleta, le muestran sus placas y lo arrastran hasta la sacristía.

—¡Ruperto Rojas, queda detenido por...!

El hombre se apresura a contradecirlos.

—¡No soy Ruperto Rojas! ¡No disparen! ¡Por favor, no disparen!

Jaso llega corriendo desde el exterior. Cuando le echa mano, se percata de que tanto la barriga como la coleta son postizas. Al interrogarle, confiesa ser un actor profesional a quien un

desconocido ha contratado, pagando en efectivo, para que asistiera a un funeral al que a él no le apetecía acudir. Le ha dado una fotografía, una dirección y dos mil euros por un trabajo de media hora.

—El que me contrató me avisó de que pasaría esto y me pidió que les transmitiera un mensaje. En fin, yo creía que era una broma entre amigos. No suponía que iban a ser policías.

Todos notan la angustia en su voz. Aun así, Salado le interpela con dureza.

—¿Qué le dijo?

—Bueno...

—¿Qué?

Se decide mirando al suelo y susurrando:

—Que eran unos idiotas y que WhatsApp es tan impenetrable como Bosco Calavatra, que si no me equivoco es el muerto.

—¿Dónde está la doctora Padierna?

—Lo siento, no conozco a ninguna doctora Padierna.

7

Ruperto Rojas sonríe. Está disfrutando de su soberbio triunfo. Disfrutar es una de las muchas habilidades que le enseñó su madre. Cuando se superaba y admitía voluntariamente una nueva tanda de latigazos o retrasaba unos segundos sus lágrimas, ella lo premiaba. Cuanto más terrible, doloroso o desgarrador era el sufrimiento, mejor sabía la recompensa. Cuando se vencía, ella lo celebraba con grandes aplausos y mermelada de fresa. Solo en contadas ocasiones había añadido mermelada a sus tostadas, pero era precisamente eso lo que convertía la gratificación en algo extraordinario.

El sol está alto y el calor, campando por sus fueros, prepara una tormenta. Se ha deshecho de la americana y la camisa, y solo viste la camiseta interior. La idea de detenerse en algún área de servicio de la autovía y comprar un refresco le tienta, pero sería arriesgado y no quiere que, ahora que ha hecho lo más difícil, un detalle nimio estropee su hazaña.

—¡Apláudeme, madre! Esta vez me he superado. ¡Me merezco un bote completo de mermelada de fresa! El engaño en la capilla ha sido magistral. ¿Te has fijado en ese policía?, el grandote. Él y todo su séquito se han quedado de piedra. ¡Con mil pares de narices! Tienen la cabeza hueca. ¿Acaso no se ha percatado de que un informático como yo rastrearía todas sus conversaciones? Quizás no supieran que soy tan bueno. Sea como sea, he burlado a todo el dispositivo policial. ¡Tenías que haberlos visto deteniendo a mi doble! ¡Qué pena no haberme podido grabar!... En fin, ahora ya solo queda

ella —susurra mirando a su derecha, donde Paloma Padierna descansa con la cabeza apoyada en el cristal de la ventanilla.

Durante unos instantes, Ruperto permanece callado mirando alternativamente a la carretera y al asiento trasero del vehículo. Pasado ese tiempo, niega con la cabeza, carraspea y susurra de nuevo con voz ronca:

—No, mamá, no te preocupes. Es cierto que saben cómo nos llamamos y que han identificado tus huellas, como tú siempre quisiste, pero no tienen nada que pueda serles de utilidad para apresarme. Absolutamente nada. Para ellos soy como un fantasma. Como, a partir de hoy, lo serás tú para mí —añade bajando aún más la voz. Luego, enmudece, no quiere hablar de más.

Aún está acostumbrándose a no tener a su ubicua madre cerca, encima, alrededor, en todas partes. Su muerte supuso una terrible conmoción, estaba como un pez fuera del agua. No sabía qué hacer, no tenía a quién acudir. Episódicamente, visitaba el armario para acariciar las ratoneras, y las disciplinas, y luego iba al frigorífico para observar el bote de mermelada de fresa que se estaba llenando de moho. El sentimiento de ausencia era tan profundo que la palabra *venganza* no tardó en llegar a su boca. No obstante, al poner manos a la obra y comenzar a diseñar su *Monopoly,* la impresión inicial de vacío se fue extinguiendo y dio paso a otra emoción desconocida, la de la libertad. Por nada del mundo querría ya perderla. Le encanta su textura, su olor, su ligereza. Es libre para hacer lo que le plazca. Además, tras el buen resultado del negocio de camas de UCI, ahora tiene el bolsillo lleno. Cuando acabe con la doctora Padierna, enterrará a su madre para siempre. Y comprará su propia mermelada.

Aún tiene que decidir cómo se premiará. «¿Seguiré matando?», piensa. Le divierte, desde luego. Pero no como cuando lo hacía con

su madre. La muerte no es lo mismo sin ella. Quizás se tome un descanso y haga un largo viaje. Quizás conozca a alguien. Pero antes tiene que acabar con la doctora Padierna. Cuando deje de respirar, su cordón umbilical habrá caído para siempre y las viejas costumbres se extinguirán. Entonces, será un hombre completo.

8

Cuando el efecto de la droga decae, Paloma despierta. Está confusa. No recuerda el momento en que se subió a un coche que no conoce, ni tampoco cómo pudo marcharse de la iglesia dejando solo a su padre. Pero sí sabe que en el cielo no había ni una sola nube y ahora está renegrido, a punto de caer una buena tormenta.

Viaja en un Mercedes familiar que acarrea lo menos un cuarto de siglo a sus espaldas. El vehículo, además de viejo, está sucio. El habitáculo huele rancio, como si algún alimento hubiera fermentado en su interior. Acaso solo sea humedad reconcentrada. Por el rabillo del ojo ha visto que dejaban atrás la ciudad. Por alguno de los carteles diseminados por la carretera, le parece que se dirigen hacia el norte, pero podría ser el noreste.

Desconoce la identidad del conductor, pero está casi segura de que es el hombre que tenía a su espalda en la iglesia, porque ha reconocido su pelo. Ha entornado los ojos, le pesan, lo mismo que los brazos, inmóviles sobre el regazo. Lleva el cinturón de seguridad puesto; ha debido de colocárselo el hombre que va al volante.

El extraño farfulla cosas que ella no comprende: habla de mermelada de fresa y de ratoneras, y reitera en tres ocasiones que no se ha olvidado del tanga de Primark. Susurra como si temiera despertarla. Paloma se esfuerza en aguzar el oído para intentar captar la mayor parte de la conversación, por si hay algo que le sea de utilidad. Al principio del viaje, Paloma cree que habla con alguien que viaja en el asiento trasero, a quien ella, desde su posición, no

alcanza a ver. Lo cree porque ha notado que, en ocasiones, el conductor desvía la vista hacia atrás, mirando por el espejo retrovisor, como si quisiera certificar sus argumentos a través del contacto visual. Además, la ha llamado «madre» en varias ocasiones. Pero luego se fija mejor y se da cuenta de que es él mismo quien responde a sus preguntas. Finalmente, concluye que viaja con Ruperto Rojas y que él habla con su madre muerta.

Paloma sigue quieta y silenciosa, con los ojos entrecerrados unos minutos más, mientras su mente busca a toda velocidad una estrategia que le permita salir de allí. Intenta recordar lo que Javier le ha explicado acerca de su captor para emplearlo en su huida. Pero solo recuerda que es un narcisista. Finalmente, reza con toda la intensidad de la que es capaz para acertar con las preguntas, reúne el valor y abre los ojos. Se incorpora, se acomoda ostensiblemente en el respaldo de su asiento y mira a su alrededor.

—¿A dónde vamos? No logro identificar esta carretera —suelta con voz inocente mientras mira a su captor directamente a los ojos.

La pregunta resulta tan imprevista para Ruperto Rojas que vuelve rápidamente la cabeza para mirarla. La observa sin poder creerse lo que está oyendo. Consulta su reloj, no han pasado ni treinta minutos desde que le inyectó la droga, cuando tiene una vida media de dos o tres horas. Lo último que esperaba era una reacción como esa.

No obstante, la sorpresa inicial da pie a la satisfacción. Las drogas provocan efectos diversos según las personas que las reciben. Puede que, en este caso, la doctora Padierna se muestre más lúcida y ocurrente que el resto, algo que en absoluto le desagrada.

Calmado ya, tras el instante de sorpresa, Ruperto Rojas responde.

—Vamos a la sierra. He alquilado un molino cerca de Cañicosa, junto al arroyo del Vadillo. Está completamente aislado. Estaremos

solos, doctora. Mientras llegamos quiero que permanezcas callada y quietecita.

Paloma trata de controlarse. Su corazón le pide bajar la vista, pero su voluntad la obliga a mantenerse altiva. «No demuestres miedo, no dudes», se exige, y se manda seguir respirando, aunque su pecho quiere contener la respiración.

—¿Qué me has inyectado?

—Una mezcla de escopolamina y Rohypnol. Notarás somnolencia, la boca seca y la cara caliente. Cierra los ojos y duérmete.

—Seguro que nos perdemos —comenta Paloma, que ha hecho senderismo por esa zona.

—No, me guío por las coordenadas GPS, pero ha resultado divertido escuchar las explicaciones del paisano que me ha alquilado la cabaña: «Al llegar al pueblo, toma dirección Pedraza, y a pocos metros, coge el camino que sale en los cubos de basura. Luego, continúa por el camino de la derecha, y enseguida por el de la izquierda...». ¿No te parece bucólico, doctora? Un lugar sin nombre, sin más huella que un cubo de basura. ¡Estoy deseando verlo! Lo vamos a pasar de cine tú y yo. Aún quedan ochenta kilómetros. Pasarán enseguida, pero podemos aprovecharlos para conocernos mejor. Permite que sea educado y me presente...

Paloma traga saliva y da comienzo a su actuación. En esas circunstancias, ochenta kilómetros no dan para mucho.

—No hace falta, Ruperto, sé muy bien quién eres. Te has teñido y cortado el pelo, pero tu silueta es inconfundible. Deberías hacer más ejercicio y olvidarte de los dulces si no quieres morir de un infarto antes de los cuarenta. Prueba, por ejemplo, a dejar el coche en casa y a desplazarte en bicicleta.

Rojas se queda petrificado. La advertencia impacta en él como un derechazo directamente al estómago.

—¿Cómo es posible que...? Con lo que te he inyectado, deberías... Tú no deberías juzgarme... Tú deberías someterte...

—Y tú deberías mirar bien dónde pinchas. Mi cinturón de ante, al que has inyectado tu potingue, te lo agradecería; me va a tocar llevarlo al tinte. A mí simplemente me has rozado.

Ruperto está atónito, boquiabierto. La voz de la mujer no suena pastosa. Tampoco tiembla ni prorrumpe en incoherencias, como en las veces anteriores. Además, lejos de estar carentes de expresión, sus ojos parecen vivos. Los tiene de un bonito color miel.

Por fin, recupera el habla.

—Esto no debería ser así... Yo no puedo...

—¿Qué? ¿Montar en bicicleta, adelgazar?

—¡No debo hablar con mujeres salvo de informática!

—¿Por qué? ¿Temes que te muerda y te contagie mi feminidad?

Rojas suelta las manos del volante y se las lleva a los oídos.

Todavía discurren por la A-1, Paloma levanta la vista y contempla cómo el vehículo invade el carril izquierdo. Se asusta.

—Ten cuidado, nos vamos a matar.

—¡Ves! ¡Estás intentando engatusarme! Pero no lo vas a conseguir, sé que sois peligrosas —responde, pero vuelve a tomar el volante.

—Tú eres el que mata gente, Ruperto. Yo no hago daño a nadie. Dime, ¿quién es el peligroso aquí?

—Os he observado, sois peor que el diablo.

—¿Quién lo dice, tú o tu madre? ¿Por qué no le preguntas a ella qué opina? Está a tu espalda, ¿no?

—¡No hables de mi madre! —grita, y, azorado, se muerde el labio inferior.

La doctora Padierna se detiene a reflexionar. No hay recelo en la voz de Rojas, solo algo parecido a la ansiedad. Las cosas no están

saliendo como él había previsto y eso le genera frustración y lo altera, algo que ella va a tratar de utilizar. Por lo que Jaso le ha explicado, los crímenes de los colores habían sido meticulosamente ideados y ejecutados, sin salirse ni un milímetro de un guion detallado. Lo mismo habían observado en los muertos del *Monopoly*. Paloma sopesa que, probablemente, imitando a su madre, Ruperto lo ha proyectado todo evitando tener que improvisar o gestionar contingencias. Pero ahora ha surgido un imprevisto: ella. ¿Cómo se comportará este asesino cuando se sienta fuera de cauce?, ¿se achicará? ¿se administrará como un loco?, ¿se crecerá? Es una incógnita. Pero, ya plenamente consciente de su situación, sabe que tiene todas las de perder. Está muerta de miedo y solo le queda acelerar.

El miedo puede ser indistintamente un motor de arranque o un freno de mano. A muchas personas el miedo las paraliza, las anula, las frena en seco. A otras les confiere una extraña valentía que las hace crecerse, a veces incluso rayando lo temerario. Paloma Padierna pertenece al segundo tipo. Es un rasgo que no sabe dominar, pero que ha experimentado en muchas ocasiones, la última, con la niña gitana: cuanto más atemorizada está, más racional se vuelve y más se expone. No ha llegado a averiguar por qué mecanismo fisiopatológico su organismo responde a ese sentimiento manteniendo la sensación de miedo, pero sin dejarse apabullar por él. Ha leído que, en parte, se debe a la oxitocina. Quizás sea por eso, o quizás no, pero eso no le impide pensar que quizás su mejor baza sea, precisamente, sacar a aquel tipo de sus casillas. Por ello toma impulso y le propina una patada en toda el alma:

—¡Cállate, Ruperto! Estoy hablando con tu madre. Como haces tú. ¿No te recuerda ella sus enseñanzas a cada paso? ¿No te dice

que no me mires, y, sobre todo, que no me toques? ¡La estás desobedeciendo, y a ella eso le disgusta enormemente! Si sigues así, jamás volverás a probar la mermelada de fresa. Por cierto, ¿has visto mi bolso? Lo llevaba en la mano. Tenía dentro el móvil.

—No —responde taciturno y asombrado.

La doctora Padierna contempla el lamentable estado de su rostro e intensifica la presión.

—Sé que me estás mintiendo, Ruperto Rojas. Tu madre también lo sabe. Cuando pusiste un bolso de pega a la mujer que confundiste conmigo y mataste en mi casa, ella se avergonzó mucho de ti. ¡Mira que emplear un bolso falso, de mantero! El mío es auténtico. Dime, ¿dónde está?

—Me he deshecho de él, no quiero que nos interrumpan, ¿comprendes?

—No, no comprendo.

Rojas respira hondo y parece recuperar la compostura.

—Te lo explico para que no te queden dudas: voy a matarte. Y no me preguntes la razón porque ya la sabes, permitiste que mi madre muriera.

Paloma niega con la cabeza.

—No fui yo, fue la pandemia. No disponíamos de suficientes respiradores.

—¡Excusas y más excusas! Te ofrecí todo el dinero que teníamos, y te negaste a aceptarlo. ¡Ya me lo dijo tu colega! Que te llamaban PP porque eras una asquerosa ricachona de derechas.

—¿Ricachona yo? ¡Tú eres el ricachón! ¡Me ofreciste ochocientos mil euros! Yo, a lo sumo, podría ofrecerte ochocientos. Pero, eso sí, eres un rata, un avaro. ¡A tu madre se le caería la cara de vergüenza al comprobar que dejaste a mi amiga muerta abrazada al bolso de plástico de un mantero! Eso es lo que eres tú, un falsificador.

—Te voy a matar —zanja irritado—. Y jamás montaré en bicicleta. ¡Jamás!

Paloma se aferra a su único tanto: Ruperto Rojas jamás ha asesinado a una persona que se mueva, que proteste o que intente escaparse.

Respira hondo, se frota los ojos y contesta:

—¿Quieres matarme? Vale, inténtalo, pero deja que te advierta de que tienes un problema serio, tío. Un problema gordísimo.

Ruperto suelta una carcajada.

—¿Que yo tengo un problema? ¡Eres graciosa, doctora! Eres una tía pequeña y escuálida, y yo soy fuerte. ¿Quién tiene el problema aquí?

—¡Tú, naturalmente! No estoy drogada, de modo que no puedes anular mi voluntad artificialmente como hiciste con las demás, y te aseguro que no pienso colaborar contigo. ¿Cómo vas a matarme sin ensuciarte con mi olor, mi perfume, mi piel? Tu madre te tiene prohibido tocar a las mujeres, ¿no es así? Además, estoy con la regla. Si me tocas, ella te maldecirá para siempre. ¡Ese sí que es un problema!

—¡Cállate! —le grita mientras sopesa a toda prisa lo que dice.

—Puedo callarme, pero las cosas son como son. Tu madre se levantará de la tumba si lo haces, y te perseguirá *in aeternum.* Jamás de los jamases serás libre. ¡Nunca! Te pudrirás en el infierno sin haber vivido. Lo mejor es que pares el coche. Me bajaré y permitiré que huyas.

El hombre empieza a sudar y afloja levemente el pie del acelerador. Pero a renglón seguido se arrepiente, se aferra con fuerza al volante y acelera de nuevo. Todo su gozo en un pozo. Consciente de haber perdido, Paloma se lanza al segundo asalto. Tose, finge arcadas y con gran espasmo vomita saliva sobre Ruperto,

que da un volantazo para evitarlo, momento que ella aprovecha para echar mano a su bolsita y comprobar si su segundo teléfono, el del hospital, sigue dentro. Acaba de terminar cuando siente una bofetada; es tan contundente que le parte el labio. Esta vez es ella la que tiembla. Pero, tratando de crecerse, le escupe con la sangre que le llena la boca. De inmediato, recibe otro golpe lleno de rabia. A este lo ve llegar y se protege del impacto con los brazos, aunque solo lo consigue a medias. Ahora es la nariz la que sangra. Se tapa con la mano, pero no ceja; es su única defensa.

—Puedes pegarme como hace un vulgar chulo putero. ¡Venga, boxea! Si quieres, saca el látigo y márcame la piel a juego con tu espalda, pero eso no impedirá que Mercedes Rojas resurja de sus cenizas y consiga hacerte la vida imposible.

—¡Cállate! ¡He dicho que te calles!

Paloma sabe que aún no puede hacerlo, no hasta lograr su objetivo. Y debe hacerlo pronto, porque se le acaba el tiempo. Por eso retoma su voz más dulce y pregunta:

—¿Sabes, profesor, por qué los criminólogos se colocan calzas sobre los zapatos?

El vuelve la vista extrañado de la pregunta, pero responde:

—Para no interferir en el escenario, supongo.

—Supones bien, se nota que eres sabio. El problema es que no existen calzas para la mente. El mundo es completamente diferente desde la otra perspectiva, y me gustaría conocer la tuya —dice esperando que se deje ganar por el oído.

El hombre no dice nada, pero tampoco le impide hablar. Respira hondo y añade:

—De acuerdo, pregunta. ¿Qué quieres saber?

Paloma se inclina hacia atrás para reunir fuerzas. Le sangran tanto la nariz como la boca.

—Quiero saber qué tienes contra las bicicletas.

De nuevo, la pregunta descoloca al hombre.

—Nada.

—No es verdad. ¿Qué te ocurre con las bicicletas? ¿Acaso te caíste de niño? —Ruperto no responde, pero su silencio lo dice todo. Paloma ata cabos enseguida—. Comprendo. Nadie te enseñó, ¿verdad? Siempre es uno de los padres, un hermano o un familiar cercano el que realiza esa función. Pero tú solo tenías a tu madre y ella nunca perdió el tiempo contigo. ¡Pobre Ruperto, no sabes montar en bicicleta! ¿Por eso matas a la gente?

—No quiero hablar de eso. No me gustan y punto.

—Vale, lo comprendo. Cambiemos de tercio: cuatro muertes seguidas y luego nada. ¿Por qué abandonasteis? ¿Qué pasó?

—Es largo de explicar. Yo tengo...

Paloma le detiene con voz firme y autoritaria. Llega el momento.

—Disculpa, Ruperto, pero tu visión no me interesa lo más mínimo; es indudable que tu papel resulta insignificante. Eres un imitador que usa bolsos de pega. La que me cautiva es ella, por eso quiero que sea Mercedes la que responda. A ver, no es que tú me causes repulsión. Solo me produces lástima; eres un pobre don nadie, un segundón, un extra de película que ni siquiera sabe montar en bicicleta. Al fin y al cabo, tu madre tenía un propósito, pero tú, ¡mírate! Solo eres un corderito castrado y gordo. Seguro que fue ella la que te obligó a vengarla.

Acaban de tomar la salida 99, en dirección Santo Tomé del Puerto, para coger la N-110. Ruperto Rojas ve una explanada hacia la izquierda, acelera y se dirige hacia ella a toda velocidad para luego frenar en seco. Es un aparcamiento de vialidad invernal para camiones, que en ese momento está completamente vacío. Debido al frenazo, Paloma se golpea la frente contra el salpicadero. Cuando

quiere darse cuenta, su captor ha bajado apresuradamente del coche, rodeado el capó y abierto su puerta.

La doctora Padierna mira a su alrededor. Hay un hotel, que tiene aspecto de cerrado y, algo más lejos, una gasolinera. No alcanza a ver si está abierta, pero es su mejor opción. Sin embargo, mientras ella está intentando bajar del coche, Ruperto Rojas ha sacado del asiento trasero un rollo de cinta adhesiva y la obliga a sentarse de nuevo. Corta un trozo de cinta con un cuchillo de monte que cuelga de su cinturón y se la coloca en la boca. Como la nariz sigue sangrando, la cinta no pega bien, de modo que Ruperto se ve obligado a dar varias vueltas a la cinta alrededor de la cabeza para sujetarla. Le ha tapado la boca, como era su intención, pero también una de las fosas nasales. Paloma, que empieza a costarle respirar, se lleva las manos a la cara para liberar la nariz. Pero el hombre no se lo permite. Con el mismo sistema, le ata las manos por delante. Satisfecho, regresa a su asiento. Pone la mano en la llave, pero algo le detiene. Permanece pensativo durante un par de segundos y luego, sin mediar palabra, desciende nuevamente, recoge la cinta y le ata también los pies.

—Perfecto. —Enciende el motor—. Bueno, doctora, se te acabó el palique. Ahora me toca a mí. No monto en bicicleta porque son una mierda, pero voy a matarte. ¿No ha funcionado la droga? No hay problema. Soy capaz de acabar contigo sin tocarte, me basta con tapar tu boca y tu nariz. La pena para ti es que vas a sufrir mucho más. Y ahora deja que te cuente el plan...

Las ideas circulan por la mente de Paloma a la misma velocidad que el vehículo. Va fijándose en los carteles de la N-110. Ve que uno de ellos anuncia la cercanía del pequeño pueblo de Siguero, que se abre a la izquierda. Antes del pueblo hay una ermita y un cementerio. No pierde ni un segundo. Si le obliga a detenerse de

nuevo, es posible que alguien los vea. Está maniatada y con los pies trabados, pero mantiene la movilidad de las rodillas y los codos. En cuanto se deshace de los tacones frotando un pie contra otro, se inclina hacia atrás y dobla las piernas. Como es bajita y está en buena forma, logra sacarlas por encima del salpicadero y empieza a golpearlo con los pies mientras con los brazos embiste los cristales.

Nada podía haber preparado a Rojas para aquel comportamiento. Y, tal como Paloma esperaba, no es capaz de controlar su ira. Rojas cambia inopinadamente de carril, traspasa la línea continua y toma la carretera que se abre a la izquierda, derrapando levemente. Al llegar a la explanada del cementerio, frena violentamente. Esta vez Paloma está prevenida y no se hace tanto daño como en la ocasión anterior. Lo que sí soporta estoicamente es la tercera bofetada. Se ve que le ha cogido el gusto.

Ante la inesperada e inadvertida maniobra de Ruperto, la furgoneta Ford blanca destartalada que va detrás, pegada al coche de Rojas, sin guardar la distancia de seguridad, está a punto de embestirlo. A duras penas consigue sortear al Mercedes y termina cruzando el arcén y metiéndose en una pequeña hondonada. Una cabeza de pelo oscuro aparece por la ventanilla y llena a Ruperto de improperios mientras hace sonar furiosamente el claxon. El conductor intenta dar marcha atrás, pero la pequeña depresión se lo impide.

Ruperto no le hace caso. Rabiando, baja del vehículo, abre la puerta del copiloto y saca a la joven arrastrándola por los pelos. Abre el maletero, y sujetándola por los hombros, la encierra allí. Cuando va a subirse al coche, ve que los tres ocupantes de la furgoneta blanca destartalada han abandonado su vehículo y van hacia él a la carrera. Lanzan gritos y amenazas de muerte. Uno de ellos, que tiene el escudo del Real Madrid tatuado en el antebrazo,

sostiene una motosierra. Ruperto, que se lleva un susto de muerte, se da prisa en arrancar y acelera. Sin embargo, al pasar junto a ellos, saca por la ventanilla la mano cerrada, levanta el dedo corazón y les hace una peineta. Otro de los hombres le lanza una piedra que impacta contra la luna trasera. Se salta sin llegar a romperse.

Ruperto conduce deprisa. El corazón le va a mil por hora; se ha zafado por los pelos de aquellos energúmenos. Tiene que tranquilizarse. La doctora ya no puede causar más problemas. Se lamenta de no haberla encerrado antes.

Por su parte, Paloma, que apenas ha vislumbrado la furgoneta, nota triunfante cómo el vehículo huye a toda prisa. ¡Lo ha logrado! Comienza por palpar con los dedos el habitáculo buscando algún instrumento punzante que le permita liberarse. Como no lo encuentra y sabe que tiene que reaccionar deprisa, porque su tiempo es escasísimo, intenta remover la cinta que le tapa la boca. La tiene pegada al pelo y a la piel. Pese al dolor que ello le causa, tira de ella una y otra vez. No logra deshacerse de ella, pero sí bajarla hasta la barbilla. La boca le sabe a hierro. Siente arcadas, pero no tiene tiempo de pensar en ellas. Con los dientes intenta rajar la cinta que mantiene unidas sus muñecas. No logra romperla, pero sí aflojarla lo suficiente para sacar el móvil de la bolsita del cinturón. Telefonea al hospital por la tecla automática. Y al 911.

9

Jaso y Salado contemplan desfondados la entrada del templo ya vacío y el móvil personal de Paloma Padierna aplastado en el suelo. Las peores predicciones se han cumplido. Lo que habían diseñado como una inteligente estratagema para cazar al asesino de los colores se ha convertido en un engaño para ellos y en una trampa mortal para la doctora Padierna, la pieza que el asesino quiso desde el principio.

—¡Va a matarla, Rana! ¡Y yo tengo la culpa!

Salado cruza con él la mirada e intenta mantener la compostura, aun cuando se encuentra igual de abatido.

—Vamos a visionar las cámaras de los alrededores, alguna ha tenido que detectar el vehículo. Y emitiremos una alerta.

Jaso está en cuclillas. Con las manos se tapa la cara.

—No llegaremos a tiempo, jefe, recuerda lo que pasó con la doctora Elms. Además, lo tendrá todo planeado, como siempre.

Un hombre de criminalística, vestido íntegramente de blanco, sale del interior del templo y se dirige hacia ellos.

—En el suelo del lugar donde estaba sentada la doctora Padierna hemos hallado una sustancia y en no pequeña cantidad. También hay un pequeño rastro de sangre de tipo O positivo, el de la mujer, según su expediente hospitalario. Teniendo en cuenta el *modus operandi* de este tipo, es posible que tratara de inyectarle algo, pero que, por el motivo que sea, no lo consiguiera.

—¿Habéis comprobado si es heroína? —indaga Salado.

—No es heroína. Yo apuntaría más a escopolamina, pero tenemos que hacer una espectrofotometría para confirmarlo. Esa sustancia le hubiera permitido anular su voluntad y hacer de ella lo que quisiera.

Jaso y Salado intercambian una intensa mirada.

—Estás sugiriendo que...

—Sí, exactamente, trató de drogarla para lograr su cooperación artificial, pero no lo consiguió.

—Cierto, y él no sabe tratar con mujeres vivas. Eso nos da una opción. A ver, Javier, tú que la conoces más, ¿qué haría Paloma en este caso?

—Desde luego, quieta no se va a quedar. La he visto actuar en el hospital, es una chica con ingenio y recursos. Supongo que se resistirá, pero con su envergadura no tiene muchas opciones. ¡Qué lástima lo del móvil!

—¿Y no lleva algún otro aparato eléctrico que podamos rastrear: reloj, contador electrónico de pasos o algo de eso?

—Se lo he preguntado a su padre, pero no lo sabe; lo que sí nos ha confirmado es que no tiene reloj electrónico. Solo su teléfono y el busca del hospital.

—¿Y el busca no nos sirve?

—La verdad es que no sé cómo funciona. Pero está bien pensado. Supongo que cuando haya una emergencia, es importante poder localizar a los profesionales.

—Pues comprobémoslo.

Con una llamada a la central se enteran de que los buscapersonas envían señales de radio de muy alta frecuencia con un rango similar a una emisión de radio FM. Y no solo van a la torre de telefonía más cercana, sino que se envían a varios satélites. Sin embargo, su gozo queda en el pozo cuando en contacto con el hospital los informan de que los buscapersonas han sido sustituidos por teléfonos móviles. El

padre de Paloma no ha debido de enterarse. De todos modos, desde el hospital se comprometen a informarlos a la mayor brevedad del estado del terminal de la doctora Padierna.

—¡Vaya mierda! —maldice Salado—. Sigamos con las cámaras, a ver si localizamos pronto el vehículo.

En ese momento suena el teléfono de Salado.

—Inspector, tenemos a la doctora Padierna al teléfono. El sonido no es muy bueno, pero le paso la llamada.

Los dos policías se miran con una mezcla de extrañeza y esperanza. Jaso se adelanta. Se inclina sobre el aparato de su jefe y grita.

—¡Paloma! ¿Eres tú? ¿Dónde estás?

—Estoy en el maletero de un Mercedes viejo de color verde oscuro. No he podido ver la matrícula, pero he conseguido enfadarle tanto que, por fin, me ha encerrado aquí. Tenía el móvil del hospital en el bolsito. Según me ha dicho, no sé si será verdad o mentira, ha alquilado un molino aislado, cercano a Cañicosa. Pasando Pedraza, a la derecha o a la izquierda, no me he enterado bien, después de unos cubos de basura...

—¡Tranquila! Vamos para allá.

—Acabamos de pasar un pueblo que se llama Siguero. Debemos de estar a una media hora. Tenéis que daros prisa. Mucha prisa. —Se detiene un segundo, y agrega—: Me va a matar, Javier. Ya no tiene miedo de tocar a una mujer, a mí me ha soltado tres bofetadas como si nada. ¡Daos prisa, por favor! No hay tiempo. Lo tiene todo previsto, y esta vez no va a fallar.

—¡Llegaremos a tiempo! Estate tranquila. Te seguimos por GPS. ¡Estamos cerca, muy cerca! No te fallaré.

Paloma no puede menos que echarse a llorar.

A partir de ese momento, cada segundo le parece una eternidad.

10

La doctora Padierna se ha quedado adormilada. El calor, el miedo, el sonido de la carretera y, durante kilómetros, el rumor de la lluvia, que ha descargado con fuerza, le han mermado las fuerzas y está exhausta. Pero cuando el coche se adentra por un camino pedregoso, los golpes contra el capó la espabilan.

Están llegando. Con el miedo en la garganta, Paloma informa por teléfono a Javier, que, tratando de animarla, le explica que se encuentran en el helipuerto, a punto de subirse a un helicóptero de rescate que los conducirá hasta ese punto.

—Pues di al piloto que pise el acelerador, Javier. ¡Que se dé prisa! ¡Me va a matar!

Javier trata de que su voz no lo transparente, pero cuando le asegura que no tardarán mucho y la anima a dilatar todo lo que pueda su entrada en la vivienda, teme lo peor. Si el asesino decide darse prisa, como ocurrió en el caso de la doctora Elms, no podrá evitarlo.

Y nunca se lo perdonará.

Unos minutos después, el vehículo frena, pero mantiene el motor encendido. Paloma escucha el sonido metálico de un portón al abrirse; de inmediato, el coche continúa la marcha, aunque estaciona pocos metros después. Esta vez el motor se apaga. Y oye aterrada una puerta cerrarse de un golpe y pisadas sobre la arena pedregosa. Vuelve a ocultar el teléfono en la pequeña faltriquera, respira hondo y se sube la cinta que le tapa la boca. Entonces, la

invade el pánico, un miedo cerval desconocido hasta ese instante. Como los huesos rotos duelen más cuando se enfrían, su miedo se ha hecho finalmente serio. Tan serio como un infarto o como la misma muerte.

El maletero se abre y la luz le hace cerrar los ojos. La zona está bastante alta y la temperatura es más fresca.

—Vamos, doctora, tenemos mucho que hacer.

Paloma permanece imperturbable, hecha un ocho. Ruperto la sujeta por los brazos y trata de sacarla a rastras. Ella se resiste sujetándose con las manos a todo lo que puede. Pero él es más fuerte y finalmente termina en el suelo pedregoso. Con su cuchillo, corta la cinta que le mantiene los pies sujetos y le impide caminar y tira de ella hasta arrancarla, mordiéndole la piel.

Ya en pie, Paloma mira a su alrededor. La entrada de la finca está situada en la parte superior, tras un portón eléctrico que en ese momento se está cerrando automáticamente. Una explanada pensada para dejar los coches da acceso a un empinado camino por el que se baja al molino. La finca está llena de flores de manzanilla y achicoria, y, sobre todo, de alfalfa. A su alrededor se ven montes de enebros, sabinas, robles y pinos, muchos pinos. Es un lugar bucólico, incluso para morir.

Sin hacer caso a los empujones de su captor, se agacha para tomar una flor de alfalfa. Paloma adora esas flores arracimadas, de color lavanda, que le recuerdan a su niñez. Corta dos. Estira la espalda y le entrega una. Rojas la mira extrañado.

—¿Me tomas el pelo? —pregunta.

Paloma niega con la cabeza. Con ambas manos se baja la cinta adhesiva lo suficiente para decir.

—No sé hasta qué punto eres capaz de apreciar esta belleza.

Ruperto deja caer al suelo la flor y la pisa.

—A mí solo me interesa una belleza: la foto que voy a sacarte cuando estés muerta. Date prisa —sentencia.

Paloma sujeta su flor contra el pecho mientras las lágrimas corren por su mejilla. Su respiración es errática y su primigenia valentía ha desaparecido por completo. Pese a todo, sigue intentando ralentizar su marcha para dar algo más de tiempo a la policía.

—No me empujes, no puedo ir más deprisa. ¿No te das cuenta de que estoy descalza? Al menos, deja que coja mis zapatos —le espeta arteramente.

Tras unos segundos de duda, Ruperto cede.

—De acuerdo, iré yo. Tú no te muevas de aquí.

Paloma gira la vista a su alrededor y dedica al lugar una incisiva mirada sopesando dónde puede esconderse. Desde allí se puede observar la mayor parte de la finca, cortada por la mitad por un camino serpenteante, sin asfaltar. La ladera izquierda está llena de vegetación. Al principio más cuidada, los matojos de margaritas y los arbustos pronto son suplantados por árboles maduros y finalmente por un área sin desbrozar. A la derecha, más o menos a la mitad del camino, puede ver una parte de un tejado de pizarra. Pasado este, en la esquina inferior, se aprecia la silueta de un conjunto de rocas y lo que parece una lámina de agua.

Tras el recorrido visual, es consciente de que no es fácil esconderse allí. Sin embargo, en cuanto le ve subir la cuesta en dirección al coche, baja corriendo. Lo más probable es que todo lo que haga sea en vano, pero ganará algo de tiempo y, al menos, la matará de una puñalada y no como a las demás.

Baja dando tumbos. Además de los pies descalzos, tiene las piernas entumecidas por el tiempo que ha pasado en el maletero del coche. Recorre el primer tramo, acondicionado, sin problemas, pese a ser cuesta abajo. Pero luego, al salirse del camino, la marcha se le

complica. Cae al suelo, donde aprovecha para hacerse con una piedra. Ya no hay lugar para el disimulo o la charla.

Se tropieza y cae un par de veces, pero finalmente consigue llegar a la entrada del molino, construido sobre el cauce del río. Está asentado sobre una base de piedras originales rematadas por madera. La casa está en silencio. Intenta entrar, pero la puerta está cerrada y las ventanas tienen verjas.

Mira a su alrededor en busca de algún lugar donde ocultarse o de alguien a quien recurrir, pero ahí no hay nada más que aire puro, bichos y flores de alfalfa. Enfrente, entre los árboles, Paloma cree ver el contorno de un hombre y se dirige hacia allá gritando y pidiendo ayuda, pero no es más que una zona de ramas. Cruza hacia la piscina natural.

Ruperto está bajando todo lo deprisa que su cuerpo fofo le permite. Paloma otea el aire, pero no hay rastro de un helicóptero. Sabe que Javier hace todo lo posible. No es una percepción huera, es una sensación casi física: nota su cariño en su nuca, pero es evidente que no va a llegar a tiempo.

Está a punto de darse por vencida cuando recuerda que Rojas no monta en bicicleta, y su mente recobra el control. Se acerca a una de las piedras y frota la cinta que le ata las manos con ellas hasta lograr liberarse completamente, luego se lanza a la piscina y nada hasta el centro. El agua está fría y no hace pie.

—¡Sal de ahí ahora mismo, puta! —grita Rojas iracundo.

—Ruperto, me estás confundiendo con tu madre.

—¡Sal de ahí o te...!

—¿Qué? ¿Me matarás? Ven tú si te atreves.

Rojas empieza a dar vuelta sobre sí mismo lleno de rabia.

—¿No vienes? Te haría bien lavarte un poco, hueles tan mal como tu coche.

—Te juro que voy a meterte un palo por cada uno de tus agujeros, doctora. ¡Vas a chillar como un cerdo!

—De acuerdo, pero antes tendrás que sacarme de aquí. ¡Venga, ven! No te preocupes por el bañador, yo tampoco llevo. Pero ¿qué veo?, ¿dudas?

—¡Saaaaaaal!

—No, ven tú a buscarme. ¡Ah, no puedes, ¿verdad?! Nadie te ha enseñado a montar en bicicleta y tampoco nadie te ha enseñado a nadar.

El asesino vuelve a recuperar la compostura.

—Esperaré. No tengo prisa, tarde o temprano tendrás que salir, o morirás de frío o de hambre.

—No me importa. Cualquier cosa antes de estar contigo.

Ruperto se sienta en una de las piedras que rodea a la piscina y se queda callado tratando de tranquilizarse. La tarde va cayendo despacio. El paisaje es precioso. El silencio, casi puro. Respira hondo y dice con dulzura:

—No esperaba encontrar una mente tan lúcida en alguien tan joven e inexperta como tú, doctora. Es inusual, una absoluta novedad —le dice—. Debo reconocer que la pelea me está excitando, pero mi madre está orgullosa de verte combatir y me pide que te deje libre. Y yo siempre le hago caso, puedes salir cuando quieras. No voy a hacerte nada.

Paloma no responde. Está rezando y mirando al cielo.

—¿No me crees? —insiste—. El que jugaba con mi madre era un juego de crímenes perfectos, sin embargo, ahora ya saben quién soy. No es eso lo que quiero. Venga, sal, te ayudaré. Estoy cansado, no quiero que corran más los dados.

11

Todavía sopla una brisa húmeda y el aire lleva olor a hierba fresca. Arriba, a la bóveda azul, se han encaramado decenas de estrellas que siguen atentas el desenlace de la historia. Paloma piensa que es un bonito sitio. La atmósfera sería especialmente agradable de no verse obligada a estar en el agua, donde el frío se le mete en los huesos, en la carne, en el ánimo. No hace pie, y pronto tendrá que ceder.

Está temblando y empieza a perder la esperanza. No va a ser capaz de soportarlo hasta que llegue Javier. Tiene los músculos agarrotados y la piel arrugada. El cansancio la hace flaquear. Pero es la voz sibilina de Ruperto, instigando su rendición, la que aniquila los pocos restos de ánimo que le quedan en el corazón. Al ver que no responde a su ardid, Ruperto Rojas, que ha vuelto a recuperar su aplomo, le habla desde la orilla. Su voz triunfante suena densa, más varonil.

—Siempre se puede comprar a una ramera si pagas lo suficiente. Me vas a decir que tú no eres una ramera, pero todas lo sois. Lo que ocurre es que te consideras mejor que las demás porque tu precio es más alto. En eso te doy la razón, doctora, eres una buena pieza para mi colección, la mejor, la más cara, pero no importa. Yo puedo pagar tu precio. Depón esa estúpida actitud de niña pija, sal, te pincharé una buena dosis de heroína y tu tormento acabará. Es muy fácil: entraremos en la casa, buscaré una toalla para que te seques e incluso, si quieres, encenderé la chimenea. Y ante el fuego ardiente,

empujaré despacio el émbolo de la jeringuilla y el líquido entrará en tus venas. Todos tus músculos se relajarán, se te cerrarán los ojos y disfrutarás de tu muerte. Y yo de mi vida. ¿No te apetece entrar en calor y descansar arropada por el fuego? Sé que odias lo que represento, pero podemos ser amigos; si sales, te ayudaré.

La voz de Paloma tiembla tanto que se asemeja a un bisbiseo. Pero Rojas la escucha.

—No estás al corriente, Ruperto, pero durante el trayecto he avisado a la policía. Creo que deberías huir antes de que lleguen.

Rojas se echa a reír, tanto que se le escapan las lágrimas. Se seca la cara con el dorso de la mano y se aclara la garganta.

—¡Eres ingeniosa, doctora! Pero a mí no me gusta charlar y tengo hambre. El hambre me produce dolor de estómago. Si no sales por las buenas, lo harás por las malas, y en ese caso, no te chutaré nada.

—Creo que no has nacido de pie, Rojas. Has perdido el control de la situación y digas lo que digas o pienses lo que pienses no vas a recuperarlo. Llega el momento de huir, Roberto —insiste. Después de mucho esfuerzo, porque los dedos rígidos no la obedecen, logra sacar el móvil de la funda y lo levanta en alto para que el hombre lo vea.

Ruperto, que se mueve a derecha e izquierda, como un león rapaz calculando el momento en que saltar sobre su presa, se detiene en seco. Está completamente seguro de haberse deshecho del teléfono de la chica en la puerta de la iglesia de Puerta de Hierro. ¿Acaso podría llevar dos y no haberse dado cuenta? Y, si no es así, ¿de dónde ha salido el móvil que muestra? Sea como sea, toma conciencia de que debe darse prisa. Además, empieza a hartarse de ese absurdo jueguecito.

—Tú tampoco has nacido de pie, doctora. Se te agotan las fuerzas y las opciones. ¡Sal de una vez! —le grita.

No ha terminado la frase cuando escuchan el ruido: un automóvil avanza por el camino del molino a gran velocidad. Es curioso que ruede así porque la carretera está sin asfaltar y es bastante estrecha. La cara de Rojas denota incredulidad, casi la misma que la de Paloma, que saca toda la fuerza que le queda y se pone a gritar a voz en cuello.

—¡Calla o te mato! —amenaza Rojas.

El ultimato no surte efecto alguno en Paloma. Sabe que no es Jaso, pero poco le importa quien sea si la libra de este psicópata.

De pronto, el automóvil se detiene y el estruendo del motor cesa por completo. Tanto Paloma como Rojas, inmóviles, intentan adivinar qué ocurre. Durante unos instantes, no escuchan nada. Luego, oyen puertas que se cierran y gritos airados que maldicen su suerte. Quienquiera que sea se acaba de topar con la cancela metálica que cierra la entrada al molino.

Paloma redobla sus esfuerzos y pide auxilio a voz en cuello:

—¡Aquí abajo, socorro, ayúdenme! ¡Este loco me quiere matar!

Ni Rojas ni Paloma pueden ver cómo la furgoneta blanca retrocede hacia atrás y luego acelera para lanzarse sin frenos contra la cancela de hierro, pero ambos escuchan el primer golpe seco del guardabarros empotrándose contra la puerta; luego, el segundo y, finalmente, los gritos de júbilo. El pánico se dibuja en los ojos de Ruperto mientras rodea la piscina natural, como si pudiera parapetarse tras el agua y la pequeña trucha rubia que nada dentro. Paloma, que espera el sonido de un helicóptero, no sabe qué pensar. Aun así, no desaprovecha la pequeña ventana de esperanza.

—Te lo advertí —le espeta Paloma—. ¡Huye! Date prisa. Esto no tiene buena pinta para ti.

Pero Ruperto está petrificado. Se esconde detrás del único árbol que hay en la piscina y que linda con el cierre metálico perimetral.

Tres hombres bajan corriendo la cuesta. Uno, más alto y joven, va en cabeza. Le siguen dos más gruesos. El más rezagado lleva una motosierra en la mano. Los tres presentan el mismo aspecto: parecen gitanos de mercadillo. En un flas, Rojas recuerda que sacó a una furgoneta blanca de la carretera cuando Paloma le obligó a detenerse y encerrarla en el capó y que, al marcharse, no solo los dejó tirados en la cuneta, sino que les regaló una obscena peineta. Es obvio que los han seguido y vienen a vengarse; los gitanos tienen la venganza a flor de piel. Son capaces de vender su alma al diablo con tal de decir la última palabra.

Los tres se detienen jadeantes ante la piscina. El tipo de la motosierra, el moreno de pelo largo que lleva el tatuaje del escudo del Real Madrid en el antebrazo, la apoya en el suelo manteniendo la mano izquierda sobre la empuñadura. Con la derecha, tira de la cuerda de arranque hasta que el motor vomita una explosión. Luego, mueve la palanca del estárter hasta que la máquina se acelera.

—¡Sal de ahí! —grita el más joven.

Mientras Paloma, que cree se dirigen a ella, nada hasta uno de los laterales y trata infructuosamente de salir, Ruperto Rojas asoma la cabeza para ver que, a una señal del hombre alto, el tipo de la motosierra avanza hacia el árbol.

—¡He dicho que salgas, cabrón, puto chiflado! —le grita.

Rojas sale con las manos en alto.

—¡Tranquilo! Ya estoy aquí y voy desarmado. Siento mucho haberlos sacado de la carretera. De verdad. Y ese gesto del dedo estuvo mal, muy mal. Perdónenme.

Como si no le oyera, el gitano continúa su marcha. El sonido de la sierra parece cada vez más amenazador, Rojas extiende los brazos

para intentar razonar con él y convencerle de que se detenga, pero el gitano gira la motosierra de izquierda a derecha. Con el movimiento, se lleva una de las ramas del árbol. La hoja roza también la mano derecha extendida de Rojas y le rebana tres dedos, que caen al suelo. Ruperto chilla como un cerdo en día de matanza. Sin darle tiempo de recuperarse, el tercer hombre le golpea por detrás con una piedra. Cae como un fardo.

Aprovechando la confusión creada por Rojas, Paloma, que ha logrado salir de la piscina, se ha tirado sobre el suelo y escondido tras unos matorrales. Su posición es ridícula, y ella lo sabe. Pero es mejor que nada. Está mascullando todas las oraciones que recuerda cuando escucha pasos a su vera. Levanta los ojos y ve a un gitano vestido de negro, con el pelo ensortijado y tocado con gafas de sol. Se agacha, la sujeta por los brazos y le ayuda a levantarse.

—¡*Dotora*, ¿está usted bien?! Menos mal que hemos llegado a tiempo.

Paloma le contempla sin terminar de creerse lo que está pasando. Sigue temblando. El gitano se deshace de su camisa y se la coloca por encima. Huele intensamente a sudor, pero está seca. Paloma no sabe cómo expresar lo que siente. No consigue pronunciar palabras. Finalmente, con voz cadavérica masculla un «gracias».

—Sentimos llegar tan tarde, *dotora* —insiste—. El hijo puta cabrón nos sacó de la carretera y nos jodió la furgoneta. Pero ya estamos aquí, ¿hay alguien más?

Paloma lo niega mientras pregunta:

—¿Son ustedes policías?, ¿trabajan con Jaso?

La guasa es digna de una comedia.

—¿Policías? No, *dotora,* somos del clan De la Cruz. Don Eliseo nos pidió que nos ocupáramos de usted y no la dejáramos ni a sol ni a

sombra. Y menos mal, porque ese cabrón es un mal bicho. ¿Está bien? ¿Le ha hecho daño?

Paloma mira furtivamente a Ruperto Rojas, que está tirado en el suelo, vigilado por el dueño de la motosierra, que aún sigue encendida. Ha despertado y continúa chillando. El gitano le pisa el cuello mientras le insta:

—¡Pide perdón a la *dotora*, coño! O despídete de los demás dedos...

Aún con un punto de incredulidad en la voz, Paloma le pide que no le haga más daño. Se acerca a él y le reconoce la mano.

—Vamos a necesitar una ambulancia.

—¿Por qué no lo deja estar, *dotora*? Si quiere le doy otra pasada y acabamos antes.

—¡No, no! Gracias, pero no. La policía está en camino. Que ellos se ocupen.

En ese momento escuchan el sonido de un helicóptero.

Epílogo

El rostro del hombre luce sombrío.

—No pongas esa cara, papá, no fue culpa tuya. Al menos, no del todo. Ahora que hemos roto esos pagarés, todo debería volver a la normalidad; tú a tus reflexiones y partidos de golf, y tú, mamá, cuando te recuperes un poco, a tus partidas de bridge y a tus cenas, conciertos y demás galas.

—Gracias, hija, me siento terriblemente avergonzado.

La madre cambia de tercio con rapidez.

—Este fin de semana tienes que venir a comer, Paloma. Viene tu hermano de Londres. Solo se quedan un día, porque luego se va toda la familia a la casa de Mallorca, pero es todo un detalle. ¿No te parece, Paloma? Tu hermano siempre ha sido muy detallista.

—¡Cállate! —le espeta su marido—. Ahora mismo, lo último que me apetece es hablar de tu hijo.

—¿Por qué le tratas así? Es un hijo modelo, siempre enviando flores a su madre...

—La verdad es que tu hijo no es más que un egoísta.

Paloma le interrumpe.

—Déjalo, papá, no merece la pena. —Y añade mientras se agacha para abrazar a Señor Presidente y despedirse de él—: El sábado no puedo venir, tengo un compromiso.

—¿Alguien interesante? —preguntan los dos a la vez.

—Es posible —dice mientras sonríe.

El recuerdo de su último encuentro con Javier Jaso la hace estremecer. Aún siente sus grandes manos en sus caderas; sus labios en su cuello y sus susurros en la oreja. Sí, ciertamente, alguien interesante.

—Vente entonces el domingo, querida.

—Tampoco puedo, mamá. Tengo un bautizo. Y no puedo faltar porque soy la madrina.

—¡Ah! ¿A quién acristianáis?, ¿alguien conocido?

—A Paloma de la Cruz.

—¿De la Cruz? ¿El casado con Hernán de la Cosa?

La doctora Padierna posa la mirada en el rostro de su madre. A pesar de que la infección ha remitido, la cara sigue inflamada y tumefacta, confiriéndole un aspecto desagradable, casi repulsivo. En cuanto se recupere, tendrán que volver a intervenirla.

—No, mamá. Los De la Cruz de toda la vida. Eliseo es un buen amigo.

Agradecimientos

Nada. Ni resumiendo. El agradecimiento que busco no cabe aquí. Espero no levantar envidias innecesarias, pero a mis cincuenta años más IVA (un IVA ciertamente confiscatorio) me declaro inmensamente afortunada. Mi familia es como un equipo de fútbol sin banquillo, en el que todos somos un poco porteros, entrenadores y fisioterapeutas. Y, ganemos o perdamos, compartimos espacio, tiempo, miradas cómplices, alegrías, gamberradas, esguinces y miedos. Juego, en una palabra. Días de cada día y domingos. Además, tengo amigos; pocos, pero nos queremos sin nada transitorio. Mariángeles, Chema, Iria, mamá (que juega también de árbitro), Juan (él juega en cualquier posición, pero aferrado a su pipa sempiterna), Padre Florencio (que pone las tostadas de jamón y queso)..., espero no poneros colorados. Por si esto fuera poco, Lola y Raquel, magníficas editoras (por cierto, ¡me encanta la portada!); Antonia, más amiga que agente; la Editorial Planeta (¡válgame Dios! Debe de ser cosa Tuya, si no, ¿cómo explicar que me dejen jugar en esta liga?), y vosotros, queridos libreros, me permitís presentar otro libro y meterme en el vestuario de tantos y tantos lectores. ¿No soy una privilegiada?

¿Creías que me olvidaba, Madrid? ¿Cómo no te voy a querer? He escrito en tus parques, en tus bancos de piedra, en El Pardo y en el Prado, en Guadarrama y en el Rastro, en el césped de tus estadios, en Pozuelo, en Getafe y en Serrano... Gracias por acogerme con la

ternura con que antes lo hicieron mi añorada Pamplona y mi evocada Valladolid, a quienes siempre vuelvo. ¿No soy una privilegiada?

Pues eso: ni resumiendo. GRACIAS.

El juego de los crímenes perfectos
Reyes Calderón

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la fotografía de la portada, Restyler

© Reyes Calderón, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2022

ISBN: 978-84-08-25545-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!